This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

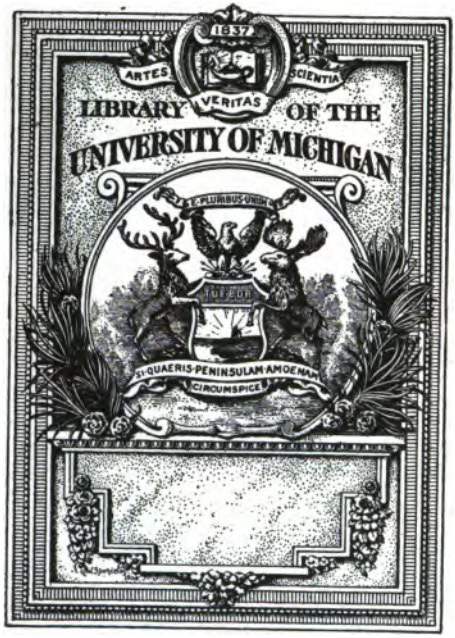
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 1,014,251


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

FLORILEGIO DE POESÍAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

FLORILEGIO

DE

POESIAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

Con introducción y notas biográficas y críticas

POR

JUAN VALERA

De la Real Academia Española.

TOMO IV

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1902

MADRID, 1902.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

DOÑA PAZ DE BORBÓN

(*Infanta de España*).

Á LA VIRGEN DE LA ALMUDENA

¡Oh Virgen sacrosanta
De la Almudena!
Hoy á tus plantas vengo
Con una pena.
Virgen María,
Consuelo fuiste siempre
Del alma mía.
Hay seres en el mundo,
Seres queridos,
Que anhelo ver felices,
Nunca afligidos.
¡Oh Virgen buena!
Lo imploro ante tu imagen
De la Almudena.
Pero si en vez de flores
Que ornen su frente,
Espinas les reserva
La adversa suerte,

133278

Dí á Dios que cambie
Todas mis alegrías
Por sus pesares.
  Y si tú se lo dices,
Cuál yo lo pido,
Ha de hacer lo que quieras
Tu Hijo divino.
Y yo contenta
Gracias daré á tu imagen
De la Almudena.

ALMAS Y FLORES

Hay en la tierra flores sin espinas;
  Su hechizo no es mayor:
Solamente el aroma hace divinas
  Las galas de la flor.
También, aunque parezca un imposible,
  Hay almas sin dolor:
No busques en su vida indefinible
  Ni el odio ni el amor.
Espinas tienen las fragantes rosas,
  Y es grande su esplendor:
Las almas aparecen más hermosas
  Con llanto y con dolor.

Á MI HERMANA EULALIA

  Si tu dulce esperanza
Colmada ves al fin,

Y el mundo te sonríe,
No te acuerdes de mí.
Cuando todo alegría
Respire junto á tí,
No pienses que hay tristeza;
No te acuerdes de mí.
Mas si la infausta suerte
Te hace un día infeliz,
Cuando llores, Eulalia,
¡Acuérdate de mí!

Á LUIS

Al hablarme de amor por vez primera,
No te quise escuchar.
Temí no fuese tu pasión sincera,
Y te dejé marchar.
Mas viendo firme, al espirar los años,
Tu amante voluntad,
Comprendí que si el mundo ofrece engaños,
Tu amor era verdad.
Mientras gozaba alegre, tú, ni un día
Me llegaste á olvidar:
Pensaste que el cariño triunfaría,
Y al fin logró triunfar.
Tuyo es mi corazón: el cielo santo
Á bendecirnos va.
¡Sólo la muerte, con su negro manto,
De tí me apartará!

DOÑA BLANCA DE BORBÓN

Á LA VIRGEN DEL PILAR

Bendita tierra española,
Madre mía celestial,
Que ha merecido ella sola
Tenerte en carne mortal.
Como bajaste á aquel suelo
Desciende á mi corazón:
Mas no te vuelvas al cielo
Dejándome en aflicción.
Oye el grito que me arranca
La sed de tenerte en mí;
Haz del alma de tu Blanca
Nuevo Pilar para tí.
No salgas Virgen María,
De mi corazón jamás,
Que estando en el alma mía
Dentro de tu España estás.

DOÑA ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

DESPUÉS DE LA LLUVIA

Se abrió tu mano y descendió el rocío:
¡Gracias, oh Dios, mil veces!
¿Dudará ya de tí ciego el impío,
De tí, que previsor el bien ofreces?
Borró de la aridez la infausta huella
Cayendo el agua pura:
La abundancia vendrá; vendrá con ella
El consuelo, y la paz y la ventura.
Huyan del corazón negros temores,
Renazca la esperanza,
Que su manto de frutos y de flores
Ya nos muestra la tierra en lontananza.
Ya sin verdor el toro enflaquecido
No hallará los oteros,
Ni gemirán con lánguido balido
Tras sus hambrientas madres los corderos.
Del hondo valle en la tupida alfombra
Miel tendrán las abejas,
Y nido encontrará de grata sombra
El ruiseñor donde exhalar sus quejas.

Para todos el bien. Del rico Mayo
Vendrán auras amigas,
Que agitarán eu plácido desmayo
Con armónico son mares de espigas.
Brindarán en Octubre su tesoro
Olivos seculares,
Llenas las trojes se verán de oro,
Colmados de racimos los lagares.
Señor, el velo de tristeza y luto,
Que al mundo oscurecía,
Cual niebla disipóse, y en tributo
Himnos de amor la humanidad te envía.
Que aun el que osado tu grandeza niega
Y á tí su faz no alza,
En el noble placer á que se entrega
Tu providencia, á su pesar, ensalza.
Ostenta tu poder el bosque umbrío,
Y ora dulces, ya graves,
Te aclaman la floresta, el aura, el río,
Los insectos, las fieras y las aves.
Al coro universal, fieles juntemos
Nuestro sentido canto,
Y con profunda gratitud clamemos:
«¡Gloria, gloria al Criador, tres veces santo!»

DOÑA SOFÍA CASANOVA DE LUTOSLAUSKI

EN LA VÍSPERA DE SAN JUAN

(CUADRO DE POLONIA)

. . . . . .

. . . . . .

De la amarga tristeza de los hogares
Dijérase que un algo flota doquiera,
Y no es alegre el eco de los cantares
Que en la noche se pierden en la pradera.
Sólo cuando celebran los campesinos,
Con populares fiestas, sus tradiciones,
Olvidan un momento su cruel destino,
Y abren á la alegría los corazones.
De San Juan las veladas gustan las mozas;
En ellas á ilusiones dulces se entregan,
Y cuando el sol se pone, dejan sus chozas
Y al anchuroso río dichosas llegan.
Cruza el Naref tranquilo por entre prados
Que en el límite incierto semejan mares,
Y ver puede las frondas que á entrambos lados
Forman las grandes selvas y los pinares.

Como alma que del cuerpo que dejar debe,
Se separa con pena, tal aquí el día
De la tierra se aleja tras unión breve,
Dando á todo su vaga melancolía.
Con lentitud cruzando va el firmamento,
Y ya hundido en las nubes del Occidente
Aún detiene su paso por un momento,
Y aún su beso á la tierra da dulcemente.
Ved como ya se agrupan en las orillas
Del río las muchachas, cada una de ellas
Dos guirnaldas de flores lleva sencillas,
Mas si sencillas ambas á la par bellas.
Puestas entre las flores con maña y arte,
Brillan rizadas velas de color vario,
Y á lo largo del río, de una á otra parte,
De diminutas luces se ve un rosario.
Hoy de estas pobres niñas el alma toda
Fija está en esas luces y en esas flores,
Que ellas prometen dichas ó anuncian boda
A las que palidecen de mal de amores.
Apenas de la tarde brilla la estrella,
Sus guirnaldas arroja cada una al río;
La blanca simboliza la vida de ella,
La roja la del dueño de su albedrío.
Si juntas se deslizan río adelante,
Es que así emparejadas irán sus vidas,
Y morirán entrambos el mismo instante,
Si se apagan las velas allí encendidas.
Si una de las guirnaldas, de su pareja
Se aparta y de otras ondas sigue el camino,
Es que á los dos amantes por siempre aleja
El poder misterioso de su destino.

Ved como las muchachas siguen ansiosas
Las aguas donde flotan luz y esperanzas...
Sus pupilas azules son más hermosas,
Del porvenir buscando las lontananzas.
Cómo su pelo rubio que huele á heno,
Flota sobre las sienes desordenado;
Y cómo de impaciencia palpita el seno
Por los finos percales no bien guardado.
Todas hacia las aguas el cuerpo inclinan
Para ver sus guirnaldas en la corriente
Y el anhelar ansioso, que no dominan,
Es por tranquilo y mudo, más elocuente.
Pasan con balanceo gracioso y lento
Esos de luz y flores lindos bajeles;
La brisa los empuja con blando aliento
Y amorcillos le sirven de timoneles.
Algunos que empezaron el viaje unidos,
A mitad de la ruta se han separado,
Otros bajo las aguas yacen hundidos,
Y las velas de muchos se han apagado.
Alguno sólo cruza como alma en pena,
Otro encalla entre piedras ó entre el follaje,
Y del silencio el ruido plácido suena,
Resbalando en la vaga luz del paisaje.
Ya del río se pierden allá á lo lejos
Las flores, ya el postrero bajel no brilla,
Y aún las flores persiguen y los reflejos
Ansiosas las muchachas desde la orilla.
Y mientras unas lloran sus ilusiones
Y otras su amor celebran y su fortuna
Dando al río sus níveas coloraciones,
Aparece en los cielos la blanca luna.

DOÑA JOSEFA UGARTE BARRIENTOS

(*Condesa de Parcent*).

EN UN ÁLBUM

«¡Cuán leves se rizan
Las ondas del lago,
Bajo el beso fugaz de las auras
Que pasan cantando!...
¡Qué linda en el cáliz
De adelfa lozana,
Se columpia gentil mariposa
Plegando sus alas!
En esos instantes
De paz y misterio,
En que tiene la flor más perfume,
Más himnos el viento,
¿Qué música iguala
Los ecos del valle
Cuando céfiros, aves y fuentes,
Despiden la tarde,
Fingiendo plegarias
Ó amantes saludos,
Al lucero que pálido nace,
Y al sol moribundo?

¿Hay algo más bello
Que rosas y estrellas,
Que esa luna que el lago ilumina,
Que ese lago que el cielo refleja?»
Tal dice una virgen
De trenzas tan blondas
Como el rayo de sol que teñía
Las últimas lomas...
Y así desde un olmo
Do cuelga su nido,
Á la cándida niña contesta
Cantor pajarillo:
«Mas grata que el eco
De arroyos y brisas,
Es tu voz melodiosa, si ríes,
Ó tierna suspiras:
Mas puro que el astro
Que dora las nubes,
Es el vivo fulgor de tus claras
Pupilas azules;
Eclipsa á la luna
Tu rostro hechicero;
Y mejor que en el lago, en tu alma
Refléjase el cielo...
Si estrellas y flores
Son solo materia
Y en tu frente del soplo divino
La luz centellea,
¿Hay algo más bello,
Hay algo que iguale,
Á una virgen que blancas desplega
Sus alas de ángel?»

Callaron los trinos
Del ave canora,
Al tender apacible la noche
Su manto de sombras.
Y al ver á la niña
Tan dulce y tan pura,
La acarician gimiendo las auras...
Con sus rayos la besa la luna...

DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPEREZ

TÚ Y YO

Yo soy la pobre flor que en el estío
Sobre el ardiente polvo se consume;
Sé tú la blanca perla de rocío,
Y yo te daré en cambio mi perfume.
Si es mar de llanto la existencia mía,
Tú eres rayo de sol, mírate en ella,
Y en tanto que amanece eterno día,
Si yo la noche soy, sé tú mi estrella.

MISTERIOS

Quisiera ver la gruta diamantina
Á dónde oculta el rayo y las centellas
El Ángel que recoge las estrellas
Cuando el sol los espacios ilumina;
Y preguntar al Alba sonrosada
Dónde guarda las perlas del rocío,
Y saber mientras duermes, ángel mío,
Donde flota la luz de tu mirada.

DE UNA EXTENSA EPÍSTOLA DIRIGIDA DESDE ITALIA
Á DON EMILIO FERRARI Y Á SU SEÑORA

Frisos, aras, sepulcros, capiteles,
Urnas, vasos y estatuas soberanas
De Scopas, de Mirón y Praxiteles,
Convierten las estancias vaticanas
En templo de la luz y la poesía
Y en altar de las artes sobrehumanas.
Tanta grandeza producir debía
Un ser de muchas almas, un Atlante
Que el Olimpo y el Cielo fundiría.
Y nació Miguel Angel, un gigante,
Un genio apocalíptico, un poeta
De la raza titánica del Dante.
¡No es pintor ni estatuario, es un profeta:
Su cincel es un rayo que fulmina
Y hay sombra y fuego eterno en su paleta!
No sé en qué Horeb oyó la voz divina...
Mas cerca tuvo á Dios, cuando tan grande
Se proyecta su sombra en la Sixtina.
No temáis, no, que el cielo le demande
Cuenta de sus audacias al coloso,
Que es ley que el Océano se desmande!
Ley es que el huracán brame furioso;
Y en medio del horror de la tormenta,
Dios mismo, se nos muestra más grandioso.
Su alma audaz, indomable y turbulenta
No es el *yo* limitado y siempre el mismo,
Es un mundo embrionario que fermenta,

Es la tromba, la lucha, el cataclismo,
Es el alma del Dante soberana
Robándole su forma al gentilismo.
La epopeya inmortal del alma humana
Comunicó al gigante esa entereza
Que con Elías y Moisés le hermana.
Que él sometió la gracia á la rudeza,
Y entre sus duras manos de coloso
Rompió la tradición de la belleza.
Divorció la hermosura del reposo,
Condenó á esfuerzo eterno la escultura,
Y fundió en lo ideal lo monstruoso.
En San Pedro agrandó la arquitectura,
Transformó, en el Moisés, la estatuaria,
Deificó en la Sixtina la pintura!
¡Alma tan rica, tan audaz, tan varia,
No se anidó jamás en barro humano!
¡Por eso está en su cumbre solitaria!
Solo en su majestad como un tirano
Se levanta del genio en la eminencia
Blandiendo un rayo en la creadora mano.
Como Dante es el alma de Florencia,
Buonarroti inmortal alma es de Roma.
¡La llena de su verbo y su presencia!
Hoy que toda grandeza se desploma,
Roma es el sol del ideal fecundo
De donde toda luz el orbe toma.
Roma es el magno corazón del mundo
Donde late la fe que ha de arrancarnos
De este sueño de bestia en lodo inmundo.
Roma puede en sus piedras enseñarnos
Lo que vive del mundo en la memoria,

Lo que logra al olvido arrebatarnos.
¡Allí se siente revivir la Historia,
Allí se aprende á conocer el arte,
Y allí, con nuevo amor, se ama la gloria!
Mas, pues es fuerza que de tí me aparte
¡Dios haga, Roma, que volver me veas,
Que no puedo, sin lágrimas, dëjarte!
¡Roma augusta, cenit de las ideas,
Donde el genio y la luz brillan sin velos,
Alma del mundo, escala de los cielos,
Tabor de nuestra fe, bendita seas!

DOÑA CAROLINA VALENCIA

LA ORACION DE LA TARDE

Recoge el sol su rubia cabellera,
Y en un lecho de púrpura y zafiros
La ardiente lumbre de su inmensa hoguera
Agonizando está;
El crepúsculo vago se avecina,
Con lentos pasos la callada tarde
En su manto de pálida neblina
A hundir la frente va.
Cierra la flor su perfumado broche,
Buscan las aves su caliente nido,
Sus alas tiende el ángel de la noche
Cual lóbrego capuz;
Y en el tendido espacio cristalino
Cual mirada dulcísima de amores,
Aparece del astro vespertino
La misteriosa luz.
Como voz poderosa del santuario,
El tremendo clamor del bronce duro
Se escucha en el vetusto campanario
Vibrante resonar;

Y el alma fiel, el corazón que lee
El nombre de su Dios entre los astros,
El mundo que ama, que medita y cree
Se postra para orar.
Horas de los recuerdos misteriosos,
Melancólico adiós del claro día,
Estela de reflejos vaporosos
Que deja Febo en pos:
Al espirar tus luces irisadas
En el confin azul del horizonte,
¡Con cuánta fe se elevan las miradas
Y el corazón á Dios!
La tarde, como virgen desposada,
Cubre su frente ruborosa y pura,
Y nos dirige su postrer mirada
Que oscureciendo va;
Y al ocultar su rayo luminoso
Tras el dosel azul del firmamento,
Nos habla de otro mundo más hermoso
Que existe *más allá*.
El espíritu entonces, con anhelo,
Desasido del polvo de la tierra,
En alas de su fe remonta el vuelo
A más feliz región;
Y la bella y dulcísima María,
Tras ese manto de celajes de oro
En que se envuelve el moribundo día,
Escucha su oración.
María es bella como el sol radiante,
María es pura cual naciente aurora,
María tiene en cada pecho amante
Un templo y un altar;

En donde el corazón con sus latidos
Ante su imagen bendecida exhala
En cánticos de gloria ó en gemidos
Su dicha ó su pesar.
¡Virgen María, universal señora,
Azucena gentil del Paraíso,
Perla oriental, lucero de la aurora,
Paloma de Hesebón!
Grato es pensar cuando tu amor imploro
Que, fija en mí tu celestial mirada,
Tras ese manto de celajes de oro
Escuchas mi oración.
Álcese pues, á tí, dulce María,
Como un arrullo de la brisa errante,
Como un adiós del espirante día
Al tiempo de morir;
Como el incienso que en tu altar se quema,
Como el aroma que la flor exhala,
Como un himno de paz, como el emblema
De mi esperanza en tí.
Séate grata la plegaria mía
Como los blancos sueños de la infancia,
Como alada y sonora melodía
De armónico cantar;
Como el postrer suspiro de la tarde,
Como el canto del cisne moribundo,
Como el tímido rayo con que arde
La luz crepuscular.

A TÍ

Como al cuerpo persigue la sombra
Marchando tras él;
Como busca el insecto la alfombra
Del fresco vergel;
Como anhela el avaro el tesoro
Con ansia mortal
Y el soberbio la pompa y decoro
De honor mundanal;
Como busca el poeta canciones
Y lauros y amor;
Como el alma va en pos de ilusiones
De bello color;
Como nube que rueda impelida
Del cierzo sutil,
Como sombra en el éter perdida
Voy siempre tras tí.
En tus días sombríos de enojos
Y angustia cruel;
Cuando acaso derramen tus ojos
Un llanto de hiel,
Si en tu mano otra mano invisible
Sintieras posar,
Y escucharas con pena indecible
Muy cerca llorar,
Esa voz cuyo acento atesora
Ternura sin fin,
Es la voz de mi alma que llora
Que llora por tí.

Si en tus noches de calma tranquila,
De dulce quietud,
Al girar la entreabierta pupila
Privada de luz,
De tus ojos velados en torno
Creyeras notar
Leve sombra de vago contorno,
De dulce mirar;
Aquel mudo, tenaz centinela
Que fijo está allí,
¡Es la sombra de mi alma que vela
Que vela por tí!
Si algún día juzgando este mundo
Florido vergel,
Con anhelo de goces profundo
Te lanzas á él,
Y tal vez desengaños traidores
El mundo te dá,
En tus horas de duda y temores,
De hastío quizá,
Si percibes el débil murmullo
De tímida voz,
Más suave que el lánguido arrullo
Del aura veloz,
Ese acento de vaga tristeza,
De pena sin fin,
¡Es la voz de mi alma que reza,
Que reza por tí!
Como cuerpo invisible y alado,
Cual sombra fugaz,
Siempre, siempre camino á tu lado
Mirando tu faz:

De tus risas los ecos resuenan
En mi corazón;
Si suspiras, tus ayes lo llenan
De inmensa aflicción;
Yo me agito en el plácido ambiente
Que tú has de aspirar;
Soy el aire que besa tu frente
Gimiendo al pasar;
Te visito en los rápidos giros
Del aura sutil;
Sus arrullos son ténues suspiros
Que envío hasta tí.
Y aunque busques regiones extrañas
En donde habitar;
Y aunque pongas en medio de entrambos
La tierra y el mar,
Mi presencia importuna y continua
No puedes huir;
¡Que mi alma está siempre muy cerca,
Muy cerca de tí!

DON ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA

(Marqués de Cerralbo).

AL ARCO ROMANO DE MEDINACELI

En la cortada cumbre de una sierra,
En pobre pueblo que es de barda y barro,
De su esquinada plaza el frente cierra
De un arco antiguo el esplendor bizarro.
Raspados por el agua y por el viento,
Ya han perdido la curva sus portales;
Sus dibujos el ancho entablamento;
De frisos y cornisas ni aun señales.
Rotos fustes, informes capiteles
Y, en los muros, de honor fingirse creo
De alerados morriones y broqueles
Y extrañas armas singular trofeo.
Con tu aspecto, tu historia se ha perdido,
Y hoy cuelgan de tus rotos artesones
La golondrina su embarrado nido
Y la hiedra sus verdes pabellones.
Y pensar que tal vez aquí á millares
Se apiñaron los hombres en contorno

Á escuadrar su entusiasmo tus sillares,
Y su genio á esculpir tu rico adorno!
  Y te dieron firmísima figura
Porque eterna pregones su memoria,
Y escuchaste al vencido su amargura
Y al vencedor su grito de victoria.
  Del azote del tiempo no te salva
Tu ilustre origen, ni por tí haber visto
Cruzar á los arévacos de Galba
Y á los gloriosos mártires de Cristo.
  Y ni una cifra, ni un emblema tienes
Que me expliquen si viste en mis hermanos
El triunfador laurel sobre las sienes,
Ó la servil cadena entre las manos.
  Si en nada acaba lo que en tanto empieza
Y hoy mudo estás y solitario y triste,
Juzgue la pequeñez de tu grandeza,
Por lo poco que vales, lo que fuiste.

DON NARCISO DE HEREDIA

(*Marqués de Heredia*).

Á FRANCIA

El genio airado de la inícua guerra
Te arrebata el poder, pueblo engreído;
Las germanas legiones
Asolaron tu tierra;
Llevaron vencedoras
Desde el Rhin á Versalles sus pendones;
Volcaron de tus Césares la silla,
Y acampan cual señoras
Del triste Sena en la incendiada orilla.
Despierta, álzate al fin, la diestra armada,
Corre á lavar tu afrenta:
En la abyección contenta
Vivir no debe el águila irritada
Que, haciendo de valor y esfuerzo alarde,
Se ornó de palmas en la egipcia arena,
Y conquistó más tarde
Los lauros de Austerlitz, Marengo y Jena.
Mas ¡ay! aquel sereno

Espíritu esforzado
Que en los adversos trances se aquilata:
El valor que en la lid aliento cobra,
Timbre tuyo no es ya, ni le fué dado
Á pueblo descreído,
Á degradada gente
Que, la heredada fé puesta en olvido,
En sí el calor de la virtud no siente.
Vuelve en tí, Francia: del Señor el día
Siempre cercano está. Mira los templos
Que tu fé supo alzar, escarnecidos
Por los groseros cantos de la orgía,
Por cuadrilla insolente
De salvajes bandidos:
Á la indefensa patria condenada
Á morder sus cadenas impotente:
Y en montón hacinados,
Como ardorosa capa de ceniza,
Los soberbios despojos
De tu París, ayer pasmo del mundo,
Hoy mísero dolor para los ojos.
Fanáticos verdugos despiadados
La justicia de Dios ciegos cumplieron,
Como el ronco huracán de la tormenta
Que troncha en la montaña
La encina corpulenta,
Como torrente airado cuya saña
Deja el valle florido
En charco cenagoso convertido.
¿Lo véis? Los que enervados
Por el torpe placer no combatieron,
Los débiles que huyeron

Del astuto germano en las batallas,
Después, tras las murallas,
Como fiera acosada en su guarida,
Que, matando al morir, contenta muere,
Hienas son en la lucha fratricida,
Traidores á la patria, vil escoria,
Que á libertad mentida
Rindiendo adoración, luchan sin gloria
Y pierden sin honor la estéril vida.
De esa plebe sacrílega al encono
Mueren por Francia sus mejores hijos,
Ministros del Señor. ¡Oh cuánto apena
Recordar el horror de aquella escena
En que Allard, animoso ofrece el pecho,
Sin ira ni despecho,
Al bárbaro diciendo que le insulta
Con brutal alegría:
«La sangre no vertáis de mis hermanos;
¿Sed de sangre tenéis? ¡Bebed la mía!»
Y en tanto horror, en el amargo duelo
En que te ves sumida,
¿No hay á tu mal consuelo?
¿Se apagó para tí, Francia afligida,
La luz de la esperanza?
¡Oh no, no puede ser! Próvido el cielo,
Tras el rigor de la justicia eterna,
Muestra el iris de paz y de bonanza.
De la fe el ruego santo,
Del inocente la plegaria tierna
Toda culpa redime:
Lava las tuyas con humilde llanto,
Y de tus nobles mártires la sangre

Que aún en las calles de París humea,
Signo de redención para tí sea.

Á VUELA PLUMA

ESTUDIO TOMADO EN GALICIA DEL NATURAL

De esta hermosa región los aires puros
Y saludables aguas,
Del triste enfermo las perdidas fuerzas
Reaniman y restauran.
Terror del moro en las batallas fueron
De sus hijos las lanzas,
Y el brazo poderoso de Camaño,
Que eternizó la fama.
El lujo embriagador, que el alma enerva,
No aflige esta comarca,
Donde en solaz perpetuo vive el hombre.
Y la mujer trabaja.
Sus bosques, sus pinares y castaños,
Las brisas embalsaman,
Y la yerba viciosa de sus prados
Las reses vuelve mansas.
La gallega gentil y placentera,
Es fecunda y lozana;
Cautiva contemplar de sus contornos,
Las líneas delicadas.
Mas falta á su hermosura el dulce imperio
Del chiste y de la gracia,
El *gancho* de la moza bullanguera
De Sevilla y Granada.

Y el *búten* de la chula madrileña,
Que toma veinte varas,
Y al castigo se crece y con bravura
La suerte la remata.
Comparar las mujeres de mi tierra
Con estas hembras francas,
Es comparar el néctar jerezano
Al zumo de manzanas.

DON EDUARDO BENOT

REGIÓN

Yo soy lo que me ha hecho
Mi madre la región.

Nacer me vió la espléndida
Región de Andalucía,
Donde es azul la atmósfera,
Sereno y claro el día,
La tarde de oro y púrpura,
La noche de astros mil.
Al alba, en el crepúsculo,
Yo ansiaba ver las flores,
Brotando de sus cálices
Delicias en colores,
Y dando en tenues átomos
Aromas al Abril.
El sol fulgura, y múltiples
Chispean en la fronda
Con luces intensísimas
Diamantes de Golconda,
Que azul irradian y ópalo
Con fuegos de arrebol.

Por rara metamórfosis,
Las gotas del rocío
Se irisan en los pétalos,
Cual púdico atavío
De novias y de vírgenes
Besadas por el sol.
Yo ansiaba el espectáculo
Gozar del sol poniente,
Por ver al disco fúlgido
Flotar en oro ardiente,
Y en púrpura magnífica
Cual ascua descender.
Yo ví terribles cráteres
En negros promontorios,
Y espejos en las cúspides
De pórfidos ustorios,
Tratando con sus ráfagas
Las costas de encender.
El árbol tiene rítmicos
Eróticos murmullos;
Las voces de los céfiros
Idílicos arrullos,
Y entonan fieros cánticos
Las olas de la mar.
Aquí admiran en éxtasis
Bellezas los sentidos;
Los ojos formas plácidas;
Cantares los oídos;
Que luz mi tierra y rítmica
Se place en derrochar.
Tal vez fingen alcázares
Las nubes en la altura,

Con torres de cäotica
Gigante arquitectura,
Que forman como un dédalo
Velado en negro tul.
  A veces pulpos hórridos
Se cruzan con serpientes,
Y enredan los tentáculos
Con uñas y con dientes
De monstruos que el espíritu
Se forja en el azul.
  Al fin tronando anárquicas
Embisten las tormentas;
Las olas piden víctimas,
Encréspanse violentas,
Y es vano de sus ímpetus
La furia resistir.
  En hórrida calígine
Su faz el sol oculta;
Descuájanse los árboles:
Sus márgenes sepulta
Con gritos el mar lúgubres;
Que el mar parece hervir.
  ¿Por qué, rocío fúlgido,
Te finges pedrería?
¿Por qué, sol, ese escándalo
De luz y argentería,
Con tanto brillo efímero
Sin nada de rëal?
  Crëar quiero en dos pléyades
Pöetas y pintores;
Porque esos cuadros célicos
De luz y de colores

Engendran la recóndita
Noción de lo idëal.
  Así, yo vivo en cármenes
De luz y colorido:
Cual va al Norte la brújula
Yo voy donde he nacido,
Girando siempre en piélagos
De luz y de color.
  Nací en Cádiz la espléndida,
Joyel de Andalucía,
Donde es azul la atmósfera
Y alegre y claro el día:
Por eso hablo en imágenes,
Por eso soy pintor.
  Así, región diáfana
Yo soy lo que me has hecho:
Tu sol es quien los gérmenes
Anima de mi pecho;
Y el sol y el mar cual númenes
Por siempre he de adorar.
  Aquí admiran extáticos
Bellezas los sentidos;
Los ojos formas plácidas;
Cantares los oídos,
Que luz mi tierra y rítmica
Se place en derrochar.
  Yo, el hijo de estas márgenes,
Derrocho cuanto heredo:
Si no me véis más pródigo,
Decid que más no puedo:
Por eso soy fantástico,
Poëta y soñador.

Nací en Cádiz la espléndida,
Joyel de Andalucía,
Donde hay azul atmósfera
Y alegre y claro día...:
Por eso hablo en imágenes,
Por eso soy cantor.

ILUSIÓN

I

Corre el agua sobre arena
De partículas de oro,
Y con voz canta serena
Dulce cántico sonoro.
—¡Mira, mira, caminante,
¡Cuán tranquila es mi corriente!
¡Cuán hermoso y transparente
Es el cielo en mi cristal!
¿No ves peces placenteros
De carmín y oro encendido?
Mira al sol ya confundido
Con la arena y el coral.
«¿Oyes cómo canta oculta
Tras las peñas de mi orilla
Pura náyade sencilla
Canto tímido de amor?
Oye aún esos cantares
Con que alegre la acompaña
Escondido entre la caña
Aire vago y silbador.

«Aquí nunca el febeo rayo
Abrasó terso semblante;
Ven al agua, caminante,
Ven tu ardor á mitigar.
En la noche aquí el destello
De la luna es misterioso;
Y el lenguaje es delicioso
De mis linfas escuchar.»
Corre el agua transparente
Por las márgenes de oro,
Y en el aire dulcemente
Vaga el cántico sonoro.
—Puro río, puro río,
(Dice alegre el caminante)
¿Eres bello desvarío
Imposible y seductor?
¿Huyo el aura abrasadora
Y por tí la dejo alegre?
¿En tu linfa encantadora
Mitigar podré mi ardor?»
Y corriendo por la arena
De partículas de oro,
Más la voz era serena
Del cantar dulce y sonoro.
—Este sol que tanto brilla
Brilla trémulo en tu seno;
Y los tilos de tu orilla
Invertidos todos son.
¿Son enigmas rutilantes
De imposible arquitectura?
Quiero ver si esos cambiantes
Son certezas ó ilusión.»

Corre el agua mansamente
Por las márgenes de oro,
Y cual nunca dulcemente
Suena el cántico sonoro.

II

Y el viajero entusiasmado
Hasta el agua se llegó,
Y, al tocarla, el cuadro ansiado
De su vista se ahuyentó
Por mil círculos borrado.
Mas el agua mansamente
Por las márgenes de oro,
En su límpida corriente
Murmuraba dulcemente
Siempre el cántico sonoro.
¡Ay del triste caminante.
Que el falaz cántico oyó!
¡Ay! que á oirlo se paró,
Y con crédulo semblante
Al cristal luego llegó!
Ya del agua engañadora
No se puede separar,
Aunque no hay mayor pesar
Que mirar lo que se adora
Sin poderlo disfrutar.
Y jamás toca el cuitado
Aquel cielo de zafir,
Ni halla nubes ni arbolado;
Que á reflejos sólo es dado

Cielo y tierra confundir.
Y mofando de su lloro,
Aquel agua mansamente,
Por las márgenes de oro
Va cantando dulcemente
Siempre el cántico sonoro.

DON EUSEBIO BLASCO

LA ORACIÓN

¡Oid! Con són doliente que el ancho espacio hiere,
Resuena la campana cuando la tarde muere,
Y el sol hunde sus rayos en el confin del mar.
¡Oid! Allá en la torre voltea la campana
Que al corazón infunde la santa fe cristiana
Y anuncia un día menos en el que va á espirar.
Ya el campo sin faenas quedando va desierto,
Las barcas pescadoras volviendo van al puerto,
La lumbre en los hogares comienza ya á lucir.
Fosforescentes brillan las murmurantes olas,
Y lánguidas las flores plegando sus corolas
Se humillan dolorosas sintiéndose morir.
El pájaro nocturno se cierne en la montaña,
Los perezosos bueyes, tornando á la cabaña,
Hoy como ayer pasaron, más lentos hoy que ayer.
Buscando van las aves el amoroso nido,
El bosque entre las ramas exhala hondo gemido,
Y van las hojas secas rodando á perecer.
La sombra se alza y crece, la noche avanza oscura;
Silencio reina en torno del monte y la llanura

Y el campo no repite ni el más leve rumor.
Medrosa el aura leve los árboles orea,
Y el humo que levanta la oscura chimenea
Se pierde entre la sombra sin forma y sin color.
¡Orad! Que son momentos de meditar en calma,
La luz que espira infunde recogimiento al alma
Y plácidos alivios al cotidiano afán.
¡Orad! que la campana, con fúnebre armonía,
Recuerda en los celajes del moribundo día
Las horas que se alejan, los días que se van.
Orad, y á Dios fervientes alzad los corazones,
Y el alma en el crepúsculo sus breves ilusiones
Aprenda en las imágenes que mira por doquier.
La vida es luz poniente, sol que fugaz refleja,
La flor que se marchita, y el humo que se aleja,
Hoja que el viento lleva rodando á fenecer.
Orad, y en estas horas de calma y de reposo,
Serena el alma siga su rumbo proceloso
Del mar del infinito bogando en la extensión.
¡Orad! Que nadie sabe si existirá mañana,
Y lenta resonando la fúnebre campana
Nos une al cielo amante con ecos de oración.

Del libro titulado SOLEDADES

Mientras alegres cantan tiernos poetas
Del campo en luz bañado la lumbre pura,
Y el balsámico aroma de las violetas
Y la fuente sonora que amor murmura;
Mientras brindan amores, de encantos llenos,
Las flores de los valles, la luz del día,

Y los limpios arroyos corren serenos,
Y en los álamos verdes la alondra pía;
Mientras mece sus hojas la esbelta palma
Que el aire cariñoso gentil cimbrea,
Y el mar, como tus ojos, inunda el alma,
Y al arrayán silvestre la brisa orea;
Mientras suenan canciones en las cabañas,
Y el ruiseñor exhala tristes congojas,
Y el sol dora las cumbres de las montañas,
Y en el bosque dormido tiemblan las hojas,
Y en el mundo se anuncia la primavera
Y es todo alegre y rico, pingüe y fecundo,
Ven, que tú y yo aquí juntos la tarde entera,
Vamos á ser dichosos lejos del mundo.
Ven, que ya el aposento donde te pido
Confesión de mil sueños, que tú no sabes,
Tibio está y aromoso como está el nido
Donde el canto primero lanzan las aves.
Ven, que ya entre la leña que se consume
La moribunda llama tiembla y ondea,
Y al aire en que respirô falta el perfume
Que tu aliento de rosa siembra y orea.
Ven, que los verdes troncos crujiendo lloran,
Y los blandos asientos junto á la lumbre,
Convidan al secreto con que se adoran
Los que de amar á solas tienen costumbre.
Mirar con sed del alma quieren mis ojos
Los rizos desprendidos sobre tu espalda,
Y aquí adorarte quiero puesto de hinojos
Con mis manos dormidas sobre tu falda.
Yo te diré entre tanto que el aire hiere
Los entornados vidrios con dulces sones,

Lo que se siente viendo la luz que muere
Cuando envuelve la sombra dos corazones.
Te diré los tormentos en que me agito
Cuando en mis soledades, de sombras llenas,
En insomnio de amores febril palpito
Devorando en silencio mis hondas penas.
Te haré ver de mi lecho bajo la almohada
La rosa que en secreto me diste un día,
Y á deshora me cuenta con voz callada
Lo que en tu blanco seno feliz sentía.
Donde quiera que tornes tus ojos claros
Verás que tus recuerdos forman mi culto,
Porque de ellos mis ojos son siempre avaros,
Y ellos son el tesoro que guardo oculto.
Aquí hay calor del alma que tu amor siente,
Y al apagar la llama sus resplandores,
Darán dulces perfumes al tibio ambiente
Dormidas en sus vasos las frescas flores.
Aquí donde no alcanza la vista humana
Sentiremos corrientes fascinadoras,
Y pensando en que nunca llegue mañana
Dejaremos que pasen lentas las horas.
Aquí en estrecho lazo los dos unidos
Saldrán á nuestros labios los corazones;
Aquí oiremos el eco de sus latidos
Contando en el silencio las pulsaciones.
Serán de nuestra dicha rítmico arrullo,
Cuando el último rayo nos mande el día,
La lumbre con su vago dulce murmullo,
La péndola con triste monotonía.
Resonará en mi pecho, rápido y breve
El suspiro medroso que amante exhalas,

Como el dulce aleteo tímido y leve
Con que el amor en torno cierne sus alas.
¡Boguemos en la sombra con rumbo á un cielo
Que oculta entre sus nubes luciente día!
Deja que nuestras almas rompan su vuelo
Navegando en las ondas que el aire envía.
En las masas informes del ancho espacio
Y en la niebla flotante de mil vapores,
Levantarón los genios aéreo palacio
Donde cantan tus glorias y mis amores.
Yo te guardo una patria desconocida
Y en su región sin nombre serás señora;
Nuestro ambiente es la niebla descolorida,
Nuestro mundo la sombra desoladora.
Boguemos como el aire sobre la espuma,
Volemos como el viento que va perdido,
Y rompiendo anhelantes la densa bruma
Busquemos otro mundo desconocido.
¡Espíritus errantes y misteriosos
Que vagáis del espacio por las regiones,
Dadme el rumbo ignorado con que dichosos
Hallen su dulce asilo dos corazones!
¡Ay bien del alma mía! ya tu sonrisa
Me anuncia tu partida tan dolorosa,
De la tarde al perderse la última brisa
Me anuncia de tu ausencia la ley forzosa.
Ya para abandonarme sin que te vean,
Cuidadosa te cubres tu faz de cielo;
Déjame que mis labios tu velo sean
Y que ardientes se posen sobre tu velo.
Que al escuchar cual dulce postrero goce
Tus pasos temerosos perderse iguales,

De la crujiente seda sintiendo el roce,
Como de mariposas en los rosales;
Llorando tus ausencias que son tan largas,
Cayendo en el hundido sillón de raso,
Lágrimas del recuerdo vertiendo amargas,
Conservará mi oído tu último paso.
Y al amor de la llama que con su lumbre
Renovará en mi mente dulces ideas,
Comenzaré á escribirte, según costumbre,
La carta que comienza: «¡Bendita seas!»

DON JOSÉ M. DE MARTORELL Y FIVALLER

(Duque de Almenara Alta).

LAS DOS BELLEZAS

La tarde espira en las postreras galas
Envuelta de su lumbre;
Ya la noche cobija con sus alas
Los llanos y la cumbre.
Ébria la tierra de nocturno encanto
Ahoga todo acento;
Ni el hombre tiene voz, ni el ave canto,
Ni suspiros el viento.
Súbito un rayo la estrellada cumbre
Del firmamento hiende,
Y desatado en lluvia de alba lumbre
Á la tierra desciende.
Á su riego de aljófares la loma
Como un astro fulgura;
La luz el curso de los valles toma
Y enciende la llanura.
Llevada de esas ondas de fulgores
Por la instable corriente,

Como en lecho purísimo de flores
Tendida blandamente,
Cándida virgen, al sombrío campo
Donde mi angustia mora,
Llega serena, como al bosque el lampo
De la púdica aurora.
Yo me arrojo á sus pies, yo la contemplo
Y la bendigo y lloro;
Mas no; no es ella el ángel que en el templo
De mi espíritu adoro.
—Huye—su dicstra en mi abrasada boca,
Murmuró tristemente;
Huye el recuerdo que en mi seno evoca
La calma de tu frente.
No es tu beldad como el festivo halago
Del céfiro tranquila,
No es el iris de paz que cerca vago
Tu espléndida pupila;
No es el candor que borda tu semblante
De luz de primavera,
No es tu anhelo infantil, dormido amante
Que amar despierto espera;
No es el Edén de plácida ternura
Que me ofrece tu calma,
No eres tú, no eres tú, yerta hermosura
El cielo de mi alma.
Hijo del ronco mar, adoro el trueno,
El rayo, la tormenta,
El vendaval que en piélagos de cieno
Sobre el valle revienta:
El crujir de las hojas que amontonan
Los vientos otoñales,

El rodar de las aguas que abandonan
Rugiendo los riscales,
El correr de los astros y las nieblas
En belicosa gira,
La lidia de la luz con las tinieblas
Cuando la tarde espira;
Ecos que luchan para hurtar al viento
El rumor de un sonido,
Piedras que afrontan en su eterno asiento
Las olas del olvido;
Razas que alientan en febril orgía
De hirvientes veleidades,
Almas que enfrenan la inmortal porfía
De amadas tempestades.
Hijo del ronco mar, la guerra adoro;
Purísima azucena,
De tu hermosura angélica el tesoro
Mi angustia no refrena.
Amante serafín, tiende las alas,
Remonta el casto vuelo;
Sea el fulgor de tus virgíneas galas
Aurora de otro cielo.
Y en tanto yo, cuando el cercano monte
Huya la blanca luna,
Y no esclarezca el pálido horizonte
Rastro de estrella alguna,
Del manto de la noche rizo leve,
Nacer ante mis ojos
Una nube veré de crespa nieve
Envuelta en cercos rojos;
Nube de tempestad, el rayo anida
Flamígero en su seno,

La lluvia torrencial, la enronquecida
Voz con que ruge el trueno.
Nube de tempestad que rauda asoma,
Y crece y se agiganta,
Y el campo etéreo cubre, el aire doma
Y con su calma espanta...
¡Oh! mira, mira; como un rasgo breve
De combatida lumbre,
Ya un celaje de púrpura y de nieve
Borda la etérea cumbre;
¿Oyes el trueno, voz de la tormenta
Que encarcelada brama?
Así oculto un incendio mi alma alienta
Que espacio y luz reclama.
¿El relámpago ves que serpentea,
Y alumbra y palidece?
Así rauda mi dicha centellea
Y así se desvanece.
Mira, el celaje audaz ya entolda el cielo
Y la tierra ilumina
Con su espantable horror; ya anuncia el duelo,
Ya engendra la ruina.
¿Será tal vez que en líquido torrente
Su ceño desatado
Ni aun sombra deje de verdor viviente
En monte, bosque y prado?
No, no; la torva nube para y ceja,
Se rompe y se deshace,
Y á través del vapor que ondeando deja
Mi blanca aurora nace.
En los campos del sol, montes de flores
Que cerca un mar bravío;

Allí el templo, el altar de mis amores,
Allí el ídolo mío.
¡Es ella, es ella! Aún lleva en la mejilla
Los dejos del quebranto,
Aún en sus ojos el contento brilla
Entre nubes de llanto.
Amor que lidia y vence: es ella; es ella;
Su pálido semblante,
Sus negros rizos, la febril centella
De su mirar radiante,
Su dulce sonreir, miel de los labios
Que á gozarlos provoca,
Mi placer, mi esperanza, mis agravios
Pendientes de su boca.
Mírala, es ella; póstrate conmigo;
Cuando ausente la imploro
Con la callada noc[illegible] testigo
Viene á cal[illegible] loro:
Al viento dando la [illegible] bruma
Su rostro de [illegible] a,
Mientras huella su [illegible] de espu[illegible]
Que toca y n[illegible]
Tenues celajes de a[illegible] osa
Circundan su [illegible],
Flotante pabellón de [illegible] osa
Le trenza el firm[illegible]
A sus plantas abate lis[illegible]
Sobre el suelo las [illegible]
De su pródigo amor la p[illegible]
Y lo cubre de gala[illegible]
Ciñese el risco de arrebol[illegible]
Arde y humea el m[illegible]

La cumbre es un incendio, un mar hirviente
De luz el horizonte.
Lleva do quier preñada de contento
El aura su rocío,
Envidia da la flor, envidia el viento,
Envidia el gozo mío.
¡Dame el laúd! La máscara de hielo
Que finge mi semblante
Caiga rota á mis pies. ¿Quién ve mi anhelo?
¿Quién mi delirio amante?
Ojos, en vano del temor regidos,
No dáis al mundo enojos.
¡Llegad á quien suspende mis sentidos
Miradas de mis ojos!
Himno del alma que al nacer espiras
Ahogado en mi garganta,
Ni los celos te acechan, ni las iras:
Mi amor, mi gloria canta.
¡Dame el laúd! Mi amada por testigo;
El [illegible] rio encanto,
Tu asombr[illegible] lacer... ¿Quién, quién con-
No a[illegible] ropio llanto? [migo
[illegible]ndida vi[illegible] la diestra el ramo
Llevan[illegible],
[illegible]eces con[illegible] eclamo
[illegible]a un al[illegible]
[illegible] tien[illegible]
[illegible] cast[illegible]

DON AMOS ESCALANTE

BREZOS

Patiens solitudinem.

—«Antes que al sol y al aire en los rastrojos
La plateada estela de la oruga,
En el cristal de los humanos ojos
La lágrima se enjuga.
De cauce ó brisa si el susurro blando
Nunca del valle á acariciarme sube,
¡Cuál me consuela sobre mí llorando
La pasajera nube!
¡Ay de la flor cautiva de la fama,
Engreída en su gloria y su fortuna,
Cuando agonicen yertas en la rama
Sus hojas una á una!
¡Ay cuando mire en su fatal ocaso
Gozarse el odio, sonreir los celos,
Y no la endulcen el amargo paso
Los desdeñados cielos!
Mi soledad en la montaña adoro,
Más claro el cielo de estas cumbres miro;

Nadie aquí sabe cuándo río ó lloro,
Nadie por qué suspiro.
Si otro que aquel en quien su amor espera
Las ansias de una flor adivinara,
Por desleal, por vana se tuviera,
En su rubor se ahogara.
En estos montes donde vivo y brota
Agreste manantial, hondo murmura
El ¡ay! del agua entre las peñas rota
Y el viento de la altura.
Voces de tempestad que me arrullaron
Y el corvo tallo en que nací mecieron,
Si colores de alegre me robaron,
De amante me los dieron.
Púrpura triste, túnica y sudario
De mártir, no de rey, descolorida,
En la penosa cuesta de un Calvario
Es gala de mi vida.
Es mi aroma sutil ¡cuántos le niegan!
Las pocas almas cuyo gusto halaga
A comprender de un desdeñado llegan
Cómo querido paga.
Su cabello perfumo ó su justillo
Si me coge al pasar la montañesa,
Y aromo el vaho de su hogar, si brillo
Al fuego hecha pavesa.
Nadie aprendió en la gándara bravía
Qué es desagradecer, ó qué es olvido:
A la más pobre flor y más sombría
El sol ha sonreído,
Y la silvestre miel que fosca abeja
Sorbe en sus jugos y en panales cuaja,

Si á la de flor ninguna se asemeja
¡A cuántas se aventaja!...
Obscuro es mi decir; no sé los nombres
Cuantos de vida y alma han de saberse;
El hablar de una flor al de los hombres
¿Cómo ha de parecerse?
Mas una sola voluntad ordena
Las regias glorias del humano acento
Y el ruido obscuro que en mis hojas suena
Mecidas por el viento...
¡Oh rudo monte! ¡oh patria! si soñamos,
Cuando en el cielo que tan alto vemos
Patria más venturosa imaginamos,
Soñemos ¡ay! soñemos.»—

EN EL SARDINERO

En estas aguas azules
Tus claros ojos posaste
Y de estas aguas los míos
No aciertan á separarse.
¡Qué busco en ellas! preguntan
Cuantos me ven en su margen,
Con el sol de la mañana,
Con la estrella de la tarde.
¡Qué busco en ellas! preguntan:
Necios sin duda, no saben
Que no estuviera en la orilla
Si algo en las olas buscase.
Mirándose en sus colores,
Como en tus pupilas antes,

Mi corazón se decía
Si es posible no adorarte;
  Si habrán de ser sus tristezas
Cuanto profundas durables,
Y si hay culpa que del cielo
Merezca rigor tan grande,
  Como haber rendido el alma
A mujer que tanto vale
Y encontrar solo en la suya
Invencibles frialdades.
  Loco me llaman y aciertan,
Que es locura miserable
En soñados imposibles
Cifrar deseos y afanes.
  Mas ¡ay! la razón me sobra
(Plugiera á Dios me faltase)
Para sentir tus desdenes,
Para llorar mis pesares;
  Para entender que es la vida
Corta en bienes, rica en males,
Sin número sus dolores
Y los míos incurables.
  Para alma á quien un deseo
Punza y no logra matarle,
Aun el espacio infinito
De su pensamiento es cárcel.
  Presa entre sus angosturas
Desesperada combate
La mía, y no alcanza fuerzas
Para desencarcelarse...
  El viento calla escondido,
Dormidas las olas yacen,

¡Oh, quién el sueño dichoso
De su inmensidad gozase!
¡Cuánto de tí me revelan
Sus misteriosos cristales!
De ellos tienes lo profundo.
¡Si tuvieras lo mudable!

EL OLIVO

—«Vense mis hojas tristes, y apagado
Su brillante matiz, desde que yerto
Y angustiado Jesús dejó en el huerto
Mi tronco en sangre y en sudor bañado.
Mas del santo rocío penetrado
A eterna vida en nuevo sér despierto
Y cuando el campo palidece muerto
Soy de verdor perenne coronado.
Fecundizada en el temprano brote
Por lágrimas de un Dios la savia mía
Unge al monarca y unge al sacerdote,
Y dejóme del huerto la agonía
Paz en mis ramos que la guerra acote,
Luz en mis frutos que dilate el día.»—

DON VICENTE W. QUEROL

CARTA AL Sr. D. PEDRO A. DE ALARCON
ACERCA DE LA POESÍA

Amigo, cedo al fin. Los que dispersos
Entregué al aire vano
En mi edad juvenil fútiles versos,
Hoy con piadosa mano
Recojo y cierro en el modesto libro,
Que al triste olvido de la edad entrego,
Ó al duro fallo de los tiempos libro.
Lo engendré en la nocturna
Fiebre de mis pasiones primerizas,
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
Del corazón las cálidas cenizas.
En él están mis infantiles sueños,
El laurel disputado en árduas lizas,
De la osada ambición locos empeños,
La fe jurada, la esperanza muerta,
La aspiración incierta,
Los horizontes del amor risueños:
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías
En el oído extraño,

Ajeno á mi placer, sordo á mi daño,
Sonarán siempre las canciones mías;
Pero, al volver sus páginas, yo encuentro
Mi gozo entre ellas ó mi antigua angustia,
Cual suele hallarse dentro
De un olvidado libro una flor mustia.
  Yo cobarde no oculto
Mi fe en tí, desdeñada Poesía,
Ni el ciego amor y el fervoroso culto
Con que en tus aras me postré algún día.
No reniego de tí cuando la mofa,
Cuando el villano insulto
Responden sólo á tu vibrante estrofa;
No aparto de mi labio
De tu cáliz de hiel las negras heces,
Ni te abandono al miserable agravio,
Ó á las burlas soeces
Del vulgo, indigno de tu noble estro;
Y cuando ante el siniestro
Tribunal vas de tus inícuos jueces,
Yo, discípulo tuyo, por tres veces
No negaré al Maestro.
  ¡Santa palabra de Jehová!
—Con ella
Moisés cantó el enojo
Con que borró de Faraón la huella
En sus líquidos antros el mar Rojo;
Con ella sobre Nínive sujeta
Al yugo del pecado, y sobre Tiro,
Y en la ancha plaza de Sidón inquieta,
Quejumbroso suspiro
Ó eterna maldición lanzó el Profeta;

Con ella, junto al cauce
Del extranjero río, su salterio
Colgando al tronco del umbroso sauce,
Lloró Judá su amargo cautiverio;
Con ella dijo su doliente cuita
Job á la inmunda fiera del desierto;
Y con ella la hermosa Sulamita
Cantó al amor en su cercado huerto.
¡Numen severo de la historia!
—Vive
Todo lo que el poeta
Con sabio ritmo sonoroso escribe;
Muere lo que desdeña!—Allá, en la vaga
Muda extensión del páramo infinito,
La soberbia pirámide naufraga;
La esfinge de granito
Se hunde en la arena movediza; el verde
Musgo los templos de Atica sepulta;
La corva reja del arado muerde
Las feraces colinas
Donde su oprobio Babilonia oculta;
El rebaño del árabe se pierde
Entre las vastas ruinas
Que cubren tus llanuras, oh Cartago,
Mientras que en las vecinas
Costas de Italia, con el propio estrago,
Tu egregia vencedora,
La Reina de las águilas latinas,
Sola, entre tumbas profanadas, llora.
Envuelta en el sudario
De un vergonzoso olvido,
Fuera la Tierra el miserable osario

De las humanas razas, si el gemido
Ó el cántico de gloria
De los antiguos vates,
Eco veraz de la solemne historia,
No nos trajera en clamoroso ruido
Sus fragorosas ruinas y combates,
Ayes de muerte y gritos de victoria.
De un siglo al otro siglo el viento lleva
En las vibrantes cuerdas de la lira,
La predicción de la esperanza nueva
Ó el triste llanto de la edad que espira;
Y como en la callada
Soledad de las noches, de astro en astro
Vuela el pálido rastro
De la luz increada,
Así el vate, en la oscura
Noche del tiempo, que el pasado esconde,
Habla á los bardos de la edad futura,
Y Osián los cantos de Ilión murmura
Y Dante al salmo de David responde.
¡Hija de la Belleza!
—A la alborada,
De blanca luz ceñida,
Á la aurora, de púrpura bañada,
Y en la tarde apagada,
De húmeda niebla y de vapor vestida,
Son sus joyas las perlas del rocío,
Las flores son sus galas,
Su claro espejo el transparente río,
Los céfiros sus alas,
Las rojas nubes sus movibles tiendas,
Su blanca cuna las inciertas olas,

Y el ancho espacio las etéreas sendas
Por donde marcha á solas.
Gime en la selva que estremece el viento,
Triste en la fuente solitaria llora,
Canta del ave en el alegre acento,
Ríe en la luz de la naciente aurora;
Y cuando cruza con callado vuelo
La tierra, el mar ó el cielo,
Todo en ritmo sonoro
Vibra al compás del cadencioso metro,
Y en luminoso coro
Van las estrellas de oro
Rodando en torno á su extendido cetro.
¡Hija del sentimiento!
—En la indecisa
Vaguedad del espíritu; en la calma
De la conciencia justa;
Del débil niño en la infantil sonrisa;
En los deliquios lánguidos del alma;
Del corazón en la soberbia augusta;
En la ira noble, en el amor materno,
En la ansia no cumplida,
En los hastíos de la humana vida
Y en el místico amor de un bien eterno;
En el lóbrego abismo,
Cárcel que la pasión fiera quebranta,
En el grito febril del heroísmo,
Y en la oculta virtud, callada y santa,
Como en el crimen mismo,
Ella, la Poësía,
Surge y cruza sombría,
Y el puñal blande ó la oración murmura;

Ciñe á la virgen los nupciales velos;
Solloza en la olvidada sepultura,
Y, en los humanos duelos,
Con la tendida diestra
Á toda angustia inconsolable muestra
La eterna luz de los abiertos cielos.
  Tal, en la edad confusa
En que á la vida el corazón despierta,
Yo la soñada Musa
Ví en el umbral de la cerrada puerta,
Que mi ambición ilusa
Juzgó á la gloria y la esperanza abierta.
No entré... pero en mi oído
Sonó el grande rüido
De los santos acordes celestiales;
Y aún hoy, en este olvido
Y en esta amiga sombra,
Donde es la paz un dictamo á mis males,
Entre el silencio escucho, y aún me asombra,
El rumor de los himnos inmortales.
  Tú, que has unido á ellos,
Oh dulce amigo, tu canción sonora,
Y alumbraste con vívidos destellos
Esta noche del alma abrumadora,
Brïoso corazón que en las bastardas
Horas sin fe, que nos legó el destino,
Inmaculado aún guardas
De una alta estirpe el resplandor divino,
Abre el libro y no temas,
Al revolver las hojas
De mis pobres poemas,
Que ose en ellos cantar glorias supremas

Ni supremas congojas.
El débil numen que mi verso inspira
Nunca osó ambicionar más noble palma
Que traducir fielmente con la lira
La efusión de mi alma.

Á MARIA

Anoche me decías,
Enlazando tus manos con las mías:
—«¡Perdóname! pero al leer tus trovas,
»Llenas de ansia sin fin y altos anhelos,
»Parece que algo de tu ser me robas
»Y, sin celos de amor, lloro de celos.»
Yo respondí:—«En confusa
»Duda el exceso del amor te abisma.
»Siendo tú de mi canto única musa,
»Tus celos son los celos de tí misma.»
Tú, bajando la frente, me dijiste
Con un acento resignado y triste:
—«Siempre el poeta ama
»Algo ajeno á esta vida transitoria.
»Tú olvidarás la dicha por la fama;
»La rival de mi amor llámase Gloria!»
«La Gloria! exclamé entonces;
»Gloria fuera, mi bien, dejar escrito
»Mi amor más duradero que los bronces,
»En versos más eternos que el granito.»
Tú callaste indecisa,
Dudosa entre el placer y los enojos,
Y al par brilló en tu labio una sonrisa

Y una furtiva lágrima en tus ojos.
Luego me hablaste así:
—«¿Por qué un renombre
»Vano mezclar á nuestras dichas quieres?
»¡Place la estéril vanidad al hombre!
»¡Place el callado bien á las mujeres!
»Amor es un secreto
»Dicho siempre al oído.
»La noche busca el amador discreto
»Como la sombra de la selva el nido.
»Amor es toda abnegación del alma,
»Todo desdén profundo
»Á cuanto turbe la celeste calma
»Con las luchas del mundo!
»Amor es un destierro
»Á las islas desiertas,
»Y es voluntario encierro
»Del que el silencio fiel guarda las puertas.»
Yo murmuré:
—«¿Quién sabe
»Si es la esperanza audaz mentido sueño,
»Blanca y gallarda nave
»Que busca en ancho mar puerto remoto,
»Y al fin náufrago leño
»Sobre la playa abandonado y roto?...
»¡Ah! cuando tierna exhalas
»Las quejas de tu duelo,
»Mi ambición plega las abiertas alas
»Temerosa del vuelo,
»Y pienso, cuando escucho tu querella,
»En el símbolo aquel de los amores,
»Que pinta al pie de la gentil doncella

»Preso al león entre enlazadas flores.»
«Sí, añadiste; tú luchas
»Cuando mi queja apasionada escuchas,
»Y dudas y vacilas,
»De la sirena al tentador arrullo,
»Entre las horas del hogar tranquilas
»Y los falaces triunfos del orgullo.
»Vuela, pues, al combate
»Que el mundo libra con funesta ira,
»Poniendo al arco de la guerra, oh vate,
»Las cuerdas de tu lira.
»Tú á mi lado vendrás triste y enfermo,
»Con el doliente corazón herido,
»Como el asceta penitente al yermo
»Va con ansia de amor y ansia de olvido.»
«Yo volveré, te dije, con la palma
»Verde de la victoria,
»Para ceñir alrededor de tu alma
»El nimbo de oro de la eterna gloria.
»¿Por qué tú, de mis versos dulce musa,
»No habrás de ser acaso,
»Beatriz del Dante, ó Laura de Valclusa
»Ó Eleonor del Tasso?
»Siempre al héroe acompaña
»El genio inspirador de su alta hazaña.
»Aquiles vence en la feroz contienda
»Bajo el escudo protector de Palas.
»Como la diosa, tú, de la leyenda
»Harás que en mis combates me defienda
»La égida santa de tus blancas alas.»
Callaste. Amanecía.
Entre mis manos trémulas tu mano

Estaba quieta y fría.
Las aves del jardín alegre salva
Al día hicieron con feliz concierto.
Tú estabas blanca y triste, como el alba
Que iluminaba la pared del huerto.
Yo con miradas contemplaba inquietas
Tus miradas tranquilas,
Y ví en llanto bañadas tus pupilas,
Cual bañaba el rocío las violetas.
Sentí en el pecho de mi loco agravio
El torcedor agudo:
Quise hablarte, y mi labio
Tornó á cerrarse mudo.
Han pasado las horas: mayor calma
Ahora reina en mí mismo;
Pero ¡aún sufre en sus vértigos el alma
La atracción del abismo!

DON TEODORO LLORENTE

EL PEGASO

Ver, sentir, gozar ansiaba,
Y por saciar el profundo
Anhelo que me inquietaba,
La resolución tomaba
De llegar al fin del mundo.
Una dulce amiga mía,
Llamada la fantasía,
Que me tiene medio loco,
«Contigo voy», me decía,
«Pero el tren anda muy poco.»
«A grupas en mi corcel
Sube».—Subí. ¡Gentil caso!
Cual las velas de un bajel,
Extendió dos alas él,
Y alzó el vuelo. Era el Pegaso.
Como el águila caudal,
Emprendió la sin igual
Vertiginosa carrera,
Que con risa celestial
Regía mi compañera.

Valles y montes se hundían;
Pasábamos á través
De las nubes, y corrían
Imperios, que parecían
Juguetes, á nuestros pies.
El corcel, sin dejar huellas,
Surcó las etéreas salas;
Fulguraban las estrellas
Entre las blancas y bellas
Plumas de sus grandes alas.
Entre mil luceros de oro,
Entre mil soles de fuego,
Por sendas de luz, que ignoro,
Hízome ver sin sosiego
Cuanto ansío y cuanto adoro;
Cuanto admira la ilusión
En perpètua lontananza;
Cuanto, verdad ó ficción,
Sueña la imaginación
Y promete la esperanza.
De este mundo sublunar
Desde entonces no hago caso.
Si algún bien quiero gozar,
No tengo más que gritar;
«¡Abre las alas, Pegaso!»

Á LA ALONDRA

Calla, importuna alondra vigilante,
Que audaz remontas hasta el sol el vuelo:
No despierte á tu voz mi dulce amante,
Soñando que la llaman desde el cielo.

Como en la móvil cuna feliz niño,
Ella el sueño de amor duerme inocente;
Su ebúrneo brazo, que encorvó el cariño,
Da blando apoyo á la tranquila frente.
Extendida su diestra sobre el lecho,
Busca tal vez la mía cariñosa;
Y dormido sonríe, si la estrecho,
El casto labio que humilló á la rosa.
Brisas tempranas los dorados rizos
que el seno inundan, juguetonas mueven,
Y descubren los cándidos hechizos
Que á profanar los ojos no se atreven.
Leo, al pasar sobre su frente pura,
Los pensamientos de su amor risueños;
Y sorprendo temblando mi ventura
En las dulces sonrisas de sus sueños.
Como cubre la luna blanca gasa,
Vela su frente nube pasajera;
Lenta á mis ojos y apacible pasa,
É interna luz su rostro reverbera.
El mudo labio, que entreabrirse quiere,
Deja escapar murmurador gemido,
Y en él confuso y palpitante muere
Mi nombre, una y cien veces repetido.
En un suspiro de amoroso fuego
Por fin el tierno corazón estalla,
Y su labio feliz sonríe luego...
¡Cállate, alondra vigilante, calla!

EL IDILIO DEL ZAPATERO

Vive junto á mi casa un zapatero
Que en la tosca porfía,
De la lezna tenaz y el duro cuero
Pasa ocupado el día.
Pero cuando aparecen las estrellas
En la extensión lejana,
Y el pobre ve brillar dos ó tres de ellas
Por la estrecha ventana,
Arrojando ¡oh placer! el mandil rudo,
Agarra codiciosa
Su mano, aún llena de grasiento engrudo,
La flauta melodiosa,
Y á la brisa que pasa mansamente
Por la obscura calleja,
Da un aire melancólico y doliente,
Cual prolongada queja!
Globos de fuego, esferas de topacio,
Astros de luz y de oro,
Pausados giran por el alto espacio
En acordado coro.
Y húmeda de sudor la sien radiante
Sin compás y sin pauta,
Hace sonar el músico incesante
La quejumbrosa flauta.
Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Y mirándose en ellas,
Árboles do las aves peregrinas
Vierten dulces querellas;

Titiro bajo el haya reclinado,
Que al son de dulce avena,
Da el nombre de Amarilis adorado
Al valle y selva amena;
Flérida más risueña y más hermosa
Que Abril de flores lleno,
Blanca como la leche, y más sabrosa
Que fruta en huerto ajeno;
El dulce lamentar artificioso,
Las razones discretas
Con que luchan Salicio y Nemoroso
Menalcas y Dametas;
Galatea, que arroja en pueril juego
La manzana incitante,
Y entre los mimbres se agazapa, luego
Que la ha visto su amante;
Cuanto tú, Garcilaso, y tú, Virgilio,
Cantásteis doctamente;
Cuanto sueña quimérico el idilio
Á orillas de la fuente;
Limpias cabañas entre agrestes lomas,
Honda gruta escondida,
Fuentes y flores, céfiros y aromas,
Luz, aire, amor y vida...
En dulces cuadros, que la dicha puebla
Y un rayo del sol dora,
Hace alegres surgir de la tiniebla
La flauta creadora,
Mientras que giran en el alto espacio
En acordado coro
Las esferas de fuego y de topacio,
Los astros de luz y oro.

UN RAMO DE CLAVELES Y AZUCENAS

Un ramo de claveles y azucenas
Me pusiste en la mesa en que escribía:
Dios, remunerador de acciones buenas,
Te pague la merced, dulce hija mía.
Como al enfermo, á quien la fiebre mata
El fresco manantial, cual los fulgores
Del sol al ciego, para mí fué grata
La bendita limosna de esas flores.
Miro sobre mi mesa amontonados
El viejo in-folio, de pesada glosa,
Los librejos del día, aún no cortados,
El vulgar expediente, ¡horrenda prosa!
La carta insulsa, el memorial prolijo,
El libelo procaz, de amargas hieles,
Y entre el fárrago aquel, ¡oh regocijo!
Tu ramo de azucenas y claveles.
El me dice: ¡Alegría! ¡Primavera!
¡Efluvios del jardín! ¡Luz de la aurora!
¡Soplo vital que al mundo regenera!
¡Naturaleza, siempre creadora!
Mi espíritu, rendido bajo el peso
De insoluble cuestión, de acerva duda;
Mi desmayado corazón, opreso
Por la contienda de la vida, ruda;
Mi orgullosa conciencia, á la que llamo,
Y en el trance fatal hallo indecisa,
Cálmanse todos al mirar el ramo
Do pusiste tu amor y tu sonrisa.

Mi ser inunda el bienhechor aroma
Purificando el alma; y al instante,
Como sol puesto que de nuevo asoma,
La perdida ilusión surge triunfante.
Brilla á mis ojos plácida alborada,
Y llena, con sus trinos hechiceros,
Mi fantasía, selva enmarañada,
Un tropel de calandrias y jilgueros.

DOS AÑOS DESPUES

Soñaba: un ángel ví que descendía
De las mansiones de la luz serenas,
Y llevaba en las manos, ¡oh alegría!
Un ramo de claveles y azucenas.
—«¡Hija!»—grité, y el reprimido llanto
De mis ojos brotaba en largo río;
Ella puso en mi frente ósculo santo,
Y exclamó cariñosa:—«¡Padre mío!
»Desecha tu aflicción; tus duelos calma.
Toma estas flores; te darán consuelo.
¡Para tí, para tí, padre del alma,
Las he cogido en el jardín del cielo!
»Nuncio no son, cual las que amaste un día,
De engañosa ilusión perecedera;
Mensajeras serán, que Dios te envía,
De eterna, inacabable primavera.
»Sea cual la azucena tu alma pura,
Cual clavel encendido, tu fe ardiente,
Y gozarás en la suprema altura
Las dichas que tu espíritu presiente.

»Mucho has sufrido, pero no bastante
Para lograr la palma apetecida:
Cuando se acerque el venturoso instante,
Mi mano encontrarás siempre extendida.»
Dijo, miróme con amor, y el vuelo
Alzó de nuevo silencioso y blando:
Dudoso entre la angustia y el consuelo,
Quedé á la vez sonriendo y sollozando.

DON ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO

LA CHIMENEA CAMPESINA

A la Duquesa Angela,
viuda de Medinaceli.

Del Betís cristalino
Junto á la orilla;
De Córdoba en los bellos
Alrededores,
Hay una casa blanca,
Pobre y sencilla;
Que siempre me recuerda
Tiempos mejores.
El nogal extendido,
La enredadera,
El álamo frondoso
Con el granado;
La punzadora pita,
La verde higuera,
Tejen la densa urdimbre
De su cercado.
Honrados campesinos,
Entre sus muros,

Viven al mundo ajenos,
En dulce calma;
Brinda el campo á sus ojos
Goces más puros,
Y en el trabajo encuentran
La paz del alma!
  Una tarde de Enero
Llegué á la puerta
De aquella casa blanca
Pobre y sencilla,
Que para el caminante
Siempre está abierta,
Del Betis cristalino
Junto á la orilla.
  Saltó el lebrel gozoso,
Fiel vigilante
De la heredad aislada
Que ama y defiende;
Me señaló la senda;
Seguí adelante,
Como el que ve un amigo
Que le comprende.
  Bajo las negras vigas
De humilde estancia,
Libre ya de las lluvias
Y el torbellino,
Aspiré los efluvios
De esa fragancia
Que tiene el techo ahumado
Del campesino.
  Una hortelana, de esas
Que el campo cría,

Morena como el trigo,
De labios rojos,
En vez de saludarme,
Se sonreía,
Lo mismo con la boca
Que con los ojos.
  Todo era paz en ella;
Todo ventura;
Y entre el sayal humilde
De tosca lana
El tesoro envolviendo
De su hermosura,
Era de aquella huerta
La soberana.
  Pura como la limpia
Piel del armiño,
Con dos ojos rivales
De dos luceros,
Velaba el sueño dulce
De un tierno niño,
Rubio cual las mazorcas
En los graneros.
  Feliz, más que entre perlas
Que el mar regala,
Y más que el potentado
Con su fortuna,
Andaba de puntillas
Sobre la sala,
Para no hacer ruido
Junto á la cuna!
  Abre la hoguera al humo
Salida franca:

Al hogar escondido
Su cálor presta,
Y de la protectora
Campana blanca,
Con fantástica lumbre
Los bordes tuesta.
  Rojo cual los botones
De las granadas,
El leño que crujiente
Chisporrotea,
Á intervalos aviva
Sus llamaradas
En el hueco que forma
La chimenea.
  De la vaca obediente
La mansa ayuda
Al agua cristalina
Da movimiento,
Y afuera, en eco grave,
Ó en voz aguda,
Alterna con la noria
La voz del viento.
  El dolor por el mundo
Gritos arranca;
La guerra es permanente
Firme el encono;
Y allí, en aquella humilde
Casita blanca,
Una mujer y un ángel
Tienen un trono.
  Va cayendo la tarde
Tras las montañas;

La nieve en los caminos
Borra el sendero,
Y allá junto aquel fruto
De sus entrañas,
Ve llegar del trabajo
Su compañero.
  Hércules de los surcos
De sus mayores,
Tiene los francos ojos
Llenos de vida;
Y en la eterna faena
De sus labores,
Por el sol y los aires
La piel curtida!
  El niño se despierta
Y el lebrel salta:
No hay más que un pensamiento:
Mirar al niño.
Para hallar la ventura
¡Qué poco falta
En el hogar sereno
Donde hay cariño!
  Para lograr las dichas
De la fortuna,
Basta un poco de fuego
Y un aire sano;
Un niño que despierte
Sobre su cuna,
Y la blanca vivienda
De un hortelano.
  Las llamas perezosas
Que allí ondulaban,

En movibles penachos
Se sucedían;
Y ante aquellos amores
Que se besaban,
De envidia en la ancha hoguera
Se retorcían.
  Calor de los esposos,
Nido de fuego,
Que á la santa inocencia
Prestas abrigo;
En la solemne calma
De tu sosiego,
Con lágrimas ardientes
Yo te bendigo!
  Estufa campesina,
Que tanto adoro,
No de mármol y jaspes
Finges tus vallas;
Ni aprisionan tus leños
Rejas de oro,
Ni bordadas de flores
Ricas pantallas.
  ¡Cuántas de las que alumbren
Muros de seda
No lograrán á veces
Matar el frío!
Pues no hay fuego en el mundo
Que vencer pueda
El hielo pavoroso
Que da el hastío!
  Luego vendrá la noche;
La blanca luna

Verterá sus reflejos
Sobre la tierra,
Y ante la paz solemne
De aquella cuna,
Se hablará del hermano
Que está en la guerra.
  Se hablará de las aguas;
Aguas jugosas,
De la tierra, á las lluvias
Agradecida,
Que dará olor al aire
Y al prado rosas,
Mieles á los racimos
Y al campo vida!
  ¡Última llamarada
De encantos llena!
Tú eres luz y regalo,
Música y germen;
  Y al nutrir con tu fuego
La frugal cena,
Cuando sola te apagues,
¡Será que duermen!

. . . . . .

. . . . . .

  ¡Adiós! de tí me alejo
Con paso grave:
Y tu calor benigno
No trocaría,
Mas que por ese dulce
Calor suave,
De un alma que sintiese
Como la mía!

Hoy al son de los aires
Y el aguacero,
Cuando envuelto entre nubes
El sol no brilla,
¡Quién olvida la tarde
Del mes de Enero,
Del Betis cristalino
Junto á la orilla!

EL INVIERNO

No bien tras las montañas asoma su cabeza,
De nieves coronada, de miedo y de tristeza,
Los himnos de la vida suspende la creación:
Fatídicos espectros en el espacio flotan;
Laméntanse los aires que la muralla azotan;
El monte es un fantasma, el valle un panteón!
Desiertos los caminos, las heredades solas;
Los prados sin la púrpura de agrestes amapolas
De la apretada nieve con la mortaja están!
Los álamos desnudos; sin músicas la sierra;
Parece que ha saltado la mar sobre la tierra
O lo ha arrasado todo, la lava de un volcán!
Abre el arado surcos en hazas y linderos;
En las cercadas huertas se nutren los criaderos;
El árbol tiembla al golpe del rudo leñador;
Renuévase el viñedo con mano cuidadosa,
Para que en dulce néctar la verde vid pomposa
Convierta de las lluvias el manantial creador!
La escarcha tenue borda laderas y collados,
Y buscan los pastores abrigo á los ganados,

En resguardado aprisco burlando el temporal;
La enjuta leña anima las chozas y las casas,
Y el rústico romero, quemándose en las brasas
Perfuma con su aroma las noches del hogar!
El desgarrado velo de la flotante niebla
Las húmedas cañadas y los espacios puebla,
Que corta á trechos largos el huracán veloz;
Entoldan nubes pardas el lóbrego horizonte,
Y escúchase en el campo gemir de monte en
Del cárabo escondido la solitaria voz. [monte
El árbol ya no tiene ni pompa ni follaje,
Ni riza el áura el borde del opulento traje
Que las nacientes hojas tejiéronle en Abril;
Las ramas están mustias, los gérmenes dor-
[midos,
Sin hiedra el viejo tronco, sin música los nidos,
Abandonados lechos del pájaro gentil!
El árbol, el anciano señor de la ribera,
El rey de la montaña, la cúpula severa
Que de frescura y sombra los cármenes llenó,
El arpa que pulsaron los céfiros suaves,
El techo de las rosas, la tienda de las aves,
El toldo de la siesta del que á su pie durmió,
Hoy... despojado, inmóvil, al polvo vil sujeto,
Su espectro se levanta cual lívido esqueleto
Que los nudosos brazos retuerce sin cesar;
El céfiro desdeña sus últimas congojas,
No duermen ya los pájaros debajo de sus hojas,
Ni vienen en sus frutas los picos á clavar.
¡Ay de sus pobres ramas! el hacha destructora,
Verdugo de sus vástagos, acéchalos traidora,
Hiriendo, al derribarlos, su mismo corazón;

Ayer le coronaron espléndidas guirnaldas
Y hoy el labriego en haces las cuelga á sus es-
[paldas,
Para alumbrar con ellas su mísero rincón!
El mar en tanto muge contra las peñas solas;
Callaron las alegres marinas barcarolas;
Las soñolientas músicas del volador bajel;
El mar es un esclavo que gime en la ribera;
La luna es una antigua constante compañera
Que baja por las noches á reclinarse en él.
Apágase más triste la luz de cada tarde,
La tarde es tibia ráfaga de un sol que apenas
[arde;
La noche es una oscura medrosa eternidad;
El aire es un alerta que cavernoso zumba
Y de la mar lejana entre el fragor retumba
La cólera sublime de ronca tempestad!
En muro y vidrios bota tenaz el aguacero;
Tal vez el son remeda de grito lastimero
Que de olvidada cárcel el viento arrebató;
Tan solo con la luna por las ciudades vela
La fúnebre lechuza, la voz de un centinela
Ó el són acompasado del golpe de un reló.
El patio está en silencio; la enredadera an-
[ciana
Ni trepa por el muro, ni escuda la ventana,
Ni estrellas blancas fingen los nardos al salir;
No está como otras noches de juventud cu-
[bierto,
Ni en la flotante cuerda del ancho toldo abierto,
Las negras golondrinas se paran á dormir.
Detrás de los cristales la calma se concilia;

Bajo el piadoso techo se alberga la familia
Que su ternura enlaza del fuego alrededor;
Solo el silencio turban de la feliz vivienda
La plática sabrosa, la mística leyenda
O la crujiente aguja que borda el bastidor.
La triste luna quiebra sus luces argentinas
Sobre las blancas orlas de escarchas y neblinas,
Cuyas sutiles gasas envuelven tierra y mar;
Y mientras de los campos la túnica blanquea,
El humo azul pregona por la alta chimenea
La vida palpitante del recogido hogar!
¡Invierno melancólico, durante tus veladas,
Clavando en las esferas las húmedas miradas
Y puestas de rodillas, al toque de oración,
Las madres ¡ay! recuerdan, allá un ciprés [sombrío
Y al pobre niño muerto que temblará de frío
En el helado muro de negro panteón!
No hay quien al par no llore perdidas alegrías;
El revolver del tiempo, la fuga de los días,
De inútiles quimeras el insensato afán;
Los desterrados lloran la patria que per- [dieron;
Recuerdan los ancianos los años que se fueron;
Los jóvenes presienten los años que se irán!
Recuerda en la borrasca sus lares el marino;
Las sendas ya pasadas el viejo peregrino;
Sus glorias el guerrero; sus risas el amor;
Las ilusiones idas el corazón doliente;
El huérfano su casa; la virgen al ausente;
Su libertad el siervo; sus trovas el cantor!
Que tú, cansado invierno, retrato de la muerte,

Para los hombres eres la eterna voz que advierte
Que su existencia es polvo y al polvo volverá.
No importa; que si tornan á germinar las [flores,
También tras del sepulcro, y orlada de esplen- [dores
Su eterna primavera el alma encontrará!

DON ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

OLAS Y AMORES

Lejos, allá muy lejos,
Viéndote estoy, la blanca ninfa, ahora
Constante burladora
Del agua fácil que tu cuerpo hiende,
Y flotas como flotan los reflejos
De la primera luz que el alba enciende
Sobre los surcos de la mar sonora.
El sol, en tanto, asciende
Del cenit á la ardiente cumbre, y raya
Toda inundando la riscosa playa;
Mas yo no sé decir cuando á mí llega,
Si en las espumas nace que tú apilas,
Ó te roba más bien de las pupilas
El vivo resplandor con que me ciega.

Deja el agua espumosa, sin recelo
De que mi vista tu pudor empañe;
Pues donde quiera que ella te acompañe,
Ha de mirarte como mira al cielo.

Y si fuera por mí, la arena parda
Siempre pisaras en la niebla oculta,
Que por lo mismo que te quiero tanto,
Si otro que yo te aguarda,
Conque él sospeche tu menor encanto,
Ya pienso yo que tu pureza insulta.
Ni hubiera claros días,
En que verte importuno
Lograra otro ninguno,
Ni aun si estuviese en mí, mujer serías,
Sino tan sólo idea
De las que Dios, en su esplendor sereno,
Como lo sumo de lo bello y bueno,
Más para sí que para el hombre crea.
Pero ya que este mundo
Te logra, y mujer eres,
Sígueme al menos, y hallarás, si quieres,
Otro mar en mi ser, vasto y profundo:
¡Un mar para tí á solas,
Con mis transportes de pasión por olas!

¡Cuán triste en estas rocas,
Cuán triste zumba el mar porque te has ido!
Que ya ni su rugosa frente tocas
Con ágil brazo, ni bullendo osada
Su cabellera blanca en dos repartes,
Quedando en medio cual joyel plantada;
Ni ya en girones partes
Con tus caricias locas
Su manto en hondos pliegues recogido,
Y de azul, verde y plata entretejido.

No estás aquí ya, en suma,
Tú que templabas su iracundia impía,
Y el mar convoca la siniestra bruma,
Y á la borrasca llama tronadora
Para azotar de nuevo sus arenas,
Tranquilas ¡ay! un día,
Ó bella nadadora,
Cuando eras de él cuanto de mí señora,
Y juntos arrastrábamos cadenas.

A propósito del matrimonio de la Infanta

DOÑA MARÍA DE LA PAZ

En esas campiñas verdes
Que el Rin orgulloso riega,
El aire azotó algún día
Las españolas enseñas
Que sobre colores varios
Aspas cruzaban sangrientas,
Herencia de Carlos Quinto
Hasta allí guardada ilesa.
No de la Alemania en daño,
Que al Papa rinde obediencia,
Sus banderas y arcabuces,
Sus largas picas enhiestas,
Los viejos tercios de Italia
Trajeron en son de guerra,
Ni al descender de los Alpes
Con el gran duque de Feria,

Ni cuando el Prelado-Infante,
Mal contento con su Iglesia,
Guió de sus escuadrones
Las ordenadas hileras
Á los campos de Nordlinghen
Contra la hueste proterva.
De Nordlinghen, gran Señora,
Del palacio aquel bien cerca
Donde en feliz himeneo
Conlleváis la patria ausencia;
Y ¡oh cuántos recuerdos, cuántos
Cabe su recinto encierra,
Para entusiasmar, sin duda,
Un alma como la vuestra,
De mujer y de española,
De princesa y de poeta!
Preguntad allá sin miedo
Lo que de los vuestros cuentan,
Que aunque la fama no siempre
De justicia es mensajera,
Sé yo que en esta ocasión
Os ha de dar buenas nuevas
Del Infante, de los tercios
Y de su dichosa empresa.
«Aquí, Señora,—os dirán,—
»Veis la colina y la selva
»Que sepulcros rojos fueron
»De la audaz milicia sueca.
»Polvo pisáis de soldados,
»Rayos puros de la guerra,
»Que pasaron cual vos misma
»Sus tempranas primaveras

»Donde presto al Manzanares
»Se bebe su ardiente arena,
»Y cerca del padre Tajo
»Que á Aranjuez, por hijo, besa;
»Cuando no orillas del Ebro
»Y al pie del muro de sierras,
»Que tantos y más que riscos,
»Recios varones engendran;
»O ya del Miño frondoso
»En las pobladas riberas,
»Ó donde su gran Sevilla
»El Guadalquivir ostenta.
»Aquí las tudescas lanzas
»Con austriacas banderas,
»También su poder probaron
»En la larga lid horrenda;
»Mas nunca negaron, nunca,
»Que los valientes no niegan
»De amigos ni aun de adversarios
»Las militares proezas,
»Cuánto al Infante debieron
»Y cuánto á la gente vieja,
»Que tanto tiempo de España
»Mantuvo en pie la grandeza.»
Hoy, Señora, ni en las armas
Es ya tal la gloria nuestra,
Ni dar de amistad podemos
Á Alemania iguales pruebas;
Pero mucho que le damos
Con daros á vos, Princesa;
Paz en el nombre, y de paz
Dulce y perdurable prenda.

DON ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

SIN PALABRAS

Mil veces con palabras de dulzura
Esta pasión comunicarte ansío:
Mas ¿qué palabras hallaré, bien mío,
Que no haya profanado la impostura?
Penetre en tí callada mi ternura,
Sin detenerse en el menor desvío:
Como rayo de luna en claro río,
Como aroma sutil en aura pura.
Ábreme el alma silenciosamente,
Y déjame que inunde satisfecho
Sus regiones, de amor y encanto llenas...
Fiel pensamiento, animaré tu mente;
Afecto dulce, viviré en tu pecho;
Llama suave, correré en tus venas.

Á UNA BAÑISTA

¡Quién fuera el mar, que enamorado espera
Que tu cuerpo interrumpa su llanura

Y rodear tu espléndida hermosura
De un abrazo y á un tiempo toda entera!
  Si yo en sus agnas infundir pudiera
El alma ardiente que adorarte jura,
En muestra de mi amor y mi ventura
Te alzara en triunfo á la celeste esfera.
  Y, al descender con mi tesoro, ufano,
Convirtiendo la líquida montaña
En olas que anunciaran mi alegría,
  En las costas del reino lusitano,
Y en África, y América, y Bretaña,
Mi grito de placer resonaría.

MIS DESEOS

  Quisiera adivinarte los antojos,
Y de súbito en ellos transformarme;
Ser tu sueño, y callado apoderarme
De todos tus riquísimos despojos:
  Aire sutil que con tus labios rojos
Tuvieras que beberme y respirarme:
Quisiera ser tu alma, y asomarme
Á las claras ventanas de tus ojos.
  Quisiera ser la música que en calma
Te adula el corazón: mas si constante
Mi fe consigue la escondida palma,
  Ni aire sutil, ni sueño penetrante,
Ni música de amor, ni ser tu alma,
Nada es tan dulce como ser tu amante.

LA CITA

¡Es ella!... Amor sus pasos encamina...
Siento el blando rumor de su vestido...
Cual cielo por el rayo dividido,
Mi espíritu de pronto se ilumina.
Mil ansias, con la dicha repentina,
Se agitan en mi pecho conmovido,
Cual bullen los polluelos en el nido
Cuando la tierna madre se avecina.
¡Mi bien! ¡mi amor!: ¡por la encendida y clara
Mirada de tus ojos, con anhelo
Penetra el alma, de tu ser avara!...
¡Ay! ¡ni el ángel caído más consuelo
Pudiera disfrutar, si penetrara
Segunda vez en la región del cielo!

Á SARA

Noé, segundo Adán de los mortales,
De turba irracional acompañado,
En el arca famosa anduvo á nado
Hasta que vió pacíficas señales.
En la ausencia, que es arca de mis males,
Me encierran tu rigor y desagrado,
De mil remordimientos acosado,
Que son los más feroces animales.
Con esta carta, á guisa de paloma,
Tímidamente me aventuro, y pruebo

Si se ha calmado el mar de tus enojos...
Dímelo por piedad: que, si no asoma
La pacífica oliva, no me atrevo
Á presentarme á tus divinos ojos.

Á ISABEL

De Málaga la tierra encantadora
Puso en tu frente cuantas rosas cría,
Y el espléndido sol de Andalucía
En tus ardientes ojos se atesora.
Cuando la risa endulza y aminora
El rayo audaz que tu mirada envía,
El alma se estremece de alegría,
Bañada en luz de la primer aurora.
Un espejo te mando...—¡Error profundo!—
Si al retratarte, el gozo te despierta
De admirar en tu rostro un paraíso,
Mustio después encontrarás el mundo,
Y temo que el espejo se convierta
En la encantada fuente de Narciso.

MI PENSAMIENTO

(EN MIS DÍAS)

Bendigo el pensamiento, que no cesa
De abrasarse en tus ojos seductores,
Y alado, como el dios de los amores,
Siempre á tu oído mi pasión te expresa:

Que te sigue constante, y se embelesa
En vagar por las hojas de tus flores,
Y te abraza, á pesar de tus rigores,
Y cuanto más te enojas, más te besa.
Pájaro que del vuelo sostenido
Gime cansado, reposar ansía
Entre las pajas del oculto nido...
¡Oh Madre del Amor! En este día
Confúndanse en un trémulo gemido
Mi pensamiento y la adorada mía.

AL OÍDO

Déjame penetrar por este oído,
Camino de mi bien el más derecho,
Y en el rincón más hondo de tu pecho
Deja que labre mi amoroso nido.
Feliz eternamente y escondido,
Viviré de ocuparlo satisfecho...
¡De tantos mundos como Dios ha hecho,
Este espacio no más á Dios le pido!
Ya no codicio fama dilatada,
Ni el aplauso que sigue á la victoria,
Ni la gloria de tantos codiciada...
Quiero cifrar mi fama en tu memoria;
Quiero encontrar mi aplauso en tu mirada;
Y en tus brazos de amor toda mi gloria.

Á UN PIE

El pie más lindo que acaricia el suelo
Jugaba ante mi vista complacida:

Yo, con mano dichosa y atrevida,
De un espacio mayor levanté el velo.
  Bella columna descubrió mi anhelo,
Por los mismos amores construída,
Como, del recio vendaval movida,
Se abre la nube, y se descubre el cielo.
  Detenido en las puertas de la gloria,
Aguardo á que el amor quiera propicio
Dilatar en sus reinos mi victoria.
  Y hoy, recordando tan gallardo indicio,
Mil veces se complace mi memoria
En dibujar completo el edificio.

PLEGARIA

¡Dame, Señor, la firme voluntad,
Compañera y sostén de la virtud;
La que sabe en el golfo hallar quietud
Y en medio de las sombras claridad:
  La que trueca en tesón la veleidad
Y el ocio en perenal solicitud,
Y las ásperas fiebres en salud,
Y los torpes engaños en verdad!
  Y así conseguirá mi corazón
Que los favores que á tu amor debí,
Te ofrezcan algún fruto en galardón...
  Y aun tú, Señor, conseguirás así
Que no llegue á romper mi confusión
La imagen tuya que pusiste en mí.

DON VICENTE BARRANTES

CACHORRO ENTRE LEONES

Taciturno, paso á paso,
Vuelve ya por sus jornadas
Vasco Núñez al Darién,
Requerido de Pedrarias.
Ni á turbar sus pensamientos
Se atreven con sus palabras
Los jinetes y peones
Que al adalid acompañan.
Cuando cruzó por los Andes,
Sus caciques y curacas
Le recibieron con fiestas,
Le despidieron con lágrimas;
Que está Vasco Núñez triste,
Y la tristeza contagia.
Cata que en el cielo asoma,
Cuando menos se lo cata,
La estrella que mícer Codro
Anunció para él aciaga...
Él desprecia al estrellero,
Pero la estrella le espanta.—

Al llegar á la ciudad
Sube de punto su alarma;
Que está la gente de guerra,
Y las calles barrëadas,
Y con la espada en el puño
El capitán que la manda.—
Pára el corcel Vasco Núñez
Y de este modo le habla:
—Señor Francisco Pizarro,
Mi paisano y camarada,
¿Qué recibimiento es este
Con aprestos de batalla?
En vuestro rostro adivino
Que me traéis nuevas malas.
—Os traigo tan malas nuevas,
Que á par me duelen del alma...
Orden de llevaros preso
Al gobernador Pedrarias.
—¡Preso yo, que vengo á bodas
Con su hija mayorazga,
Si el Obispo del Darién
Me la trajo ya de España!
¡Yo, Adelantado del Sur
Por cédula soberana,
Gobernador en la costa,
Como en Tierra firme él manda!
—Ni del Obispo hay noticia,
Ni ya de boda se trata,
Que el viejo, hecho un basilisco,
Todo es fieros y amenazas.
—¡Miren la carta de dote
Que mi suegro me prepara!

¡Negra cárcel para alcoba!
¡Cadenas en vez de arras!
  Aquí, rompiendo la fila,
Un doncel de recia estampa,
Con más rayos en sus ojos
Que una tormenta africana,
Plantado enfrente de Vasco
Le endereza estas palabras:
—Si tienes sangre extremeña,
Y aquella enjundia y entraña
De los que vencen al toro
En las silvestres cañadas
Que á Portugal y á Castilla
Hacen linde y ponen raya,
Manda noramala al viejo,
Y á la novia noramala,
Y noramala al Obispo,
Que en traerla tanto tarda;
Que él andará echando kiries,
Y ella haciéndose la maula,
Mientras nos come á nosotros
Miseria, impaciencia y rabia.
Llévanos, Vasco, al Perú,
Mal que le pese á Pedrarias;
Que aquí hay cincuenta extremeños
Prontos á ir donde tú vayas,
Tales, que en cualquier empresa
Con ellos basta y rebasta.
  Discurso tan desatado,
Tan fiero golpe de audacia,
En vez de espanto en la gente
La puso arremolinada,

Diciendo con sus murmullos
Los del una y la otra banda,
Que por los labios del mozo
Sus pensamientos hablaban.
—¡Buen cachorro estáis criando,
Que muerde á la par que ladra,
Y en pescuezo y en morrillo
Á voces pide carlanca!
Dijo Vasco al mensajero
Que su suegro le enviaba,
El cual á entrambos oía
Con honda emoción extraña;
Que en mentándose el Perú
Los ojos se le saltaban.
Luego, imponiendo silencio
Con una grave mirada,
—Gonzalico, Gonzalico
(Replicó al doncel de marras),
Ni tú sabes lo que piensas,
Ni tú piensas lo que hablas,
Que, Pizarro al fin y mozo,
Como flecha te disparas.
Yo he venido al Nuevo Mundo
Por mi Dios y por mi patria,
De tierra de caballeros
En que es Jerez extremada,
Y á ley de caballería
No he de volver las espaldas
Ni á injusticias de la suerte,
Ni á flaqueza alguna humana.
—¡Voto á bríos!—gruñó Gonzalo,
Perdiendo respeto y calma—

Para tal virtud, no hay tierra
Que pisar en estas playas.
Mientras en vez de virtudes
Acero y hierro no traigas,
Vendrán con sus lindas manos
Bachilleres y garnachas
Á vendimiar esta viña
Con nuestra sangre regada...
¡Voto á bríos! ¡si aun queda sangre,
Callen cartas y hablen barbas!
¿Se han de meter forasteros
Á gobernar nuestra casa?
¿Quién hizo á nuestra ciudad
Del istmo emporio y sultana
Que en vez de Santa María
Debiera llamarse Vasca?
Tú, gobernando con honra;
Tú, administrando con maña,
Y siendo á los indios padre
Y á nosotros camarada.
Por tí somos ya milicia
Los que éramos chusma y taifa,
Y tenemos arcabuces
Y algunos caballo y lanza.
Para dar la vuelta al mundo
Camino Colón buscaba,
¡Y tú, que lo has encontrado,
Que te lo cierren aguantas!
Tú, en los Andes el primero,
Émulo al condor y al águila
¡Vas á caer de la zorra
En las miserables garras!...

Ni de estrellas ni de magos
Haz cuenta... si no es contraria,
Que, hembras al fin, las estrellas
Gustan de verse violadas.
¡Ah, Vasco, Vasco, si yo
En tu pellejo me hallara!
Berrocales de Trujillo,
Compañeros de mi infancia,
No temáis que aquel Pizarro
Se ablande como pizarra.
Donde yo ponga mi tienda,
Donde yo siente mi planta,
Han de arrancarme... de cuajo,
No hoja á hoja y laja á laja.
—Basta, que ya es villanía
Oir propuestas villanas—
Grita Vasco, revolviéndose
Del corcel sobre las ancas,
Y á par en ambos ijares
Ambas espuelas le clava.—
¿Quién presuroso no acude
Si el Gobernador le llama,
Que manda aquí por el Rey,
Que en todos nosotros manda?
¡Señor Francisco Pizarro,
Llevadme preso á Pedrarias;
Que el que no teme, no debe,
Y Cristo á todos nos valga!

DON JOSÉ NAVARRETE

Á CONCHA

I

Soy yo amigo de una Concha
Más rica que las de nácar,
Que tiene conmigo cuenta
Y yo peno por saldarla:
Dos años lleva vestida
De traje largo; es delgada,
Pero llenita: su seno
Montes de nieve delata:
Tiene grandes trenzas rubias,
Y bonitos pies, que calza
Con unas botas marrón
De tafilete, escotadas
Por el empeine, y el verlos
Es tomar opio; embriaga.
Á mí me da por las manos,
Y las suyas, conservadas
Regiamente, son preciosas,
De la clase estrecha y larga,

Con hoyuelos en el dorso
Y como las perlas, blancas.
Sus ojos son diccionarios,
Su sonrisa una gramática,
Sus dientes mi desvarío,
Su talle un junco, y es alta.
Mis labios besan su frente:
Tal sin error, es su talla.
  Nació Concha respirando
Azahar, en la hermosa patria
Del que se murió sin ver
Del Betis la mejor gala
Para pintar una Virgen
De las Conchas que eclipsara
Cuantas la gente venera;
Es resumiendo muy guapa,
Y tiene un novio de tropa,
Y ese novio á mí me carga.
Le hablé de sustituirlo
Y Concha dijo que estaba
Perpleja; pero que como
Le cantase yo mis ansias
De amor en ritmo poético,
Tal vez ella despachara
Al cuartel al militar
Y me cediese la palma
Por la reja, cualquier noche
De luna, envuelto en la capa
Yo con el hongo á la ceja,
Y ella de ligera bata
Rebujada en un mantón,
Rebelde siempre á taparla.

II

Sal á la reja, Conchita;
No se percibe en la casa
Más sonido que en la fuente
El rumoroso del agua.
Deja cautelosa el lecho
Y las escaleras baja;
No tiembles, el patio cruza
Sin que se enrede tu falda
En las varas de los nardos,
Ó un tiesto vuelques de albaca
Y tu madre se despierte;
Después, el pestillo alza
De las vidrieras, y cuando
Tímida las entreabras,
Te encontrarás con tu Pepe
Despidiendo llamaradas
Sus pupilas, sus orejas
Ardientes como una fragua,
Su corazón redoblando
Mas que un tambor, y sus canas
Gritándole: ¡Viejo verde!
Viejo ridículo, aparta!
Conchita no las escuches,
Que la experiencia es muy sabia,
Sobre todo en amoríos,
Y á la segunda palabra
Que hables conmigo, no hay pollo
Á quien tu pico de gracia
Le dé mejor que á este gallo

Sus frases más regaladas.
Yo te explicaré el misterio
Por qué se funden dos almas,
Y esclavos los cuerpos de ellas
Manos con manos enlazan,
Y ¡ven! se dicen las bocas,
Y se besan las miradas,
Y la razón se conturba,
Y las mejillas se inflaman,
Suspiros brotan del pecho
Y los corazones saltan.
Deja que tus manos bese;
¡Qué aroma tan rico exhalan!
Vete y abre la cancela,
Entra en el zaguán y palpa
La puerta por si la llave
Y el cerrojo la afianzan,
Y da vuelta á la primera,
Descorre el segundo y ábrela;
Que aún no disipan la sombra
Las crepusculares ráfagas,
Ni en la calle se vé un bulto
Y el sereno lejos canta.

III

¡Pero debe ser más tarde!
¡Sereno y ojos me engañan!
¡De tibia luz la azucena
De tu frente está bañada,
Y gotas hay de rocío
En las rosas de tu cara!

¡Luz y gotas bendecidas,
Manifestaciones sacras
De que el sol de las virtudes
Radiante mora en tu alma!
Corre al zaguán, y á la puerta
Echale la férrea tranca,
Por si con llave y cerrojo
No estuviese bien guardada.
Adiós: no me des la mano
Y enjuga esas dulces lágrimas;
De mi nombre en tu memoria
No más conserves la mancha,
Que el aire crudo de Enero
El tierno pimpollo abrasa;
Que dará sombra la encina
Á las flores delicadas,
Pero sus caricias nunca,
Pues son muy duras sus ramas;
Que la experiencia en amores,
Suele más bien ser infamia.

DON MIGUEL COSTA

EL PINO DE FORMENTOR

Electus ut cedri.

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera:
De cedro es su ramaje, de césped su verdor;
Anida entre sus hojas perenne primavera,
Y arrostra los turbiones que azotan la ribera,
Añoso luchador.
No asoma por sus ramas la flor enamorada,
No va la fuentecilla sus plantas á besar;
Mas báñase en aromas su frente consagrada,
Y tiene por terreno la costa acantilada,
Por fuente el hondo mar.
Al ver sobre las olas rayar la luz divina,
No escucha débil trino que al hombre da placer;
El grito oye salvaje del águila marina,
Ó siente el ala enorme que el vendaval domina
Su copa estremecer.
Del limo de la tierra no toma vil sustento;
Retuerce sus raíces en duro peñascal.
Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento

Y cual viejo profeta recibe el alimento
De efluvio celestial.
¡Árbol sublime! Enseña de vida que adivino,
La inmensidad augusta domina por doquier.
Si dura le es la tierra, celeste su destino
Le encanta, y aun le sirven el trueno y torbellino
De gloria y de placer.
¡Oh! sí: que cuando libres asaltan la ribera
Los vientos y las olas con hórrido fragor,
Entonces ríe y canta con la borrasca fiera,
Y sobre rotas nubes la augusta cabellera
Sacude triunfador.
¡Árbol, tu suerte envidio! Sobre la tierra impura
De un ideal sagrado la cifra en tí he de ver.
Luchar, vencer constante, mirar desde la altura,
Vivir y alimentarse de cielo y de luz pura...
¡Oh vida, oh noble sér!
¡Arriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inmundo,
Y en las austeras cumbres arraiga con afán.
Verás al pie estrellarse las olas de este mundo,
Y libres como alciones sobre ese mar profundo
Tus cantos volarán.

EN LAS CATACUMBAS DE ROMA

¡Salve, callada y fúnebre
Ciudad del Dios viviente,
Inextricable dédalo,
Cuyo opresor ambiente
De tumba, da al espíritu
Auras de vida y luz!

¿Qué templo de oro y mármoles
Tan sacro afecto imprime
Como tus ciegos ámbitos,
Que en tosquedad sublime
Narran aún los ínclitos
Trofeos de la Cruz?
  Mirad: de abiertos lóculos
Se cruzan galerías
Sin cuento, y otras ábrense
Mas hondas y sombrías,
Y otras aún... Ni límite
Ni vida aquí se ve.
Cavando el *Fossor* místico
Trazó ese plan profundo:
Son minas del espíritu
Que han deribado un mundo;
Son las raíces húmedas
Del árbol de la fe.
  Aquí al bajar los mártires
Tras el combate cruento
Dormían, como héroes
De vuelta al campamento,
Hasta que trompa bélica
Los llame al nuevo albor.
Sólo una palma, un título,
Por signo de victoria,
Ó breve alguna súplica
Decían la alta gloria
De luchas que á los ángeles
Causaran estupor!
  Aquí en augustos símbolos
El arte, ya cristiano,

De pensamiento altísimo
Nació y de tosca mano.
Sobre estos muros lóbregos
Sus rasgos contemplad.—
Las manos abre en éxtasis
La austera, blanca *Orante;*
El *Buen Pastor* alégrase,
Que halló la oveja errante;
Reparte el *Pan* multíplice
Festín de caridad...
  Lanza á Jonás incólume
El monstruo en firme orilla;
Resurge el muerto Lázaro;
Y libre la avecilla
Vuela al paradisiáco
Ramo de olivo en flor...
Do quiera emblemas fúlgidos
De un infinito anhelo,
Entre terror y lágrimas
Arcanos de consuelo,
Ungidos en el bálsamo
Del Verbo Redentor!
  Al pie de estas imágenes,
Oculto á los profanos,
El rito sacratísimo
Unía á los hermanos
En Cristo Dios, partícipes
Del Cáliz y del Pan.
Aroma y pías lámparas
Gozaba el aire inerte,
Henchíase de cánticos
El reino de la muerte,

Ó en él voz apostólica
Se oía con afán.
  Así de tantas víctimas
En el sepulcro mismo,
Atletas educábanse
De nuevo al heroísmo;
Crecía el pueblo innúmero
De un solo corazón.
Aquí los catecúmenos
Lograban su alma fuente,
Su velo aquí las vírgenes,
Y el triste penitente
Hallaba en penas ásperas
Dulzuras de perdón.
  Quizá á deshora el huérfano,
La viuda solitaria,
Junto á reciente túmulo,
Dejaban su plegaria
En fresco ramo ó trémula
Lucerna sepulcral.
Susurro cual de espíritus
La gran quietud tenía;
Un estro apocalíptico
Vibraba en torno... Hervía
La sangre de los mártires
En urnas de cristal!
  ¡Y en tanto estremecíanse
Los huesos, de esperanza!
Tal bajo glebas húmedas
El grano que se lanza,
Palpita deshaciéndose,
Su fruto al presentir...

El asperón volcánico
La muerte aquí profunda
Sembraba, y la necrópolis
Sentíase fecunda
Con los sagrados gérmenes
De inmenso porvenir.
  ¡Oh! cuando aquellos Césares
De omnipotente solio,
En pompas augustísimas
Subiendo al Capitolio,
Uncían reyes bárbaros
Al carro triunfador;
Y el *salto* cantar prístino
Decía el ado eterno
De la Ciudad de Rómulo,
Y universal gobierno
Le prometía el áuspice
Con ojo escrutador;
  ¿Quién ya la herencia altísima
Buscara del imperio
En estos antros fúnebres,
Do en sangre y vituperio
Ahogada al fin creíase
La *insania* de la Cruz?
Mas ya en sublime vértigo
Giraba aquí el destino;
Y á la imperial catástrofe
Del gran poder latino
Adelantóse el lábaro
De Cristo en plena luz.
  Y entonces, de sus númenes
Desierta ya la altura,

Vió Roma sacras pléyadas
De tanta sepultura
Surgir... Miró sus víctimas
Al mundo sojuzgar.
Vió coros de Pontífices,
Ancianos y matronas,
Varones y albas vírgenes,
Con palmas y coronas,
Entre el incienso y cánticos
Del nuevo, puro altar.
  Mas ¡ah! la *Orante* mística,
De Cristo eterna esposa,
En templos ya de pórfido
Y en luz esplendorosa,
Su heroico asilo lúgubre,
Su cuna no olvidó.
No desdeñó en su púrpura
Bajar á estas moradas:
Aquí guardó á sus ínclitos
Las tumbas no violadas,
Y en áureo metro Dámaso
Sus lápidas ornó.
  Y hoy mismo, tras larguísimas
Edades de alto olvido,
Después que este depósito
Sagrado fué esparcido,
Cuando ni ya una lápida
Entera es dado hallar,
Repiten sacros cánticos
Las grutas más sombrías,
Y ven, de nuevo abriéndose,
Cegadas galerías

Piedad y ciencia unánimes
Su sombra penetrar.
  Ved: la suprema Víctima
De nuevo aquí se ofrece;
De flores y de lámparas
Ornado resplandece
Abierto algún sarcófago,
Como llamando á sí.
Es que la *Orante* présaga
Los tiempos ha previsto,
Y cuando el siglo apóstata
Rechaza más á Cristo,
Atrae ella los ánimos,
Atráelos aquí!...
  Lo quiere Dios. Juntémonos
En sola un alma, hermanos;
Y, de la fe por símbolo,
Antorchas en las manos,
Crucemos la necrópolis
En vaga procesión.
El himno de los mártires
En sus abiertas tumbas
Resuene, y con el hálito
De tantas catacumbas
Temple en vigor pacífico
Cristiano el corazón.

ADIÓS Á ITALIA

(NAVEGANDO POR EL GOLFO DE GÉNOVA)

En la orilla lejana va esfumándose
Cual leve niebla la ciudad marmórea,
Y el encantado litoral Ligúrico
Se pierde en vagos ópalos.
Ya en la azul vaguedad supremas cúspides
Vénse tan sólo por la nieve cándidas,
Como blancos cendales con que el último
Lejano adiós prolóngase.
¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes
Ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;
Mas al dejarte los afectos íntimos
Vibrar siento en el ánimo.
Huellas no dejo en tí; mas en mí déjalas
Hondas tu numen, y doquier la ráfaga
Me lleve del destino, allí tus pléyades
Veré de gloria fúlgidas.
Por tus ciudades, peregrino incógnito,
Solitario pasé. Mi oculta cítara
Sólo confió sus notas al olímpico
Silencio de tus mármoles.
Ante el sepulcro de Virgilio, pródiga
De luz y encantos, me hechizó Parténope;
Y al cráter me asomé, y vi á la víctima
Pompeya abrir su túmulo.
Contóme grave su leyenda mística
Úmbria la verde, al pie de sus acrópolis;
Y allá me embelesó Florencia plácida
Entre olivares áticos.

Bañé en serenidad paradisiáca
El alma absorta sobre el Lario límpido;
Y á Milán acaté, que al llano Insúbrico
Muestra sus cien pináculos.
En la docta penumbra de sus pórticos
Acogióme Felsina; y la Adriática
Reina oriental me reveló poéticos
Arcanos en su góndola.
Ya por un lustro en su recinto clásico
Roma la grande dilató mi espíritu,
Y en la suprema universal Basílica
Ciñóme el sacro cíngulo.
¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes
Ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;
Mas al dejarte los afectos íntimos
Vibrar siento en mi ánimo.
Palenque de la historia, alta metrópoli
De la cultura y de la fe, prolífica
Madre de genios, por el arte espléndida,
Salud ¡oh tierra itálica!
Reina del gran destino, nunca apóstata
Reniegues de la Cruz, que un día fúlgida
Consagró para siempre con el lábaro
Tu frente sibilítica.

DON JUAN ALCOVER

LÁLAGE

A mi amigo Francisco Maura y Montaner.

En el festín, mancebas y patricios
Procuran olvidar la angustia sorda
Que, entre la podredumbre de los vicios,
Del corazón de Roma se desborda.
Brilla el cielo purpúreo de la tarde;
El Tíber imperial la quinta besa
Donde en placeres crapulosos arde
La turba, en torno de la rica mesa.
Labios que beben en doradas copas;
Cuerpos que caen de Falerno ahitos;
Lujuria, desnudez, flotantes ropas,
Besos, flores y cánticos y gritos...
Y en medio del placer y el desenfreno,
Está Mevio, callado y pensativo,
Á la algazara juvenil ajeno,
Á las caricias del amor esquivo.
Sentándose á sus pies, Lálage hermosa,
—¿Qué tienes?—le pregunta.—¿Porqué callas?

¿Qué pensamiento abrumador te acosa?
¿Con qué sombra fatídica batallas?
¿Te asusta que Nerón me haya mirado
Codicioso, tal vez? ¿Temes que, inerme,
Sea mi cuerpo sin piedad violado,
Sin que pueda tu mano defenderme?
Son recelos de niño... Si la hiena
Olfatea mi rastro... este es mi pecho;
Ahí está tu puñal: hiere sin pena,
Y arrástreme Nerón hasta su lecho.—
Mevio, que es un cerebro que se inflama
Ó se apaga, en la brusca alternativa
De su fuego interior, movible llama
Que arde tan pronto abajo como arriba,
Ante este arranque, de Lucrecia digno,
Sonrió con equívoca mirada,
Y la mano pasó, grave y benigno,
Por los negros cabellos de su amada.
—Sí, le responde, en el tirano pienso;
Pero no has de morir. Quiere tu suerte
Que á Roma salves del oprobio inmenso.
Entrégate á Nerón, y dale muerte.
Me duele que esa boca y ese busto
De náyade gentil, su carne abrase;
Me duele, sí, que el huracán augusto
Sobre la flor de tu belleza pase.
Mas fuera en mí puerilidad y crimen
Que, avaro de tu cuerpo, malograra
La ocasión de aliviar á los que gimen
Que el Dios de la venganza nos depara.
¿A qué disimular? Perdí la cuenta
De los otros amantes que has tenido.

Bien puedo ver mañana, sin afrenta,
Que una hora Nerón tu amante ha sido.
  Una hora: la última... Sucede
Al hartazgo brutal, sueño profundo...
Entonces, en su boca verter puede
Tu mano el filtro que liberte al mundo.
  El morir de vejez ya no se estila.
¿Conoces á Locusta, la hechicera,
Que abrasadores tósigos destila,
Como aquel que Británico bebiera;
  Como aquel cuyas huellas descubría
La lluvia, destiñendo su semblante,
Mientras cruzaba el féretro la vía,
En medio de la plebe sollozante?
  Ya, por el escarmiento aleccionada,
Locusta sus brebajes elabora
Como place á Nerón y á mí me agrada:
Que maten sin dejar huella traidora...
  ¡Nerón, piadoso príncipe!... Paulina
Se dispone á seguir á su marido
Abriéndose las venas, y camina
Á la tumba con paso decidido.
  Y lo sabe Nerón, y, amedrentado,
La hace retroceder... Y como sombra
Escuálida, Paulina, que ha vaciado
La mitad de su vida, nos asombra!
  Tal es el alma de la raza nuestra,
Que entre el ser y el no ser, suspensa vaga,
Cual la viuda de Séneca, siniestra
Visión de lo que fué, luz que se apaga...
  ¿Quién, respirando en paz, logra que fluya
Su vida en ondas claras y serenas?

¿Quién sabe si mañana será suya
Su heredad ó la sangre de sus venas?
  ¿Quién sabe si en el vaso donde moja
Sus labios ó en el aire que respira,
Está la baba, el hálito que arroja
Ese verraco tañedor de lira?
  Porque las flores den más grato aroma,
Abona de cadáveres la tierra.
A su madre asesina, incendia á Roma;
El vientre aplasta que su prole encierra.
  Harto de hollar bellezas femeninas,
Su boda con Pitágoras consuma;
Y le guardan las águilas latinas
Que con el peso de su lecho abruma.
  Como si el mundo, imbécil y pasivo,
No supiera que el hilo de esa vida
Pende no más del brazo vengativo
Que á cortarlo de un golpe se decida;
  Cual si á las potestades del Infierno
Y el Cielo, sorprendiendo aletargadas,
Hubiese arrebatado el cetro eterno,
Las armas y centellas afiladas;
  Un hombre solo á todo su linaje
Viola, con sanguinaria calentura,
Sin que el rayo de Júpiter le ataje,
Sin que el mundo reprima su locura.
  Pero el rayo de Júpiter esconde
El filtro que te doy. No me aventuro.
¿Juras matar al César?—Y responde
La liberta gentil:—Matarlo juro.—
. . . . . .
. . . . . .

Y la culta ciudad de los romanos
Alumbra el sol, un día y otro día;
Y allá, leyendo versos ovidianos,
Sueña, en su nido, Lálage sombría.
Garza que al buitre del Olimpo espera,
Siente curiosidad, terror y anhelo
De ser cogida por la garra fiera
Y de probar el vértigo del cielo.
Ante el espejo su plumaje aliña,
Y se acicala y peina, cuidadosa.
Quiere abatir al ave de rapiña,
Pero desea parecerle hermosa.
Y pensando en Nerón, Lálage duda
Si la engañó su instinto, porque pasa
Un día y otro día, sin que acuda
El mensaje á la puerta de su casa.
Pero una noche se detuvo, al cabo,
Delante de su puerta, una litera;
Y dijo, requiriéndola, un esclavo
Con sigilosa voz: «Nerón te espera.»
Y la respiración casi le falta
Al oir el mensaje soberano;
Y ella misma no sabe por qué salta
Su corazón, que oprime con la mano.
Y se deja llevar, como en esquife
Que empujan blandamente las sirenas,
Á estrellarse en incógnito arrecife
Ó á playas luminosas y serenas.
Cruza la calle tenebrosa, el puente
Sobre el Tíber, el pórtico sonoro,
Y ve la estatua de Nerón, enfrente
De las columnas del *Palacio de oro*.

Mira enlodarse el zueco y el coturno,
Surgir al aire libre, sin misterio,
Las sombras del delirio taciturno
De la enorme cabeza del Imperio.
Y en la litera conducida, llega
Hasta el fondo de obscura mancebía,
Donde la hez de Roma se congrega
Á celebrar la neroniana orgía.
Entre rameras, mímicos é histriones,
Hercúleo mocetón la lira suena;
Y le corean hembras y varones,
Imitando el zumbar de la colmena.
Belleza femenil, fuerza de toro,
Solo él, á esas impúdicas mujeres
Que derrocharon el vital tesoro,
Puede resucitar á los placeres.
La cítara de pronto le da tedio;
Se arremanga la túnica de esclavo,
Y paseando la mirada, en medio
De la canalla vil, con aire bravo,
—Ea, probemos: á bregar conmigo
(le dice á un gladiador ó saltimbanco)
¿No vienes á luchar? Haz lo que digo,
Ó esas orejas de lebrel te arranco.—
Y se abrazan los dos, y forcejean
Cual troncos agitados por el viento,
Y sus hinchadas venas azulean,
Y al suelo van con ímpetu violento.
Implorando perdón, cae de hinojos
El vencedor, y el otro, jadeante,
Ruge, y oculta el fuego de sus ojos,
Enjugando el sudor de su semblante.

Su frente no ciñó, cual otras veces,
De fresco lauro ni de flores tiernas,
Y su labio quizá manchan las heces
Del ventrudo tonel de las tabernas.
Pero esa misma boca tiraniza
El orbe entero, de su voz pendiente,
Y la estirpe cesárea, diviniza,
Como fulgor olímpico, su frente.
Dice á la turba disoluta:—Idos,
Y dejadme con Lálage. Ya es hora
De que regale un poco mis oídos
La música de amor, dulce y sonora.—
A media luz, del aposento dueño,
Con Lálage se queda; y, silenciosas,
Pasan, ante el triclinio, como un sueño,
Ninfas sin velo, derramando rosas.
Es el emperador. Por él decae
Entre la gente noble, la costumbre
De morir cual la fruta que se cae
Del árbol por su propia pesadumbre.
Amigo de cortar lozanas vidas,
Esquilma el árbol de su propia raza,
Que, al callado fluir de sus heridas,
Enrojecer el Tíber amenaza.
Pero su misma auréola sangrienta
Á Lálage fascina y enloquece;
Y en brazos de Nerón, no se da cuenta
De si quiere á Nerón ó le aborrece.
Frágil mujer, la pobre no sabía
Que á la lógica humana no se ajusta
La realidad del mundo en que vivía,
Y la imprevista realidad la asusta.

Tiembla pasiva y arrullar se deja;
Y en su aturdido y loco pensamiento,
Ve la imagen de Mevio que se aleja,
Como bruma barrida por el viento.
Llena su corazón de acre delicia,
Sentir trocado en céfiro liviano
El huracán augusto, la caricia
De la garra de tigre del tirano.
Y en medio del turbión que la enajena,
Si un instante su espíritu consulta,
Siente un impulso que á Nerón condena
Y otro, más poderoso, que le indulta.
¿Por qué? Ni ella lo sabe, ni á sí mismo
Puede medirse el corazón humano,
Que es en el hombre tenebroso abismo,
Y en la mujer impenetrable arcano.
Vuelan las horas, el delirio crece.
Si á recordar el juramento acierta,
Como sobresaltada, se estremece
La flaca voluntad de la liberta.
Pasa la fiebre de Nerón. Sucede
Al hartazgo brutal, sueño profundo...
Lálage, entonces, en su boca puede
Verter el filtro que liberte al mundo.
Mas no será. Dominador del orbe,
Su poder al espíritu se extiende.
Mevio no existe ya: Nerón la absorbe;
Lálage de sí misma le defiende.
«Porque las flores den más grato aroma,
Abona de cadáveres la tierra.
A su madre asesina, incendia á Roma,
El vientre aplasta que su prole encierra.»

No importa. Ella le ama; sí, le ama
Y le despierta y se lo dice todo,
Abierto el corazón que se derrama,
Desfallecido, trémulo, beödo.
—Yo te amaba, creyendo aborrecerte.
Yo te adoro, señor, yo soy tu esclava.
Tú eres el grande, el luminoso, el fuerte.
En tí mi vida empieza, en tí se acaba.
Tú eres la nube que tronando vuela;
Yo soy la gota que, al pasar, recoge.
Tú eres el mar; yo soy la pedrezuela
Que espera que la arrastre y que la moje.
La pedrezuela soy que el mar halaga
Al llegar á la playa, bonancible.
¿Qué me importa si el mar mundos se traga
En sus horas de cólera terrible?
¿Qué me importa saber si alguna gota
De sangre del bajel hecho pedazos,
En esa espuma delirante flota,
Que me hace enloquecer con sus abrazos?
Impura meretriz, era mi pecho
Virgen, en la región más escondida.
Exhausta me creía, cuando has hecho
Brotar en él la fuente de la vida.
¡Y envenenarte quise! Yo que diera
Mi vida por salvarte!... Aquí te entrego
El filtro abrasador de la hechicera.
Quise abrasarte, y me devora el fuego!—
Restrégase los ojos, indolente,
Y se incorpora el hijo de Agripina;
Y el pomo que le dan, maquinalmente,
Con soñolientos ojos, examina.

Pero su cobardía le despierta.
Salta cual buey del tábano picado.
—¿Quién te lo dió?—le dice á la liberta,
Mirándola, medroso y azorado.
—Habla, ¿quién te lo dió?... —Cual si esta
Que repentina claridad destella, [frase,
Á Lálage de un sueño despertase,
Mevio, pujante, resucita en ella.
¡Delatarlo! Jamás. Él la ha impelido
Á esta pasión, desamorado y ciego;
Pero en aquel instante, sumergido
En un mar de piedad, se apaga el fuego.
El silencio de Lálage exaspera
La pavura del César que imagina
Que el abortado plan empresa era
De algún partido que su trono mina.
Y al cogerla Nerón, con fuerza ruda,
Por la garganta, su dolor reprime,
Pálida y aterrada, pero muda,
Como la estatua del dolor, sublime.
—¿No me conoces, víbora traidora?
Mírame. ¡Soy Nerón! Yo te prometo
Que á conocerme vas. Esa es tu hora.
¿Quién te ha dado ese filtro? Hablas... ó aprie-
Una suprema fuerza la constriñe [to.—
Á enmudecer aún, ante la ira
Que con mano brutal su cuello ciñe
Y con ojos famélicos la mira.
No habla. Nerón aprieta. El rostro yerto
Tórnase azul, vidriosa la mirada,
Y rueda por el suelo el tronco muerto
De la infeliz mujer estrangulada.

DON JUAN LUIS ESTELRICH

EL ARCO DE SANTA MARÍA DE BURGOS

Á Anselmo Salvá.

I

Yo te saludo, oh pórtico
De torres coronado,
Á los severos númenes
De Burgos consagrado,
Y á las edades póstumas
Favor y admiración!...
Al gótico y al árabe
El ítalo se enlaza
En tí, como en los gérmenes
De nuestra misma raza,
Y así naciste al ímpetu
De extraña inspiración.

II

Sin respetar las épocas
Que audaz el arte humilla,

Tus Jueces integérrimos,
Tus Condes de Castilla,
Y tus guerreros ínclitos,
Y el victorioso rey,
En tí, en efigies, álzanse
Graníticos y rudos;
Y, sobre tantos próceres,
Los cívicos escudos
So el sitio en que dictábase
La castellana ley.

III

Y vive el ángel místico
Más alto que las leyes;
La Virgen de las vírgenes
Sostiene al Rey de reyes
Sobre las viejas gárgolas,
Bañada por la luz;
Y al rematar la cúspide,
Ya sin terrenos lazos,
Consoladora y rígida
Extiende sus dos brazos
La enseña del católico,
La redentora cruz.

IV

¿Qué afectos á mi espíritu
Infunde tu presencia?
Qué concepción insólita
Dictó á la inteligencia

La creadora línea
Que se discierne aquí?
De torres y de alcázares
La fortaleza y brillo,
La vaguedad simpática
De gótico castillo,
Y pompas de basílica
Se han desplegado en tí!

V

Como patriarca bíblico
Que mora con su gente,
Piadoso abres tu pórtico
Del caserío al frente,
Posado en estas márgenes
¡Guardián de la ciudad!
Y el sol de luces pródigo,
Que el tiempo no desmedra,
Con su fulgor rosáceo
Bañó tu faz de piedra,
Y te infundió sus ósculos,
Corona de la edad!

VI

Ayer pobló tus ámbitos
El general Concejo,
Á un tiempo blando y rígido,
De la Justicia espejo,
Logrando días prósperos
Al pueblo burgalés:

Y hoy, bello tabernáculo,
En tu interior se hacina
El mármol del sarcófago,
La venerada ruina,
El bizantino tríptico
Y el destrozado arnés.

VII

Mas no el pasado exánime
Y en mi recuerdo extinto;
La esplendidez cesárea
Del rey Carlos el quinto
Que en indelebles rótulos
Sus hechos escribió;
La medioval anécdota
Que fácilmente crea
Adormecida en éxtasis
La voladora idea
Sobre las grandes páginas
Que el tiempo nos legó;

VIII

Lo que será á los pósteros
Tu generoso empleo
Con la verdad recóndita
Que encierra tu museo
Cuando se torne explícita
Al estudioso afán...
¡Oh, nada, nada á mi ánima
Mayor potencia dióle

Para su vuelo estético,
Como tu propia mole,
Fortísima y aérea...
¡Magnífico titán!

IX

¿Qué afectos á mi espíritu
Infunde tu presencia?
¿Qué concepción insólita
Dictó á la inteligencia
La creadora línea
Que se discierne en tí?
Por ella lo inorgánico
Casi la vida alcanza
Cuando el furor artístico
Sobre la muerte lanza
La imprecación de Lázaro:
«Levántate de ahí».

X

Y sólo por la línea,
Fuente generadora
De la belleza plástica
Que la materia honora,
El arte fué prolífico
Y el entusiasmo fué.
Y en resplandores ópticos,
Sin forma imitativa,
Como me place, yérguese
Con majestad altiva

Sobre estas piedras róseas,
Llenas de amor y fe.

XI

Eternamente infúndeme
¡Querido monumento!
Las fruiciones íntimas
De místico contento
Con que asombrado el ánimo
Responde á tu virtud:
Virtud que las imágenes
Del arte fertiliza,
Y la materia inánime
Asume y diviniza,
Y lleva á nuestro espíritu
Perpétua juventud!

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZALEZ

Del CANTO ÉPICO

LA BATALLA DE LEPANTO

Allí viene el salvaje beduíno
De atezado semblante y ojos fieros;
El Scita ligero, el que al destino
Debió cuna de Egipto en los linderos;
El indomable y bárbano argelino;
Los de Túnez y Fez bravos guerreros;
Con los hijos del Cáucaso, otomanos,
Negros de Libia y blancos circasianos.
Pueblos, colores, razas diferentes
En desorden extraño confundidos;
De nobles persas las altivas frentes
Entre esclavos se ven envilecidos;
Unos activos, otros indolentes
Contra el cristiano van embravecidos
Juzgando esclavos de su inmunda tropa
Los bellos campos de la rica Europa.
Avanzado al bauprés, la frente oscura
Por fatídica ruga señalada;

La agudísima blanca dentadura
Tras los convulsos labios apretada;
Torva en sus ojos la mirada dura
De la Liga posándose en la armada,
Junto al Sanjac, que en su galera ondea,
El iracundo Alí, jura y bravea.
  Cual tigre que en las fáuces sed cruenta
Siente, y rugiendo hacia la presa avanza,
Así las naves del cristiano cuenta,
Cual presa ya de su feroz venganza,
El rudo Alí-Bajá que ronco alienta
De sus cansados remos la pujanza,
Y ya impaciente en su furor sanguino
Empuña el ancho acero damasquino.
  «¡Bogad! ¡bogad! el bárbaro les grita:
¡Salvad el ancho mar que nos separa,
Y al nazareno audaz que nos incita,
Arranquemos la Cruz con que se ampara!
¡Dios sólo es vencedor, y su bendita
Palabra ha de llevar hasta do para
El sol, hundiendo la cansada frente
En las últimas aguas de Occidente!
  »Dios sólo es vencedor ¡bogad! ¡tronemos
Contra el cristiano infiel, y su bravura
Entre la sangre y el fragor probemos
De la batalla inexorable y dura!
Que aun alienta en nosotros demostremos
De Agar y de Ismael la sangre pura;
Y si en el mar los destrozáis, en guerra
Nuestros corceles hollarán su tierra.
  Allí os esperan lánguidas esclavas,
Un cielo siempre azul y un sol de oro;

Si amantes sois, encontraréis mil Kabas,
Si avaros, de riquezas un tesoro;
De Granada las rojas alcazabas
La vuelta esperan del vencido moro,
Y aun lloran de sus dueños la mancilla
Córdoba hermosa y la gentil Sevilla.
»¡Dios sólo es vencedor! ¡Bogad y á ellos!
¡Tras esa escuadra se levanta Europa!
¡Sus ricos pueblos y sus campos bellos
Vuestros serán, y la vencida tropa,
Antes que el sol oculte sus destellos,
Juro que ha de mirar sobre mi popa
De ese don Juan, marchita la belleza,
En una pica la imperial cabeza!»
Calló del fiero Alí la voz rugiente;
Del azote cruel la espalda herida,
Forzó el remo el cautivo diligente,
Y en media luna sobre el mar tendida
La escuadra infiel adelantó potente,
Hasta llegar á la ocasión temida,
En que las dos escuadras se allegaron
Y en espantable muestra se mezclaron.
Dame, Señor, la voz del ronco trueno,
Del huracán el silbo embravecido,
El tonante fragor con que del seno
Lanza el volcán su cráter encendido,
El torbellino espeso que el sereno
Azul del cielo empaña, y el temido
Sacudimiento que espantable aterra
Al conmoverse la tremante tierra.
Que tal tronó la ronca artillería
Los silbadores hierros vomitando,

Con furia sin igual y fuerza impía
A cristianos y á turcos destrozando;
Y tal al cielo se elevó sombría
En los aires sus nieblas condensando,
Blanca columna de humo turbulento,
Y tal tembló la mar y vibró el viento.
  Y no hay pluma que baste ni pinceles
A decir ó pintar el trance horrendo:
El humo espeso oculta los bajeles:
Cubre la voz del hombre el ronco estruendo
De la voz del cañón; de los infieles
No se sabe el lugar, ni do muriendo
Mira entre sangre mísero cristiano
Vengar su muerte á valeroso hermano.
  No hay ceder, no hay parar: zumba y rebrama
La dura lid; el hierro centellea,
Fiero el clarín á la contienda llama,
Cuerpos y jarcias la corriente ondea,
Rojizo resplandor el aire inflama,
El hierro sobre el hierro martillea,
Y no se sabe, echada ya la suerte,
De quién es el triunfar, de quién la muerte.
  Embístense con furia las galeras,
Crúzase el hierro, avívase el coraje,
Vuelan tocas, turbantes y cimeras
Al pujante embestir del abordaje:
Destrozos y matanzas lastimeras
En sus espumas cubre el oleaje,
Y ni el cristiano cede en su pujanza
Ni de sus naves el infiel avanza.
  No hay un punto en la lid del que á raudales
Sangre no corra, el ponto enrojeciendo,

Ni ya cubrir los gritos funerales
Del cañón matador puede el estruendo;
Nadie piedad demanda, ni señales
De flaqueza se dan, aunque muriendo;
Ni bajo el sol alumbran las espadas
Hasta el terrible pomo ensangrentadas.
Cual vemos retronando la tormenta
Lanzar ante su tromba el torbellino,
Y la fulgúrea luz que el rayo alienta
Teñir la sombra en resplandor sanguino,
Así la tromba de la lid cruenta,
Zumbando y retronando de contino,
Rebrama, vibra, se dilata, crece,
Y hasta á los cielos amagar parece.
Oyóla el huracán en las honduras
Donde le guarda Dios encadenado,
Y rompiendo sus fuertes ligaduras,
Lanzóse sobre el mar desenfrenado;
Alzáronse las líquidas llanuras
En montes á su impulso, y dilatado
El humo, en anchas ráfagas tendióse,
Y el trabado combate ver dejóse.
Del turco en la indomable capitana
El almirante Alí, de ira inflamado,
En ala corre de su furia insana,
El Sanjac á los vientos desplegado,
Donde la cruz se eleva soberana,
Mostrando al Dios del Gólgota enclavado,
Y donde ansiando ensangrentar su acero,
El valiente don Juan se alza el primero.
Naves rompiendo, fuego y oleaje
Al par las capitanas se enfilaron,

E impulsadas de lúgubre coraje
Potentes á encontrarse se lanzaron.
Al tremendo chocar de su abordaje
Los ligados maderes rechinaron,
Y de Cristo los bravos caballeros
Con los turcos cruzaron sus aceros.
Giran alrededor de las asidas
Capitanas, galeras en su ayuda,
Las de Roma y Venecia, y las temidas
Del Dey de Argel, que con pujanza ruda,
Por las de Malta y Génova embestidas,
La lid sostienen resonante y cruda,
Dando en continuo són y movimiento
Cadáveres al mar, gritos al viento.
Tremendo fué el chocar, la lucha dura:
Por cada paso que el cristiano avanza,
El turco alfanje á la región obscura
Por centenares castellanos lanza.
Ardiendo el arcabuz, muerte fulgura,
Rechina el hierro, y con feroz pujanza,
Luchando cual pantera enfurecida,
Alí-Bajá rechaza la embestida.
Como el fiero león cede cansado
Y paso á paso la terrible huella
Retira, por los tigres acosado,
Y el ojo matador rojo centella,
Y, do alcanza su garra, denodado
Avanza, hiende, rompe y atropella,
En torno suyo rugidor dejando
Despedazados restos palpitando;
Así, de su galera sobre el puente,
Revolviéndose Alí, ruge y batalla;

Donde su brazo alcanza, allí se siente
Hierros cortando á la acerada malla,
Su duro yatagán, que reluciente,
En alto siempre, matador se halla,
Por el cóncavo pomo destilando
Caliente sangre de cristiano bando.
  Y allí el bravo don Juan fiero sustenta,
La prez de su blasón en lid activa;
Su poderosa espada se ensangrienta
Hiriendo sin cesar; la muerte, esquiva,
Le respeta do quier; la huella asienta
Sobre turcos cadáveres, y altiva
De su esplendente fama con la gloria
Ante él bate su alas la victoria.
  Síguenle, las banderas desplegadas
Y en pos de sus valientes capitanes,
Honor de los Cardonas y Moncadas,
Los invencibles tercios catalanes;
Allí hicieron sus famas renombradas
Figueroas, Padillas y Bazanes,
Y con claro valor en trances fieros
Cien linajes de nobles caballeros.
  Y allí también su fortaleza ostenta
Un soldado español: su noble mano
El pesado arcabuz fiera sustenta,
Muerte lanzando al bárbaro otomano.
En su ancha frente el porvenir asienta
De la gloria un destello soberano,
Orlando con reflejos relumbrantes
El pensamiento audaz del gran Cervantes.
  Genio que guardas de la patria mía
El noble orgullo; de tu fuego santo

Claro un destello á mi rudeza envía
Que en luz inunde mi afanoso canto.
Musa de las batallas, que sombría
Presides la matanza y el espanto:
Cesa, cesa en tu horror, que cantar quiero
Himno de gloria al vate y al guerrero.
¡Mas, insensato afán! ¿Dónde las alas
Bastantes á llegar hasta su altura?
¿Quién, al mundo y á Dios, robando galas,
Pintará de su genio la hermosura?
¿Cómo desde la tierra hasta las salas
Eternas ascender, donde fulgura
De torrentes de gloria circundado
De Cervantes el nombre venerado?
Si hay una pluma que á su fama baste,
Otra pluma será, que no la mía,
Que existe entre él y yo para contraste,
Y es poco á fe, la eternidad vacía.
Bronces y rocas el cincel desgaste
Para esculpir sus timbres á porfía;
Que ante Cervantes sólo reverente
Sé admirar y callar y hundir la frente.
Miróle el mundo con valor rompiendo
El cerrado tropel de los infieles,
Á la par de don Juan, bravo cogiendo,
Sobre el sangriento mar, rojos laureles;
Como soldado su renombre haciendo
Digno del porvenir, que en ecos fieles,
Si de las musas le llamó el encanto,
Llamóle al par el Manco de Lepanto.
Sigue en tanto el furor: el mar, cubierto
De cadáveres ya, ruge sañudo:

Lidiase por doquiera al descubierto,
Desclavado el arnés, roto el escudo;
Flotan bajeles el combés desierto,
Rasgado el pabellón, el bronce mudo,
Mientras en otros se alza brilladora
Del incendio la llama aterradora.
Al fin ante el cristiano en lucha fiera
Rueda entre sangre Alí; se alza espantable
Su cabeza á una pica, y su bandera
Ante la cruz se humilla, venerable;
Al ver la capitana prisionera,
El Dey de Argel escapa miserable,
Y se rinden, vencidos, los infieles
Sobre un lecho de rojos alquiceles.
Y allí quedó la flor de la nobleza
De las fuertes naciones coligadas,
Y del turco la indómita fiereza,
Del mar entre las ondas sepultadas.
Pretender escribir cada proeza
Voz y ocasión requiere dilatadas,
Que tales, tantos y tan grandes fueron,
Que en su misma grandeza se perdieron.
Gloria á los invencibles campeones
Que de la Cruz, bajo el divino amparo,
En sangre infiel tiñeron sus pendones
Y en Lepanto adquirieron nombre claro;
Salud á las fortísimas legiones
Que á sus lares sirviendo de reparo
Vengaron en las ordas turbulentas
De la ofendida Europa las afrentas.
Allá van, allá van, rotas las velas
Del fuego del combate ennegrecidas,

Cual rebaño de tímidas gacelas
Por hambriento león acometidas;
Allá van, cual caballo á quien espuelas
Da cobarde jinete y sueltas bridas,
Vueltas las proras al lejano Oriente
Sobre las ondas de la mar rugiente.
  Al fin, en la pacífica ribera,
La breve planta bañará en las olas
La virgen de flotante cabellera,
Sin temer las corsarias banderolas;
Ni ya en viles harenes, lastimera,
Su pudor y su fe llorando á solas,
La esposa del Señor verá sonrojos
De impuros musulmanes en los ojos.
  ¡Triunfó la Cruz! ¡Su símbolo sagrado
Fué señal de terror al trace fiero!
¡Cantemos al Señor, que dió al soldado
Claro valor y al noble caballero;
Al Dios de las batallas, que humillado,
Tendió al infiel ante el cristiano acero,
Y dió en el mar sangrienta sepultura
Á los despojos de la gente impura!

DON FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO

DEL «CÁNTICO AL HOMBRE»

¡Oh! sí; tu noble frente con majestad levanta,
Mortal engrandecido, del cielo á la región;
Tú imperas en el orbe que huellas con tu planta,
Y no eres de su polvo raquítico montón.
Tú llevas en tu mente un mundo de esplendores,
Y un sol vivificante de hermoso fulgurar,
Que irradía por tus labios sonidos vibradores
Vertiendo en la palabra la luz de tu pensar.
Y si arrebata el aire las notas fugitivas
Y de tu voz los sones fugaces ves morir,
Cual ecos perennales, las letras siempre vivas
Al mundo y á los tiempos los saben repetir.
Y el hierro, ante esa lumbre de inmenso poderío,
Arrímase y refleja su fúlgido raudal
En perdurables signos, y fiel como el rocío
Que copia los fulgores del sol matutinal.
Y cruza las fronteras y por doquiera cunde,
Hasta el confín remoto, el eco de esa voz,
En alas de la imprenta, que al mundo la difunde,
Como la luz potente, como la luz veloz.

Levanta, sí, levanta la frente ¡oh triste humano!
Y humíllense los seres, ante tu noble ser,
Que aún tiene en su flaqueza señal de soberano
Y muestra el ancho mundo su gloria y su poder.
Él deja de su paso por la revuelta historia
Gigantes monumentos de augusta majestad,
Que cuenten sus hazañas y digan su memoria
A las futuras gentes y á la remota edad.
Y en tanto de las selvas penetra en el misterio
Y á su presencia huyen la hiena y el león;
Recibe la materia las leyes de su imperio,
Y ríndele en mil formas humilde sumisión.
Él baja de la tierra al seno tenebroso
A sorprender osado del oro el manantial,
Y se hunde en los abismos del mar tempestuoso,
Cantando su victoria la perla y el coral.
El fuego que en los aires su faz esconde ardiente,
Él toma entre sus manos, y mándale lucir;
Y al fuego de sus hornos, en vidrio transparente
La roca que le entrega le manda convertir.
La tarda oruga tiende sobre el moral suave
Para que blando lecho se forme en su calor,
Y del capullo tosco, sacar su mano sabe
Los pérsicos tapices, los chales de Lahor.
Al elefante altivo con su valor enfrena,
Y lucen las hermosas joyeles de marfil;
Apresa allá en el polo la colosal ballena,
Y el delicado talle se ostenta aún más gentil.
Y abate las panteras y tigres que crueles
Dominan el desierto; y con amante fé,
Como trofeos rinde sus arrogantes pieles,
Que oprime la doncella con su medroso pie.

Para que el grano arroje, va abriéndole caminos
Sobre la dura tierra el toro mugidor,
Y como á dulce dueño, con sus amantes trinos,
Le alegra en sus pesares cautivo el ruiseñor.
Y si su patria invade osado el extranjero,
Del rudo hierro, forja con bélica ansiedad,
La damasquina cota y el toledano acero,
Para guardar altivo su santa libertad:
Y al verle, tiende ufano las crines rozagantes
Y piafa inquieto y bufa el rápido corcel,
Y con relincho agudo y pies centelleantes,
Se arroja á la batalla para morir con él.....
Mortal, sí, grande eres, hasta la luz sumisa,
La fugitiva imagen te grava perennal,
Y subes á los aires, y tu ambición divisa
Que alcanzarás el vuelo del águila caudal.
Y en vano es que ante el hombre opongan sus ba-
Los montes y desiertos y el mar aterrador; [rreras
Su reino no conoce linderos ni fronteras,
Y todo el orbe siente su brazo domador.
Humilla al golpe rudo de la segur violenta
El corpulento roble y el cedro secular,
Y en gigantesca nave que afronta la tormenta,
Como señor recorre la inmensidad del mar.
Y si la senda el piélago le niega amenazante,
Y si á la estrella roban las nubes su fulgor,
En dónde está le dice, la aguja palpitante,
Cual corazón que late tendiendo hacia su amor.
Y él, que sabe la fuerza del anhelar ferviente
Con que ansían las almas de su prisión volar,
Encierra el agua pura en férreo monstruo ingente,
Donde en vapor el fuego la viene á transformar;

Y símbolo de un alma, en su implacable anhelo,
Al tiempo y los espacios arrolla su poder,
Y en su violento arranque para volar al cielo
Arrastra cuanto intenta su vuelo detener.
Y envuelve en blanca nube la fiera que rugiente
Se lanza, cual soñada quimérica visión,
Por llano y valle y río, vertiendo fuego ardiente,
Atrás en su carrera dejando al aquilón:
Y aunque su paso cierre el muro de montañas,
Tampoco, en su delirio, sabrá pararse allí;
Que abrió ante tal grandéza el monte sus entrañas,
Á que se arroja ciega con loco frenesí;
Y se hunde en sus abismos por la caverna obscura,
Que rápida recorre con hórrido fragor,
Y sale arrebatada rugiendo á la llanura,
Lanzando á los espacios su grito vencedor...
Señor, ¡bendito seas! Tu soplo soberano
Sobre la sombra pasa y el ser hace surgir;
Y rey sobre tus obras pusiste al sér humano,
Por quien la tierra sabe tu nombre bendecir...
Vedle: sobre su reino él va con tarda huella
Como arrastrando el peso de esclavitud cruel,
Mas forja entre sus manos la rápida centella
Que á sus dominios manda como su esclavo fiel:
Y trázala caminos bajo del mar hirviente
Y en la región del aire, y suéltala; y veloz
Da ella sus mandatos á la remota gente,
Y aun palpitantes lleva los sones de su voz...
Mirad, sí, su grandeza: las nubes se levantan
Y al claro cielo roban su placentera luz,
Y en formidables grupos que raudos se agigantan
Con fúnebres presagios el corazón espantan,

Y el horizonte cubren de cárdeno capuz:
Abortan la tormenta sus antros inclementes;
En cada nube estalla devastador volcán;
Granizo y agua arrojan en irritadas fuentes;
Desbórdanse los ríos, revientan los torrentes,
Y arrasa la espesura bramando el huracán.
Del monte se estremecen los hondos fundamentos;
Los truenos cavernosos retumban con fragor,
Y al són que embravecidos le dan los elementos,
En pos de los relámpagos, en alas de los vientos,
Señor de la tormenta, va el rayo aterrador.
Del hombre ardiente pábulo hará su ciega ira:
La dura roca humea, la torre empieza á arder;
Se trueca la alta cumbre en inflamada pira;
El alma con terrores clamando al cielo mira,
Y va en espantos fieros el mundo á perecer.
Mas mientras mande el iris de Dios la fe jurada,
Aún puede su grandeza el hombre recordar;
Que si su fuerza es débil, sabrá con mano osada
El signo de su imperio clavar en su morada,
Y en viéndole va el rayo sus plantas á besar.
Señor, ¡bendito seas! No es sueño mi locura
Si pienso, arrebatado, en semejarme á Tí:
Que no borre con cieno, Señor, la imagen pura
Que entre grandezas tantas con tanta luz fulgura
Por tu infinita diestra grabada sobre mí!...
Tú solo eterno y grande; creador tú solo eres;
El universo canta tu gloria y tu poder;
Tu espíritu se aleja, y volverán los seres
Al polvo de su nada; mas si enviarle quieres
De nuevo, á nueva vida veránse renacer.
Sonríes á la tierra, y cúbrese de flores;

Sus bravas cumbres tocas, y en fuego van á hervir;
La miras enojado y rásganla temblores,
Y cuando ver no quieres sus crímenes y horrores,
Los velos de un diluvio la bajan á cubrir.
  Á Tí solo homenaje dará rendido y grato
De adoración ardiente con humildad mi amor
Mas nunca envilecido, adoraré insensato
El mundo y la materia de quienes soy señor.

DON JUAN ANTONIO CAVESTANY

EL PLACER Y EL DOLOR

I

¿Tuvo, tal vez, la escena algún testigo?
No lo sé ni consigo
Dar del misterio con la oculta clave.
Sé que los dos un día de repente
Se hallaron frente á frente:
Cuando y en donde fué, nadie lo sabe.
Triste el anciano, sin vigor ni brío;
Cejijunto y sombrío:
Agil el joven, animoso y fuerte.
Así traza de entrambos la pintura
Quien más tarde asegura
Que el mozo dijo al viejo de esta suerte:

II

—¿Te atreves á cruzarte ante mi paso?
¿Puedes pensar, acaso,

Que has de hacerme temblar por iracundo?
Soy el placer. La tierra es mi conquista.
Mientras el hombre exista
Seré el señor y el árbitro del mundo.
Mi ley tan solo sobre el orbe impera.
Si el placer no existiera
Saltara el corazón, roto en pedazos.
Sin mí ni aun la existencia se concibe:
Por mí vive quien vive,
Que la vida se forma entre mis brazos.
Yo soy para los labios carcajada;
Para el campo alborada;
Satisfacción para el ardiente anhelo:
Abundancia en la tierra y lozanía;
En el alma alegría;
En el mundo calor; luz en el cielo.
Por mí logra la madre la fortuna
De mecer en la cuna
Al tierno infante que á vivir la liga:
Yo doy, cuando á la tierra me aproximo,
Á la vid el racimo
Y á la dorada mies la rubia espiga.
¿Persigue la ambición triunfos y gloria?
¿El soldado victoria?
¿Yo colmo sus afanes con exceso?
¿Delicias los rendidos amadores
Buscan en los amores?
Pues yo en sus labios me transformo en beso.
Mi voz del hombre la carrera guía.
De la báquica orgía
Vibro en los cantos y en las copas moro:
Soy sombra en los ardores del desierto;

Para el náufrago puerto;
Para el avaro el relucir del oro.
Yo pueblo con imágenes de rosa
De la virgen hermosa
Los sueños en las noches de verano,
Y cobija á la vez mi ala de armiño
La esperanza del niño
Y los dulces recuerdos del anciano.
Es mi heraldo la risa delirante;
Mi séquito brillante
Cuanto de hermoso el universo encierra;
Besos, triunfos, honores, poderío...
El mundo es siervo mío:
¡El placer es el dueño de la tierra!

III

El mozo enmudeció. Vivo reflejo
en los ojos del viejo
Brilló, como centella, de repente;
Pensativo quedóse breve rato
Y al fin dijo: ¡Insensato!
Rey del mundo soy yo ¡yo solamente!
El dolor, el destino señalado
Á cuanto fué creado;
La esencia de la vida, el sufrimiento;
De esa vida que mueve mi palanca,
Pues del dolor arranca
Y es el sollozo su primer aliento.
¿Pone el placer, con carcajada loca,
Más risas en la boca

Que lágrimas yo vierto sobre el mundo?
¡Si con llanto formado se le hubiera,
el mar, sin duda, fuera
Más salobre á la vez y más profundo!
¿Ve la madre en el hijo su fortuna?
Pues yo trueco la cuna
En fúnebre ataúd y en mal eterno.
¿Abril derrama sobre el prado flores?
Pues cubro sus verdores
Con el blanco sudario del invierno.
Soy el vencido á quien el fuerte oprime;
La miseria que gime;
La corrupción que las conciencias vicia:
Soy el mal triunfador y el bien cautivo;
El odio siempre vivo;
La ingratitud, la infamia, la injusticia.
¿Brinda el amor ardientes embelesos?
Yo oculto tras sus besos
La vil traición que envenenando pasa.
¿Ofrece sazonados en estío
Sus frutos el plantío?
Yo formo un nubarrón que los arrasa.
Yo de la envidia la tristeza enciendo:
Mi séquito tremendo
Son la impotencia, el desengaño, el dolo...
Nadie evitó pagarme su tributo:
Tiránico, absoluto,
Se extiende mi poder de polo á polo.
Escucha bien. La universal tortura
Sollozo de amargura
Llorosa al cielo sin cesar levanta.
Con él la humanidad, de zona en zona,

Que es mi sierva pregona:
¡Es el himno al dolor que el hombre canta!

IV

Calló el dolor frunciendo el entrecejo,
Y cuando el mozo al viejo
Mudo y provocador miraba fijo,
Con un nimbo de luz como corona
Una augusta matrona
Entre los dos cruzándose les dijo:
—Os movéis en verdad inútil guerra.
El cetro de la tierra
Ninguno de los dos lograr intente.
Dad término al combate furibundo.
No reinan sobre el mundo
Ni el placer ni el dolor únicamente.
Entretejiendo triunfos y dolores,
Como espinas y flores,
Hace en el mundo el hombre su carrera.
Y el pesar embellece á la alegría.
¿Fuera tan bello el día
Si sus pasos la noche no siguiera?
¿Por qué causa la risa gozo tanto?
Por venir tras el llanto.
Por el humilde es grande el poderoso.
Si el llano no existiese ¿habría otero?
¿Sin las nieves de Enero
Fuera Mayo tan dulce y tan hermoso?
Hoy tormento y dolor: placer mañana:
Tal es la suerte humana:

El vencido de ayer, al fin triunfante...
Nobleza y falsedad; calor y frío;
La luz y lo sombrío
Todo mezclado en confusión constante.
Pensáis del mundo ser dominadores
Y sois mis servidores;
Esclavos que vivís en mi obediencia.
Por que á los dos os mando y os obligo,
Vencedora consigo
El eterno contraste, que es mi esencia.
Yo necesito del placer fecundo
Por que es germen del mundo;
Del dolor, por la muerte, mi aliada,
Y así, creando al par que destruyendo,
Voy con los dos haciendo
Á través de los siglos mi jornada.
El placer y el dolor, contra ella unidos,
Miraron sorprendidos
Á la augusta matrona aparecida.
—¿Ser, insensata, nuestra reina quieres?
le dijeron— ¿Quién eres?
—Y la matrona respondió: ¡La vida!

EL NACIMIENTO

De un monte hecho de corcho, bajando la pen-
Que fingen unas tablas en curva desigual, [diente
Y á cuyos pies, de estaño despéñase un torrente
Que muere en un arroyo formado de cristal,
Los Reyes Magos siguen, envueltos en su manto,
El curso que les marca la estrella de latón,

Y paran los corceles al ver el portal santo
Oculto en una gruta de barro y de cartón.
Un grupo de pastores, que afrenta á la escultura,
Bailando se acompaña de gaita y tamboril,
Y olvida las ovejas que pacen en la altura,
Ó bajan ellas solas en busca del redil.
Allí nacen hermanos el pino y la palmera,
Junto á un árbol sin hojas se ven lirio y clavel,
Y á un mismo tiempo fingen invierno y primavera
La nieve en las cabañas, la flor en el verjel.
De pavos la manada, entre el follaje umbroso,
En formación correcta hacia el arroyo va,
Y un gallo en un tejado levántase orgulloso
Más grande que la casa sobre la cual está.
El viejo asa castañas en la pintada hoguera,
La vieja con su rueca trabaja junto á él,
Y al borde del arroyo, la tosca lavandera
El trapo ya lavado suspende de un cordel.
Un monte coronando, de Herodes la morada
Se eleva pintoresca, como es la tradición,
Con sus persianas verdes, su rústica fachada,
Encima un pararrayos y el dueño en el balcón.
Allí nada respeta la loca fantasía;
Mil épocas se juntan en rara variedad.
¡Bendito anacronismo, más lleno de poesía
Que el cuadro que se ajusta servil á la verdad!
Gozad, hijos del alma, precioso es el momento.
¡Feliz quien con tan poco consigue tanto bien!
También los hombres ponen su alegre nacimiento,
Y en él, como en el vuestro, su dicha va también.
Los reyes, que sus dones á perseguir nos lanzan,
Los triunfos representan que busca la ambición;

Si muchos los persiguen, muy pocos los alcanzan
Y á algunos el lograrlos les hiela el corazón.
Esa gentil zagala que en los peñascos mora,
Al hombre como al niño produce igual placer;
En tanto que es de barro, se llama la pastora;
Después que alienta y vive, se llama la mujer.
Y ese portal que habita la Majestad Suprema,
Ni cambia ni se olvida sin dar en el error,
Porque es el misterioso consolador emblema
De un Dios que el mundo entero redime con su amor.
¡Que siempre la fortuna que os brinda sus halagos
Oculte á vuestros ojos la tentación y el mal;
Que siempre vuestra estrella, como á los Reyes [Magos,
Os muestre llana y fácil la senda del Portal!

DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

Á ZOILO

Ya que una hacer no sabes redondilla
(Transposición se llama esta farfulla),
De los censores métete en la bulla;
Ladra y muerde por diez: ¡ancha es Castilla!
Hurta á los albañiles la esportilla
Y ripios caza y críticas aulla;
Á Homero tunde; á Píndaro apabulla.
¡Si eso es más fácil que comer papilla!
Y aunque digas *descolla* por *descuella*
Y *asole* por *asuele*, que en tu cholla
Gramáticas jamás hicieron mella,
Te harás temer, conquistarás bambolla
Y, de camino, la oriental paella,
El pote celta ó la andaluza olla.

Á VELARDE

Manda á coger coquinas á las musas,
Velarde amigo, y á Esculapio torna;

Que ni aquí ni en el ripio de Liorna
Son más que unas histéricas ilusas.
  Rompe cítaras, plectros, cornamusas:
Gloria sin pan te aflata, aunque te adorna.
Toma el pulso, sé médico y, con sorna,
Dí que á la fama póstuma rehusas.
  Sé rico y obtendrás mil parabienes
Que sólo otorga el mundo á bolsas llenas.
Tienes inspiración, pero ¿qué tienes?...
  Numerosa familia, diez mil penas,
Alma noble, dos ternos, pocos bienes,
Muchos *Mecomes* y ningún *Mecenas*.

REMEMBRANZA

  Entonces, cuando era mía,
Las flores ¡cuán gratamente
Perfumaban el ambiente
Allí donde andar solía!
  ¡Con qué plácida harmonía
Cantaba la alada gente!
¡Cómo la luna esplendente
Al ver su faz sonreía!
  Muertos aquellos amores
Tan dichosos, tan suaves,
Fenecida mi fortuna,
  Ni aromas tienen las flores,
Ni dulces trinos las aves,
Ni claro esplendor la luna.

DULCE TIRANO

Malo tan de remate es el chiquillo,
Que al lado Atila pareciera un santo;
Llora y manda; un sultán no puede tanto.
¡Cómo se impone el dictador Pepillo!
Sobre la alfombra siéntase el muy pillo
Y libros que del padre son encanto
Abiertos ruedan... ¡Todo antes que el llanto
De sus negros ojazos nuble el brillo!
Roto el caballo de cartón, cabalga
En el *Digestum Vetus*... Cosas feas
Va á sufrir Justiniano; ¡Dios le valga!
¿Quién duda, al ver del chico las peleas,
Que *Don Quijote* malferido salga...?
¡Bálsamo en él, y tú, bendito seas!

LA RASTRA

Juan sin carácter, Juana sin conciencia,
Ambos pobres y enfermo el triste anciano,
Á cuestas Juan, un día de verano,
De un hospital llevóle á la clemencia.
En el camino, falto de paciencia,
Soltó la carga y murmuró inhumano:
—«Y ¡cómo pesa este costal de grano!»
Y gritó el viejo:—«¡Oh santa Providencia!
»¡Eso, eso mismo aquí tu padre dijo
»Llevando al suyo al hospital!... ¡Severo,
»Justo Dios, no por mí, por Juan me aflijo!»

—«¡Padre—exclamó llorando el jornalero:—
»Vuelve, vuelve á la casa de tu hijo,
»Que esta rastra maldita cortar quiero!»

¡AY DE MÍ!

¡Ay de mí, que me abrasa y me sofoca
Perpetua sed y en heredad vecina
Miro brotar el agua cristalina
Que nunca, nunca, gustará mi boca!
¡Ay de mí, que padezco un ansia loca
Que á escalar mundos célicos me inclina
Y, encadenado á roca diamantina,
Lucho despedazándome en la roca!
¡Ay de mí, que en la lóbrega negrura,
Sima insondable del destino fiero,
Ni una esperanza efímera fulgura!
¡Ay de mí, que mi amor en un lucero
Puse y él brilla espléndido en la altura
Y no sabe que vivo ni que muero!

Á MANUEL REINA

Á conocerte vengo, que admirarte
Cosa es añeja en mí: tus versos de oro
Y el de tu inspiración rico tesoro
Á tenerme cautivo fueron parte.
Vengo á más: porque ansío preguntarte
Dó está la fuente de raudal sonoro
Con cuya linfa el apolíneo coro,

En señal de su amor, suele brindarte.
  Pues tu bondad á tu saber iguala,
Díme dónde hallar puede tu poesía
Los aromas suavísimos que exhala.
  Díme, en fin, por qué oculta hechicería
Fulgura en tus estrofas, por más gala,
El espléndido sol de Andalucía.

DON LUIS MONTOTO

JUAN SEGADOR

I

Abandonó su morada
El mísero segador.
En busca va del sustento
Que la suerte le negó,
Para remediar el hambre
De las prendas de su amor.
Atrás deja pueblo y casa,
Y en la casa el corazón,
Porque á su esposa y sus hijos
Todo entero lo entregó.
Descalzo de pies y piernas
Al hombro lleva la hoz;
Por sombrero un pañizuelo,
Una rama por bastón;
Por toda vianda un pan
Que mal el horno coció,
Y por ropa sucio lienzo,
De la miseria girón.

Para acortar la jornada,
Deja el camino mejor,
Y toma por el atajo
Que sólo el ave cruzó,
Y trepa el áspero monte,
Ó sube al escueto alcor,
O el ancho ríò vadea,
Ó al valle baja veloz.
Leguas y leguas camina
Bajo los rayos del sol,
Mal comiendo sin pararse
Y bebiendo en el pilón
En que el vaquero solícito
Á la vacada abrevó.
Sólo le salen al paso
Algún perro ladrador,
Alguna res escapada
Del estrecho tinahon,
Y alguna liebre que burla
Al astuto cazador.
De noche extiende el hatillo
Que le sirve de colchón,
Sobre el polvo calcinado
Que con sus plantas holló,
Y se duerme hasta que apunta
De otro día el resplandor,
Oyendo de la corneja
La melancólica voz,
El triste canto del grillo,
De las mieses trovador,
El balido de la oveja
Que del aprisco saltó,

El ladrido del alano,
Del cortijo celador,
Y el estentóreo rebuzno
Del ardiente garañón.
Sigue andando, sigue andando
El mísero segador.
En busca va del sustento
Que la suerte le negó,
Para remediar el hambre
De las prendas de su amor.

II

Al término del viaje
Tras largos días llegó.
Aquel es del caserío
El grietado paredón.
Á un lado la gañanía,
Á otro el hato del pastor,
Y más allá las zahurdas
Donde duermen en montón,
Y encenagados, los cerdos
Que la codicia cebó.
Las gallinas revoltosas
Escarban en el montón
De estiércol, cacareando
La que del nido salió.
Del corral sobre las bardas,
Cual magnífico señor,
El pavo real ostenta
De su pluma el tornasol.

Los zuritos y palomas,
Como compacto turbión,
Revolotean en torno
Del alegre mirador.
Arrastrando el corvo arado
Y uncidos de dos en dos,
Vuelven los bueyes, rendidos
Por la diurna labor.
Bebe la ahita vacada
En el extenso pilón;
Y el chiquichanca descincha
El asno en que cabalgó.
Retornan las semilleras
Al viento dando su voz,
Y entonando melancólica
Y apasionada canción;
Y en el limpio azul del cielo
Vierte pálido fulgor
El lucero vespertino
Que provoca á la oración.
¡Mañana será otro día
Para el pobre segador!
Mañana hallará el sustento,
Que la suerte le negó,
Para remediar el hambre
De las prendas de su amor.

III

Allá van los segadores
Apenas amaneció.

Descalzos de pies y piernas;
Al hombro llevan la hoz.
¡Qué trigos! ¡Si cada espiga
De granos tiene un millón!
¡Qué pajas! ¡Ni las de antaño!
¡Esta es la gracia de Dios!

IV

¡Cuál enciende el sol de Julio
En la andaluza región!
El aire que se respira
Tiene del horno el calor.
Apenas corren las fuentes;
La laguna se secó...
Cardos y espinas doquiera...
¡Quién se acuerda de la flor!
La cabeza bajo el ala,
El pájaro se durmió;
Late el alano, buscando
De las aguas el frescor;
Zumban el tábano ronco
Y el oscuro moscardón;
Alza su cabeza chata
El lagarto tricolor,
Y se oye el seco ruido
De la tajadora hoz,
Y el crujir de las espigas,
Y el latir del segador.
—¡Ah, cobardes! ¡Pobres bueyes!
—¡La carreta se atascó!

—Á segar la otra besana.
—¡Jesús me valga! ¡Favor!
—Llevad á ese hombre al cortijo.
¡Más gavillas al montón!
—¡Agua! ¡Viento! ¡No respira!
—¡Desgraciado! ¡Se asfixió!
—¡Está muerto! ¡Cada espiga
De granos tiene un millón!
¡Qué pajas! ¡Ni las de antaño!
¡Esta es la gracia de Dios!

V

¿Por qué lloras, pobre madre,
En tu olvidado rincón?
¿Acaso en el pan que comes
Ves la sangre que vertió,
Y con la sangre su vida,
El mísero segador
Que fué en busca del sustento,
Que la suerte le negó,
Para remediar el hambre
De las prendas de su amor?

LA MEJOR CORONA

Leves hilos de blanca ceniza
Que enredados bajáis á mi frente,
Á decirme tal vez que el incendio
Apaga su lumbre, que el fuego es ya nieve:

¡Yo os bendigo! La llama extinguida,
Sofocado el rigor de la hoguera,
Ni las chispas deslumbran mis ojos,
Ni el fuego me abrasa, ni el humo me ciega.
Yo os bendigo, cabellos nevados,
Ayer rubios cual ascuas ardientes,
Viva imagen de plácidos sueños
Que dan en cenizas, que es dar en la muerte.
¡Yo os bendigo! Pasaron las horas
De amorosos anhelos que matan;
Esas horas de eternas angustias,
De eternas vigilias, de eternas veladas.
Yo os bendigo, cabellos nevados
Cual espuma que arroja á la arena
El hirviente, revuelto oleaje
Del mar de la vida, del mar de las penas.
Ya no anhelo vivir de ilusiones,
De esperanzas, de ardientes deseos,
Ni en la cárcel morir de unos labios,
Cual todo el que funde su ser en un beso.
Ya no busco el laurel de la gloria,
Que el espíritu débil ansiaba;
El laurel que no crece en la vida
Y brota en la tumba y extiende sus ramas.
Ya no elevo la altiva cabeza
Aspirando á tocar en la altura:
Pongo atenta la vista en el suelo;
La tierra me llama, mis ojos la buscan.
Ya no anhelo el aplauso ruidoso
Que pretenden los hombres sin calma,
Don al vulgo ignorante pedido,
Rumor de los vientos sonando en las cañas.

Yo os bendigo, cabellos nevados
Que adornáis mi doliente cabeza.
¡Vale más la corona de canas
Que la áurea corona que esmaltan las perlas.

DON LUIS HERRERA

En la muerte del Emmo. Cardenal

FRAY ZEFERINO GONZÁLEZ

No le lloréis; que para siempre vive.
Vive en eterna luz de ciencia pura,
Vive en piélago inmenso de ventura,
Do el justo premio del Señor recibe.
Del mundo la grandeza
Fué ante sus ojos de valor mezquino;
Su alma aspiraba á la sublime alteza
Del Ser Eterno, del saber divino;
Sol de lumbre y de vida,
La niebla disipó de los errores,
Mostrando con brillantes resplandores
De la verdad la esencia bendecida.
Él penetró el arcano
Del divino saber en su alto vuelo,
Y reveló al humano
La ciencia augusta, que aprendió del cielo.
Él de la vida recorrió la senda
Asceta y sabio Cardenal y mártir,

Y su mérito altísimo pregona
La fama por doquier de zona á zona.
  Que el eco de incesantes bendiciones
Con que Iberia con férvido ardimiento
Su gloria insigne y su bondad aclama,
Y el poder de su claro entendimiento,
Repiten las regiones
Do fulgura la luz del pensamiento.
  Así su nombre esclarecido brilla
En el grandioso libro de la Historia;
Y con los lauros de inmarchita gloria
Legarán sin mancilla
Los siglos á los siglos su memoria.
  Mas ¡ah! pobre grandeza
Ante la gloria augusta,
Ante la dicha que jamás perece;
Gloria y dicha sin fin al alma justa,
Que vive en Dios, y en las virtudes crece.
  Vedle á su Dios en caridad unido,
Víctima ante las aras ofrecida
Por el amor y la piedad cristiana,
En los albores de inocente vida.
Y vedle presto en juventud lozana
Con bríos sobrehumanos
Despreciar mundanales ambiciones,
Y el sórdido bramar de las pasiones,
Por el bien de sus míseros hermanos.
  De pobre celda, con sayal humilde,
Hijo ferviente de Guzmán se aleja;
La Patria amada y los paternos lares
Por climas ignorados
En alas de la Fe, gozoso deja;

Y al través de los mares
Con generoso afán busca su alma
La del martirio venturosa palma.
  Mas dióle en sus designios venerandos
La santa inexcrutable Providencia
Por martirio la cátedra sagrada,
Y allí su vigorosa inteligencia
Por Sacrosanto Numen inspirada,
Hizo irradiar las luces de la ciencia.
De aquella ciencia de poder divino,
Que labró con fulgores eternales
Espléndida corona,
Al Aguila de Hipona
Y al santo y sabio Serafín de Aquino.
  Y si la excelsa mitra venerada
Ciñó su noble frente,
Y la gloriosa púrpura sagrada
El humilde sayal cubrió esplendente,
Él de Osio el grande, de Isidoro el sabio,
De Ildefonso divino
Siguió las huellas en mortal camino.
Él fué luz á la humana inteligencia,
Y en caridad ardiente
Fué doquier á la mísera indigencia
De consuelo y amor copiosa fuente.
  Espíritu gigante
Para el estudio y la oración nacido,
Vivió en la tierra, y conversó en el cielo;
Y en su férvido anhelo
Por el silencio y la quietud querida,
El fausto y pompa y mundanal ruido
En la afanosa lucha de la vida,

Y hasta la excelsa dignidad preciada,
Dió por siempre al olvido
Por el retiro y soledad ansiada.
Cumplió en la tierra su misión bendita:
Y siervo fiel, al gozo perdurable
Fué por el ángel del Señor llamado.
Y en penitente solitario asilo,
Su espíritu inmortal purificado
Por las torturas de martirio lento
Y la sangre del Verbo redentora,
Rompe el estrecho calabozo obscuro
De la humana materia pecadora
Entre dolores de mortal quebranto,
Y raudo vuela al inmortal seguro,
Al ósculo de Dios eterno y santo.

DON JUAN F. MUÑOZ PABON

LA PROMETIDA DEL MÁRTIR

Alma Erycina, de la espuma egéa
Nacida al riego de la sangre urania,
De pecho blando cual plumón de cisne,
Cíprida Venus.
La que á su carro por cuadriga unciera
Blancas palomas de perpetuo arrullo,
Del grácil Eros y del sacro Himene
Madre fecunda.
Tú, que á los vientos la dorada crencha
Y el pie de rosa por los duros riscos,
Lloraste á mares la del tierno Adonis
Trágica muerte.
Tú, cuyo pecho desconoce el odio,
Tú, que de amores y de penas sabes,
Acoge el llanto que en tus aras vierte
Púdica virgen.
Cabal trasunto del crinado Apolo,
Doncel ibero me incendió en amores,
Y ardo en sus llamas, cuál ni ardió por Fáon
Safo de Lesbos.

Eran las nonas del Abril florido;
Hora, la siesta; y el lugar, la gruta
Do quema inciensos á tu augusto numen
Tíbur proclive.
La alegre Flora, cual vestal dormida,
Del rubio Cintio despertaba al beso.
Flor era el soto y cada oliente rama,
Nido de amores.
Todo era vida. Hasta la muerta roca
De verdes musgos se adornaba el dorso,
Cual la bacante que á su espalda tiende
Piel de pantera.
Negras esclavas de contornos griegos
Tu altar ceñían de laurel y rosas,
Plácida ofrenda que, al cumplir tres lustros,
Quise ofrecerte.
Para adornarlo de violetas blancas,
Menos fragantes que tu fresca boca,
Yo estaba hinchiendo en la parlera fuente
Múrrino vaso.
Cuando, sencillo cual pastor arcade
Y al par hermoso cual Narciso heleno,
Tímido púber se acercó y me dijo:
—¿Quieres que beba?
—Bebe, extranjero, y que contigo vayan
El ledio Cástor y el gemelo Pólux.
—Bajo sus alas el Señor te guarde,
Cándida niña.—
Bebió, Ciprina; mas bebió ponzoña,
Según me dijo al devolverme el vaso.
Probé dudosa, y, al tocar el borde,
Ví que era cierto.

¿Qué ignoto numen en la clara linfa
Puso aquel filtro, cuánto dulce, amargo?
¿Fué el tiranuelo, que de Marte hubiste,
Niño con alas?
Miróme ardiente, le miré sumisa
Y almas trocamos con mirar apenas,
Como en los verdes mitilenos campos
Dafnis y Cloe.
Con voz más dulce que la miel de Himeto,
Me habló de amores que por siempre duran
Allende el tiempo y el de negras ondas
Cócito odioso.
—Tal es, oh virgen, (murmuró temblando)
Si no lo esquivas, el que ofrezco darte.
Quiéreme y demos al Señor del orbe
Santa progenie.—
Etna mi pecho, mis mejillas grana,
Trémula y muda de placer divino,
Nada le dije; mas mi tierno llanto
Díjolo todo.
Besó la fimbria de mi leve estola,
Blanca violeta se guardó en el seno,
Siguió su ruta y, al primer recodo,
Dió un beso al aire.
Va para un año de tan dulce idilio:
Y hora que Himene á confundirnos iba,
Como en un lago su raudal confunden
Dos arroyuelos,
Cual si Mercurio, inexorable á votos,
Le hubiese herido con su horrenda vara
Y unido al flébil escuadrón que rige,
Déjame y huye.

Salgo á buscarle y, tras andar en vano
Por foro y termas desalada y loca,
Dícenme ¡ay triste! que en la infanda cárcel
Gime precito.
Doy al cerbero comatoria aguja
De margaritas que envidiara el César.
Entro en la cárcel y cantando versos
Oígolo absorta.
—Lesbia, (me dice) por mi fe proscrito,
Del circo Flavio bajaré á la arena,
Bodas de sangre á celebrar con fiero
Tigre de Hircania.
La sangre moza que en mis venas arde
Pídeme á voces que apostate y huya.
Pánico horrible ante la muerte siento.
¡Amo la vida!
Mas Dios lo quiere, y bienestar y amores
Y sangre y vida inmolaré en sus aras;
Que, flaco y débil, en su gracia espero...
¡Vete, infelice!—
Dijo: y, posando la tremante boca
Sobre mi frente, murmuró una frase.
Besóme luego y, al volverse, vide
Que iba llorando...
¿Qué Dios es éste, tan de entrañas duras,
Que tan horrendos sacrificios pide?...
¡Menos airadas é implacables fueran
Furias del Orco!
¿Trocar en hielo con tan fina amante,
Al que al esclavo compadece y ama,
Besa al mendigo y en el hosco Escita
Mira un hermano?

Nefando rito, que el amor inmola,
Secta maldita, que atormenta y mata·
¡Húndate airado el del tonante Jove
Rayo tremendo!
Piedad, Idalia, de la pobre virgen
Que ingratitudes y desdenes llora,
Como en la tiria abandonada margen
Mísera Dido.
Que el sacro Himene las heridas cure
Que hízonos Eros con su aguda flecha.
¡Duélate, Diosa del amor, mi triste
Tálamo intacto!
Piedad, ¡oh Venus! y recibe en voto
Dos tiernos cisnes de curvado cuello,
Como las cumbres del Pelión nevadas,
Blancos de plumas.
Pero devuelve á mis amantes brazos
El bien perdido que estrechar anhelan:
Diosa, que rindes á las fieras hidras,
¡Tócale al alma!
Deje esa secta, de torturas germen;
Niegue á ese Cristo de extranjero origen;
Torne á la vida, y al amor cantemos
Himno perenne.
Mas no. Prefiero á que cobarde viva,
Que heroico luche y destrózado muera.
¡Ay no! que viva, aunque... ¡Dilema horrendo:
Muerte ó perjurio!...
Pues bien; que muera: correré su suerte.
Juntos crucemos la fatal Estigia.
No adulterada de Catón la sangre
Bulle en mis venas.

De un mismo tigre la rabiosa zarpa
Dos almas una en insoluble lazo...
¡La vida es breve y el amor, eterno!
¡¡Paso á la mártir!!

EL PADRE JULIO ALARCÓN

de la Compañía de Jesús.

DEL LIBRO TITULADO «SENTIMIENTOS»

En el tejado de mi guardilla
Hay una planta muy amarilla,
Que al cierzo helado tenaz resiste,
Y á los embates del aquilón:
Cuando la miro se pone triste
Mi corazón.
En otros campos, bajo otro cielo,
Las auras tibias, con blando vuelo
Pasan risueñas acariciando
De otras mil plantas, el tallo blando...
Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,
En el tejado de mi guardilla!
Sobre las tapias de los jardines,
En donde trinan los colorines,
Nacen las yerbas, nacen jugosas,
Entre perfumes y mariposas...
Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,
En el tejado de mi guardilla!

Sobre las cimas de las montañas,
En los cercados de las cabañas,
Sus compañeras lozanas crecen,
Y del sol gozan, y al sol se mecen...
Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,
En el tejado de mi guardilla!
Mas... si á su lado mi ser resiste
Á los embates del aquilón;
Si junto á ella palpita triste
Mi corazón;
Ya no está sola, la pobrecilla,
En el tejado de mi guardilla.

Hay arroyos que manan
Entre las peñas,
Flores que dan su aroma
Bajo la yerba;
Y, también, aves
Que gorjean ocultas
En el ramaje:
Pues así en este triste
Valle de lágrimas,
Ocultas y escondidas
Hay muchas almas:
Almas muy buenas,
Que van haciendo bienes
Sin que las vean.

Fué la niña al bosque; y fué
Como la rosa, encarnada:

Pálida volvió la niña
Como la azucena, pálida.
Se sabe que está muy triste
Como flor al marchitarse.
Mas, ¿qué le pasó en el bosque?
Eso es lo que no se sabe.

El amante celoso
Vengarse jura;
Y se dirige al baile,
Y allí la busca,
Llevando puesto,
Negro como su alma,
Dominó negro.
Y la inocente joven
Marcha al sarao,
Para estrenar su traje
Su traje blanco...
¡Ay! no pensaba
Que iba al baile vestida
Con su mortaja.

Á MI QUERIDO CALABRÉS

EL P. NICOLÁS NINTTA, EN SU SOLEMNE PROFESIÓN

«Oh Virgen y Madre mía,
Por quién aliento y existo:
¡Yo apóstol de Jesucristo!
¡Yo en su santa compañía!

Cómo jurar á sus pies
Ir al campo del honor?
¿Qué puede hacer por su amor
Este pobre calabrés?»
Esto hoy mismo ante el altar
Me parece que te oí...
Yo sé lo que puedes, y...
Yo te voy á contestar.
Hijo del pensil ameno,
Que con sin igual cariño
Contemplabas cuando niño
De luz y de vida lleno,
Para tí las flores bellas
Ya no ostentan sus primores,
La tierra no tiene flores,
El cielo no tiene estrellas.
Ya esa tu vista indecisa
No percibe embelesada
Lo dulce de una mirada,
Lo grato de una sonrisa!
Pobre ciego! en derredor
La tiniebla te circunda...
Mas ¿qué importa si te inunda
La claridad del Señor?
¿No mueves seguro el pie
Al sentir de Dios la calma?
¿No abres los ojos del alma
Á la lumbre de la fe?
¿No te colma de alegría
De Jesús el dulce abrazo?
No te lleva en su regazo
Tu Madre la Compañía?

¿Y con tan grandes mercedes
No arde de tu amor la llama?
Pues si puedes amar, ama!
Que es lo mejor que hacer puedes.
No desgraciados se llamen
Los que cual tú amar desean,
Que hay muchos ojos que vean,
Mas pocas almas que amen!
Mucho pueden todavía
Tus palabras y tus ruegos:
Aún puedes con ojos ciegos
Servir á muchos de guía.
No te hace falta adquirir
Saber más vasto y profundo,
Que quien más sabe en el mundo
Es quien más sabe sufrir!
Te debes, pues, alegrar
Puesto que logras tener
Ojos que no pueden ver,
Pero que pueden llorar.
Llora ante Jesús amante
Á quien el mundo contrista,
Por los que apartan la vista
De su divino semblante.
Tú puedes calmar sus penas,
Tú mitigar sus enojos
Con el llanto de tus ojos...
Con la sangre de tus venas!
Sigue, pues, por donde vas
Entre espinas y sin luz
Llevando á cuestas tu cruz,
Más grande que las demás.

Sigue, y alienta y confía,
Pobre ciego peregrino,
Que vas por el buen camino,
Camino que al cielo guía.
El cielo! Dulce consuelo
En tan triste soledad...
Después de esa obscuridad
Oh! qué hermoso será el cielo!
Acaricia en tu memoria
Entre esa niebla sombría,
La hermosura de María
Y el esplendor de su gloria.
Fija tus errantes huellas,
Esperando sus favores,
Sobre una tierra sin flores,
Bajo un cielo sin estrellas.
Y dí á la que te enamora
Y que á nadie en amor cede:
«Mucho, mucho es lo que puede
Quien ama y sufre, Señora!
Con que tu amparo le des,
Y de Jesús vaya en pos,
Mucho puede hacer por Dios
Este pobre calabrés!»

IÑIGO DE LOYOLA

Á LA VIRGEN DE MONTSERRAT

Si llega á tus oidos
Mi humilde oración,
Consuelo de afligidos,
Tenme compasión,

Y escucha los latidos
De mi corazón.

Luz que reanima, son que recrea,
Estrella pura que al puerto guía,
Palma de Cades que al viento ondea,
Flor de los campos de Galilea,
Reina y Señora del alma mía:
A tus excelsas plantas
Llega un herido;
No le deseches, Madre,
Porque es tu hijo,
Pobre soldado
Desertor de tus filas
Ha muchos años.
Por ganar tus favores
Entra en campaña,
Tú serás desde ahora
Su capitana.
¡Ay del que quiera
Disputarte los títulos
De tu nobleza!
Inmaculada,
A tus pies pongo daga y espada,
Galas y joyas, glorias y honores;
Y como entiendo cuánto te agrada
Vestirme quiero con tus colores.
Desde hoy mi timbre de más grandeza,
Madre querida,
Será en defensa de tu pureza,
Verter mi sangre, perder mi vida...

¿No llega á tus oidos
Mi humilde oración?
¡Consuelo de afligidos,
Tenme compasión,
Y escucha los latidos
De mi corazón!

Rama de oliva que paz augura,
Pebete ardiente que amor exhala,
Panal que encierra vida y dulzura,
Luz que ilumina la noche obscura,
Blanca cordera que humilde bala.
¿Ves cuál cunde en los bosques
Voraz incendio
Cuando inflama una chispa
Jarales secos?
¡Pues aquí arde
Un incendio de amores
Mucho más grande!
¿Ves que cuando es inmenso
Y arrojan agua
El incendio se aumenta
Más que se apaga?
Pues este incendio
No lo apagan las aguas
Del mundo entero.
Blanca cordera,
Si hay en el mundo quien más te quiera,
Si hay quien emprenda más que yo ansío,
No me lo digas, porque se hiriera
Lo más secreto del pecho mío;

Pero en amante, no, á nadie cedo,
Dulzura mía,
Más no te amo porque no puedo,
Que si pudiera más te amaría.
¿No llega á tus oidos
Mi humilde oración?
¡Consuelo de afligidos,
Tenme compasión,
Y escucha los latidos
De mi corazón!

Unico blanco de mis amores,
Dulce consuelo de desgraciados,
Madre tiernísima de pecadores,
Bálsamo santo de los dolores
Que aquí padecen los desterrados:
De una bala enemiga
Herido vengo;
Pero herida aún más honda
Traigo en el pecho.
¡Ay! Y esta herida
Sólo con tus cuidados
Se cicatriza.
Muy enfermo estoy, Madre:
Tu Hijo divino
Me ha tocado en la llaga
Y en lo más vivo.
Tengo deseos
Que me traen delirante,
Calenturiento.
Princesa mía,

He de formarte tal Compañía
De valerosos soldados fieles,
Que, por sus triunfos, podrás un día,
En vez de alfombras, pisar laureles.
No ha de haber pecho que no te ame,
Flor de las flores;
No ha de haber labio que no te aclame,
No habrá vivienda donde no mores.
¿No llega á tus oídos
Mi humilde oración?
¡Consuelo de afligidos
Tenme compasión,
Y escucha los latidos
De mi corazón!

Virgen y Madre del Nazareno,
Paz y pureza del que te invoca,
Huerto cerrado de lirios lleno,
Fuente sellada, cielo sereno,
Gozo en el alma, miel en la boca.
Sin armas, sin amigos,
Pobre y enfermo,
Voy á hacer guerra al mundo,
Guerra al infierno.
Hazme una seña,
Y entraré en lo más recio
De la pelea.
¡Oh, vuelve á mí tus ojos,
Virgen María,
Muéstrame en los tus labios
Una sonrisa:

Que su recuerdo
Me hará luchar alegre,
Morir contento!
¡Inmaculada!
Si á tus pies pongo daga y espada,
Galas y joyas, glorias y honores,
Y ves que todo lo tengo en nada
Por el más leve de tus favores,
Antes que el alba mi voz sorprenda,
Sol de los prados,
Acepta afable la amante ofrenda
Del más herido de tus soldados.
Ya llega á tus oídos
Mi humilde oración.
¡Consuelo de afligidos
Tienes compasión
Y escuchas los latidos
De mi corazón!

DON MANUEL REINA

A ESPRONCEDA

¡Cuánto labio apagó su sed ardiente
Y cuánto corazón templa su brío
En tu canto magnífico y doliente,
Como en brillante y clamoroso río!
Tu alma de fuego, combatiente bravo,
Fué, para los altivos patriotas,
Hoguera á cuya luz un pueblo esclavo
Vió para siempre sus cadenas rotas.
Y tu vibrante genio impetuoso,
De tempestades y fulgores lleno,
—Jinete en un caballo poderoso,
Libre de riendas y acerado freno,—
Recuerda por su audacia y sus proezas
Al héroe vencedor en cien batallas,
Que asaltó inexpugnables fortalezas,
Con su corcel salvando las murallas.
¡Oh, cuántas veces la rosada aurora
Me sorprendió vertiendo amargo llanto
Sobre tu libro, llama abrasadora
Que vierte entre esplendor hermoso canto!

¡Cuántas veces te ví, gallardo y fiero,
Al través de tus versos fulgurantes,
Cual «Montemar», la mano en el acero,
Y el furor en los ojos centellantes!
Y en los festines, lúgubre y hastiado,
Esquivar de «Jarifa» voluptuosa
El rojo labio, pétalo arrancado
Del corazón sangriento de una rosa.
¡Cuántas veces te ví, bello y triunfante
Coronada la sien de intensa lumbre,
Bizarro el ademán, la voz tonante,
Arengando á la inmensa muchedumbre,
Ó convertido en capitán pirata,
«Sentado alegre» en la risueña popa
Y mecido por mar de azul y plata,
Divisando «Asia á un lado, al otro Europa!»
Ya ante el sepulcro de la triste «Elvira»
Presa te miro de mortal desmayo,
Ya trasformando tu valiente lira
En la espada invencible de «Pelayo»;
Ora, en fin, demudadas las facciones
Y anegados en lágrimas los ojos,
Contemplando á la luz de los blandones,
De «Teresa», los míseros despojos:
Visión negra y terrible, que devora,
Las dulces esperanzas de tu pecho,
Dejando para siempre, asoladora,
Tu noble «corazón pedazos hecho»;
Y que arranca á tu plectro desolado
Un canto lleno de amargura y brio,
Que resplandece como el sol dorado,
Entre el ramaje del ciprés sombrío.

¡Oh, sublime cantor de los dolores!
Todo joven hispano ama tu gloria
Y, al par que tu desdicha y tus amores,
Guarda con entusiasmo en su memoria
Versos de «El Diablo Mundo», en que flamea
Tu juventud, radiante y agitada,
Que al huracán del infortunio ondea,
Cual bandera de sangre salpicada.

EL ENSUEÑO DE SHAKESPEARE

Á D. Eugenio Sellés.

Rubio como la mies, fuerte y bizarro
Cual griego luchador, en clara tarde
Shakespeare, adolescente, perseguía
Los ciervos en el bosque, cuando, hiriendo
Con singular destreza á nívea corza,
Vió, extático y alegre, convertirse
La débil res, más blanca que la luna,
En juvenil deidad. Su noble rostro
Era pálido y bello; sus miradas
Entre copiosas lágrimas lucían,
Como relumbra el sol entre la lluvia;
Manaba de su pecho hilo de sangre
Y calzaba su pie regio coturno.
La hermosura, en el hueco de su mano,
Dió al mancebo á beber las gratas linfas
De un raudal melodioso, y, de repente,
El joven cazador se hizo poeta,
Y el vate se hizo dios. Luego, abrazado
Á la beldad, su generosa musa,
Caminando por lóbrego sendero

Erizado de abrojos punzadores,
Asciende á excelsa cumbre. Á las grandiosas
Llamaradas del genio soberano,
Allí aparecen Hamlet, siempre inquieto
Y sarcástico siempre y doloroso;
Ofelia deshojando húmedas flores
Y dando al aire su canción, más triste
Que el fúnebre clamor de una campana;
La sublime, dulcísima Cordelia
Junto á su viejo y abatido padre,
Como un rosal al pie de torre hundida;
Otelo, por la víbora mordido
De los furiosos celos, fulminando
La terrible centella de sus ojos
Sobre su esposa, corazón más puro
Que los lirios que adornan los altares;
Y, envuelto en sombras, Yago, el torvo Yago,
Siempre encubriendo, con falaz sonrisa,
Su odio infernal. Allí aparecen Mácbeth,
Encadenado al vengador fantasma
De su delito; la siniestra Lady,
Más que la muerte, aterradora y fría,
Más vil que la traición; Julieta, hermosa,
Su faz aún encendida por el beso
Que interrumpió la alondra con su canto;
Titania, envuelta en fúlgidos celajes
De mágica leyenda; los monarcas
Juan y Ricardo, de almas tenebrosas
Cual negro calabozo; Julio César,
La frente iluminada por el genio
Como cielo dorado por la aurora;
El valeroso y rudo Marco Antonio,

Que cambia su laurel por las caricias
De coronada sierpe, y Coriolano
Rompiendo, enternecido por el lloro
De su madre infeliz, la invicta espada.
Aparecen también sobre la cumbre
Pericles, Shilock, Fálstaff, Cimbelina,
Timón de Atenas, Próspero, Teseo,
Mansilio, Horacio, Póstumo, Miranda,
Porcia, Antígono, Puck, Viola, Calíban...
Y brujas, espantables como el crimen,
Y hadas más bellas que el amor. De pronto
Rugen los huracanes desatados,
Se hunde en la sombra el sol, y larga noche
Cubre con sus tinieblas á la musa,
Al vate y á sus héroes. La mañana
Brilla al fin, y en la cumbre reaparecen
La bella inspiradora, el dios britano
Y sus maravillosas creaciones
¡Bañados en la luz de eterno día!

***

Tal ensueño al altísimo poeta
Arroba en clara tarde, en que, arrullado
Por deliciosos céfiros de gloria,
Se duerme al pie de su morera amada,
Árbol que finge resonante lira:
Son las ramas sus cuerdas vibradoras;
Su música, los cantos de las aves.

LA LEGIÓN SAGRADA

I

Espléndida legión de paladines
Cruza por la ancha vía;
Resuenan en los aires sus clarines
Con mágica armonía.
Alados son sus ágiles corceles
De crines desatadas;
Bajo lluvia de flores y laureles
Relumbran sus espadas.
A la lid va el ejército brillante
Con noble gentileza,
Luciendo esta divisa fulgurante:
«Idëal y belleza.»

II

Libraron cien combates ardorosos
Los paladines bravos
Con fieros enemigos numerosos,
De la ignorancia esclavos.
La sagrada legión su fe indomable
Mostró en la lucha airada,
Siendo por su contrario formidable
Al cabo derrotada.
Vencidos, los gallardos paladines
Vuelven por la ancha vía.
¡Mas siguen resonando sus clarines
Con mágica armonía!

LA FIESTA DEL CORPUS

EN LA ALDEA

La mañana risueña y perfumada
Prodiga sus deleites y esplendores.
De verde juncia y pétalos de flores
La bulliciosa calle está alfombrada.
Color y vida, jóvenes hermosas,
Júbilo y paz, ingenuos madrigales,
Fajas de seda, pintorescos chales,
Bucles ornados de fragantes rosas.
Fulgura el sol en las tostadas frentes;
En las rejas, que brillan como plata,
Abre el clavel sus hojas de escarlata
Junto á los frescos labios sonrientes.
Llena de sencillez y poësía,
Entre las vagas nubes del incienso,
Para la procesión. Un grito inmenso
Resuena de entusiasmo y alegría.
Bajo el palio de grana resplandece
El sagrado viril, símbolo santo.
Laten los corazones; dulce llanto
Las serenas pupilas humedece.
Mientras en el azul se alza y blanquea,
Con sus nidos de alegres golondrinas
Y sus vibrantes notas argentinas,
El pobre campanario de la aldea.

LA ETERNA MASCARADA

¡Todo es disfraz! Bajo una frente hermosa
Descubro un pensamiento pervertido:
Allá contemplo un sér empedernido
Con tristes ojos y la voz llorosa.
Aquí la corrupción con faz de diosa;
Y allá, en risueño y apartado nido
De amores, el rencor vela escondido,
Cual víbora en el cáliz de una rosa.
¡Todo es disfraz! Con cara placentera
Y en el labio la alegre carcajada
La horrorosa perfidia nos espera.
¡Tuvo siempre el cobarde audaz mirada!
¡Piel sedosa y brillante la pantera!
¡Y resplandores la traidora espada!

LA PERLA

Contemplaban tus ojos centellantes
La palma de cristal, la linfa pura
Del surtidor que vierte en la espesura
Su polvo de zafiros y diamantes;
Cuando enferma, con pasos vacilantes
Se acercó una mujer todo tristura,
Y te pidió limosna con dulzura,
Fijando en tí miradas suplicantes.
La perla que en tu mano refulgía
Diste á aquella mujer pobre y doliente,
Que se alejó llorando de alegría.

Yo, entonces, conmovido y reverente,
No te besé en los labios, cual solía,
¡Sino en la noble y luminosa frente!

LA POESÍA

A Teodoro Llorente.

Como el raudal que corre en la pradera
Copia en su espejo pájaros y flores,
La alada mariposa de colores,
El verde arbusto y la radiante esfera,
La sublime poesía reverbera
Combates, glorias, risas y dolores,
Odio y amor, tinieblas y esplendores,
El cielo, el campo, el mar... ¡la vida entera!
¡Así Homero es la lid; Virgilio, el día;
Esquilo, la tormenta bramadora;
Anacreonte, el vino y la alegría;
Dante, la noche con su negro arcano;
Calderón, el honor; Milton la aurora;
Shakespeare, el triste corazón humano!

NOCHE DE ESTRELLAS

De los astros el fulgor
Copia el lago de turquesa.
La Musa, henchida de amor,
Mi pálida frente besa.
Amiga tan pura y fiel,
Con sonrisa enamorada,

Me brinda el cáliz de miel
De mi juventud pasada.
  Y se anima y se colora
La edad en que yo bebía
Las lágrimas de la aurora
En la flor de la poesía;
  Tiempo en que amé con locura
Á una niña dulce y buena:
¡Era una blanca hermosura
Hermana de la azucena!
  Sobre el prado—que finjía
Mar de vistosos colores—
Á mi amada yo ofrecía
Rubios panales y flores.
  Y recitábale bellos
Cantos de insignes poetas,
Y enlazaba á sus cabellos
Amapolas y violetas.
  En estos gratos lugares
Que iluminó su mirada,
Y en que alzó tiernos cantares
su labio, rosa mojada;
  En esta misma espesura,
De la luna á los reflejos,
Me dió, lleno de dulzura,
Mi padre sanos consejos:
  Consejos que, en la esperanza
Y en la bondad inspirados,
Vierto aquí para enseñanza
De mis hijos adorados:
  —Lucha contra la mentira,
Aunque su dardo te hiera:

Sé como el héroe que espira
Aclamando su bandera.
  Tu nombre puede alcanzar
La bendición de la gente,
Si eres grande como el mar
Y humilde como la fuente.
  Ama á la Naturaleza:
Sus delicias y esplendores
Disipan toda tristeza
Y consuelan los dolores.
  Odia al juego: la baraja
Suele, por arte infernal,
Cambiarse en fiera navaja,
En revólver ó en puñal.
  Dignas frases generosas
Vibren tus labios prudentes;
No aquellas más ponzoñosas
Que víboras y serpientes.
  El gobernar es sufrir;
Dichas te dará el saber:
Más seguro es recurrir
Á la ciencia que al poder.
  Á la amistad bien probada,
Visítala cada día:
La senda no frecuentada
Malezas y espinos cría.
  Los envidiosos podrán
Al bueno en la sombra hundir;
Pero las nubes se van
Y el astro vuelve á lucir.
  En el trabajo y sus hondas
Fatigas templa tu brío,

Como Aquiles en las ondas
Del maravilloso río.
  Realiza un hecho brillante,
Practica una hermosa acción,
Y oirás un eco triunfante
Dentro de tu corazón.
  En las horas angustiosas
Piensa en tu madre querida:
La cruz ornada de rosas,
Es símbolo de la vida.
  Sé con el pobre, indulgente;
Huye del amigo infiel,
Y venera toda frente
Coronada de laurel.—
  ¡Mi padre, el corazón noble
Que me educó de tal suerte,
Cayó, como herido roble,
Al hachazo de la muerte!
  Y aquella niña tan buena,
Más tarde mi tierna esposa,
Como tronchada azucena
Rodó á la insondable fosa!
  Sus almas resplandecientes,
Destacándose en el coro
De las estrellas lucientes,
Miro al través de mi lloro...
  Luego, envuelta en esplendor,
La Musa eleva su canto,
Y con maternal amor
Enjuga mi triste llanto.

DON M. R. BLANCO-BELMONTE

DE LA ALDEA AL CAMPAMENTO

Á D. Ramón Arizcun.

¡Hijo del corazón! Llorando escribo,
Y el llanto borra mis temblones trazos.
¡Dios quiera que esta carta te halle vivo!
¡Dios te vuelva con bien hasta mis brazos!
Seis meses hace que la infausta suerte
Robó contigo de mi hogar la calma;
Tú, desde entonces, luchas con la muerte,
Yo, sin luchas, ¡la llevo ya en el alma!
Seis meses hace que el clarín sonoro
Te conduce á la bárbara pelea;
Seis meses hace que agonizo y lloro
Sola, muy sola, en la ignorada aldea.
Un siglo de dolor es cada día;
Cuántos han transcurrido y... ¡aún no vienes!
¡Para contar mis horas de agonía
Hay que contar las canas en mis sienes!
Cuando al tenue fulgor de los luceros
Abandona tu padre los trigales,

Más que al hombro los rústicos aperos,
Al alma pesan angustiosos males.
¡Qué sola está sin tí nuestra casita!
Á tierra vino la frondosa parra,
El valiente lebrel triste dormita,
Y de polvo cubrióse tu guitarra.
Hogaño los almendros no dan flores,
Y con las lluvias desbordóse el río;
Así, con los pesares y dolores,
En llanto se desborda el pecho mío.
Por tí maldigo la sañuda guerra,
Por tí doblo en el templo las rodillas;
¡Más surcos que las rejas en la tierra
Ha grabado tu ausencia en mis mejillas!
En vano nuestro párroco procura
Mitigar el dolor que á mi alma hiere:
Es inútil empeño; ¡el señor cura
No sabe lo que á un hijo se le quiere!
Ya conmigo no rezas el rosario,
Tu sitio en nuestra mesa está desierto,
Y semeja tu cuarto solitario
La triste jaula de jilguero muerto.
Mi labio vacilante desvaría;
El dolor mi cerebro ha trastornado;
Yo ya no pido el pan de cada día,
Que pido... ¡un beso de mi Juan amado!
¿Una cruz has ganado en el combate
Luchando con denuedo y firme brío?...
¡Para cruz dolorosa, la que abate
Las frentes de tus padres, hijo mío!
Me dices que la patria en la campaña
Es madre que defensa necesita;

Pero ¡ay! que muchos hijos tiene España,
Y yo tengo uno solo y ¡me le quita!
¡Tu única madre soy! Que si la suerte
Te hace morir al pie de tus banderas,
La patria apenas llorará tu muerte,
Pero yo... ¡moriré, como tú mueras!

. . . . . .

¡Hijo del corazón! Llorando escribo
Y el llanto borra mis temblones trazos.
Sólo quiero vivir... ¡por verte vivo!
Yo me quiero morir... ¡pero en tus brazos!

CANCIÓN ESTIVAL

Así cantan las espigas:
—Fuimos verdes;
Con verdores transparentes de esmeralda;
La esmeralda se ha trocado en áureo tinte;
Somos rubias cual las trenzas de las hadas,
De las hadas de ojos verdes
Que en la fuente rumorosa
Noche y día sollozando tristes cantan...

Así cantan los labriegos:
—Los trigales
Sazonados y maduros nos aguardan;
Brille el sol en nuestras hoces,
Que refulgen cual relámpagos de plata;
Rompa el trillo las espigas,

Ruede el grano por las eras
Como perlas desprendidas de una sarta.

∴

Así canta el molinero:
—Venga el grano;
Ya la piedra estremecida por las aguas,
Hacer quiere con el oro de los trigos
Níveos copos de blancura inmaculada;
Níveos copos que amasados
Han de ser el pan sabroso
Que pedimos murmurando una plegaria.

∴

Así gimen las espigas:
—Fuimos verdes;
Los verdores se trocaron pronto en gualda;
Hoy el gualda va á trocarse en copo níveo;
Así el ébano más puro
En la frente de los hombres
Se convierte en limpia plata.

∴

Así canta el regio sol:
—Como un guerrero
Me levanto triunfador; beso es mi llama,
Y á mi beso fecundante
Las espigas sazonadas
Serán pronto blancas hostias que en el templo

Alce á Dios el sacerdote,
Ante el pueblo prosternado junto al ara...
—No gimáis los que en el borde de la tumba
Os ceñís con la diadema de las canas,
Que la frente—cual la espiga de los campos
Vale más si es cual la nieve,
Cual la nieve que corona las montañas.

***

. . . . . .
. . . . . .
Así dijo el regio sol, y desde entonces
Las espigas nunca lloran, ¡siempre cantan!...

DON JOSÉ VELARDE

Del poema titulado EL CAPITAN GARCÍA

Breve, esbelta como un hada,
El abundante tesoro
De sus cabellos de oro
Le servía de almohada;
Y el son de su andar suave,
Apenas si le remeda
El blando roce de seda
Del aleteo de un ave.
En su rostro nacarado
Confundieron sus colores,
En competencia, las flores
Del almendro y del granado,
Y su seno de azahar,
Á un suspiro de mi aliento,
Se agitaba turbulento
Como las olas del mar.
Su boca, que tanta oferta
De amor eterno me hacía,
Al sonreir parecía
Una granada entreabierta;

Nido de besos de amor
Con la esencia del clavel,
La dulzura de la miel
Y el canto del ruiseñor.
Velados por las pestañas
Sus grandes ojos azules,
Cual los astros por los tules
De vapor de las montañas,
Lanzaban tales destellos
Al abrirlos amorosa,
Que á ser uno mariposa
Volara á quemarse en ellos.
Y voz, sonrisa, actitud,
Mirada, llanto, alegría,
Todo en ella aparecía
Con esmalte de virtud,
Por modo tan singular,
Como arena, concha, bruma,
Escama, perla y espuma,
Todo es iris en el mar.
Nos amamos con pasión:
Ella á mí, como mujer;
Yo poniendo en aquel ser,
Alma, vida y corazón.
Todo me causaba enojos
En siendo extraño á mi anhelo,
Y hallaba triste hasta el cielo
Á no mirarlo en sus ojos.
¡Oh! ¡cuántas horas de calma
Pasábamos frente á frente
Con los ojos mutuamente
Absorbiéndonos el alma!

Parecía tan veraz
Su acento al jurar amor...
¡No arrullaría mejor
Una paloma torcaz!
¡Todas ¡ay! mentidas galas,
Más débiles á la prueba
Que el polvo de luz que lleva
La mariposa en las alas!

Del poema titulado ALEGRÍA

Mirando al mar, y viéndose en el río
Las horas en que lo alza la marea,
Al fin del pueblo, entre feraz plantío,
Una casa humildísima blanquea.
Compónenla una sala y dos alcobas,
En las cuales, por gala,
De cal consume al año cien arrobas
La mujer que sin tregua las encala.
Mansiones que están siempre en la penumbra,
Pues solo por la puerta de la sala
Entra la claridad que las alumbra.
Se levantan al lado
Pajar, cocina, cuadra y cochiquera,
Y todo está cercado
Por extenso y altísimo vallado
Que coronan la pita y la chumbera.
Pero ¡cuánta hermosura allí no mira
Quién, como yo, del campo enamorado,
Los pormenores rústicos admira?
Allí lechosa y quebradiza higuera

Que al suelo tiende su follaje umbrío
Y acoge placentera,
En las horas del sol, al averío,
Pone el fruto al alcance de la mano:
El vecino azufaifo lo recata
Para rendirlo, al fin, como villano,
Al varejón cruel que lo maltrata,
Y un moral de los dos se enseñorea
Que harta de moras y las caras pinta
A todos los chiquillos de la aldea.
Al muro de la casa, cual precinta,
Se ciñe floridísimo arriate,
Que arisca esparreguera y buen cañizo
Libran de todo animalesco embate.
Forma sobre la puerta cobertizo
El parral, rico en hojas y caireles;
De tejas adaptadas á los muros
Cuelgan lánguidas matas de claveles,
Y el pie aromatizando que la humilla,
Del empedrado entre los guijos duros
Florece la olorosa manzanilla.
El gorrión, atrevido ladronzuelo,
Allí, chillando sin cesar, revuela
De rama en rama y del tejado al suelo;
El pichón, que á su tierna amante cela,
La sigue andando y la persigue al vuelo.
Chacharean sin fin las golondrinas;
Hace la rueda y alborota el pavo;
Revuélcanse en el polvo las gallinas;
Los polluelos, por ver quién es más bravo,
Se enredan en terribles sarracinas,
Que el gallo viene á terminar al cabo

Corriéndolos con miras asesinas;
Los patos, cuneándose con gozo,
Se congregan al ruido del carrillo,
Agua pidiendo en derredor del pozo;
Y cuando á tan alegre baturrillo
Término dan las luces vespertinas,
Comienza el dulce chirrear del grillo,
Y vienen al moral los ruiseñores
De las huertas vecinas
Á cantar sus ternísimos amores.

Del poema titulado EL HOLGADERO

Como el sol arreciaba su coraje
Y en aquel mismo sitio un limonero
Echaba á la vereda su follaje,
Sentáronse á la orilla del sendero;
Mas tanto y tanto el sol los perseguía,
Que huyendo de su lumbre abrasadora,
Tuvieron que internarse por la umbría.
Allí dentro, ¡qué paz tan seductora!
Muda la tierra, el aire adormecido,
Solamente el silencio interrumpía
El golpe de algún fruto desprendido,
La seca rama que al ceder crujía,
De la abeja el zumbido,
Ó el aliento vibrante de Alegría.
El deshojado azahar el suelo alfombra,
Llena el sol, traspasando la espesura,
De penumbrosos círculos la sombra,
Y en cada rayo de su lumbre pura,

Como viviente polvareda de oro
Un torbellino de átomos fulgura.
Aire, calor y luz, todo allí enerva,
Todo al sueño hace coro;
El tibio aroma de florida hierba,
De agua corriente el pertinaz murmullo,
Silencio, soledad, bóveda obscura,
Y por remate el soñador arrullo
De la tórtola errando por la altura.
El contempla á su amada,
Recostado de un árbol en el tronco,
Roja la faz, ardiente la mirada,
Estremecido y respirando ronco.
Á ella tanto el cansancio la sofoca
Que al querer suspirar, acongojado,
Muere el suspiro en su entreabierta boca,
Y su seno turgente y levantado,
Al ritmo de su aliento
Se eleva y se deprime acelerado
Como lona azotada por el viento.

DON SALVADOR RUEDA

FLORES DE ALMENDRO

Randa de flores de almendro,
Tul de corolas risueñas,
Calado de ojos de plata
Que á la luz no parpadean:
Sois joyeros del rocío
Que en vuestros pétalos tiembla
Al caerse de los labios
De la tibia primavera.
Como una fecunda virgen
Que al andar gérmenes siembra,
Viene del lado de Oriente
Con su corona de estrellas.
Su mano de sol, tendida
Ante su imagen esbelta,
Toca el árbol y lo cubre
De sutilísimas yemas;
Roza la tierra y la viste
De verde y tupida felpa;
Toca al pájaro y lo enciende
En arpegios y en cadencias;

Mece el nido, y lo revive;
Mueve el ramo y lo despierta:
Al lago mira y lo azula;
Mira al monte, y lo deshiela;
Respira y llena los aires
De entremezcladas esencias;
Anda, y dejan sus pisadas
Florecidas las praderas.
En torno de ella, espirales
De mariposas revuelan,
Y á su paso abren las rosas
Y los claveles revientan.
Sus dedos de sol, enrubian
Del niño la cabellera,
Y remueven del anciano
Las cenizas, aún no muertas.
Llenan de sueños de oro
Las frentes de los poetas,
Y de los sabios fecundan
Las descarnadas ideas.
Todos los ojos la siguen,
Todos los labios la besan,
Y todos los corazones
De gozo, al mirarla, tiemblan.
Ella, riente y sencilla,
Llenas las sienes de estrellas,
Vertiendo flores de almendro
Como una visión se aleja;
Y al transponer las distancias,
El alma humana contempla,
Llenos de amor y de vida
El mar, el cielo y la tierra.

LA PRIMERA FLOR

Ya es en las ramas alegres
Cada brote una promesa;
Ven y veremos unidos
En su botón la hoja nueva.
Plegada como tu boca
Palpita la flor risueña
Que aún no ha dado el primer beso
Al sol de la primavera.
Ven, y, enlazadas las manos,
Erraremos por la selva
Y veremos si en sus troncos
Aún están tus cifras puestas.
Las virgilianas encinas
Nos darán techumbre espesa,
¡Que, para el amor, un velo
Siempre ha tenido la tierra!
Allí, á través de las ramas,
Bajará la luz en hebras
Á intercalarse en los rizos
De tu obscura cabellera,
Y sentiremos el bosque
Latir con la savia nueva,
De brotes engalanado,
Igual que un seno de perlas.
Ya aterciopela los bordes
De los senderos la hierba,
Y los almendros tempranos
Lucen su casta diadema.
El sátiro entre los juncos

Con el agua brinca y juega
Y besa la huella rauda
De alguna ninfa en la arena.
Los corzos van caminando
En amorosas parejas,
Y al menor soplo del aire
Se atemorizan y tiemblan.
Bajo el templo de los pinos,
Donde columnas espesas
Sostienen en sus alturas
Sus *rotondas* gigantescas,
Enardecida la sangre
Pasan las liebres ligeras
Tras de la pista olorosa
De algún amante que espera.
Ya vienen hasta el olfato
Los gérmenes de la tierra,
Procreación infinita
Que los sentidos despierta.
Vienen besos á los labios
Que buscan tu boca fresca;
¡Tu boca, flor aún cerrada,
De casto misterio llena!
Ese botón primoroso
Quiero que el primero sea
En abrir su tierno cáliz
Á la dulce primavera.
Pon tus labios en mis labios:
Así, más cerca, más cerca...

. . . . . .

¡Vivan los pétalos rojos!
¡Vivan las rosas abiertas!

LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,
Y baile al són de tu cantar la mosca,
Que ya la sierpe en el zarzal se enrosca
Y lacia extiende su verdor la parra.
Desde la yedra que á la vid se agarra
Y en su cortina espléndida te embosca,
Recuerda el caño de la fuente tosca
Y el fresco muro de la blanca jarra.
No consientan tus élitros fatiga,
Canta del campo el productivo costo
Ébria de sol y del trabajo amiga.
Canta y excita el inflamado Agosto
Á dar el grano de la rubia espiga
Y el chorro turbio del ardiente mosto.

COLLAR

Como granos de rubíes
De encendidas y de hermosas,
Entre las uvas sabrosas
Son las uvas marbellíes.
No es su entonación trigueña
Cual la del grano vistoso
Lleno de jugo sabroso
Que da la pasa rondeña.
Más luminosas y ufanas,
En ellas juntos se ven
El jugo Perojimen
Y el de las cepas tempranas.

No sé si de *bello mar*
Viene el nombre peregrino,
Tomado del mar divino
Que va *Marbella* á besar.
Pero sé que los rubíes
Son entre piedras hermosos,
Como entre frutos sabrosos
Son las uvas marbellíes.
A las nobles moscateles
Vencen en limpios cristales,
En tamaño á las parrales,
Y en color á las cabrieles.
Es mi fruto favorito,
Y mejor el labio moja
Que la uva dulce de Loja
El corazón de cabrito.
Ninguno ofrece los bienes
Que él, entre finos manjares;
No valen uvas mollares,
Doradillas, ni lairenes.
Lo digo; son los rubíes
Entre las piedras hermosos,
Como entre frutos sabrosos
Son las uvas marbellíes

LA SIEGA

Calcinados los cuerpos por los calores
Con que el cielo los campos rinde y doblega,
Van con el hato al hombro los segadores
Bajo el caliginoso sol de la siega.

De su madre y su novia se despidieron,
Al pie de la postrera cruz del calvario;
Las novias un pañuelo charro les dieron,
Y las madres la insignia de un relicario.
Y con éste en el pecho, y aquél prendido
Del cuello, como lema de fe y constancia,
Dan al aire una copla que es un gemido
Y en la bruma se pierden de la distancia.
El sol olas de lumbre vierte en las peñas,
Lánguidos en los troncos dan los ramajes,
Y ellos van arrastrando sus almadreñas
Al través de la flama de los paisajes.
Ya del noble cortijo suenan las voces,
Y á él van para en sus campos pasar los meses,
Moviendo, infatigables, las curvas hoces
Entre las amapolas y entre las mieses.
Formadas en hileras van las cuadrillas
Ondulando en el trigo que el suelo esmalta,
Y cuando derribadas dan las gavillas,
Nube de cigarrones pulula y salta.
Las camisas abiertas, y destilando
El sudor por sus torsos de roca dura,
Mueven los brazos recios como nadando
Y enseñan la valiente musculatura.
Guerreros sin fusiles y sin metrallas,
Luchan del campo rudo con la aspereza:
¡Eso sí que se llama ganar batallas
Á la grande y fecunda Naturaleza!
Caiga de vuestras hoces al filo ardiente
El de secas espigas rubio olëaje,
Que en las eras aguardan pala y *tridente*
Para limpiar los granos de su ropaje.

El trillador, en medio de sus fatigas,
Da al aire un soñoliento cantar sonoro,
Viendo saltar los granos de las espigas
Como resplandecientes rosarios de oro.
Canta una copla untada de opio indolente,
Que recuerda las que echan los orientales
Cuando bajo las llamas de un sol ardiente,
Cruzan en sus camellos los arenales.
La cigarra de Clöe canta en la viña
El idilio de Dafnis nunca olvidado,
Y dilatan los vientos por la campiña
Su eco caliginoso y apasionado.
Un olor á verano llena el ambiente,
Olor á tierra ardiendo, vides y eras,
Y los cortijos muestran su afán creciente
De encerrar en las trojes las sementeras.
Campesinos valientes, seguid segando
Los manojos de secas mieses doradas,
Que en vosotros, muy lejos, siempre pensando,
Ya esperan el regreso vuestras amadas.
Moved las hoces vivas, ¡oh segadores!,
De rastrojos bordada dejad la vega,
¡Que pronto los cohetes de mil colores
Marcarán el glorioso fin de la siega!
Por la espalda del pueblo, cuando amanece,
Vuestros hijos se asoman al alto monte,
Por si vuestra figura vaga aparece
En el confín dorado del horizonte.
Soldados sin fusiles y sin metrallas,
Arrancad á los campos vida y riqueza;
¡¡Eso sí que se llama ganar batallas
Á la grande y fecunda Naturaleza!!

CÓRDOBA

Ciudad que te perfumas con azahares
Y que en la cruz rompiste tu cimitarra;
Quiero, para entonarte dulces cantares,
Ponerle cuerdas nuevas á mi guitarra.
Le ataré, por bordones, tres hebras de oro
Del sol que entra, riendo por los calados
De tu insigne Mezquita robada al moro,
Llena de incrustaciones y alicatados.
Y le pondré por prima, dos y tercera,
Otras tres finas hebras, pero cortadas
Del manto de la hundosa, real cabellera
De tus hijas morenas y celebradas.
En tan raro cordaje quiero que suene
La lengua, melodiosa cual vieja fabla,
La lengua que á tus labios tan bien se aviene,
Con que tu pueblo reza, suspira y habla.
Y con ella decirte que en tus revueltas
Calles, cuando las baña la luna fría,
Me pasara la vida, pegando vueltas,
Borracho de recuerdos y poesía.
¿Quién tu Koran sublime no habrá hojeado
En ilusión siquiera? ¿Quién de improviso,
Descifrando las suras, no ha vislumbrado
Las puertas deslumbrantes del Paraíso?
De tus viejos reinados las ricas galas,
¿Quién en visión no ha visto, viva y risueña,
Á la luz misteriosa de las bengalas
Que el espíritu enciende cuando se sueña?
Yo no sé qué secretos hay en tus muros,
Población misteriosa, ni qué atractivo,

Que se llena de cuentos, á tus conjuros,
El feliz pensamiento, de tí cautivo.
¡Córdoba de borrosas piedras gastadas,
Que aún conservas vestigios de antiguas pren-
Se oculta entre tus calles idealizadas [das;
El espíritu vago de las leyendas!
Las frondas que te ciñen como tesoro
Te entretejen de flores regios cendales,
Y en la huerta abanican tus siestas de oro
Con sus colas inmensas los pavos reales.
Tu templo, en el bautismo cristianizado,
Es un sueño suspenso sobre palmeras,
Sobre ricas columnas en que rizado
Parece abrirse un bosque de mil banderas.
Tus verdes naranjales, cual los de Jaffa,
Quisiera ver con fruto de oro en los tallos,
Y el cuadro de costumbres de la Ruzafa
Con mozas á las ancas de los caballos.
Y en la extensión que pueblan los olivares
Sembrados en hileras, me halagaría
Escuchar los suspiros y los cantares
Con que llora la musa de Andalucía.
De una espita á la vera, viendo extasiado
Vaciar los bebedores copas á miles,
Bebiera siempre en cáliz de oro labrado,
El vino, todo aroma, de los Moriles.
Vagando de la feria por las casillas
Quisiera ver la gente donosa y charra,
Y prestar los caballos y las mantillas
Color á la pintura fresca y bizarra.
Y subir la pendiente de naranjales
De la sierra, columna del firmamento,

Y aspirar los tomillos y romerales
Que incensarios agrestes, ungen el viento.
Allí, en la inmensa altura, colgada viera
Mi lira de un sarmiento de verde parra,
Por si un enjambre errante venir quisiera
Á albergarse en el seno de mi guitarra.
En ella las abejas su nido haciendo,
Las de cera obrarían celdas iguales,
É irían tras las dulces cuerdas vertiendo
En la caja sonora dulces panales.
Y así el arpa que llevo siempre sonando
Donde están los secretos de la armonía,
Podría entre sus notas ir destilando
Las mieles cordobesas de la poesía.

EL PARTENÓN

¡Oh Partenón de mármoles divinos
Con que se ornó la acrópolis de Atenas;
De tus líneas sublimes y serenas
Sólo halla el hombre restos peregrinos!
Si rodaron tus muros diamantinos
Cual caravanas bajo mar de arenas,
La mente humana idealizado llenas
Y ríes en los aires cristalinos.
En los celestes mundos del ensueño,
Aún es Pericles tu glorioso dueño,
Y es genio Fidias que á lo eterno alcanza.
Y aun la Minerva que ante tí se erguía,
Sirve á las almas de radiante guía
Con el remate de su firme lanza.

DON ARTURO REYES

LO DE SIEMPRE

Ni el más pálido celaje
Empaña el azul del cielo;
Es esa hora en que todo
En estío, bajo el fuego
Del sol andaluz, dormita
Y todo fulgura espléndido.
Deja Juana la costura
Y desencorva su cuerpo;
Se aparta con ambas manos
De las sienes los cabellos,
Aún más negros que son negras
Las negras alas del cuervo,
Y levantándose airosa,
Con lánguido movimiento,
Asoma su faz morena
Al balcón; ¡cuadro más lleno
De luz no he visto en mi vida,
Y si lo ví no me acuerdo!
En el balcón boleado,
Que más que balcón es templo

Á Flora, toda la escala,
Desde el color más intenso
Al más pálido y suave,
Brilla en el rico ornamento
De flores que lo embellece
Y lo perfuma: el dompedro
Y la rosa purpurina;
El clavel, amante regio
Cantado por el poeta;
El jazmín, fragante y terso,
Vencido rival del nardo;
La albahaca, verde incienso
Del hogar de los humildes;
El precioso pensamiento
Que luce de oro esmaltadas
Las hojas de terciopelo,
Y cien más, todas prendidas
Por el Divino joyero
Entre sutiles encajes
De esmeraldas; y en el centro
Juana, la de tez morena
Y de ojos grandes y negros,
De nariz recta y flexible,
Y boca que es un secreto
De marfil y de corales:
Altísimo y firme el seno;
El talle tan reducido
Que amaga partir el cuerpo;
Alta, gentil, esplendente,
En gracioso desarreglo;
Al desgaire colocado
En los hombros un pañuelo

De seda grana, y vestida
Con una bata que el tiempo
Hostiliza y descolora,
Y entre los rizos del pelo
Una flor que ya ha perdido
Sus arrogancias en ellos.
  ¡Cuánto tarda, cuánto tarda!
Juana, con borroso acento,
Murmura; mas pronto brilla
En sus ojos un destello
De placer; el busto arquea
Rápida sobre los hierros,
Tronchando ramas y flores.
  Con airoso contoneo
Desemboca por la esquina
El mozo más pinturero
Del barrio, el más arrogante,
El más juncal y completo,
Y al llegar cerca de Juana
Se quita el mozo el sombrero,
Y con voz que es un arrullo,
Y una caricia, y un ruego,
Le dice:
—Una limosnita
Deme usté, que yo no tengo
Ya quien me quiera en el mundo.
  —Yo estoy muy mal de dineros,
Hermanito; la *Alcazaba*
No me da rentas, ni el perro
De San Roque, y vivo sólo
Del terral.
—Si yo no quiero

Mas que una flor, la que tiene
Usté, mi prenda, en el pelo,
Y cuando venga esta noche,
Que usté se asome corriendo
Y oiga lo que yo le diga
Y me diga usté que bueno,
Para que desde esta noche
El traje me venga estrecho
Y me nazcan alelíes
En el corazón, y en sueños
Me besen los angelitos.
—Me parecen muchos besos
Y mucho el que yo me asome.
—Asómese usté, que tengo
Llorando gotas de sangre
El corazón en el pecho.
Deme usté lo que le pido.
—Más tarde.
—¿Cuándo?
—Pues luego,
Cuando vuelva y yo me asome,
Si es que me asomo.
—Me pego
Un mal tiro en mala parte
Si no.
—¡Por Dios, caballero,
No me dé usté tan mal rato,
Porque si usté hiciera eso,
Qué iba á ser de mí en el mundo?
Mas póngase usté el sombrero,
Que va á darle un tabardillo.
—Yo siempre estoy descubierto

Delante de la Pastora.
—Muchas gracias.
—¿Conque vuelvo?
—Vuelva usté, si ese es su gusto.
—¡Pues no lo ha de ser, ¡salero!
Puede usté, si no volviera,
Jurar que Antonio se ha muerto
Del gusto de haber hablado
Con la reina de los cielos.
Y cual si bañado fuese
En sol por fuera y por dentro,
Se aleja con faz radiante
El mozo más pinturero
Del barrio, el más arrogante,
El mas juncal y completo.

LA BUENAVENTURA

—Oye tú, mozo moreno,
Por los ojos de tu cara,
Déjame que yo te diga
Todito lo que te pasa;
Tú estás ético de pena
Por un clavel de Bengala
Con los *clisos* como soles,
Como agujas las pestañas
Con el pelito anillao,
Los *piños* como la nácar,
Los labios como corales,
El talle como la palma,
Como dijes los *pinreles*,

Más bonita que *una* plata,
Más salá que las pesetas
Y al mismo tiempo más mala
Que un tiro, y tú estás por ella
Siempre pasa que te pasa
Por calle de la Amargura
[illegible]ndo la americana,
[illegible]rfil y el calabrote,
[illegible]*ero* y la tumbaga,
[illegible]nca á tu martirio
[illegible] la ventana,
[illegible] jembra, serrano,
[illegible] si no pasa
P[illegible]tro mocito
Qu[illegible] y que es la est
Del [illegible]re,
Un *g*[illegible]do habla
Relinc[illegible]que tiene
Un map[illegible]ra;
Pero lo q[illegible]
Es que po[illegible]ta,
Otra gachí[illegible]
Más rubio q[illegible]
Que la espum[illegible]
Azules y como [illegible]
[illegible]randes, con [illegible]
[illegible]una rosa fr[illegible]
[illegible]o aque m[illegible]
[illegible]o pintara
[illegible] regr[illegible]

Y

Que brinca como una cabra
Y á voces pide el *Santolio*,
Y el día que tú no alargas
El perfil por su distrito,
Ni sosiega ni descansa,
Y no come y se le aflojan
Las cintas de las enaguas,
Se le desenriza el pelo,
La estatura se le alarga
Y no muerde por *chiripa*.

Y ahora que la gitana
ha dicho los Evangelios,
mozo con toa la gracia
dos perritas gordas
tarle la faja
e esgalichao,
a una semana
de alpiste
haca.
. . . .
e,

Más bonita que *una* plata,
Más salá que las pesetas
Y al mismo tiempo más mala
Que un tiro, y tú estás por ella
Siempre pasa que te pasa
Por calle de la Amargura
Luciendo la americana,
Y el perfil y el calabrote,
Y el *pavero* y la tumbaga,
Sin que nunca á tu martirio
Lo veas en la ventana,
Por que esa jembra, serrano,
No se asoma si no pasa
Por su calle, otro mocito
Que ella estima y que es la estampa
Del cólico miserere,
Un *gachó* que cuando habla
Relincha, un *gachó* que tiene
Un mapamundi por cara;
Pero lo que tú no sabes
Es que por tí está que salta,
Otra gachí con el pelo
Más rubio que el sol, más blanca
Que la espuma, con los ojos
Azules y como tazas
De grandes, con una boca
Que es una rosa *trempana*,
Y un cuerpo «que más bonito
Pintores no lo pintaran».
Y en fin, lo más regracioso
Y lo más *chipé* de España;
Y esa está por tí, moreno,

Que brinca como una cabra
Y á voces pide el *Santolio*,
Y el día que tú no alargas
El perfil por su distrito,
Ni sosiega ni descansa,
Y no come y se le aflojan
Las cintas de las enaguas,
Se le desenriza el pelo,
La estatura se le alarga
Y no muerde por *chiripa*.

Y ahora que la gitana
Te ha dicho los Evangelios,
Buen mozo con toa la gracia
Dame dos perritas gordas
Pa atirantarle la faja
Á mi pobre esgalichao,
Al que hace ya una semana
Que lo alimento de alpiste
y de tallos de albahaca.

. . . . . .

Y á poco sucia y riente,
Haraposa y desgreñada
Se aleja la pitonisa,
Y al sol que ardiente la baña
Brillan sus ojos de antílope.
Su curva faz bronceada,
Su nítida dentadura,
Los girones de su falda
De percal, los pies descalzos,
El pañuelo color grana
Mal ceñido al pobre busto,

Llevando al brazo colgada
La enorme cesta de mimbre
Llena de encajes y randas,
Que pregona con tan dulce
Acento, con voz tan lánguida
Que más que pregón parece
Una canturia africana.

ÍNTIMA

Cuánto, cuánto te quiero, mi compañera,
Fuente de amor que inundas el alma entera,
Ídolo de mi vida, cuán buena eres!
Ribera de las olas de mi ternura,
La más noble de todas y la más pura
De las mujeres.
Si á solas por el mundo me viese un día
Sin tu dulce compaña, sucumbiría:
Brisa llena de olores que el alma aquieta,
Blanca flor que mis lares plácida aroma,
Melancólico Oriente de donde toma
Luz el poeta.
Yo á Dios pido tan sólo, sólo le pido
Que antes que tú yo muera. ¡Cómo el herido
Vagabundo pudiera vivir sin verte!
Fueran sin tí mis horas mares sin playas,
Antes mi compañera que tú te vayas,
Venga la muerte.
Venga, que yo la tierra cruzar no quiero
De tu orilla distante, rico venero
Donde el amor que endulza mi vida mana.

Antes que tú te seques, verde palmera,
Es mejor que á tu sombra se postre y muera
Mi caravana.
Sin tí los hijos míos... ¡qué fuera de ellos
Sin tus santas caricias, sin los destellos
Que en amantes miradas tú les envías!
Qué, lejos del regazo donde han nacido!
¡Ay cuán yerto y cuán triste mi pobre nido
Me dejarías!

. . . . . .

Dios, si es cierto que al hombre marcas la [ruta
Y tu excelsa mirada todo lo escruta
Y eres justo, no ordenes sin que yo muera
Que ella nos abandone; ya que me abates
Sin tregua y sin reposo, no me arrebates
Mi compañera.

DON SEVERO CATALINA

IMITACIÓN DE VARIOS ESTILOS

DE ROJAS

Cuando baja mi pastora
Desde la montaña al valle
La Diana cazadora
Ve con envidia su talle.
Las flores que alfombra tienden
A sus pies, y el tallo agitan,
De curiosidad se encienden
Y de celos se marchitan.
A su encuentro el arroyuelo
Formando cinta de plata
Corre, por ver si aquel cielo
En su cristal se retrata.
No pongan los hombres tilde
Por ser humilde á una bella:
Que el agua se arrastra humilde
Y el cielo se mira en ella.

DE JORGE MANRIQUE

Déjame soñar despierto,
Pues todo placer es muerto
Para mí.
Déjame pensar siquiera
En aquella vez primera
Que te ví.

¿Qué fué de tantas locuras,
Qué fué de tanto correr
Mas allá?
El alma soñó venturas
Y halló en el sueño placer
Pero ya,
Mira su dicha pasada
Cual ve la madre angustiada
Con horror
La cuna yerta y vacía
En que el hijo ayer dormía
De su amor.

DE SANTA TERESA

Alma, esta noche nos llama
A que tratemos de amores
Y á que de Aquel te enamores
Que antes de nacer nos ama:
Huye la mentida llama
Con que el mundo te embelesa;

Sus encantos mide y pesa,
Y advierte que todos son,
Menos que fuego carbón;
Menos que carbón, pavesa.

DE GARCILASO

Diera yo por tus ojos, mi zagala,
El recental de la ovejuela mía;
Y por la flor que de tu pecho es gala
Las flores todas que la selva cría.
Si descubro tu huella en la pendiente,
Las trazas sigo de tu breve huella;
Y si á la fuente vas voy á la fuente
A oir tu acento que murmura en ella.
Si el sol viene á copiar luz en tus ojos
Y el aura te acaricia en blandos giros,
Celos tengo del sol y tengo enojos
Del aura que se lleva tus suspiros.
Mas ¡ay! tu pecho ingrata es roca dura
Que el gemido de un triste no conmueve;
Que si eres blanca, cual la nieve y pura,
Eres fría también como la nieve.

Á PACECITA

Cuando viniste al mundo
Tu dulce guarda
Los ángeles del cielo
Se disputaban;

Los más hermosos
Tienden sobre tu cuna
Sus alas de oro:
De tu madre al arrullo
Tranquila duermes,
Y aunque un trono tuvieras
Cuando despiertes,
Despierta tarde:
No hay trono cual los brazos
De nuestra madre.
Crece, niña hechicera,
Crece lozana
Como árbol en la orilla
De limpias aguas;
Crece y que nunca
Se nuble el claro cielo
De tu ventura.
Ángel de la esperanza,
Risueño y puro,
Tú comienzas el viaje
Yo lo concluyo;
Quizá los rayos
Que iluminan tu aurora
Doran mi ocaso.
Mas si un día en el fondo
De tus recuerdos,
De mi voz ya apagada
Resuena el eco,
Piensa que he sido
El primero en cantarte
De tus amigos.

DON MARIANO CATALINA

Á LA NIÑA TERESA

Niña, la vida te espera,
Y con un placer eterno
Te convida:
Tú entras en la primavera,
Yo camino hacia el invierno
De la vida.
Cuando leas lo que escribo,
Ya la muerte me habrá dado
Paz y calma;
Y si aún en la tierra vivo,
Tendré el corazón helado,
Seca el alma.
Soy á cantarte el primero,
Y en pago de mi canción
Me darás,
Un recuerdo, si no muero,
Y si muero, una oración,
Nada más.
Si hoy algún mérito tienen
Los consejos que tracé

De mi mano,
Será acaso porque vienen
De un joven que siempre fué
Casi anciano.
  Niña, vivir es amar;
Del amor templa tu afecto
En la llama,
Y déjale á Dios obrar,
Que en el mundo es más perfecto
Quien más ama.
  De amor el cielo y la tierra
Alzan un himno sagrado
Al Señor,
Y cuanto en sí el mundo encierra
Proclamando está el reinado
Del amor.
  ¡Amor!... venturoso nombre,
En el abismo profundo
Nunca visto,
Por él ha nacido el hombre,
Por él ha venido al mundo
Jesucristo.
  Ama á Dios, que Dios te envía
La virtud y la hermosura
Y el consuelo,
Amale mucho, hija mía,
Que él es la senda segura
Para el cielo.
  Para el que te ha dado el ser
Y la que en tí se ha mirado
Con amor,
Debes en tu alma tener

El sitio más regalado
Y el mejor.
  Ama á los hombres, que todos,
Ricos y pobres y reyes
Y villanos,
Son por diferentes modos
Y por sacrosantas leyes,
Tus hermanos.
  Crecerás, niña, en virtudes
Y crecerás en primores
Y en encantos;
Mas también tus inquietudes
Crecerán, y tus dolores
Y quebrantos.
  Y cuando se alce gentil
Tu celestial hermosura,
Ya verás
Que te adoran más de mil,
Y el que más amor te jura
Miente más.
  El amor, dice la ciencia,
Que es ciego, y yo no lo niego
Ni lo dudo;
Pero sé por experiencia
Que por cada vez que es ciego
Ciento es mudo.
  Y si hay algún hablador
Que censure tu desdén,
Dile al tal,
Que en los asuntos de amor,
Todo aquel que siente bien
Habla mal.

Y... basta de profecías,
De consejos y de amores,
Angel mío;
Dios te dé las alegrías,
Las dichas y los favores
Que yo ansío.
Él, que su obras completa,
Como bella te hará honrada
Y virtuosa,
Y al par que amable y discreta,
Serás tan afortunada
Como hermosa.
¡Adiós! Si juzgas un día
Por su torpe desaliño
Mi canción,
Arroja la poesía,
Y acepta de mi cariño
La expresión.
La expresión, no de talento,
Que yo no aspiro á esa palma
Tan hermosa;
Pero sí del sentimiento,
Del sentimiento de un alma
Cariñosa.

TU IMAGEN

En todas partes ver creo
La mujer por quien suspiro;
Pero ¡ay!... cuanto más la miro
Más admirarla deseo.

Por doquier que voy la veo,
Y pienso que está su vida
A la mía tan unida
Como á su tallo la flor;
Y es que la tiene el amor
Aquí en mi pecho esculpida.
  Dios me perdone si fuí
Al templo y mi alma no oró...
No tuve la culpa yo,
Porque tú estabas allí.
Ante mis ojos te ví
Y ansioso te contemplé:
En tu rostro concentré
La atención del alma mía...
¡Cuánto no te admiraría,
Que hasta de Dios me olvidé!

Á JESÚS

  Cumplióse la profecía
Que tierra y cielos alegra:
Lució en la noche más negra
La luz del más claro día.
Nació Jesús, y la impía
Discordia del mundo huyó:
Dios-hombre á sus plantas vió
Pastores y soberanos,
Hizo á los hombres hermanos,
Y por los hombres murió.

EN LA AUSENCIA

Volad con ella, pensamientos míos,
Volad lejos de aquí;
Que tristes, desterrados y sombríos
Habéis de estar en mí.
Dejadme en soledad tan desdichada
Sumido en el dolor:
Ya no quiero pensar ni sentir nada
Ausente de mi amor:
Id al instante, que mi dueño hermoso
Muy lejos vive ya;
No me pidáis un punto de reposo,
Volad donde ella está.
Sepa que en torno suyo bulle y gira
Mi incontrastable fé;
Que os encuentre en el aire que respira
Y hasta en la luz que vé.
A doquiera que vaya su belleza
Seguidla sin cesar,
Y tal vez en sus horas de tristeza
La podáis consolar.
Seguidla, aunque su cara de alegría
Sea viva expresión;
Ya sabéis cuán alegre está la mía,
Cuán triste el corazón.
Quizá cuando su risa el llanto enfrena
Bien lo podéis hacer;
Que á veces de consuelo, cual la pena,
Necesita el placer.

No, no la abandonéis; y si un instante
Se acordare de mí,
No le neguéis que su infeliz amante
La sigue desde aquí.
Allá en sus horas de perdida calma
Y amarga soledad,
Decidla de mi parte: «tuya es su alma,
Tuya su voluntad.»
Si su espíritu inquieto y desvelado
El sueño no encontró,
Decidle que se duerma, que á su lado
Os mando velar yo.
Si en su mirada vaga y distraída
Véis secreto pesar,
Penetrad en su pecho y en seguida
Venídmelo á contar.
¡Ah! contádmelo, sí; pues yo que ufano
La adoro con pasión,
Para arrancarle su secreto, en vano
Llamé á su corazón.
Si cobarde suspiro en su alma preso
Véis que quiere salir,
Recogedlo en sus labios con un beso
Que la haga sonreir.
Si la fatiga el desigual ruido
Del mundo adulador,
Llevadla mis caricias al oído,
Dulces como mi amor.
Estad siempre á su lado, y ni un momento
A solas la dejéis;
Penetrad en su propio pensamiento,
Y allí tal vez me halléis.

¡Ah!... Si me halláis, tornad al punto ufanos
Para calmar mi afán;
Sola no la dejéis, vuestros hermanos
Tras de vosotros van.
Volved; y si con otros más dichosos
Tropezáis al volver,
Dadles la nueva, y vuelen presurosos
En alas del placer.
Dádsela para que ella los reciba,
Abierto el corazón,
Como una prenda cariñosa y viva
De mi ardiente pasión.
Pero si no la apiadan mis tormentos,
Y os mira con desdén,
Entonces... ¡ay!... entonces, pensamientos,
Volved á mí también.
Volved; y aunque á desdenes no sucumba
Este amor pertinaz,
Dentro de mí hallaréis honrada tumba
Donde dormir en paz.

DON MELCHOR DE PALAU

CANTARES

De la mar en las playas,
Junto á las olas,
Te encontré, hermosa niña,
Cogiendo conchas.
Entre la arena,
Tú una concha buscabas,
Yo hallé una perla.

¡Cómo quieres que los aires
Cruce un pájaro sin alas!
¡Cómo quieres que yo viva,
Si me quitas la esperanza!

Pastores, que preguntáis
Las horas á las estrellas,
Preguntadles si algún día
Veré el fin de mi tristeza.

Procura no despertarme
Cuando me veas dormir;

No sea que esté soñando,
Y sueñe que soy feliz.

—

En el sitio en que te hallé
Mandé poner una cruz;
Que allí murió mi alegría
Donde me miraste tú.

—

Por sendas de ilusiones
Fuí caminando,
Y en los bosques perdime
Del desengaño.

—

No pienses mal nunca, niña;
Que los malos pensamientos,
Subiendo en forma de nube,
Tapan las puertas del cielo.

—

En las rosas de tu cara
Un beso acaban de dar:
Rosas que picó un gusano
Presto se deshojarán.

—

Dios quiso que la vergüenza
Fuese una flor encarnada:
Para que la vieran todos
La hizo brotar en la cara.

—

¡Cómo bajas á la fuente
Por la mañana á mirarte
Teniendo mi corazón
Y en él impresa tu imagen!

Bien sabes tú que yo tengo
Como cera el corazón,
Y me miras, sin embargo,
Con esos ojos de sol.

—

Quisiera morirme pronto,
Y ángel del cielo volverme,
Para serlo de tu Guarda,
Y estar á tu lado siempre.

—

Dijo un sabio: «yo no paro
hasta encontrar la Verdad:»
Y en los brazos de la Muerte
Vino por fin á parar.

—

Tengo un cuadro de tristeza
Clavado en el corazón:
Lo pintaron tus desdenes,
Tu perfidia lo clavó.

—

La mirada que me echaste
Ayer tarde en la pradera
Fué una gotita de miel
En la copa de mis penas.

—

Yo quise á través del aire
Mandarte mi pensamiento,
Mas era tan puro y casto
Que se fué volando al cielo.

—

Cuando más tú me maltratas
Más aumenta mi cariño;

También se pisan las uvas
Y pagan la ofensa en vino.

—

Agua me dió una zagala
Viéndome morir de sed:
Mucha sed antes tenía,
Pero más tuve después.

—

Te quiero si abres los ojos,
Pero más si los entornas,
Que á mí siempre los capullos
Me gustan más que las rosas.

—

Mientras la vida nos dura
La muerte estamos temiendo:
Procuremos que al morir
La vida no nos dé miedo.

—

Ando buscando á la Muerte
Para decirle al oído
Que nos mate un mismo día,
Y nos entierre juntitos.

—

Un cuadro de mi jardín
Sembré todo de ilusiones:
Nacieron lindos capullos,
Mas no llegaron á flores.

—

De mí desvías los ojos
Porque voy tirando á viejo;
No escojas la leña verde,
Si quieres tener buen fuego.

La conciencia es un espejo
Que nuestros actos refleja:
El bueno goza en mirarse,
El malo quebrarlo intenta;
El malo quebrarlo intenta
Sin pensar que, torpe y ciego,
Al romperlo en dos pedazos,
Se encuentra con dos espejos.

—

Mi querer y tu querer
Se hallaron en un camino,
El mío, le dijo al tuyo:
—¿Dónde vas chiquirritito?

—

Que en mi corazón viviste
No podré nunca olvidarlo;
Vaso que tuvo perfume
Queda siempre perfumado.

—

Procura ser cual la nieve
Del pico de las montañas,
Que no baja nunca al llano,
Por no dejar de ser blanca.

—

Vente conmigo, morena,
Y á un sabio preguntaremos,
Cómo no arden tus pestañas
Sobre tus ojos de fuego.

LA POESÍA Y LA CIENCIA

Muda la lira en la indolente mano;
Desceñida la túnica: en el aire
La flotante abundosa cabellera,
Que ya no logra sujetar el mustio
Laurel de Dafne, sube la *Poesía*
Á paso lento el Léucade riscoso;
Buscando va la muerte que halló un tiempo
De Mitilene la poetisa augusta:
Breve instante reposa; atrás contempla
Y vé razas y pueblos sucederse,
Y doquiera se mira reflejada
Siempre su luz, iluminando el cuadro:
Jovial sonrisa en las alegres fiestas,
Lágrima dulce en las luctuosas horas;
Mira lo porvenir, lo ve sombrío,
Y prosigue el sendero; al árdua cumbre
Llega por fin; las aguas acaricia
Con su mirada virginal y lanza
Á los vientos su canto postrimero:
Sacerdotisa de la cipria Diosa;
Eolia Musa, de celeste numen;
Cantora de Eros; en amor maestra;
Mísera Safo.
Faón un día desoyó tus versos;
Esquivó el beso de tu labio ardiente,
Y tú orgullosa demandaste al onda
Tumba y olvido.
Tambien hoy vengo á que la diva Tetis

Cabe tu cuerpo reposar me deje,
También el mundo mi canción desoye,
Huye mi halago.
Las sacras aras, donde yo oficiaba,
Por tierra yacen en pedazos rotas:
Ya de Himeneo á celebrar las fiestas,
Nadie me invita.
Ya se ha secado la Castalia fuente;
De abierta concha, ya no surge Venus,
Ávido el hombre, sólo en ellas busca
Nítidas perlas.
Ya Prometeo no arrebata al cielo
La luz y el fuego que doquiera brotan;
Y, en vez de ondinas, codiciosos buzos
Surcan las aguas.
Ya la nereida en el enjuto río,
Que aunado sesga para dar impulso
Á la rodante maquinaria activa,
Morar no puede.
El Dios Cupido, sin vendar los ojos,
Con oro trata de llenar su aljaba,
Para rendir el corazón humano
Única flecha.
Los altos bosques la segur abate,
Para abrir campo á la ferrada vía;
Ya del Dios Pan reemplaza el caramillo,
Silbo estridente.
Nuevo Pegaso por los aires vuela,
Y gañán torpe de pelambre hirsuta
Mora en la choza que habitó el melífluo
Pastor de Arcadia.
Cayó el castillo que albergara al bardo,

Los duros hierros que ablandó su guzla:
Para escucharle, al ajimez morisco
Ya nadie asoma.
Dejó el querub la sideral vivienda,
Que el anteojo escrutador invade,
Y hacia otros cielos dirigió las alas,
Lejos, muy lejos.
La gran corriente que convierte en ruinas
Lo que delicia de las gentes era,
Mantos no arrastra de fecundo limo,
Do broten flores.
Nada vislumbro que á cantar me incite
En este siglo para mí en tinieblas,
Cuando la noche su negrura extiende,
Callan las aves.
La indiferencia me atosiga el alma;
Todos me infligen dolorosa muerte,
La más tirana que pudieran darme,
La del desprecio.
Por eso anhelo que las aguas sean
Blando Leteo á mi mortal angustia,
Acudo á ellas, si cual tú sentida,
Cual tú celosa.
Mas ¡cuán distintos los adversos hados!
En torno tuyo, en armonioso coro,
Las condolidas por tu suerte infausta,
Hijas de Lesbos.
En torno mío soledad penosa,
Y allá á lo lejos zumbador murmullo
Que, en su fatiga, forma inquieto el siglo
Que me rechaza.
Y tú, Anfitrite, que en la mar dominas,

Acoge pía mi anhelante queja;
Á mi contacto, las voraces ondas
Abre, te ruego.
No quiero no, que con sarcasmo el mundo
Prorrumpa al verme abandonada y triste:
«Esa que véis de túnica harapienta,
Fué la Poesía.»
Un suspiro lanzaron de consuno
Ella y la lira; al agua abalanzóse,
Cuando —Detente y mi palabra escucha—
Con voz entre imperiosa y suplicante,
Gentil matrona de gallardo aspecto
Dijo, tendiendo los desnudos brazos.
—Diosa ó mortal, ¿quién eres que retardas
El cumplimiento de marcado sino?—
—Tu compañera soy, yo soy *la Ciencia*—
—¡Minerva tú, dó el casco refulgente!
¡Dó la heridora lanza y el escudo!
—No soy la Diosa que brotó con armas
De la frente de Júpiter Tonante,
Yo nací del cerebro de los sabios,
En nocturnas vigilias engendrada;
Si al mar quieres bajar, baja conmigo,
Mas no rompiendo las cerúleas ondas
Sino en *ictíneo* previsor que encierra
Aire vital en reducido espacio,
Y una vez agotado lo fabrica;
Allí las penatulas luminosas;
Las estrellas de mar en copia inmensa;
El pez luna asomando en lontananza;
La nublosa fosfórea superficie
Y del torpedo los mortales rayos,

Te mostrarán que en las verdosas aguas,
Do los astros nocturnos se reflejan,
Existe un duplicado firmamento,
Objeto digno á tu sonante lira.
Contemplarás los peces plateados,
En los ramajes del coral posarse,
Las conchas que á la mar las sales roban
Para formar el nido de las perlas;
Las medusas viajando en las corrientes;
Las sinuosas oceánicas honduras
Corresponderse en armonioso ritmo
Con las cadenas de los altos montes,
Que con nubes completan su tocado;
El argonauta que ha enseñado al hombre
El arte de nadar; la hidra asombrosa
Que la de Lerna por modelo tuvo;
Las islas madrepóricas formarse;
Y escucharás los peces cantadores
Que tomaste por lúbricas sirenas.
Pasto hallará tu inspiración sublime,
Doquier que vuelvas los ansiosos ojos;
Si Colón halló un mundo al otro lado,
Otro resta en el fondo de los mares.
Dejando el que fué alcázar de Neptuno,
Ver puedes de la tierra las entrañas,
Y el Nilo allí explorar de la existencia,
Hasta su ignoto origen romontando.
Merced al telescopio, el alto cielo
Conmigo escalarás; ebrias de gozo,
De los planetas de la tierra hermanos
Aspiraremos el vital aliento;
Y, cruzando su atmósfera, tranquilas

Posaremos en ellos breve instante,
Atraidas aún más que por su masa,
Por el fuerte poder de su hermosura.
Tu mirada sutil, si desparecen
Á mi soplo las brumas, ¡cuántos, cuántos,
Verá surgir lumbrosos horizontes!
Qué vale el cielo cuya ausencia lloras,
Manto azul que de estrellas salpicado
Formaba el techo de la tienda humana,
En parangón con el que allí descubras,
Etéreo mar sin fondo ni riberas,
Donde flotan los soles á porfía,
Y en el que es nuestro globo un diminuto
Grano de opaca arena; en moldes nuevos
Vaciar debes tus obras inmortales.
Con hilos del telégrafo reemplaza
Las ya insonoras cuerdas del salterio.

—

Canta la selección de aves y flores,
Que es un himno entonar á la belleza,
Copiosa fuente de vital progreso,
Fecunda ley que hasta el reptil acata.
Comienza la epopeya del trabajo,
Que, á Dios alzando vaporoso incienso,
Las montañas enrasa con los valles,
Los cauces alinea tortüosos,
Y da á beber al arenal enjuto.
Canta el hombre, luciérnaga rastrera
Que con el fuego de su mente alumbra,
Y á cumplir nace las arcanas leyes
De mejorarse y mejorar el mundo.

De la Ciencia los mártires ensalza;
Hora es ya que sus cuerpos venerandos
Dejen las catacumbas del olvido.
Canta la edad de piedra y la del hierro;
Las embrionarias nebulosas canta;
Canta el beso reciente de dos mares;
De los espacios convertida en buzo,
Sondea sus prodigios; canta el verbo
Por haces luminosos transportado;
La vida amamantándose en la muerte;
Del piélago y la luna los amores;
El horrible tardío nacimiento
Del Pirene y del Alpe; los suspiros
De lava incandescente; el nuevo coro
Que en su labor las máquinas entonan;
La materia radiante que hace gala
Del nervioso poder de cuarto estado;
Los núcleos de infusorios tan temibles
Como un día los fieros mastodontes;
Canta el vapor que absorbe las distancias;
El fonógrafo canta, que eterniza
Los ecos de amorosos juramentos;
Canta el sol que á los prismas espectrales
Ha confiado el secreto de su esencia:
De los átomos canta el oleaje;
Y el progreso que lento peregrina,
Quizá influído en su triunfal carrera
Por las térreo-magnéticas corrientes,
Que palpitante brújula señala.
En olvido no pongas á esos hombres
Herederos del don de los milagros,
Edison y Graham-Bell; ni al Padre Secchi,

Que en el cielo vivió desde la tierra,
Y hoy en la tierra vive desde el cielo:
Á Nordenskjold y á Livingstone no olvides,
Que sólo por mi amor han recorrido
Del Polo Norte la cabeza cana
Y el virgen corazón de África ardiente.

—

Yo de tí necesito, amada mía,
Como la flor los plácidos colores
Para atraer la vaga mariposa,
Que, entre el polvillo de sus ténues alas,
Lleve á otra flor el pólen fecundante.
Tú endulzarás mis horas de amargura,
Cual del pueblo de Dios el cautiverio;
Tú cubrirás mi desnudez austera
Con tus leves cendales, que embellecen
Mal velando, los mórbidos contornos;
Alados nacerán mis pensamientos;
Encenderás la ardiente fantasía,
Telescopio del sabio en cuyas sienes
Pondrás el lauro que tus manos tejan,
Y, envuelto en los fulgores de tu nimbo,
Ascenderá á la cumbre de la gloria.
Ya la Industria y el Arte se enlazaron,
Presto sigamos su fecundo ejemplo:
Yo seré la materia, tú el espíritu;
Yo el fuego, tú la luz que de él emana;
Yo el análisis frío, tú la síntesis
Que con las flores bellas forma el ramo;
Yo la roca, tú el águila que afirma
La planta en ella al remontarse al cielo;

Yo la raíz y el tronco, tú las ramas
Do posen las canoras avecillas.
Tú serás la intuición, yo el raciocinio;
Tú la meta lejana, yo el atleta
Que al fin la alcanza á su fatiga en premio;
Tú la hipótesis, lampo fulguroso,
Yo el caminante que en oscura noche
Busca á su luz la suspirada senda.
Cual dos abejas en verjel ameno,
Aunadas volaremos, con hartura
Libando sus dulzores virginales,
Para una miel labrar muy más sabrosa
Que la de Himeto, hasta á los Dioses grata.
Los ídolos, por tierra derribados,
Que formaron tus juegos infantiles,
Consérvalos en clásico museo
Pero no en el altar; no los invoques,
Y parcamente á su consejo acude;
¡A qué pedir belleza á la mentira
Si en campos de verdad brota espontánea:
Si esos mundos que miras rutilantes
Son granos de semilla, que contienen
La balsámica flor de la hermosura,
Si el cometa fugaz, y el rayo inquieto,
Y el arco iris, y la láctea vía,
Renglones son del inmortal poema
Que, festejando la creación naciente,
Escribió Dios en el inmenso espacio,
Y que hoy el hombre deletrear consigue!

Calló *la Ciencia;* con intenso anhelo

Arrojóse en sus brazos *la Poesía*,
Y, un ósculo al cambiarse cariñoso,
La lira muda en la indolente mano,
Á sonar comenzó, cual arpa eolia
Del verde ramo de un laurel colgada.

DON MARCOS ZAPATA

GENTE DE PLUMA

¡Oh, adorable gorrión! ¡Oh, compañero,
Cuánto á mí te pareces y asemejas!...
Habitamos los dos las mismas tejas:
Yo un sotabanco, tú bajo el alero.
Apenas brilla el resplandor primero,
Cantando alegre tu refugio dejas;
Yo también, al sentir que ya te alejas,
De mi augusta mansión parto ligero.
Juntos salimos á buscar la vida;
Tú, el puñado de rubios cereales,
Yo, la media peseta consabida.
Mas aquí se divorcian nuestros males;
Tú encuentras casi siempre la comida,
Pero yo pocas veces los dos reales!

DULCES RECUERDOS

¡Pasó ya mucho tiempo! ¿Quién lo ignora?
Y todavía creo estar mirando

Surgir del valle, sobre el césped blando,
Aquella aparición encantadora.
  Era de Abril una apacible aurora.
¡Oh juventud, cuán lejos vas quedando!
¡Ya soy viejo;... ¡Qué frío!... ¡Está nevando!
¡Y mi cabeza siempre soñadora!
  Espléndida mujer, naciente día,
Dulces alondras, matizadas flores,
Celestial arrebol, terrestre calma...
  ¡Yo os invoco en mi ardiente fantasía!
¡Yo os consagro un recuerdo en mis amores!
¿Tiene acaso vejez ni edad el alma?

TIERRA FIRME

  Como busca el piloto diestramente,
Defendiendo su nave carcomida,
Un abrigo en la costa apetecida
Donde fijar el ancla el corvo diente,
  Así también del mundo en la corriente,
Cansado de los mares de la vida,
Busca en la paz de la mujer querida
Puerto feliz el corazón ardiente.
  Dichoso aquel que por bondad del cielo
Encuentra en el regazo de una esposa
El arribo feliz de su ventura.
  Playa de amor y de eternal consuelo;
¡Para el bien de la vida, cuán hermosa!
¡Para el goce del alma, cuán segura!

EL RECUERDO DE UN BOTIJO

¡Aún conservo en la memoria,
No lo olvidaré jamás,
Aquel trago de agua fresca,
Del botijo de Pilar!
Era una tarde de Agosto;
Volvía yo de Alcalá,
Cabalgando en un mal penco
Bajo un sol canicular.
Presto sentí en la garganta
Una horrible sequedad,
Y creciente sed rabiosa
Me empezó á mortificar.
En dos leguas de camino
Por carretera infernal,
Ni un parador, ni una venta
Me fué posible encontrar,
Ni siquiera un pobre arroyo,
Ni un tísico manantial
Donde humedecer las fauces
Y la horrible sed calmar.
Aseguran que el sediento
Imagina en su ansiedad
Ver frescas y claras fuentes
Donde no hubo agua jamás;
Y yo, lector, que he pasado
Por esa angustia mortal,
Semejantes ilusiones
Afirmo que son verdad.

Presa de febriles vértigos
Iba en mi jaco alazán
Maquinalmente avanzando
Por la carretera Real,
Cuando vislumbro á mi izquierda
Ese albergue peculiar
De los peones camineros
Como un dado colosal.
Me aproximo á la caseta;
Paró el jamelgo al llegar,
Y entre la apacible sombra
De alto y alegre parral,
Más rubia que aquellas onzas
Que ya nunca volverán,
Con ojos de azul intenso
Como las aguas del mar,
Sentada una linda joven
Aparece en el umbral,
Y al lado suyo un botijo
Que gotea al traspirar.
Saludo sin apearme
Y pídola con afán,
De la incitante vasija,
El líquido celestial.
Ella contesta al saludo
Con mucha amabilidad;
Luego me brinda el botijo,
Y, ¡oh, dioses! ¿Cómo pintar
Por medio de la palabra
Ese placer sin igual
De un chorro refrigerante
Cayendo en el paladar,

Corriendo por la garganta
Y apagando aquel volcán?
Alcé el botijo tres veces,
Y al cabo, saciada ya
La maldita sed, me pongo
De hito en hito á contemplar
La bella *samaritana*,
Del camino de Alcalá.
—¿Cómo te llamas?—La digo,
Y ella responde:—Pilar.
—¿Tienes novio?—Es muy temprano:
No hay gran prisa... ya vendrá.
—¿Es tu padre el guarda?—El mismo,
—¿Sola en la casuca estás?
—No tan sola... ¡Tigre, tigre!
Y un mastín descomunal
Acude á la voz de su ama
Con cavernoso ladrar.
—¿Qué opina usted de este amigo?
—¡Que es un soberbio guardián!
¡Magnífico! Toma un duro
Para comprarle un collar.
—¡Saldría el agua muy cara,
Y aquí de balde se da!
—No he pretendido...—Buen viaje,
Que hay nubes de tempestad
Y hasta Madrid, todavía
Queda bastante que andar.
Dijo la discreta joven
Y fuese sin más ni más...
Y yo seguí cabizbajo
Por la carretera Real.

¡Desde aquella fecha, un tercio
De siglo ha pasado ya,
Y aún conservo en la memoria,
No lo olvidaré jamás,
Aquel trago de agua fresca
Del botijo de Pilar...
La bella *samaritana*
Del camino de Alcalá!

DON EDUARDO MARQUINA

Del libro LAS VENDIMIAS

LAS SIETE PALABRAS DEL POETA

Me has dado pena, humanidad, que gritas
En torno del Lagar, como si el vino
No se hubiera de hacer: no estás segura
De los misterios naturales.—Pobre!
Tienes señales de hambre y te impacientas
Delante de los hornos donde cuece
El pan con levadura de mañana.
Yo te quiero tener —hermana mía,
Madre mía y amada de mi espíritu—
Pendiente de mis labios y á tu pecho
Llevar la confianza, que protege
La vida de los niños.—
Vuelve y mira
En derredor de tí; fuera del hombre,
Toda cosa en el mundo es infalible.
Encerrados en medio de los montes
Que dan seguridad, los campos hacen
Su alternativo cambio de cosechas

Sin rendirse jamás; las selvas, quietas
En apariencia, lentamente siguen
Su crecimiento solapado; el río
Constantemente baja de los montes
Y penetra en el mar constantemente;
El mar, solemne y triste, no se cansa
De arrojar, cada vez, sobre las playas
Los cadáveres blancos de sus olas;
Y el sol, eterno amigo de los hombres,
Sale cada mañana; y cada tarde
Deja su reino espléndido á la luna,
Cuya luz sólo goza el que la busca.—
  Todo está ya anunciado: el Universo
Hace un solemne ruido de colmena
Donde la miel del porvenir preparan
Las doradas abejas de las cosas:
Todo está ya previsto: el Universo
Pone miedo en el alma, porque tiene
El fermentar fatal y acompasado
De un inmenso Lagar no abierto nunca!
  Aprended, pues, en el Lagar pequeño
La doctrina sin ley que os hará dueños
Del inmenso Lagar!

I

Tened *Paciencia.*
¡Santa, impasible, bienhadada, pura
Y serena Paciencia! Eres el rostro
De una vida perfecta; luz de luna
Lo tranquilizas todo en nuestro espíritu.—

Inmensa nave azul de velas blancas
No necesitas para andar, del hábil
Esfuerzo del remero fatigado.—
Tu movimiento es insensible: siempre
Te guarda el cielo un viento de bonanza
Que te empuja sin ruido mar adentro.
Abrigas nuestras almas, con tu blando
Vellón de resignado corderillo,
Cuando nos cerca el desengaño ¡oh Buena!
Tú eres la mano que prepara el campo
Donde, al pasar, los pájaros felices,
Han de dejar caer semillas de oro.
Tú modelas el vaso del espíritu
En los inviernos de escasez y aguardas
Con ojos de alegría la cosecha
Una vez y otra vez... Paciencia heroica!
¡Baja como una lluvia á mis entrañas,
Y hazlas amigas de las cosas: háblame
Desde todos los sitios; que tu música
Me dé alegría en las heladas rocas
Y en las tibias llanuras de los cámpos:
Enséñame á encontrarme venturoso
Y en posesión de mí por todas partes—
Pon tu mano de lirio en la agitada
Confusión de mi pecho y haz que rimen
Sus bárbaros latidos con el blando
Golpear de las olas en las playas
Y con el curso de los astros buenos
En los cielos!

II

Amad la *Fortaleza.*
Todo, á su tiempo, es fruta que merece
Caer en vuestras manos: sed heroicos,
Sed fuertes y extended sin miramientos
El poderoso brazo, cuando el árbol
Os tiente con la pompa de sus ramas!
Dad cumplimiento á todos los deseos
Que, como el agua de la fuente, brotan
Sin presión exterior, de vuestras almas.
Tened seguridad en vuestros pasos
Y proteged los muros que os cobijan
Cuando dormís, sin derramar la sangre
De vuestros compañeros: sed más fuertes
Que los que matan y los que despojan.
Vosotros—sin dañar al enemigo—
Tendréis la *Fortaleza* del espíritu
Que impone admiración: no es necesario
Matar para triunfar, que todos vivan,
Que amen y luchen y se muevan todos:
En medio de las luchas, por encima
De las agudas rocas que amenazan
Levantará, como una flor, su frente,
Vuestra admirable *Fortaleza:* hacéos
Grandes, amigos, sin hacer pequeños
Á todos los demás!

III

Tened *Constancia!*
Constancia hasta el final! mayor constancia
En volver á empezar, cuando las cosas
Nos han dado sus frutos.—Sed complejos
Dentro de vuestro ser: hacéos siempre
Protectores de huérfanas ideas
Y padres de atrevidos pensamientos!
No busquéis tregua al producir: debajo
De cada nueva idea que florezca
Como una rosa en vuestras obras grandes,
Presiéntase el hervor de nuevos gérmenes
Que acaban de estallar: cuando las hojas,
En el gran desamparo del otoño,
Se caigan de las ramas, haced vida
En lo interior de los dormidos troncos.
Cuando os falte la diestra, hacéos fuertes
Trasladando la azada á la siniestra;
Cuando arrojéis, para sembrar, el trigo
Llenad de aire y de luz vuestros graneros
Y aprovecháos de la luz y el aire;
Cuando os falte un amor, que vuestra madre
Cierre los ojos y en mitad del mundo
Quedéis desamparados, como un árbol
En medio de una selva destruída,
Buscad un nuevo amor y á vuestros labios
Acudan con su música tranquila
Aires de epitalamio: sed fastuosos
De simpatías: ricos de deseos,

Inagotables de esperanzas: todas
Las cosas hallen sitio en vuestras almas
Donde colgar su nido: el Universo
Rendido, tembloroso, á vuestras órdenes,
Envía, sin cesar, palomas blancas
Portadoras de olivo, á la flotante
Arca de vuestro espíritu; no os canse
La larga travesía, vendrán tiempos
En que bajen las aguas y los montes
Solemnemente muestren sus cabezas
Coronadas de sol en torno vuestro,
Y aparezcan los prados y los ríos
Rimen con su harmonía el sentimiento
Pacífico y alegre de los campos;
Vendrán tiempos de dicha y es preciso
Que entonces vuestro espíritu, se asiente,
Por encima de todo; no déis tregua
Al fatigoso trabajar; guardáos
De abandonar el arca salvadora
Antes de que las aguas se apacigüen
Y sonría la tierra humedecida:
¡Constancia hasta el final!

IV

Y vuestras bocas
Amen la *Afirmación:* Todo es posible!
Cuando Arón las golpea, hasta las piedras
Se deshacen en agua.—Tiempos hubo
De sequedad y de egoísmo estéril
En las entrañas de los hombres todos,

Y, al hablar de Jesús, corrieron lágrimas
Sobre rostros judíos.—La existencia
Es como hierro por forjar, que espera
La segura presión de vuestras manos!
¡Como una aurora echad sobre la tierra
Vuestra gloriosa afirmación! Las cosas
Se harán esclavas vuestras: afirmadlas
Imperativamente y á puñados
Las flores surgirán y como un árbol
Nuestras afirmaciones darán fruto!
Si la aceptáis, la Tierra tendrá abrazos
Y se hará vuestra esposa: vedla! amadla!
—La baña el Sol; los mares la desean
Y la acaricia el viento—porque todo
Es en ella Verdad!

V

¡Cantad las glorias
De la *Serenidad*, constantemente!
—Hay un lugar para vosotros solos
Colocado en el mundo: hacéos dueños
De ese lugar pacífico y viviendo
Descansaréis en paz.—Ninguno puede
Turbar vuestro reposo: allí las flores,
Las hierbas y los árboles, hermanos,
Sólo os conocen á vosotros; dicen
Músicas dulces que ninguno entiende
Sino vosotros mismos; es *el huerto*
Colocado del monte en la ladera
Por vuestra propia mano: una tras otra

Vuestras buenas acciones lo preparan
Y lo llenan de luz vuestras virtudes;
Nadie en él pone mano, sólo es vuestro,
Porque sólo vosotros habéis dado
Riego á sus flores, aves á sus nidos
Y ocupación al viento que lo mueve
Con un murmullo dulce: en lo más quieto
Del reposado huerto y sobre el duro
Corazón de las rocas, como el cáliz
De una flor blanca, se levanta el agua
Que hace ameno aquel sitio—esta es la imagen
De vuestro propio espíritu; sentáos
Á orillas de la fuente y haced una
Vuestra voz interior y la del agua
Que corre sin cansancio.—
Cuando lejos
Del protegido huerto, por el mundo,
Disipéis vuestras fuerzas, no hará espuma
El tranquilo caudal sobre las rocas;
Se enjugarán los musgos y las flores
Desaparecerán de vuestro huerto.—
Es preciso buscarlo y encerraros
En su recinto, que protegen zarzas,
Y hacer la vida en él: que allí os sorprendan
Las mañanas alegres y las noches
De desconsuelo; que el amor y el odio,
La duda y la verdad, la lucha estéril
Y el fecundo silencio, no os arranquen
De aquel sitio de paz: cuidad las flores,
Amad el verde huerto de la vida
Sembrado por vosotros: que las rocas
De la fuente bendita os den ejemplo.

Y, al pie de ellas, serán vuestras entrañas
Como una fuente nueva y vuestra sangre
Como una agua mejor: vivid en medio
De vuestras flores y de vuestras hierbas
Sosteniendo su vida: alimentando
El tranquilo caudal de vuestra fuente.
—Y mientras, como un mar, se estrelle el
[mundo
Contra las zarzas del cercado ameno,
Moved el aire manso, con el peso
De vuestras deleitosas oraciones
Á la Serenidad!—

VI

Hombres amigos!
—Y haced que brote, ya encontrado el sitio
De vuestra placidez sobre la tierra,
La *Generosidad* de vuestro pecho.—
Sed como el Sol que de su gloria misma
Hace la gloria de las cosas: nada
Os costará dar luz á los que os cercan
Si vuestras propias almas resplandecen.—
¡Alabanzas, sin fin, á los jardines
Llenos de rosas, que escalando el muro
Lo cubren de hermosura y todavía
Tienen perfume y ramas y corolas
Para magnificar el huerto próximo
Y embalsamar el aire del camino!
Sed como el hondo manantial, ocultos
Mantenedores y dichosos padres

De la verde frescura de los sotos!
  Haced un halo blanco de alegrías
En torno vuestro, vayan donde vayan
Vuestros pies venturosos!
—Años y años
Poned amigos, en la gran faena
De vuestra perfección: son días santos
Los terminados en hacer el fuego
Dentro de nuestras almas: es preciso
Aprovechar la leña de los árboles
Que han quedado sin vida en torno nuestro
Y hacer el sacrificio de los ídolos
Que en nuestro hogar adornan los rincones!
Son días laboriosos los que pasan
Mientras el fuego prende en el espíritu!
No escatiméis sarmientos! Afecciones,
Vicios, amores, simpatías, hábitos,
Todo es cebo fecundo, cuando todo
Deja de sernos útil.—Haced fuego!
Crezca la hoguera! muévanse las llamas
Llevadas por el viento á todas partes!
  Pronto recibiréis la recompensa.—
Vendrán, haciendo corro en torno vuestro,
Los que mueren de frío y vuestro espíritu
Será la hoguera donde cobren fuerzas.—
Vuestra palabra encenderá en sus almas
Auroras boreales de consuelo;
Vuestra mirada bajará á su pecho
Como una estrella de bonanza; el fuego
De vuestra perfección dejará enjutas
Sus ropas combatidas de las olas.
  Después de engrandeceros á vosotros

Recogéreis el sol y los mortales
Á vuestros pies sentados tendrán sombra
Llena de un buen calor y de luz tibia.

VII

Y á todos estos actos de la vida
Daréis *Belleza.*—
Buscaréis en todo
Lo menos accesorio; de las cosas
Escucharéis la voz menos distinta;
De las mujeres amaréis el trazo
Menos vulgar; procuraréis que siempre
Os cerque un equilibrio luminoso
De todo lo que existe.—
Pondréis flores
En los jarros de todos los altares,
Y calmaréis, con dulce complacencia,
Los deseos de todo lo que os cerca.
Iréis al manantial en busca de agua
Y con el agua acudiréis al vaso.—
Viviréis de tal modo, que no quede
Nada pendiente entre vosotros mismos
Y las cosas del mundo: vuestra vida
Será tal, que no se haga necesario
Quitárosla por fuerza; más bien sea
Como corteza de árbol centenario
Que salta consumida por sí sola.

—

Ocupadla y llenadla por completo
Y os será provechosa; de los ríos
No estorba el agua que contiene el cauce,
Sino la que en los márgenes desborda.
Dad un cauce completo á vuestra vida
Y aprovechadla toda: así tan sólo
Podréis hacerla bella; cuando nada
Quede sin expresión en su conjunto;
Cuando cualquiera de sus partes tenga
Un sentimiento vivo y todas juntas
Con harmonía plácida se aunen;—
Cuando no os sobre un día de esa vida
Ni os falte un solo instante: cuando llenos
De una luz interior, esa luz misma
Salte por la corteza de la vida
Y la ilumine toda.

—

No es preciso
Hablaros más: uno tras otro, todos
Habéis ido callando, hermanos míos:
Quietos en torno del Lagar pequeño
Habéis estado oyendo la doctrina
Del inmenso Lagar:
La larga noche
Pasó en esta faena.—Ahora aparecen
Las verdes claridades del crepúsculo
Precediendo á la aurora, un aire frío
Despeja nuestras frentes y á la vaga
Naciente claridad, todos vosotros
Formáis un todo harmónico, se funden
Las masas, riman gestos y actitudes;

Desaparecen los colores: ¡salve,
Humanidad harmónica! Te abrazo
En la figura de esta muchachuela
Que me ha estado escuchando—sus dos labios
Blandos como la fruta, sus cabellos
Húmedos de rocío y en el cuello,
Debajo de la barba, el agradable
Calor que sube del movible seno.

DON VICENTE MEDINA

LA CANCIÓN DE LA VIDA

En el monte oloroso tapizado
De aromáticas yerbas
Y dominando el mar; sobre las rocas
Que las blancas espumas festonean;
Sobre los lechos blandos
De la menuda arena,
Las bulliciosas turbas
De los días de fiesta
Forman corros alegres
Y en soberana libertad meriendan.
Huyen de la ciudad... van como esclavos
Que rompen sus cadenas...
Huyen los abatidos
Que taciturnos la ciudad encierra...
Huyen como esas aves
Que hacia otros climas afanosas vuelan...
¡Van á arrojarse en brazos de la augusta
Madre Naturaleza
Que acógelos á todos
Envanecida de su prole inmensa!...
Huyen de la ciudad... ríen y gozan...

Los baña el sol y el viento los orea...
Los fatigados cuerpos
Pronto recobran sus perdidas fuerzas.
En alborozos cándidos
Olvídanse las penas
Y son todos los hombres más apuestos
Y las mujeres son todas más bellas.
Forman corros alegres... ¡son familias!
Su libertad y su vivir celebran:
Comen, ríen y gozan,
Abren puesto al festín á quien se acerca
Y á los que pasan lejos
Llaman á voces con jovial franqueza.
¡Familias venturosas
Que á la plácida vida se despiertan!...
¡Corros, alegres corros
Dispersos en el llano y en las peñas!...
Á la luz de los cielos que amorosa
Los acaricia y besa,
Y en medio de los campos que riëntes
Á su invasión se entregan,
Parecen grandes flores...
¡Flores en todo su esplendor abiertas!

. . . . . .

. . . . . .

Radiante de alegría,
Corriendo tras su esposo placentera,
Grita una joven madre que en sus brazos
Un niño hermoso lleva:
—Mira! mira! Te dice papaïto!...
¿Pero no ves qué lengua?
Te dice papaïto! papaïto!...

Mi vida! mi ilusión! Bendito seas!—
Y en efusivo arranque,
Loca á su pecho con pasión lo aprieta
¡Comiéndoselo á besos
En su ternura maternal, deshecha!

. . . . . .

Con el sano apetito
De saludables hembras,
Las soñadoras vírgenes
Comen y ríen con la boca llena...
Comen, aman y ríen,
Se persiguen gritando, cantan, juegan...
Rojas están del sol y de alegría...
¡Las amapolas son de la pradera!...
Atraídos los hombres
Por la alegría y el amor, las cercan,
Las arrullan amantes... ¡y al oído
De las vírgenes llega,
Como secreto aviso de ignorados
Placeres que se esperan,
La anunciación sagrada de la vida
Á cuyas ansias misteriosas, tiemblan!

. . . . . .

Y todos alborotan, todos cantan...
¡Es la bandada suelta!...
Y entre el rumor alegre de los corros
Dispersos en el llano y en las peñas,
Apagando la nota persistente
De las humanas quejas,
¡La canción de la vida, en un suspiro
De conquistada libertad, se eleva!

. . . . . .

¡Bendígaos Dios, familias!... Con vosotros
Eternamente la ventura sea!
Apuestos hombres, bulliciosos niños,
Madres de amplias caderas
Y encantadoras vírgenes, tesoros
De vida y de promesas:
¡Reid, gozad, amáos
En perdurable fiesta!...
¡Corros, salud! ¡Salud, esplendorosas
Flores humanas á la vida abiertas!...

DON RICARDO DE LA VEGA

LA DEFENSA DEL SAINETE

A D. Armando Palacio Valdés.

Señor don Armando Palacio Valdés.
Os pido dispensa señor don Armando
Si en pró del sainete la pluma tomando,
Prefiérolo al género bufo francés.
Aparte dejando mezquino interés,
Yo admiro en la chula la antigua manola.
¿Deshonro por esto la escena española,
Señor don Armando Palacio Valdés?
Me duele, señor don Armando, que vos
A lo madrileño flamenco llaméis.
Señor de Palacio, sin duda no véis
Que son muy distintos entrambos á dos.
Si de lo flamenco marchamos en pos,
Al Perchel iremos, mas no á las Vistillas;
Que nunca el flamenco nació en Maravillas,
Donde se venera la Cara de Dios.
Algunos afirman que es grano de anís,
Que hay poca distancia de chulo á gitano,

Y llaman gallego al que es asturiano,
Y mezclan á Vigo con Cangas de Onís.
Quede, pues, sentado, si lo permitís,
Que así como el galgo jamás fué podenco,
El hombre del Rastro no es nunca flamenco,
Por no ser oriundos del mismo país.
Si sale á las tablas un noble Marqués
O un hombre ilustrado de la clase media
Cual protagonistas de drama ó comedia
Y el pueblo los juzga y aplaude después,
¿Por qué los que viven allá en Lavapiés
No han de ser objeto de examen profundo?
¿No son de una clase que vive en el mundo,
Señor don Armando Palacio Valdés?
De la decadencia del arte español
Los críticos echan la culpa al sainete,
Y hasta á compararle llegó algún pobrete
Con las pantomimas del Circo de Pol.
Si nace el sainete de tosco crisol
No debe por ello causar pesadumbres;
Que si es fiel retrato de bajas costumbres,
Bien puede en la escena brillar como el sol.
De la alta comedia derivado es;
No entiende Talía de clases sociales;
Para ella en su templo son todos iguales,
Así la tragedia como el entremés.
Con datos espero probaros después
Que tiene el sainete su noble abolengo,
Y si esto resulta, ¿yo qué culpa tengo
Señor don Armando Palacio Valdés?
Laberio el romano, poeta y actor,
De *farsas* y *mimos* la escena llenaba,

Y el pueblo reía y el César gozaba
Mirando al esclavo con risa y dolor.
La vara tocóle del alto Pretor;
Al golpe saltaron sus viles cadenas;
La sangre del libre corrió por sus venas
Y el cómico siervo fué noble y señor.
Sainetes existen de aquel colosal
Autor que nos dijo—*la vida es un sueño.*—
En ellos, sin duda, bebió con empeño
Un ilustre vate de fama inmortal. [mal?
¿Pensáis, don Armando, que aquello fué un
Pues no en decadencia las musas se hallaban,
Que cinco luceros la escena alumbraban,
Y hoy brilla lo mismo su luz sin igual.
Cien obras el pueblo gozoso aplaudió
Del gran sainetero Ramón de la Cruz;
De aquel que sin ropa, sin cama y sin luz,
La casa de Tócame-Roque escribió.
¡Oh, cuán satisfecho mostrárame yo
Si al pobre sainete, por vos despreciado,
La crítica injusta que lo ha calumniado
Volviérale al puesto que siempre ocupó!
Lo que antes he dicho repítolo, pues,
En estos renglones que van sin aliño:
A chulas y chulos les tengo cariño
Aparte dejando mezquino interés.
Basta de sainete, basta de entremés;
Aquí se concluye mi humilde defensa,
La epístola cierro y os pido dispensa,
Señor don Armando Palacio Valdés.

DON JAVIER DE BURGOS

SERMÓN... PERDIDO

Con motivo de una gran
Festividad religiosa,
En la iglesia de Espinosa
Predicaba fray Damián.
Y atento el concurso oía
Todo, con unción cristiana,
Menos una pobre anciana
Setentona qne dormía.
De su plática en el curso,
Tras un párrafo elocuente,
Pierde el padre de repente
El hilo de su discurso.
Y con voz descomunal
Exclama alzando las manos:
¡El que ahora no me oiga, hermanos,
Está en pecado mortal!
Con gestos y contorsiones
Sigue en mímica el sermón;
Alármase la reunión
Se oyen mil exclamaciones,

Y aquel auditorio loco
De terror y desvarío,
Empieza á decir:—Dios mío,
Yo no oigo!—¡Ni yo tampoco!
En su recurso no ceja
Fray Damián; los fieles lloran,
Se desesperan, imploran...
Despierta el ruído á la vieja;
Y, sin entender el coro
Que á Dios pide con afán,
Cual si oyera á fray Damián,
Dice: *¡Qué piquito de oro!*

TELEGRAMA

Murió doña Nicanora
Gil, señora respetable,
Pero tipo inaguantable
De sempiterna habladora.
Y el yerno inmediatamente,
Dando cuenta á unos amigos,
De sus desdichas testigos,
Les puso el parte siguiente:
«Comunico con profundo
Dolor, trance inesperado.
Hoy á la siete, *ha dejado*
De hablar mi suegra.
Facundo.

DON JOSÉ LÓPEZ SILVA

UN DÍA DE LLUVIA

Á mi distinguido amigo el doctor D. Víctor Cebrián.

—Monísima de mis ojos,
¿La tapo á ustó?
—Muchas gracias.
Voy bien así.
—No lo creo.
—Pues como si fuera.
—Vaya,
No me niegue usté ese gusto,
Porque me da mucha lástima
Que se vaya usté mojando
Teniendo yo aquí un paraguas
Tan hermoso.
—¿De veritas?
—Palabra de honor.
—¡Qué gracia!
Es usté muy tuno.
—¿Mucho?
—Sí, señor.

—Y usté muy guapa.
—Ya lo sé, y además tengo
Dos manitas muy gitanas
Pa quitarme los moscones
De encima.
—¡Caray, qué lástima!
—¿Por qué?
—Porque esas dos manos
Tan chiquitas y tan blancas
Merecen que las dediquen
Á cosas más delicadas.
—¿Lo dice usté con segunda?
—Como á usté le dé la gana,
Que yo, por darle á usté gusto,
No he de reparar en nada.
—Hijo mío, estoy pensando
Que sería usté una alhaja
Si estuviera usté de físico
Tan bien como de palabra.
—¿Tan feo soy, alma mía?
—No es que tire usté de espaldas,
Pero parece usté un churro
Talmente, si se repara
En la color y en la pringue
Y en las hechuras y en...
—Vaya.
¿Quiere usté hacerme el obsequio
De escucharme dos palabras
Con formalidad?
—Y todas
Las que á usté le dé la gana;
Pero no se eche usté encima,

Que no soy costal de paja,
Ni necesito puntales
Pa tenerme.
—¡Pero, ingrata,
Si es que usté me debilita!
—¿Quién?
—Usté.
—Será la falta
De alimentos, porque ó yo
Tengo la vista cansada,
Ó pa mí que á usté le crían
Con biberón en su casa.
—¡Olé las hembras alegres
Y chulas y desahogadas!
¿Usté es solterita?
—Cuasi.
—Me alegro.
—¿Por qué?
—Por nada.
Porque todavía vamos
Á querernos unas miajas
Usté y yo, y á tener luego
Muchísima confianza.
—Dios le conserve á usté el golpe
De vista.
—Y á usté esa cara,
Que va á ser para este clérigo
Porque á mí me da la gana.
—¡No me sirve usté!
—Es que á veces
Las apariencias engañan
Y donde menos se piensa

Ya sabe usté lo que salta.
—¡La liebre!
—Ó si viene á mano
Un sujeto con agallas
Y corazón y posturas.
—¡Mentira!
—Con verlo basta.
—Es usté muy señorito
Pa una mujer ordinaria
Y me parece que no íbamos
Á congeniar.
—Mire usté, alma:
Yo sé querer como quieren
Los hombres de circunstancias,
Y si usté se trasparenta
Conmigo y hacemos changa,
Lo mismo le doy á usté
Querer y mimo y guayaba
Que le hago á usté dos docenas
De lesiones en la cara.
—¡No es usté nadie ofreciendo!
—¿Sabe usté una cosa?
—¿Cuála?
—Que si usté tiene un poquito
De aquel y no me desaira,
Podemos entrar un rato
Aquí, en el café de España,
Para tratar un asunto
De muchísima importancia
—¡Quiá!
—¿Por qué no?
—Llevo prisa.

—Eso es despreciarme.
—Vaya,
Si usté se empeña, entraremos,
Pero...
—Pero ¿qué, serrana?
—Que si lleva usté otra idea
Va usté á tirarse una plancha.
—¡Yo soy un hombre decente!
—Por si acaso.
—Usté entra y calla.

. . . . . .

¡Camarero!
—¿Qué va á ser?
—A mí un bisté con patatas
Y á esta joven lo que pida.
—Café con media tostada.

. . . . . .

—¡Mozo!
—¡Va!
—¿Ha visto usted á ese
Joven con toda la barba
Que estaba aquí?
—Sí. ¿Por qué
Lo pregunta usté?
—Por nada,
Porque hace veinte minutos
Que dijo que iba al...
—¡Caramba!
—Y no ha vuelto...
—Pues entonces

Espérele usté sentada,
Porque el gachó justamente
Salió por la puerta falsa
Y al salir me dijo, dice:
«Aquella señora paga».
—¡Qué cochino!
—Sí, señora,
Que ha sido una cochinada.
—¡Permita Dios que reviente
Con el bisté!
—¡Vamos, calma!
Que no es á usté á la primera
Que le han dado la castaña,
Y además, que dos pesetas
Son una ensinificancia.
—¡Sí, pero es que no las tengo!
—Lo mismo da, ¡qué caramba!
Deje usté el mantón en prenda
Y váyase usté á buscarlas.

UNA CONQUISTA

—Lo jura usté?
—Yo no juro
Nunca en jamás de la vida,
Porque soy salmeroniano;
Pero basta que yo diga
Que se venga usté esta tarde
Conmigo á la romería,
Sin cuidao de que la ponga
Ningún dios la mano encima,

Pa que cierre usté ese pico
Y se dé usté por vencida.
Usté se piensa que aquello
Va á ser una juerga ilícita,
De esas que hay, donde el decoro
De las señoras peligra,
Y si se figura usté eso,
Está usté equivocadisma.
—¿Habla usté en serio?
—¡Pa chasco!
Allí va á haber alegría,
Y expansión, y zaragata,
Y guitarreo, y bebida,
Y se moverán las lenguas
Y habrá también su mijita
De baile, y nos montaremos
En el *Tío vivo* en seguida
Que se coma, porque es claro
Que allí no vamos á oir misa;
Pero se hará con respeto,
Y educación, y política,
Porque todas son personas
Bien educadas y finas,
En lo que cabe.
—¿Van duques?
—No van duques, alma mía,
Gracias á Dios; pero, en cambio,
Va gente muy conocida
En las ciencias y las artes
Y el comercio y la melicia.
—¡Quite usté el pistón!
—No quiero

Quitarlo, porque es la fija.
Y pa que usté se convenza,
Eso se prueba en seguida.
Mire usté: primeramente
Va la Asunción, una chica
Que tiene en Puerta Cerrada
Colegio de señoritas,
Ó, hablando como se debe,
Que es profesora de niñas
Cuando cuasi pué decirse
Que está mamando entoavía.
Va Simona, la bollera
Que está junto á la Latina,
Y que gana con los bollos
Un porción, porque hoy en día
No hay más que uno en el oficio
Que la eche la pata encima.
Va el señor Lucio el fuellero
Y Benizno el espadista,
Y uno que estuvo de cabo
Con el capitán Ariza,
Y que es, además de sastre,
Corredor de amas de cría
Cuando no hay trabajo, y otros
Cuantos amigos y amigas
Que, aunque no tién tanto viso,
Saben ser personas diznas,
Es decir, que solamente
Falta que usté se decida
Y se baje con nosotros
Y engruese la comitiva,
Pa que sea la pradera

Del Santo canela fina.
Conque ¿qué dice usté, gloria?
—¿Qué quiere usté que le diga
Que creo que estoy haciendo
Mucha falta allí.
—¡Muchisma!
Primero pa que á este cura
No le mate la penita,
Y tenga que irse del mundo
En lo mejor de su vida,
Y segundo, pa que rabien
Muchas personas de envidia
Al ver que llevo á mi vera
La flor de la chulería.
—¡No es pa tanto!
—Si tuviésemos
Los dos relaciones íntimas
La daba á usté así, en la geta,
Por embustera, hija mía.
¡No dice que no es pa tanto!..
Y se trae usté dos niñas
En esos ojos de á cuarta
Que no hay Dios que lo resista,
Y una boca zalamera
Que está pidiendo caricias
Á too trance, y una hechura
De cuerpo, que si se mira
Con intención, le dan ganas
Á uno de irse á la manigua
Pa no verla á usté en el mundo.
—¡Mucho cuidao con el clima,
Que es muy malsano y se vuelven

Los hombres como sardinas!
Según las naturalezas.
—¡Puede ser!
—¡Vamos, madrina!...
No me tome usté los bucles,
Y á ver si hay una mijita
De formalidaz. ¿Bajamos
Juntos á la romería,
Ó me compro el féretro?
—Hombre,
Si va usté á perder la vida
Porque yo no baje, bueno,
Bajaré.
—Lo cual se estima.
—Pero tenga usté presente
Que si alguien se estralimita,
Doy media vuelta y me vuelvo.
—Ya lo sé: loca perdida.
¿Dónde voy á usté á buscarla?
—Á la calle de Zurita,
Número cuarenta y siete.
—A qué hora?
Á la que usté diga
—Bueno, pues á la una en punto
Voy, usté baja en seguida,
Tomamos una manuela
Que nos lleve hasta la ermita,
Buscamos á los amigos,
Pasamos como en familia
La tarde, hasta que anochezca,
Luego volvemos pa arriba,
Usté se queda en su casa

Y yo me quedo en la mía
(Que es la de usté), y si resulta
Que hay cruce de simpatías
Y usté es una mujer libre,
Quie decirse que contínuan
Las relaciones, y *laus*
el dedo, ú como se diga.
¿No es verdaz?
—¡Valiente rana
Va usté á ser, si no hay sequía!
—De veras?
—¡Me se figura!
—¡Chóquela usté, guasa viva!
—¡Quite usté, mala persona!
—¡Adiós, sangre!
—¡Adiós, guripa!
. . . . . .
. . . . . .
—¿La has camelao?
—¡Me parece!
—¿Y va á dir?
—De coronilla.
—¿Qué tal se presenta?
—Un poco
Guasona.
—Esa se rechifla.
—¡Quizaque! pero tú déjala
Que tome un par de copitas,
Y que pruebe el escabeche
De atún, y que yo la diga,
Mientras bailamos un chotis,
Cuatro cosas de las mías,

Y á morir.
—¡Pue que la yerres!
—Así prencipió la Bizca,
Y antes de las dos semanas
Estaba ya conmovida.
—¡Qué suerte tienes, Marcelo!
—¡Son mis cualidades físicas!

DON VITAL AZA

LOS NIETOS

—Te lo aseguro, Pascual.
Ya no hay más que resignarse.
El que pudiendo casarse
No se casa, hace muy mal.
¡Ya ves tú qué situación
La tuya! ¡Qué desengaños!
¡Llegar á los sesenta años
Achacoso y solterón!
¡Sentado en esa poltrona
Un hombre de tu fortuna,
Sin más cariño que el de una
Ama de llaves gruñona!
Y cuando enfermes de veras,
Aquí á cuidarte vendrán
Tus sobrinos, que estarán
Deseando que te mueras!
¿Que así estás muy bien? ¡Corriente!
¡Es tu gusto, y se acabó!
Pero en este asunto, yo
Opino distintamente.

Ese egoísmo es fatal.
Viva solito el que quiera.
Yo, sin familia, me hubiera
Muerto hace tiempo, Pascual.
Miro mis goces completos
Cuando en mi casa sentado,
Me contemplo rodeado
De mis hijos y mis nietos.
¡Orgullo de mi vejez!
¡Diez nietos! ¡Un batallón!
Tú no los conoces. Son
Encantadores los diez.
Rubios como querubines;
Sanos, con unas mejillas...
¡Y con unas pantorrillas
Que tienen los chiquitines!
¡Y qué ganas de comer!
¿Estar ellos malos? ¡Quiá!
Tan hermosos los habrá,
Pero más, no puede ser.
Sólo hay uno de ellos, Pepe,
Que el pobrecito está cojo
Y es chato y bizco de un ojo,
Pero sabe más que Lepe.
Cuando con su pata coja
Viene y me mima el maldito,
Consigue de su abuelito
Todo lo que se le antoja.
Por supuesto, la verdad,
Todos, aunque están mimados,
Son chicos muy aplicados,
¡Saben una atrocidad!

¡Muchísimo más que yo!
La más pequeña, María,
Sabe más geografía
Que el mismo que la inventó.
¡Pues si es una profesora!
¡Me pone en unos aprietos!...
¡Son el demonio estos nietos
Tan ilustrados de ahora!
¿Querrás tú creer que ayer
La chica me preguntó
Dónde estaba el Congo, y yo
No he sabido responder?
¡Cómo se rió la *indina!*
«¡Si está en el Africa!» «¿Sí?»
«Pues, mira, le respondí,
Yo creí que estaba en China.»
Así que para evitar
Planchas como éstas, les digo:
«Si queréis estar conmigo,
¡Nada de ciencia! ¡A jugar! »
Dejadme á mí de esas pláticas
Que no son de cuenta mía.
Basta de geografía
Y basta de matemáticas.
Lo que he estudiado olvidé,
Y aunque sé que sé poquito,
Á mi edad no necesito
Saber más de lo que sé.
Con que, ¡á jugar al instante!»
Y en cuanto doy esta voz,
Empieza un jaleo atroz
Que no hay alfombra que aguante.

Y uno se sube á un sofá,
Y otro salta sobre mí,
¡abuelito! por aquí
Y ¡abuelito! por allá...
¡Qué correr por los pasillos!
—¿Y tú también?—¡No que no!
¡Mis hijos dicen que yo
Soy peor que los chiquillos!
Y lo seré, no lo niego;
No sé si hago bien ó mal,
Pero te juro, Pascual,
Que á mí me encanta este juego.
Ríete; llámame niño;
Búrlate de mis chocheces...
Tú, egoistón, no mereces
Esta clase de cariño.
Tú no puedes comprender
El amor. ¿Qué entiendes de eso?
¿Sabes tú lo que es un beso
De un nieto? ¡Qué has de saber!
Es la dicha apetecida;
Es la esencia del amor;
Es la caricia mejor;
Es algo que da la vida.
Es... lo que nunca has sentido.
¡Es ver en el mundo un cielo!
Yo á Dios, con ferviente anhelo,
Sólo una cosa le pido:
¡Que para morir en calma,
Cuando me llame á su lado
Me encuentre yo rodeado
De mis nietos de mi alma!

PLAN CURATIVO

—¡Niña!
—¡Mamá!
—¿Qué te pasa?
¿No vienes á la Novena?
—¡Ay, mamá, si no estoy buena!
—¿Qué no? Pues quédate en casa.
—¿Y vas sola?
—¡Claro está!
—¡Yo lo siento!
—No te apures.
Es preciso que te cures.
Acuéstate.
—¡No, mamá!...
—¿Á ver? ¿Qué sientes?
—Calor.
—Es aprensión, criatura.
Si no tienes calentura.
—¿Qué no tengo?...
—No, señor.
—Pues siento un frío en los pies...
Y en la cabeza un mareo...
—Anda, y damos un paseo
Antes de ir á San Ginés.
—Me canso.
—Iremos en coche.
Lo tomaremos por horas.
Verás como te mejoras
Con el fresco de la noche.

—¡Tengo tos!
—¡Quita, por Dios!
—¡Me duele aquí cuando toso!
—¡Bobadas! Eso es nervioso.
No vale nada esa tos.
—Pues no te canses, mamá.
Hoy no salgo, lo repito.
Voy á acostarme un poquito
Encima de este sofá.
—¡Jesús! ¡Eres más cobarde!...
—Quizás me alivie con eso.
—¡Aprensiva! Dame un beso.
Las ocho y media. ¡Qué tarde!
Y hoy es el último día...
¡Así! Abrígate los pies.
¡Otro beso! Hasta después.
Que te alivies, hija mia.

. . . . . .

(Sale la mamá de casa;
Queda la criada alerta,
Se oye rechinar la puerta
Y una voz que dice: ¡Pasa!)

. . . . . .

—¡Alfredo!
—¡Amalia querida!
—¿Te habrán visto?
—No. Ten calma.
¿Me quieres?
—¡Con vida y alma!
¿Y tú á mí?
—¡Con alma y vida!

. . . . . .

(Es muy corta la Novena.
Corren breves los instantes,
Y, en gracia á los dos amantes,
Paso por alto la escena.
Se oyen pasos... ¡La mamá!
Huye el joven con premura,
Y la niña se apresura
Á acostarse en el sofá.)

. . . . . .

—Hija mía, ¿estás durmiendo?
¡Temí haberte despertado!
Por volver pronto á tu lado
Recé deprisa y corriendo.
¿Cómo te encuentras?
—¡Mejor!
—¿Á ver? ¡Dios mío! ¿Qué tienes?
¡Si están ardiendo tus sienes!
Voy á llamar al doctor.
—No, mamá.
—Sí, vida mía.
—Ya estoy bien; no es de cuidado.
—Tienes el pulso agitado.
—Los nervios...
—¡Qué tontería!
Corro al punto. Tú estás mala.
¡Qué te receten cuanto antes!

. . . . . .

(Y al cabo de unos instantes
Entra el médico en la sala.
Pulsa á la niña intranquila;
La encuentra un poco nerviosa,
Y por mandar cualquier cosa,

Le manda que tome tila.)
—Hoy por hoy no es de cuidado.
Conozco bien su dolor.
(Hay que advertir que el doctor
Vive en el cuarto de al lado.)
—¿Con que no es grave, verdad?
(Dice la madre.)
—Señora...
Aquí entre los dos, ahora,
El mal es de gravedad.
—¡Dios mío!
—¡Yo soy muy viejo
Y práctico!
—¡Ya lo sé!
—Y como la aprecio á usted
Me permito este consejo:
¡Abra usted mucho los ojos!
La niña,—á mi plan me aferro,—
Necesita mucho hierro.
—¿En píldoras?
—No. ¡¡En cerrojos!!

DON MIGUEL RAMOS CARRIÓN

JUNTO AL ARROYO

Quiero ver correr el agua,
Porque viéndola marchar
Parecen irse mis penas
Con el agua que se va.
Sentado en la fresca orilla
¡Cuánto gozo al contemplar
Cómo se miran los álamos
En el agua que se va!
La música del arroyo,
Siempre nueva y siempre igual,
Aún suena más armoniosa
Viendo el agua que se va.
Si agua son también las lágrimas
Y se llevan el pesar
¿Qué extraño es que me consuele
Viendo el agua que se va?
Buscando va el arroyuelo
Al río, como éste al mar,
Y allá van las vanidades
Con el agua que se va.

En dulce melancolía,
En inefable gozar,
Mi alma va lejos, muy lejos,
Con el agua que se va.
Dejadme, dejadme solo,
Quiero despierto soñar...
Y que se vayan mis penas
Con el agua que se va!

GABÁN Y CAPA

En estos días crueles
En que sopla el cierzo y nieva
Todo el que lo tiene lleva
Fastuoso gabán de pieles;
Prenda que el lujo pregona,
Que es del opulento amiga
Y al mismo tiempo que abriga
Da importancia á la persona.
Cualquiera con él se engríe;
Ustedes lo observarán:
Todo el que lleva gabán
De pieles, no se sonríe.
Tal vez sin fijarse en ello
Va grave, tieso, finchado,
Con el pescuezo encerrado
Entre las pieles del cuello.
Y reposado el andar,
Como dándose importancia,
Tiene un aire de arrogancia
Que no se puede aguantar.

Con ese gabán tan serio
Y que tanto enorgullece,
El más humilde parece
Que va *á formar ministerio*.
Podrá ser aristocrático
Y hasta cómodo; eso sí;
Mas, la verdad, para mí
Es un abrigo antipático.
Prefiero la airosa capa
Con sus pintados embozos,
Prenda de viejos y mozos,
Que adorna y abriga y tapa.
Alegre como ella sola,
Con sus pliegues de escultura
¡Qué bien marca la figura!
¡Qué artística y qué española!
Moviéndose á cada vuelta
Da al cuerpo calor y vida:
¡Qué seria cuando ceñida!
¡Qué gallarda cuando suelta!
Y al que *la sabe llevar*,
No como algunos peleles,
Abriga más que las pieles,
Vaya, ¡pues no ha de abrigar!
Caiga nieve y venga hielo
¡Yo recorro todo el mapa
Arrebujado en mi capa
De embozos de terciopelo!

DON SANTIAGO DE LINIERS

(Conde de Liniers.)

Del NOVÍSIMO ESPEJO Y DOCTRINAL DE CABALLEROS

TONO

I

Aquel joven macareno,
Aquel mocito rumboso,
Va galopando al compás
De su cartujano potro.
No va á cortijo ninguno,
Ni á vigilar va el aposto
De cepas ni de olivares,
Ni en Madrid y sus contornos,
Donde son los vertederos
Las lindes de los rastrojos,
Donde los ganados pastan
Los brotes de los escombros,
Y no se ven otras fincas
Que tabernas ventorros...

Hay cigarrales ó prados,
Cercas, dehesas, ó cotos,
Que justifiquen ó absuelvan,
Ya el collar belludo y tosco,
Ya la silla de abanico,
Ya el calzón ceñido y corto,
La chaqueta cordobesa,
La manta con golpes rojos,
La alforjilla, que en la grupa
Besa del corcel los lomos,
El sombrero, cuyas alas
Cubren del joven los ojos...;
Nada, en fin, de cuanto omito
Por no pecar de enfadoso,
En los arreos del bruto
Y en las preseas del mozo.

II

No va Antonio á ver sus tierras,
Jamás las ha visto Antonio;
Ni su padre ó sus abuelos
Lograron verlas tampoco,
Porque... no hay Contaduría,
Registro ni Protocolo,
En que jamás estuviesen
Abultando ningún tomo.
Y si con brío galopa,
Es porque han dado las ocho,
Y á las nueve está citado
En el parador del Chorlo...,

Á dos tiros de Getafe,
Con Luis Charpa y Pepe Romo,
El marqués de la Colambre,
Y el duque de Zampabollos,
Para... catar seis pellejos
De aristocrático mosto,
Que al duque envían de Yepes,
Á cuenta, sus mayordomos.
Al almuerzo irán también,
Para hacerle más famoso,
El Badanas y El Chancleta,
Ex-picadores de toros;
Remellido, un matarife
Muy ducho en guisar mondongos;
Miss Porter, artista ecuestre;
Y la Grulla y Juan Rebollo,
Que han llegado en lo flamenco
Á subir al Capitolio;
Y se cantan y se bailan
Y se apipan por lo jondo.

III

Media noche era por filo
Cuando volvió á Madrid Tono,
Cambió en el Veloz de traje,
Y se fué á cenar á Fornos.
Allí, en dulce compañía
Y en fraternal monipodio,
Con sus buenos compañeros
(Cuál más, cuál menos beodos),

Se entrega á la muy cristiana
Labor de arañar al prójimo.

. . . . . .

¡Qué lenguas! Digo, ¡qué vinos
Los de aquellos tonti-locos!
¡Qué labios, que enturbia el vicio
Antes que los cubra el bozo!
¡Qué palabrotas, qué chistes,
Qué estupidez, y qué modos!

. . . . . .

Al ver cómo de sus bocas
Salen manchados y rotos,
Ó los nombres más ilustres,
Ó los hechos más heróicos,
Cómo ni virtud, ni mérito,
Ni dignidad, ni decoro,
Ni la vejez y sus fueros,
Ni aun el perfume oloroso
De la niñez, salen libres
De sus inmundos coloquios,
Diríase que estos niños
En rumbo y prez tan notorios,
Se han engendrado en presidio,
Se han criado en el arroyo,
Ó que una madre inclemente
Les dió, en vez de mieles, lodo.

IV

¡Desde la fonda á la timba,
Que se alza en salón lujoso,

Como altar que el vicio erige
Á su único Dios el oro!...
Tapices que ilustró el arte
Al precio de mil despojos...
Muebles que royó la usura
Del prestamista insidioso...
Alfombras que ahogan el ruido,
Luz discreta, rumor bronco
Sin ninguna nota alegre,
Sin timbre alguno sonoro;
Que allí, por excepción rara,
Todos se muestran muy sobrios
De bullicios y algaradas
Que turben la paz del solio
Donde el azar dicta leyes
Á sus súbditos medrosos.
Son de ver aquellas caras
En que, con los mismos tonos,
Trazó en cien noches la orgía
Surcos indelebles y hondos;
Aquellos labios sin sangre
Que muerde el despecho sordo;
Aquellas torpes sonrisas
Que á nadie engañan, y el plomo
De aquella asfixiante atmósfera
De humo, de gas y de polvo,
En que el pulmón se aniquila,
Salta el corazón á trozos,
La cabeza se confunde
Y el alma se da al demonio.

V

El que gana no se ríe;
Compone el que pierde el rostro;
Estos juran entre dientes
Y echan lumbre por los ojos;
Aquéllos, á la sordina,
Tormentos se dan rabiosos...
Y las nacaradas fichas,
Al canturreo monótono
De ¡Baccarat! ¡Pierdo!... ¡Gano!...
¡Hagan el juego!... ¡siete!... ¡ocho!..
En silenciosa cadencia
Van pasando de uno en otro.

. . . . . .

Ya raya el sol..., á despecho
De las persianas y toldos,
En alegres cintas quiebra
Del gas el brillo incoloro;
Ya luce el sol..., y al trabajo,
Y á la oración, bondadoso,
Con su dulce luz convida
Á cuanto de él vive en torno...;
Pero, en vano..., embrutecidos...
De la embriaguez al rescoldo,
Que ya no encandila el viento
De sus fementidos logros,
Sin alientos, sin palabras,
Duermen sus vergüenzas Tono
Y sus cuatro ó cinco amigos,

Que hasta el tugurio más próximo,
Cuando del Club la inmundicia
Vengan á barrer los mozos,
Se harán llevar como fardos,
Para poner así el colmo
Á tan ejemplar jornada
Y á día tan venturoso.

DON JOSÉ ALCALÁ GALIANO

(Conde de Torrijos).

EL TITÁN

Oculto entre las olas del hondo mar bullente,
Del caudaloso río, de la sonora fuente,
Del prisionero lago sobre el cristal azul,
Un invisible genio sus formas escondía,
Y sueño de cien siglos su espíritu dormía,
Del agua transparente bajo el rizado tul. [ma,
Un hombre, á los conjuros de la potente lla-
Hervir hace las ondas, el líquido se inflama,
Que aprisionado gime con loca ebullición,
Y el genio que dormía despiértase pujante,
Sacude con esfuerzo sus alas de gigante,
Humilde á la imperiosa genial evocación.
No era la ninfa leve, ni la flotante ondina,
Ni náyade del río rasgando la neblina,
Ni la voraz sirena del proceloso mar.
Era el Titán oculto del líquido palacio,
Que al despertar del sueño voló por el espacio,
Dejando leve estela de nubes al flotar.

Era el Vapor, fantasma de blanca vestidura,
Que indómito, rugiente, rompió la ligadura,
Mostrando la pujanza de su incansable hervor;
Era el secreto agente cuyo poder fecundo
Venía á hacer al hombre dominador del mundo,
Y de las fuerzas todas despótico señor.
En la prisión angosta de circular caldera
Ruge el vapor sintiendo de la voraz hoguera
La llama que sus ondas le obliga á dilatar;
La válvula, cerrando su llave, le detiene,
Y el hierro, que oprimidos sus átomos contiene,
Vacila cual si fuesen sus muros á estallar.
Herido por la mano del fuego que le azota,
Retuércese, sus fuerzas desesperado agota,
Y logra al fin los muros de su prisión romper;
Mas al romper su cárcel para buscar el [viento,
Engendra inagotable raudal de movimiento
Con el atroz empuje de su brutal poder.
La gran naturaleza se humilla ante su plan-
Sométese la tierra mirando cuál levanta [ta,
Las moles que sujetas á su atracción están.
El rompe de la inercia los opresores lazos,
Las fuerzas subyugadas se rinden á sus brazos,
Y sólo de los hombres esclavo es el Titán.
Miradle cuál impele la audaz locomotora,
Que el tiempo y el espacio frenética devora,
Con fuego en las entrañas, con alas en los pies;
Que corre desbocada, que vuela, baja, sube,
Lanzando con su aliento festón de blanca nube,
Penacho que en el cielo se perderá después.
Cruza los anchos ríos, las cumbres de la sierra,

Las fértiles llanuras donde la curva tierra
No estorba de sus pasos el ímpetu veloz.
De látigo le sirve la abrasadora lumbre,
Arrastra de las moles la enorme pesadumbre,
Y el horizonte llena con su potente voz.
Los pueblos y naciones á atravesar se lanza,
Y al tiempo fugitivo con su carrera alcanza;
No hay vuelo que supere su loca rapidez;
Enlaza en los carriles los pueblos más lejanos,
Abate las fronteras, los hombres hace her-
[manos,
Y achica del planeta la vasta redondez.
Ved al gigante encima del líquido elemento
Romper las verdes olas, desafiar al viento,
Burlarse de las iras del rápido huracán,
Y dentro de la nave, bajo el timón profundo,
Trazando el derrotero para cruzar el mundo,
Las hélices moviendo del férreo leviatán.
Subido en la columna de la alta chimenea,
La fábrica domina, su pabellón ondea,
Ligero pregonando su triunfo y su poder.
Su colosal martillo sobre el herido yunque,
No hay maza que no aplaste, ni mole que no
[trunque,
Ni resistencia inerte que no logre vencer.
De las dentadas ruedas moviendo el engrana-
Les presta su pujanza, su férvido coraje, [je,
Y es del taller el alma y el genio protector;
Gigante que al enano le viene á dar su ayu-
Redobla sus alientos é infatigable suda [da,
Para evitar que el hombre derrame su sudor.
De las telas él teje las mágicas urdimbres,

Retuerce los metales como ligeros mimbres,
Sierra el robusto tronco del árbol colosal;
Del fondo de las minas hace surgir el oro,
Las barras, en la ceca, convierte en un tesoro,
Simbólicos troqueles grabando en el metal.
Mueve el cilindro sabio de la divina prensa
Que esparce la palabra de cuanto el hombre [piensa,
De la Zelandia fría al ártico Spizberg; [fica,
Y allí, sobre los moldes que el verbo santi-
Y entre el vapor que raudo sus copias multi- [plica,
Se abrazan los espíritus de Watt y Gutemberg.
Mortales, que mil templos magníficos alzás- [teis,
Y allí divinizadas cuál genios adorásteis
Á las ocultas fuerzas que vida al orbe dan;
Vosotros, que forjásteis los ídolos deformes,
Y al Dios Naturaleza, con símbolos informes,
Dísteis el vano culto del invisible Pan; [res;
Que á Ceres, ó la Tierra, pusísteis en alta-
Que hicísteis á Neptuno monarca de los mares;
Á Eolo, de los vientos omnipotente rey; [no,
Que al fuego consagrásteis el culto de Vulca-
Que á Júpiter hicísteis el numen soberano
Del éter del Olimpo y de la humana grey:
Alzad un templo de oro á la vital potencia
Del genio que del agua la cristalina esencia
Convierte en fuerzas vivas al beso del calor;
Por él llegarán días en que la especie humana,
Sin doblegar su cuerpo, del mundo soberana,
Trabaje sin la frente bañada en el sudor.

Por él el buey tardío sacudirá su yugo,
Y el hombre ya, dejando de ser atroz verdugo,
No rasgará sus carnes con aguijón cruel, [ta,
Ni el látigo punzante, que infama cuando azo-
Será el motor acerbo con que el vigor se agota,
Y el poderoso aliento del rápido corcel.
Él solo devorando los tiempos y distancias
Disipará en su vuelo las torpes ignorancias,
Llevando la riqueza, la ciencia y la virtud;
Por él sobre los mundos habrá una patria sola,
Pues de la paz bendita los lábaros tremola,
Y del trabajo mata la dura esclavitud.
Titán, que con tus alas el universo llenas,
Y más que Prometeo tú mismo te encadenas
Para que el hombre alcance gloriosa reden-
[ción;
Bendita tu pujanza, que alivio le procura,
Y hace más leve el yugo de la sentencia dura
Que doblegó su frente como una maldición.

LA PROVIDENCIA

—Cuatro velas de cera te prometo
Si me sale con bien este negocio.
—Á ayunar medio mes me comprometo
Como logre engañar á mi consocio.
—Una misa te ofrezco porque llueva.
—Porque haga sol ofrézcote una misa.
—Necesito, Señor, levita nueva.
—Señor, Señor, que no tengo camisa.
—Señor, que se me alivie el mal de gota.

—Señor, haz que el ministro me coloque.
—Señor, que mi levita ya está rota.
—Señor, que ser soldado no me toque.
—Señor, que la cabeza no me duela.
—Señor, que al fin me elijan diputado.
—Señor, que estoy rabiando de una muela.
—Señor, dadme valor, que soy casado.
—Señor, no tengo pan y estoy cesante.
—Señor, que tengo frío, mas no capa.
—Señor, Señor, que vuelva ya mi amante.
—Señor, que Manolito se me escapa.
—Señor, que no me asalten los *ingleses*.
—Señor, al cielo llévate á mi suegra.
—Señor, piedad, que estoy de nueve meses.
—Señor, que al *ecarté* mi suerte es negra.
—Señor, que no lo sepa mi marido.
—Señor, una gran cruz.—Señor, la faja.
—Señor, Señor, que el plazo está vencido
Y no tengo dos céntimos en caja.

. . . . . .

Si debe soportar la Providencia
Esta santa oración de cada día,
Á costa del reposo y la paciencia
Lo que es yo Providencia no sería.
Pedir y más pedir, esto hace el hombre,
Llamar fe y esperanza á su egoísmo;
Sobre un altar divinizar un nombre
Y darse en realidad culto á sí mismo.
¡Cuántas gentes, oh humana impertinencia!
Ocupan en pedir sus santos ocios,
Y ven en lo que llaman Providencia
Sólo un eterno agente de negocios.

DON LUCIANO GARCÍA

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA

Rodeado de abismos y de torrentes,
Arrullado por vientos y tempestades,
Cual gigante de piedra de otras edades,
Cual glorioso caudillo de mil valientes,
Vigilante y altivo, como guerrero
Que guarda los tesoros de aquella Cueva,
Que guarda los destinos de un pueblo entero,
Sobre trono de rocas se alza el Auseva.
Auras de independencia su seno agitan,
Y al compás de los ecos de la Montaña,
Entre gritos de gloria, de fe palpitan
Los himnos religiosos de nuestra España.
El sol de las batallas quemó su frente,
Los vientos y huracanes cantan sus glorias,
Y los ecos repiten de gente en gente
Los cantos inmortales de sus victorias.
Espumoso torrente tiene á su planta,
Sobre el torrente tiene la augusta Cueva,
Y en la Cueva una imagen... la imagen santa
Que es la reina adorada del monte Auseva.

Á los pies de esa imagen, juntas rezaron
Las que fueron cristianas generaciones.
Sus penas y alegrías allí contaron
Y exhalaron sus quejas y sus canciones.
Cantaron las grandezas de nuestra España,
Lloraron las miserias que la devoran...
Y por eso los ecos de la Montaña
Al compás del torrente cantan y lloran.
Si buscáis maravillas, venid á verlas.
Venid á oir los ecos de sus canciones,
Que él tiene sus leyendas y tradiciones,
Como tienen los mares nidos de perlas.
A los pies de la Virgen, cuya hermosura
Ilumina al Auseva, viene el romero...
Vienen los hijos todos del pueblo ibero
Á contarle sus penas ó su ventura.
Á los pies de la Reina de las montañas
Dejan, como recuerdo de sus amores,
La clave de sus cantos, los trovadores,
Y el soldado el secreto de sus hazañas.
La doncella le cuenta sus pensamientos,
El que sufre, la historia de sus pesares,
El labrador las penas de sus hogares,
Y la madre el secreto de sus tormentos.
Y al postrarse en la Cueva santa de hinojos,
El corazón recobra la paz perdida
Y llanto de alegría vela los ojos
Al decir á la Virgen «¡Madre querida!»
Queréis saber su historia? Venid á verla,
Que ella encierra tesoros de poesía,
Como en humilde concha, guarda la perla
En sus negros abismos la mar bravía.

Venid á oir su historia. No la he inventado;
No la juzguéis, cual mía, ruda ó extraña.
La he aprendido á sus plantas. Me lo han con-
Los ecos y torrentes de la Montaña. [tado
¡Recuerdos bulliciosos de mis hogares,
Alegres romerías, Montaña santa,
Flores pobres y humildes, cual los cantares
Que brotan temblorosos de mi garganta,
Murmullos misteriosos de la espesura
Dad aroma á mis cantos, prestadme acentos
Para cantar las glorias y la hermosura
De la Virgen que adoran mis pensamientos.
«Por la florida Vega de los Pastores,
Cual reina fugitiva, pobre y hermosa
Pasó un día la Virgen, cogiendo flores
Con un niño en los brazos como una rosa.
Su presencia divina perfumó el viento;
Donde pisó su planta, flores brotaron;
Y al levantar los ojos al firmamento,
Hasta los mismos cielos se iluminaron.—
«¿Quién es ésta que viene? cantó la fuente.
¿Quién es esta que pasa? gimió la brisa.
¿Quién es ésta que llega, rugió el torrente,
É ilumina los cielos con su sonrisa?»
«Soy la Reina del cielo, contestó Ella,
Que el trono de mi gloria, quiero en España,
Desde hoy en adelante seré su Estrella.
Soy la Virgen querida de la Montaña».
Los bardos la llamaron sol de alegría,
Del mismo paraíso flor trasplantada.
Mis padres la dijeron «¡Santa María!»
Y el Auseva le dieron para morada.

De entonces fué el Auseva, faro esplendente,
Que guía los destinos del pueblo hispano,
Y el altar escogido, donde ferviente
Exhala sus plegarias el asturiano.
Si el eco prolongado de ronco trueno
Que llama la tormenta, se oye á deshora,
Y cual potro bravío que rompió el freno,
Adelanta la nube desoladora,
«¡Santa María!» claman atribulados
Los labriegos en torno de sus altares,
«¡Aleja la tormenta de los sembrados,
Aleja la miseria de los hogares!»
Si peligran las naves en que altanero
El hombre desafía los aquilones,
Luchando con las olas el marinero,
«¡Santa María, clama, no me abandones!»
Y el niño, cuando raya la luz del día,
Y el anciano que tiembla bajo los años,
Y el que llora tristezas y desengaños,
«¡Santa María!, claman, ¡Santa María!»
Que es su nombre bendito conjuro santo
Que apaga los bramidos de la tormenta,
Que seca los raudales de nuestro llanto
Y los tristes pesares del alma ahuyenta.
Á ofrecerle regalos van los pastores
Y las gentes humildes de las aldeas,
Porque es pobre y humilde como sus flores...
«¡Reina de la Montaña, bendita seas!
»En una humilde Cueva tienes tu trono.
»De par en par lo tienes, nunca se cierra
»Para el pobre y humilde, que en su abandono,
»No tiene más amparo sobre la tierra.

»¡De par en par lo tienes... Madre querida,
»Que se apaguen los cantos en mi garganta,
»Que rendido á tus plantas pierda la vida,
»Antes que ver cerrada tu Cueva santa!»

DON ANGEL MARÍA DACARRETE

—

Á TÍ

¡Triste, en la noche solitaria y fría
Entre sueños te llamo;
Triste, al brillar el trabajoso día
Le digo que te amo!
¡Tu seno implora mi abrasada frente
Que abaten los enojos;
Por tí preguntan con afán doliente
A cuanto ven mis ojos!
¡Tiendo los brazos al vapor liviano
De la niebla ligera,
Y busco entre las sombras con mi mano
Tu undosa cabellera!
¿Dónde estás? ¡Ven á mí! ¡Que otra vez suene
Tu palabra en mi oído!
¡Que este vacío de mi pecho llene
De tu pecho el latido!
¡De tu mirada con la luz tranquila
Serena mi alma loca,
Y el llanto que en mis párpados oscila
Enjuga con tu boca!

EN SIBERIA

Quanquam inter adversa
salva virtutis fama.
TÁCITO

I

Sólo contigo, y con tu Madre Santa,
Señor y Jesús mío,
Muevo al acaso la insegura planta
Por el páramo frío.
Cárcel mortal entre nevados cerros
Me dieron los tiranos
Porque osé quebrantar los viles hierros
Que arrastran mis hermanos.
A Tí, postrada la rodilla en tierra,
Se alzó mi alma contrita,
Y el grito dí de Libertad y Guerra
Que espanta al Moscovita.
Mas cayeron sus bárbaras legiones
Sobre mi patria hermosa,
Como tropel de tigres y leones
A quien el hambre acosa.
Hoces y arados en el yunque ardiente
Troqué en espada y lanza,
Pero en olas de sangre nuevamente
Se ahogó nuestra esperanza!

II

¡Ay Polonia infeliz! Sólo veo ahora
Por tus campos desiertos,
Cruzar la muchedumbre vencedora
Galopando entre muertos.
Mudo ya el bronce, y del feral combate
El vocerío inmenso,
Aún se oye el trueno del fusil que abate
Al mártir indefenso.
Al pie de los altares el Pagano
Á tus hijas agarra,
Las azota con látigo villano
Y sus lutos desgarra.
Arrodillado sobre escombros, ora
El anciano doliente,
Y, preguntando por sus padres, llora
El niño balbuciente!

III

¡Ay! que tanto dolor y la aspereza
De mi destierro impío,
No turben de mi alma la entereza,
¡No lo quieras, Dios mío!
Firme en tu fé y en el amor ardiente
De mi patria querida,
Acabe entre estos hielos tristemente
La miserable vida;

Mas no su amigo el Déspota me llame,
Mi cuello unciendo al yugo;
Apriételo más bien con cuerda infame
La mano del verdugo.
Y antes que manche del perjuro el yerro
Mi lengua que te invoca,
Dura tenaza de encendido hierro
La arranque de mi boca.

EN LA MUERTE DE LINCOLN

No sobre el campo del honor caído,
Ni de banderas bélicas cubierto
Dejó á ese cuerpo ensangrentado y yerto
Su espíritu inmortal nunca rendido.
Del lauro ya del vencedor ceñido,
La ambición y el rencor, en vil concierto
Con golpe aleve le postraron muerto,
La desgracia infamando del vencido.
Mas la mano del bárbaro homicida,
Nuevo triunfo á los triunfos eslabona
Con que ilustró su generosa vida;
¡Que llora el mundo su fatal partida,
Y brilla más que la imperial corona
La noble sangre de su frente herida!

DON SINESIO DELGADO

AMOROSAS

Que el demonio la tienta
Me dijo Amparo;
Y yo la dije: Niña,
¡Quién fuera el diablo!

—

Quisiera yo saber las tonterías
Que sueña Encarnación todos los días,
Porque hay seres sencillos
Que, al soñar, no se paran en pelillos.

—

He soñado, Matilde, que volvían
Las falanges aquellas
De siervos del Korán, que nos vencían,
Y que á tí te escogían
Para el tributo de las cien doncellas.
¡Y yo, que era soldado visigodo,
Me hartaba de reir, dormido y todo!

—

Me ciega la pasión de tal manera
Á solas encontrándome contigo

Que, si en mí consistiera,
Volvería á perder á España entera
Por la misma razón que don Rodrigo.

—

Si merece el fuego eterno
Quererte más de lo justo,
Vas á llenar el infierno
De personas de buen gusto.

—

El amor material es un pecado,
Pero nadie por él se ha condenado,
Pues queda el pecador arrepentido
En seguida de haberle cometido.

UN CUENTO

En derredor de la amplia chimenea
De colosal campana
Donde el tronco al arder chisporrotea,
Y en torno de una anciana
De negra toca y de cabellos blancos,
Se agrupan en el suelo y en los bancos
Casi todos los chicos de la aldea.
Fuera, entretanto, la tormenta estalla
Y parece que se hunde el firmamento.
Tiene miedo el concurso, pero calla
Porque le atrae el interés del cuento.
—El niño Manolín, dijo la abuela,
Según los que le vieron de chiquito,
Era un ángel de Dios; el más bonito
De todos los chiquillos de la escuela.

Por igual todo el pueblo le quería,
Ganábase cariño y simpatía
Con su atractivo solo,
Y por esto, la madre de Manolo
Calculad lo orgullosa que estaría.
Pues bien, este cariño
Que todo el mundo le tenía al niño
Excitó contra él la sorda rabia
De una bruja muy sabia
Que habitaba en el monte donde ahora
Ruge la tempestad atronadora.
Y la asquerosa vieja de dos siglos
Pensó el modo de hacer un atropello,
Porque brujas y duendes y vestiglos,
Por lo feos que son, odian lo bello.
Un noche como ésta
Escogió la malvada
Con la maldita escoba preparada
Para lograr su pretensión funesta,
Y el pobre Manolillo, que dormía
En su humilde cunita de madera,
Por los aires voló, sin que pudiera
Saberse nada de él al otro día.
Loca la madre de dolor, en vano
Le buscó por el monte y por el llano
Regando con su llanto los caminos
De los pueblos vecinos...
Tanto lloró y rezó, y era tan buena,
Que Dios, compadecido de su pena,
Se apareció una vez durante el sueño
Y la dijo:—No llores, Magdalena,
Las brujas se han llevado á tu pequeño,

Pero yo estoy contigo
Y anularé el poder de tu enemigo.
Y en brazos de un querube
Cabalgando veloz sobre una nube
Cruzó tierras extrañas,
Valles, ríos y mares y montañas,
Y en una noche lóbrega y sombría
Se encontró de repente
En un barranco inmundo y pestilente,
Del aquelarre en la infernal orgía.
Pidió fuerzas á Dios contra el hechizo,
Rompió la gran caldera en mil pedazos,
El concurso rugiendo se deshizo
Y quedó sola, con su niño en brazos.
Tornó á la aldea á pie; miles de miles
De leguas sin abrigo ni bagaje,
Marchitando sus gracias juveniles
En las fatigas de tan largo viaje.
Ansiosa de llegar, sin saber cuándo,
Pobre, hambrienta, aterida, fué cruzando
Grandes llanuras, cúspides enhiestas,
Alegre siempre con el hijo acuestas!...
Ya véis, pues, por la historia de Manolo,
Que el amor maternal es grande y solo:
Cualquiera madre idólatra ó cristiana,
¡Por sus hijos al diablo se resiste!
—Menos la mía, interrumpió á la anciana
Una niña muy pálida y muy triste.
—¿Qué dices, criatura?
—Sí, abuelita,
Que la mía... ¡qué había de hacer eso,
Si, siendo yo chiquita,

Me abandonó á la puerta de la ermita
Y no ha venido nunca á darme un beso!

EL CAMINO DEL CIELO

No se moleste usted, padre Gabino,
En dedicarme arengas y sermones...
Usted va con buen fin, pero yo opino
Que eso es gastar el tiempo y los pulmones.
«El sendero del bien es muy estrecho,
Lleno de matorrales,
De obstáculos enormes, colosales,
Donde espíritus firmes se han deshecho.
La senda del pecado no es lo mismo.
Ancha, florida, alegre á todas horas,
Oculta los horrores del abismo
Con velos de ilusiones tentadoras.
¡Por eso rara vez por la torcida
Vía de la virtud vemos que avanza
Un alma acongojada y dolorida
Á quien sostiene sólo la esperanza;
Y en cambio en el camino del infierno
Se apiña multitud pecaminosa
Que va arrastrada hacia el suplicio eterno
Por la apariencia aleve y engañosa!»
Eso me dice usted, padre Gabino,
Sin creer que me dice un desatino.
Ustedes, sacerdotes virtuosos,
Los que respetan su misión sagrada,
Que aunque saben que hay diablos asquerosos
De todo lo demás no saben nada,

Suponen que esa vida licenciosa
Es una infame pero alegre vida,
Puesto que siendo fruta prohibida
Debe de ser sabrosa.
Y dicen á los fieles: «En el vicio
Hallaréis los placeres, pero abajo
Esperan las calderas del suplicio.
El practicar el bien cuesta trabajo,
Pero luego se encuentra el beneficio.»
¡Error tremendo, padre! Usted ignora,
Porque no lo ha probado todavía,
Que un pecadillo leve de una hora
Produce un amargor que dura un día.
Y un bien que se ha prestado ó recibido,
Una acción meritoria
Deja en un corazón encallecido
Esa dulce emoción que sabe á gloria.
Causa el mal desventuras ignoradas
Que atroz remordimiento hace secretas,
Y siempre las pasiones desbordadas
Dan mayores disgustos que sujetas.
¿Y la tranquilidad del hombre honrado
Que es el supremo goce?
¿Y el desprecio hacia el tonto encanallado
Que quiere ser feliz y es desgraciado
Negando una virtud que no conoce?
¿Y el derecho á reirse del destino
Y á encontrar en las penas un consuelo
Que arranca las espinas del camino?
¡Cállese usted, por Dios, padre Gabino!
¡Si eso es mejor que el cielo, con ser cielo!

DON EUGENIO SELLÉS

SERENATA

Cuando la noche en sombras al mundo deja
Y los ojos que celan duermen en calma,
Con la voz de mi lira llamo á tu reja,
Con la voz de mis penas llamo á tu alma.
Si despierta tus sueños angelicales
El rumor misterioso de tus cristales,
Abre, niña, y no temas á las visiones
Que el miedo por las sombras tristes derrama;
Es el amor que vuela por tus balcones;
¡Soy yo quien llama!
¡Quién tuviera la magia con que mi trova
Taladrando los muros llega á tu alcoba!
¡Quién el rayo de luna que va á tu lecho
Y al besarte los ojos te los desvela,
Cuando al pié de tu casa, siempre en acecho,
Soy yo quien vela!
Abre, y perder no temas tus sueños bellos,
Que es el amor que traigo más dulce que ellos.
Y deja que yo olvide la luz odiosa
En tu ardiente pupila, de mi alma dueña,

Que dormido en tu seno de nieve y rosa,
¡Soy yo quien sueña!
Mas si húmedos encuentras por la mañana
Los enredados hierros de tu ventana,
No es que en ellos sus perlas posó el rocío;
Es que te acusa el llanto de quien te adora;
Es que al partir sin verte, consuelo mío,
¡Soy yo quien llora!
Que cuando al mundo en sombras la noche [deja,
Y los ojos que celan duermen en calma,
Con la voz de mi lira llamo á tu reja,
Con la voz de mis penas llamo á tu alma.

DON MIGUEL DE UNAMUNO

MEMNÓN

Dormitando su vida el cocodrilo,
Bebe sangre del sol en la ribera,
Mientras toma el beduino de cantera
La esfinge que en la arena halló su asilo.
Duerme la historia junto al sacro Nilo,
Con el alma en granito prisionera,
Y en el pétreo Memnón el fallo espera,
Mirando al cielo con mirar tranquilo.
Mas cuando allá, del alba, en el Oriente,
Rompe la luz en flujo caudaloso,
Inundando en vivífico torrente
El seno del pasado tenebroso,
Toma de éste la voz, y en himno hirviente,
Leve oración al Sol reza el coloso.

FORTALEZA

Si aspiras, como dices, á ser fuerte,
No busques la engañosa fortaleza

De quien viril juzgando la dureza
Labra la ruina de su propia suerte.
  Escucha al corazón que fiel te advierte
Que lo que no es amor sólo es flaqueza,
Y el único el amor que con firmeza
Da vida y vence á la implacable muerte.
  Los débiles forjaron la patraña
De que no obras de amor, obras de ira
Todo progreso cual cimiento entraña;
  Mas en vano la mente con mentira
La luz del corazón cuida que empaña,
Que al fuerte siempre la piedad le inspira.

PIEDAD

  Busca de tu alma la raíz divina,
Lo que á tu hermano te une y asemeja,
Y del puro querer que te aconseja
Aprende fiel la santa disciplina.
  Oye á tu humanidad que te adoctrina;
«Todos soy yo; en mi alma se refleja
Todo placer y toda humana queja»
Y de falso vigor, fuerte, abomina.
  Rompe del egoísmo el fatal sino,
La costra que tupida te sofoca,
Liberta al Hombre de tu yo mezquino,
  Descubre de tu espíritu la roca,
Y la piedad de manantial divino
En corriente fluirá que no se apoca.

AL SUEÑO

¡Dueño amoroso y fuerte,
En los reveses de la ciega suerte
Y en los combates del amor abrigo,
Del albedrío dueño,
Del alma enferma cariñoso amigo,
Fiel y discreto sueño!
Eres tú de la paz eterna y honda
Del último reposo,
El apóstol errante y misterioso
Que en torno nuestro ronda,
Y que nos vierte al alma
Cuando luchando por vivir padece
La dulce y santa calma
Que á la par que la aquieta la enardece.
Al débil das escudo
Robusto y bien ceñido,
Para el combate rudo,
¡El escudo compacto del olvido!
Fortificas al fuerte
Dando á su vida fuerzas de la muerte.
Tú con tierno cariño
Nos meces en tu seno
Como la madre al niño,
Cantándonos canciones
Con suave ritmo de caricias lleno;
Y cuando llega tu hora,
Jadeantes se tienden las pasiones
A dormir á tu sombra bienhechora.

En tu divina escuela,
Neta y desnuda y sin extraño adorno,
La verdad se revela,
Paz difundiendo en torno.
Al oscuro calor de tu regazo,
Contenta y recogida,
Como el ave en sù nido,
Libre de ajeno lazo,
Desnuda alienta la callada vida,
Acurrucada en recatado olvido,
Lejos del mundo, de la luz y el ruido;
Lejos de su tumulto
Que poco á poco el alma nos agota,
En el rincón oculto
En que la fuente de la calma brota.
De tu apartado hogar en el asilo,
Como una madre tierna
De su pecho tranquilo
Da al hijo dulce leche nutritiva,
Tú nos das la verdad eterna y viva
Que nos sostiene el alma,
La alta verdad augusta,
La fuente de la calma
Que nos consuela de la adversa suerte,
La fé viva y robusta
De que vive la vida de la muerte.
Cuando al que sirve sin rencor ni dolo
Del ideal en el combate duro,
Puesta la vista en el confín futuro
Á la verdad tan sólo,
Le dejan sólo en la tenaz porfía,
Tú no le dejas;

Tú le sirves de atenta compañía,
Tú con voz silenciosa le aconsejas,
Y en horas de tristeza
Le das tu soledad de fortaleza.
  Cual se lanzan ruidosos los torrentes
De escarpadas montañas
Por abruptas vertientes,
Á descansar del lago en las entrañas
Donde en mullido lecho
Los despojos que arrastran de deshecho
Son de vidas innúmeras la cuna,
Así nuestras pasiones
Arrastran á tu lecho, sueño manso,
Perdidas ilusiones,
Que á favor del remanso,
Entretejen en tí una isla vaga
Isla de libertad y de descanso,
Retiro de la maga
Soberana señora, fantasía,
Que da cuerpo y figura
Á cuanto el pecho ansía,
Sacando de tu hondura
En la dulce visión sin consistencia,
Consuelo de la mísera existencia.
Eres el lago silencioso y hondo
De reposada orilla,
El lago en cuyo fondo
Descansa del desgaste el sedimento,
Donde toda mancilla
Se purga á curso lento,
Y en que por magia de sutil mudanza
Se convierte en recuerdo la esperanza.

Cuando se acuesta el sol en el ocaso,
Deja tras su carrera,
Vibrando luminoso en la alta esfera
El áureo polvo de su augusto paso,
Polvo que lento posa
En las faldas oscuras
De la noche callada y tenebrosa;
Y allá, por las alturas
Del infinito abriéndose encendida,
La creación augusta se revela
En campo sin medida
Que el sol engañador de día cela,
Al mostrarnos cual sólida techumbre
Que á nuestro mundo encierra
El insondable mar del firmamento
En que esta pobre tierra
Se pierde en la infinita muchedumbre
De los mundos sin cuento.
Al disiparse así en tu regazo
El sol de la vigilia engañadora
¡Oh sueño! ¡mar sin fondo y sin orilla!
mundos sin cuento surgen de tu seno,
En que palpita y brilla
La creación del alma soñadora,
En campo tan sereno
Cual el del cielo en noche recogida
Que á la oración convida;
Y brotan á lo lejos
De remotas estrellas ideales
Los pálidos reflejos,
Envolviéndose en magia soberana
El fondo eterno de la vida humana.

¡Dueño amoroso y fuerte,
En los reveses de la ciega suerte,
Y en los combates del amor abrigo,
Del albedrío dueño,
Del alma enferma cariñoso amigo,
Fiel y discreto sueño!
Acógenos benigno entre tus brazos,
Rompe con puño fuerte
Del sentido los lazos,
¡Apóstol de la muerte!
¡Pon tu mano intangible y redentora,
Sobre el pecho que llora,
Y danos á beber en tu bebida
Remedio contra el sueño de la vida!

DON EMILIO FERRARI

DEL CUADRO HISTÓRICO

DOS CETROS Y DOS ALMAS

Regocijos populares,
Fiestas múltiples y varias,
Cabalgatas y yantares,
Músicas, farsas, juglares,
Enanos y luminarias,
Están sin interrupción
Juntamente festejando
La doble feliz unión
De Isabel y de Fernando,
De Castilla y de Aragón.
Y ya en su regia morada
Solemne y públicamente
La boda, al fin, celebrada,
Y en la ciudad proclamada
Por heraldos á la gente,
Los novios al cuarto día
Salen, entre el pueblo entero,
Con gala y trompetería,

Á misa á Santa María
De las casas de Vivero.
  Verde enramada frondosa
La calle entolda y abruma,
Y la carrera anchurosa
Tapiza al par que perfuma
Juncia fresca y olorosa.
  Bajo un sol que oro destella,
Bullendo en ambos pretiles
La multitud se atropella,
Y en vano pugnan con ella
Maceros y ministriles.
  Todo es lujo y galanura;
No hay portada sin templete,
Ni enrejado sin verdura,
Ni balcón sin colgadura,
Ni palo sin gallardete.
  Ya pífanos y tambores
Anuncian de cerca el paso,
Y ya de los miradores
Llueven el trigo y las flores
Sobre las vestes de raso.
  Abriendo calle á empujones
En las turbas que resisten,
Vienen cuarenta peones,
Y reyes de armas que visten
Dalmáticas con blasones.
  Siguen cabildo y concejo,
Y en pos, al estilo añejo,
Botargas y mamarrachos
Sacudiendo á los muchachos
Con pelotas de pellejo.

Pasan en fila, ordenadas,
Con estandartes y guías
Las parroquias agremiadas
Y en yeguas empenachadas
Timbales y chirimías;
Suena una marcha triunfal,
Y viendo llegar enfrente
La comitiva nupcial,
Atruena el aire la gente
Con un «¡vítor!» general.
Sobre un pisador que un paje
Conduce por el rendaje
Y chispas del suelo arranca,
Mojando en espuma blanca
Los frenos y el atalaje,
Va la princesa, algo erguida
Sobre el estribo de acero,
La diestra mano en la brida,
Y la garnacha cogida
Contra el arzón delantero.
Lleva un brial con armiño
Y randas de oro y velludo,
Y un afollado corpiño
Que encuadra el seno desnudo,
Con un collar y un brinquiño.
Sobre la frente, las blondas
En que la toca remata,
Flotando en ligeras ondas,
Y en las muñecas redondas
Dobles ajorcas de plata.
Marcha el príncipe á su lado
Con calzas de grana fina,

Jubón verde acuchillado
Y un rico sayo adornado
De pieles de cebellina.
  La brisa, que á cada instante
Los crespos rizos enreda
De su cabello abundante,
Mueve la pluma ondulante
De su birrete de seda;
  Y mientras con una mano
Rige el potro jerezano
Que le bota en los arzones,
Va con otra, cortesano,
Saludando á los balcones.
  Tras los dos, en un tordillo
Cabalga Juan de Vivero,
Y en un rodado morcillo
Don Alfonso de Carrillo,
Gran prelado y caballero;
  Detrás van damas y gentes
De Castilla y de Aragón,
Con magníficos presentes
Y colores diferentes,
En ruidosa animación;
  Y al extremo, rezagados,
Escuderos y soldados
Que del pueblo en la ola viva
Se abren paso acelerados
Siguiendo á la comitiva.
  Tal á un sol casi de Estío
Que en yelmos y partesanas
Refleja como en un río,
Entre el rumor del gentío

Y el repicar de campanas,
  Va el cortejo caminando,
Valladolid recorriendo
Y hacia la iglesia avanzando,
En derredor levantando
Nube de polvo y estruendo.
  Y aquella cinta que crece,
Se separa y se acumula,
Bulle, oscila, resplandece,
Se desenrosca, se mece,
Relampaguea y ondula,
  Deslízase entre las ramas
De los arcos, y se quiebra
Sobre juncias y retamas,
Como una inmensa culebra
De refulgentes escamas.

Valladolid, robusta y espléndida corona
Que de Castilla ciñes la poderosa sien;
Hidalga tierra de héroes, escultural matrona
De cien ingenios madre, nodriza de otros cien;
  Recinto que las artes bordaron de bellezas,
Sus inmortales obras sembrando aquí y allá,
Romántico tesoro de históricas grandezas,
Archivo de recuerdos en que tu gloria está;
  Tú, cuyo suelo abonan las ínclitas cenizas
De sabios y prelados insignes en virtud;
En cuyo campo abriéranse las empeñadas lizas
Que de la Edad de hierro cantó el viril laúd;
  Tú, donde los Concilios y Cortes se juntaron,
Cuyo fulgor glorioso brillar aún hoy se ve,

Y donde, entre los doctos varones, se forjaron
Los códigos del pueblo, los dogmas de la fe;
Tú, en cuyo noble seno socorro halló y fortuna
La generosa causa que en Villalar cayó,
Cuyo cadalso viera la sangre del de Luna,
Y en cuyos calabozos preso Fray Luis gimió;
Tú, en cuyos viejos templos fulgura y centellea
De artistas inmortales la inspiración vivaz,
Y en cuyas anchas plazas no hay piedra que no sea
Testigo de un suceso, despojo de una edad;
Tú, en que autos hubo y fiestas, en que se hicie-
[ron leyes,
En que otorgó el gran Carlos su carta de perdón,
Donde brillaron santos, donde nacieron reyes,
Donde escribió Cervantes, donde murió Colón;
Tú, entre fecundos lauros y vividoras palmas,
Las venturosas bodas debías proteger
En que por siempre uniéronse *dos cetros y dos almas*
Y con que al fin España, España empezó á ser.

ASPIRACIÓN

¿Qué extraño secreto de amor sin fortuna
Somete al encanto sutil de la luna
El alma soberbia y adusta del mar?
¿Por qué éste á su influjo retírase ó crece,
Tan pronto en inmóvil sopor desfallece,
Como álzase airado, la costa á turbar?
Dormita, mediada la noche de invierno,
Su roca en los hombros, el sísifo eterno,
Rendido á la estéril, continua labor;

Tal vez con el cielo soñando en bonanza,
Cual sueña con todo lo que es esperanza
Cuanto es aquí abajo combate y dolor.
Completa es su calma; tan sólo un latido
De manso oleaje, con lánguido ruido
Columpia las aguas que vienen y van;
Y el uno pausado, y el otro uniforme,
Semejan resuello que el tórax enorme
Levanta ó deprime del viejo titán.
Es la hora inefable. La vida, al imperio
De un hondo deliquio, velada en misterio,
Se abisma en aquella total plenitud,
Oyendo en sí propia la voz infinita
Jamás á lenguaje ninguno transcrita
Con que habla en la noche la augusta quietud.
En este silencio que reina doquiera
Hay algo como ansia ó anhelo de espera,
Como una difusa febril lucidez;
Parece en las sombras flotar un secreto
Que al cóncavo oído del antro discreto
El aire en voz baja susurra tal vez.
Entonces, cual torso de náyade que ágil
Del agua emergiera, su sábana frágil
Dejando tras ella volverse á cerrar,
Así hacia el obscuro cenit, poco á poco,
La curva de un disco de pálido foco
Remonta el espacio, saliendo del mar.
¿Es faro que playa remota ilumina?
¿Diadema arrancada de frente divina?
¿Custodia de plata con hostia de luz?
Allá cuando á ocaso tocando enrojece
Cabeza segada del tronco parece

gota de sangre llorada en la Cruz.
Es ella, es la luna; la virgen que en vela
Mantiene un cuidado tenaz que revela
Su rostro á que roba la anemia el color.
Sin duda en amores su pena consiste:
¿Cuál es lo que á un alma tan sola y tan triste
Tuviera en los cielos no siendo el amor?
La luna, la muerta que vaga insepulta
Durante las noches, buscando la oculta
Mansión de un sepulcro cerrado tiempo há,
La pálida Ofelia de angustia demente,
La insomne Julieta que está eternamente
Un bien aguardando que nunca vendrá.
Apenas el monstruo que el sueño esclaviza
La siente, despierta, rugiendo se eriza,
Sacude su espuma cual crín de león;
Sus bascas redobla, y al fin, delirante,
Se eleva queriendo besar el semblante
De aquella adorada, celeste visión.
¡Cuán terca es su brega, su lucha cuán ruda!
¡La peña le estriba y el viento le ayuda!
¡Cómo unas sobre otras, hacina olas mil!
¡Cuál salta y se encorva, cuál pugna y jadea,
Vertiendo, al esfuerzo, sudor que blanquea
La costa á lo largo del recio cantil!
Á veces, á modo de fiera en la brama
Que á gritos de lejos á la hembra reclama,
Su rastro olfateando del bosque á través,
Ya en tumbos desfoga su rabia impotente,
Ya hozando en la arena, fatídicamente
Gemir de congoja se le oye después.
Ó igual á monarca, fastuoso y liviano,

Que á precio de un reino, queriendo aunque en
De esquiva hermosura vencer el rigor, [vano,
En pródigo alarde despliega á sus ojos
Los ricos presentes que viene de hinojos
Á echar á sus plantas en prenda de amor.
Le viérais entonces verter de su falda
Corales y conchas; ceñirse en guirnalda
De helechos y fucos la espléndida sien;
Y abrir, á manera de oculto tesoro,
Los bancos de perlas, los médanos de oro
Que huella, á su paso, con regio desdén.
¡Mas todo es inútil! En vano dilata
Los húmedos labios, en vano á la ingrata,
Brillante quimera pretende alcanzar;
Allá, hacia poniente, su amada se aleja,
Y él, triste, en su cárcel de nuevo se deja
Caer, fatigado de tanto luchar.
Y así una vez y otra, sumiso al halago
Pendiente de influjo magnético y vago,
Se agita con ciego, furioso trajín,
Cautivo en cadena que arrastra invisible,
Sin que ¡ay! nunca logre su anhelo imposible,
Ni nunca, vencido, descanse por fin.
¡Oh imagen del ansia que llena la vida
Por íntima fuerza también sacudida,
También encerrada por linde fatal!
¿Quién, triste ó dichoso, ya en lucha, ya en calma,
No tiene un impulso del mar en el alma,
Y arriba, en los cielos, un astro idëal!

DON MANUEL DEL PALACIO

Á MI HIJA MARÍA

DEDICÁNDOLE, AÑOS HÁ, UN LIBRO DE VERSOS

Al pronunciar tu nombre, hija querida,
Puros están mis labios y mi alma,
Pasadas las tormentas de la vida
Miro ya al Cielo con serena calma.
De cuanto amé y creí con fe y empeño
Solo dos cosas en mi pecho abrigo:
Mi amor al bien, que fué mi primer sueño,
Mi amor á tí, que morirá contigo.
Rendido alguna vez, jamás postrado,
Crucé del mundo la escabrosa senda,
Alta la sien, el pensamiento honrado,
No dócil al error, y sí á la enmienda.
Nunca esperé ni aplauso ni memoria
Ni demandé favor á la fortuna,
Los pobres lauros que debí á la gloria
Todos los arrojé sobre tu cuna.
Si de la edad venciendo los agravios
Eres, cual ángel hoy, mujer un día,

Oirás, contada por ajenos labios
Una historia infeliz, esa es la mía.
  Aspirar á lo grande y ser pequeño,
Amar la libertad y no gozarla,
Tener tan solo la razón por dueño
Y al capricho del mundo encadenarla;
  Vivir sujeto al afrentoso lazo
Que teje á veces la maldad triunfante,
Y ver unidos en estrecho abrazo
El odio ruin y la ambición gigante.
  Tal fué mi vida, tal será la tuya,
Y ¡ay de tí si tu aliento desfallece!
Cuando mi noche terrenal concluya,
¡Cuando tu aurora celestial empiece!
  Verás con miedo como yo con ira
Tomar el vicio de virtud el nombre,
Aplaudir la verdad á la mentira,
Hacer el hombre su escabel del hombre.
  Verás de amor cubiertos con el velo
La torpe liviandad ó el vil amaño,
Herencia del dolor, el desconsuelo,
Herencia del placer, el desengaño.
  Si esto sucede, si la duda impía
Osa empañar tu corazón siquiera,
Abre este libro entonces, hija mía,
Donde cayó mi lágrima postrera.
  Ábrelo, sí, y al recorrer sus hojas
En que pintarte quiso mi deseo
De los muertos placeres las congojas
Y de la vida el loco devaneo,
  Piensa no existe entre sus hojas una
Que un consejo no guarde provechoso,

Y que es un buen consejo una fortuna
Que no suele tener el poderoso.
Piensa que con la fe todo se allana,
Que con la caridad todo se puede,
Que hay flor que al huracán resiste ufana
Y al blando soplo de la brisa cede.
Sentir, amar, creer; aquí se encierra
Todo el secreto de la humana vida;
Quien cumple esta misión sobre la tierra
Puede esperar en calma su partida.
Por eso yo con efusión te estrecho
Hija del alma, te coloco al lado,
Y me duermo tranquilo y satisfecho
Como el atleta de luchar cansado!

Á VICTOR HUGO

(Improvisado, al leer el telegrama que anunciaba su muerte, en casa de D. Ambrosio Montt.)

Con el siglo nació, y el siglo llena;
Los genios le arrullaron en su cuna,
Y esclava de su voz fué la tribuna,
Y sus héroes asombro de la escena.
Cuando su lira con amor resuena,
Más dulce que su lira no hay ninguna;
Cuando al poder maldice ó la fortuna,
Cual desbordado mar ruge y atruena.
¡Mártir y salvador, verdugo y reo,
Diéronle, para honrar su ejecutoria,
Tasso el laurel, la roca Prometeo:
Y del carro triunfal de la victoria
Cayó, tocando en tierra como Anteo
Para alzarse inmortal..... como su gloria!

JEREZ Y RHIN

Para curarme el esplín
Los tomo más de una vez:
¡Rico vino es el Jerez!
¡Buena bebida es el Rhin!
Los dos, usados con calma,
Dan, triunfando del dolor,
Al cuerpo nuevo vigor,
Nueva juventud al alma.
Y ambos, en igual porfía,
Después de darnos solaz,
Brindan al que duerme, paz,
Y al que trabaja, alegría.
Hay quien con mala intención
Ponerlos quisiera en guerra:
¿Por qué? cada uno en su tierra
Cumpla su grata misión.
Todo el que sabe beber
Sabe también, cuando menos,
Que mezclar dos vinos buenos
Es echarlos á perder.
Y nunca olvidarse debe,
Pues anda en libros escrito,
Que el vino más exquisito
Se enturbia cuando se mueve.
Queden, pues, quietos los dos,
Y pasada la embriaguez,
Bebamos Rhin y Jerez
En paz y en gracia de Dios!

MADRIGAL

Me miraste, alma mía,
Y fué tal mi alegría
Y es mi pasión tan loca,
Que sentir me parece todavía
El beso de tus ojos en mi boca!

EL FRAILE

MEDITACIÓN

En el ruinoso claustro bizantino
Iba á sentarme al declinar el día,
A pie cruzando el áspero camino
Que conduce del pueblo á la Abadía.
Todo allí soledad, todo misterio;
Del monte en el declive ameno valle,
Y vecino á la iglesia el cementerio,
De altos cipreses tras angosta calle.
Aquel antiguo claustro, aquella calma,
Aquel cielo tan puro y transparente,
Hablaban á mis ojos y á mi alma
De algo que no se explica y que se siente.
Alguna vez el eco repetido
Por la cintrada bóveda del coro
Traía murmurando hasta mi oído
El rezo triste y el cantar sonoro;
Y alguna vez también, pálido y mudo,
Un hombre, que un fantasma parecía,

Contestaba impasible á mi saludo,
Y del templo en la sombra se perdía.
¿Quién era? Al mundo y á la vida extraño,
Prófugo del hogar, de nombre incierto,
¿Qué crimen, qué dolor, qué desengaño
Lloraba en aquel árido desierto?
Bajo su tersa y despejada frente,
De su pupila azul en los fulgores,
Irradiaban los sueños de la mente,
Ricos de luz, de encanto y de colores.
¿Quién sabe si en la celda sumergido,
Cuando todo en silencio reposaba,
Con el orgullo de Luzbel caído,
Su túnica de Neso desgarraba?
¿Tal vez un mártir del amor sería,
Que al tibio rayo de la luna bella,
De su amada el espectro evocaría,
La fe negando á Dios que puso en ella?
¿Ó de oculto pesar víctima triste,
Acaso maldiciendo su destino,
De una felicidad que aquí no existe,
Buscaba en las tinieblas el camino?
No lo sé; de su imagen solitaria,
Siempre severa y misteriosa y fría,
Sólo el perfil recuerdo y la plegaria,
Que más se adivinaba que se oía:
Y tampoco olvidé que muchas veces,
Del sitio impresionado y del momento,
Al rumor de sus pasos y sus preces
Despertó mi dormido pensamiento...
Y pensé en mi interior:—Esa sentencia
Que el hombre sufre y que se impone él mismo,

¿Es ley á que obedece su conciencia,
Ó imposición fatal de su egoísmo?
¿Puede el humano ser, suprema hechura
De un divino Hacedor, fuente de vida,
Renunciando á su noble investidura,
Realizar los intentos del suicida?
No de estéril piedad, de amor fecundo
Se nutren los hambrientos corazones;
Y hacen más falta ejemplos en el mundo,
Que en el cielo cantares y oraciones.
Bálsamo del dolor es la esperanza,
Y, afirme cuanto quiera la pereza,
Del bien y la virtud en la balanza,
Pesa más el que instruye que el que reza.
Más alto que el incienso, cuya nube
Se borra condensada en el ambiente,
Hasta el trono inmortal vibrando sube
El suspiro del pobre y del doliente.
Corregir al iluso y al culpable,
Aliviar al enfermo y al cuitado,
Ese es el culto á Dios más agradable,
Ese el deber del justo y del honrado.
Fraile, no envidio tu serena calma;
Yo amo al par las espinas y las flores;
La vida es un combate, y de la palma
Nunca dignos serán los desertores.

EN EL ALBUM DE MARIA C. LARRAVIDE

El cisne que navega
Por el dormido lago;

El ruiseñor que entona
De noche su cantar;
La tórtola que gime
Cruzando el aire vago;
La estrella que aparece,
La brisa al susurrar,
  No tienen el aroma,
La luz, la poesía,
La gracia, la frescura,
La dulce languidez
Que el cielo ha derramado
Simpática María,
Sobre tus negros ojos
Y tu rosada tez.
  El lirio dió á tu aliento
Su embriagadora esencia;
La palma á tu cintura
Prestó la ondulación;
Y hay en tu risa el grato
Candor de la inocencia,
Junto al volcán interno
Que abrasa el corazón.
  Feliz una y mil veces
Aquel que logre un día
Los ojos en tí fijos
Y el alma fija en tí,
Decirte una palabra,
Una tan sólo:—¡mía!
Y en tus amables labios
Beber el dulce:—¡sí!

DON JUAN JOSÉ HERRANZ

(*Conde de Reparaz.*)

LAS CAMPANAS

Campanas de mi tierra, que repicando á vuelo
Giráis en alta torre de augusta catedral,
Os oye mi memoria sonando á dicha y duelo,
Con ecos de ternura, con frases de consuelo,
Sin voces terrenales, sin timbres de metal.
Tristezas y venturas, que están de mí lejanas,
Despiertan con el toque, se avivan con el són:
Ni el tiempo, ni el espacio, aquietan mis cam-
[panas,
Me suenan á ilusiones queridas y murcianas,
Vibrando al mismo tiempo que late el corazón.
El vago albor de oriente, la plena luz del día,
Las sombras de la tarde, la noche en lobreguez,
Son cantos de la torre que tienen su armonía,
Y quien oyó, de niño, tan ruda algarabía
Con dejos de nostalgia la escucha en la vejez.
El són que anuncia el alba, es una voz de
[alerta

Que da la torre amiga al pueblo labrador.
«Es hora del trabajo: escúchame y despierta:
El sol, fecundo en bienes se asoma ya á tu huerta;
Prepara los aperos y acude á tu labor »
Las doce: «En la barraca, tu gente espera
[unida,
Da tregua á tus afanes, más fuerte has de volver;
Sentado entre los tuyos bendice la comida;
Amor con pan es gloria: la mesa está servida
Con frutos que plantaste y viste florecer.»
El Angelus: «Descúbrete... ¿Rezaste? cuan-
[do quieras
Emprende ya el camino, al hombro el azadón,
Mirando al sol poniente detrás de las moreras,
Las uvas en las parras, los haces en las eras,
Y *ñoras* en festones y frutas en montón.»
Las Ánimas: «Cristiano, practica tu creencia:
Medita en los que fueron y nunca han de volver:
Ensalza á los que amándose te dieron la exis-
[tencia,
Y duérmete y descansa, sin sombras la con-
[ciencia
Del hombre del trabajo que cumple su deber.»
La *Nona* es la campana alegre y giratoria:
Sus sones tienen ecos de grito vencedor:
Se calla en el desastre y anuncia la victoria;
Se agita con el triunfo, se exalta con la gloria...
¡Qué muda está, qué triste, qué hundida en
[el dolor!
El toque lento y grave del campanón inerte,
Que toca á rogativa, retumba en la ciudad
Con timbre de tristeza y tono tal de muerte,

Que suena como aldaba, de golpe seco y fuerte,
Llamando en la ancha puerta de oscura eter-
[nidad.
En medio de memorias pasadas y distantes,
Las notas del revuelto repique general
Las oigo tan sonoras, las oigo tan vibrantes,
Que imitan á torrentes de perlas y diamantes,
Cayendo, en cataratas, en lagos de cristal.
Adoro las campanas que acuden con sus sones
A todo lo que inspiran la fe y la devoción,
Anudan voluntades, enlazan corazones,
Y evocan con sus cantos, los coros de oraciones,
Uniendo á un pueblo entero en una aspiración.
Repiquen las campanas que en ondas de
[ternura
Las preces de los hombres elevan al Señor,
Y mandan á la tierra consuelos de la altura,
Y tienen alabanzas, cantando la hermosura
De todas las grandezas que nacen del amor.

SONETO

De la misma montaña y de igual losa
Que talla el escultor, pica el cantero;
Este labra un humilde sumidero
Y hace aquél una estatua primorosa.
Una piedra se pisa, la baldosa,
Otra sube, en moldura, hasta un alero,
Esta marca un camino al pasajero,
Cubre aquélla al mortal en una fosa.

Al hombre, cuando nace á la existencia,
De la misma cantera y de igual tajo
Lo labran el honor, la fe y la ciencia.
Quien más subió y el que rodó más bajo
Son de origen igual: la diferencia
Está en la aplicación y en el trabajo.

SOLEDAD

En la margen del Segura,
Arrogante y altanera,
Sobre alfombra de verdura,
Se alza á perderse en la altura,
Una gigante palmera.
Ella se pinta en el río,
Desde más lejos que cuantas
Plantas contiene el plantío;
Y ella recibe el rocío
Antes que todas las plantas.
Hasta en el florido Mayo
Mira como de soslayo
Aquella vega viviente,
Porque ella tiene su frente
En las regiones del rayo.
Las aves, de un solo vuelo,
Nunca llegan á sus palmas;
Y ¿qué más? casi recelo
Que en ella duermen las almas
Que van de la tierra al cielo.

. . . . . .

. . . . . .

Mas la palmera altanera
Se está muriendo de hastío:
¡No ama, no teme, no espera!...
Que solo ve otra palmera
Cuando se mira en el río.

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

De la composición titulada LAS SIRENAS

Hay almas como la mía,
Que no aquejan pesadumbres,
Y pronto, si las aquejan,
Su grave peso sacuden.
Almas felices en todo,
Que sólo sus gustos cumplen
Siguiendo tantos placeres
Cuantos pesares rehuyen.
Almas en fin, que no hay pena
Que felizmente no endulcen,
Próximo mal que no espanten,
Lejano bien que no busquen;
Que siempre los serafines
Ven en los aires azules;
Junto á las verdades, sueños;
Entre las tinieblas, luces;
Flores sin fin en los llanos,
Fuentes y luz en las cumbres,
Y en los estanques sirenas,
Y sílfides en las nubes.

Dichosas almas que tienen
El delirar por costumbre,
Y siempre hermosas visiones
Con tierno afán las circuyen:
Que penetrando en el cielo,
Roban osadas su lumbre,
Y luego pintan el mundo
Con un color que seduce.
—¡Y á la verdad, es muy triste
Mirar con ojos comunes
Las ásperas realidades,
Sin los mágicos vislumbres
Con que las visten las almas,
Del cielo robando el lustre,
Porque esmaltadas, los rayos
De nuestros ojos no ofusquen!
¡Es triste dejar la senda
Que césped y flores cubren,
Para seguir un camino,
Que abrojos su paso obstruyen;
Y no que aunque al fin se acerquen,
Y la existencia aventuren,
Las almas como la mía
En alas de los querubes
Caminan al ¡ay! postrero
Por esas sendas ilustres
Que noblemente trazaron
Entre la tierra y las nubes!
Por eso junto á los mares,
Aunque fatídicos mugen,
Oigo un són como el del aire
Que entre los árboles fluye,

Y miro chocar las ondas
Que en su furor se destruyen.
Y las espumas que cuajan,
Y las riberas que cubren,
Todo por ver las sirenas;
Y ni en las aguas volubles,
Ni en los diamantes que arrojan,
Ni en la arena que sacuden,
Ni en las altísimas rocas
Donde su rabia destruyen,
Las llego á ver en mi anhelo,
Cantando con sus laúdes;
Pero las creo, aunque acaso
De su existencia se dude,
Porque en creerlas el alma
Con todos sus gustos cumple,
Y porque también he visto
Que las verdades sucumben
Ante el aspecto risueño
De unas mentiras tan dulces.
Por eso en los hondos valles
No hay muelle són que no escuche,
Delirio que no me halague,
Verdad que no me repugne
Ni oigo un ave que pintada
Quejas de amor no divulgue,
Cuando dulcísimas pueblan,
Cantando, los abedules.
Alegres nuevas me traen
Los pájaros transeuntes;
Me es plácida cualquier brisa,
Y cualquier aire perfume.

Y aunque estos y otros placeres
Loco tal vez me figure,
Las almas como la mía
Con solo soñarlos cumplen.

DOLORAS

—

VANIDAD DE LA HERMOSURA

Á OCTAVIA

Ni amor canto, ni hermosura,
Porque ésta es un vano aliño,
Y además
Aquél una sombra obscura.
—¿No es más que sombra el cariño?
—*Nada más.*
Esas flores con que ufana
Tu frente se diviniza,
Ya verás
Cual son ceniza mañana.
¿Nada más son que ceniza?
—*Nada más.*
Y en tu contento no escaso;
¿Qué dirás que es un contento,
Qué dirás?
—¿Nada más que viento acaso?
—¡Nada más, niña, que viento,
Nada más!
En la edad de las pasiones,
Á vueltas de mil enojos,
Hallarás

Aire, sombras é ilusiones:
¡Nada más, luz de mis ojos,
Nada más!...

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA

Agur, Irene: hasta cuándo,
No te lo podré decir;
Por Dios que, al verme llorando,
Ganas me dan de reir.
¡Quién creyera,
Flor de mi natal ribera,
Que si lloro á los dos pasos,
Me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
Que algún dia
Leí contigo una higiene
Que decía:
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.
Ya te escribiré, mi bien,
Cuantas penas me atormenten,
Aunque *á ojos que no ven*
Corazones que no sienten.
Qué infinito
Será tu amor... *por escrito!*
Mas dice Santo Tomás
Que *ver* y *creer*, no más.
Este refrán no te corra,

Advirtiendo,
Que *el tiempo todo lo borra*,
Y sabiendo
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.
«¡Qué yertas son las francesas!»
Te diré todos los días;
«¡Qué heladas!» si son inglesas,
Y si italianas, «¡qué frías!»
Y entre tanto
Mil y mil serán mi encanto.
¡Ay! cubren tanta ficción
Las alas del corazón!
Hermosa Irene, ten calma;
¿Por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
Pues no ignoras
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.
Parto por fin, ya amanece;
Adiós, alma de los dos,
Ruega á Dios que no tropiece
Por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro
Con la obstinación de un moro,
Tal vez me ablande mañana
El fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,

¡Ay! presumo
Que el amor de un *ido* ó un *muerto*
Siempre es humo:
Pues, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

HISTORIA DEL AMOR

I

DESEO

Román, tu ciencia es incierta,
Me ha dicho quien bien lo sabe
Que es la pureza una llave
Que abre del cielo la puerta.
Victoria, por Dios ahora
De la juventud gocemos,
Porque después que espiremos
Lo que ha de pasar se ignora.
—No gozo por no penar.
—Pues es igual, á mi ver,
Gozar para padecer,
Que padecer por gozar.
Si Dios nos cierra su gloria,
En el infierno algún día,
Será inmortal, alma mía,
De este placer la memoria.
Porque un recuerdo tan fuerte
De tan grande bienandanza

Traspasa, cual la esperanza,
Los límites de la muerte.
  Hoy mis deseos coronas
Del favor más soberano,
Con esta trémula mano
Que en tu embriaguez me abandonas.
  Deja que en ansia tan loca
Una mi frente á tu frente,
Porque me ahoga el ambiente
Que no perfuma tu boca.
  Pon, en tu blando extravío,
Para calmar mis antojos,
Tus ojos junto á mis ojos,
Tu corazón junto al mío.

II

PLACER

Es imposible, Victoria,
  Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
  De este momento.
No, quien dicha tan cumplida
  Á ver llegó,
Ni en la eternidad la olvida.
  —*¡Ay no! ¡Ay no!*
Mi ser de tu ser recibe
  Mutuos placeres,
Y pues uno en otro vive,
  Nuestros dos seres
En tan dulce parosismo

¿No es cierto, dí,
Que son partes de un ser mismo?
—*¡Ay sí! ¡Ay sí!*
Si cuestan horas serenas
Penas sin cuento,
Vale un infierno de penas
Este momento.
Dí si en tu virtud pasada
Tu alma encontró
Satisfacción más colmada,
—*¡Ay no! ¡Ay no!*
Modera tu ardor, querida,
Por un instante,
Que no hay deleite en la vida
Más adelante...
¡Victoria! — ¡Román! — La muerte
A mí — y á mí —
Hállenos ¡ay! de esta suerte.
—¡Ay! ¡sí!
¡Ay! ¡sí!...

III

HASTÍO

¡Pasó ¡La hiel de un repugnante hastío
Ya en tu indolencia paladeando vas:
Jamás mi fe te apagará, bien mío,
Ese rubor que devorando estás.
—¿Jamas?
—*¡Jamás!*

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
Do tu inocencia sepultando irás:
El placer es verdugo de sí mismo;
Jamás el gusto sin dolor verás.
—¿Jamás?
—¡*Jamás!*
¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento
Siendo ludibrio de tí misma estás:
Ya el puñal de un atroz remordimiento
¡Perdón! *Jamás* lejos de tí verás.
—¿Jamás?
¡*Jamás*, paloma sin candor, jamás!...

AMOR AL MAL

Por más que me avergüenza, y que lo lloro,
No te amé buena, y pérfida te adoro.

MAL DE AMOR

¡Ya no tengo esperanza
De que acabe jamás la pena mía,
Pues al perder en tí mi confianza
No he perdido el amor que te tenía!

LA NOCHE BUENA

Son hija y madre; y las dos
Con frío, con hambre y pena

Piden en la Noche Buena
Una limosna por Dios.
—Hoy los ángeles querrán—
La madre á su hija decía,
—Que comamos, hija mía,
Por ser Noche Buena, pan.
Y al anuncio de tal fiesta,
Abre la madre el regazo,
Y sobre él aquel pedazo
De sus entrañas acuesta.
Al pie de un farol sentada,
Pide por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
Mas ninguno le da nada.
La niña con triste acento
—Pero ¿y nuestro pan?—decía,
—Ya llega—le respondía
La madre... y ¡llegaba el viento!
Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,
La niña llora de frío,
La madre pide llorando!
Cuando, otra pobre como ella,
Una moneda le echó
Recordando que perdió,
Otra niña como aquélla.
—Ya nuestro pan ha venido —
Gritó la madre extasiada...
Mas la niña quedó echada,
Como un pájaro en su nido.
¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte;

Duerme; está helando y la muerte
Sólo es un sueño con frío!...
La toca. Al verla tan yerta,
Se alza; hacia la luz la atrae,
Se espanta, vacila... y cae
Á plomo la niña muerta.
¡Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta!...
Y en tanto un dichoso canta,
—Esta noche es Noche Buena.

UN CIELO EN EL INFIERNO

Quiero morir contigo, si el destino
Nos ha de conducir á aquel infierno,
En que unidos en rudo torbellino
Se dan *Paolo y Francesca* el beso eterno.

EL GRAN FESTIN

I

De un junco desprendido, á una corriente
Un gusano cayó;
Y una trucha, saltando de repente,
Voraz se lo tragó.
Un martín-pescador cogió á la trucha
Con carnívoro afán;
Y al pájaro después, tras fiera lucha,
Lo apresó un gavilán.

Vengando esta cruel carnicería,
Un diestro cazador
Dió un tiro al gavilán, que se comía
Al martín-pescador.
Pero ¡ay! al cazador desventurado
Que al gavilán hirió,
Por cazar sin licencia, y en vedado,
Un guarda lo mató.
A otros nuevos gusanos dará vida
Del muerto la hediondez,
Para volver la rueda concluída,
Á empezar otra vez.

II

¿Y el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos,
¿No han de tener más fin
Que el de ser comedores y comidos
Del universo en el atroz festín?...

CANTARES

Aún dí poco por tu amor,
Aunque por él dí, constante,
Veinte años por un instante,
La dicha por un favor.

—

Absorto en tí mi deseo,
Tan sólo en tu amor creí;
Pero ahora en nada creo,
Desde que no creo en tí.

Ir hacia Atocha la ví;
La seguí, miré, miró;
Y no *vine*, *ví* y *vencí;*
Yo vine, ví, y me venció.

—

Porque en dulce confianza
Contigo una vez hablé,
Toda la vida pasé
Hablando con mi esperanza.

HUMORADAS

Deja que mi ternura
Te cuente mis amores,
Porque soy, cuando miro tu hermosura,
Un árbol carcomido que echa flores.

—

Hay quien es, aunque alegre y casquivana,
Por cálculo más casta que Diana.

—

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
En parte terrenal y en parte santo:
Lo que no sé expresar cuando te canto:
Lo que yo sé sentir cuando te veo.

—

La conciencia, al final de nuestra vida,
Sólo es un laberinto sin salida.

—

Deja que miren mi vejez cansada
Esos ojos risueños,
Pues echa, sin quererlo, tu mirada
Un revoque al palacio de mis sueños.

Es mi fe tan cumplida
Que adoro á Dios aunque me dió la vida.

—

Como te amaba tanto,
El curso se torció de mi destino;
Pues iba para santo,
Y después que te ví, perdí el camino.

—

¡Cuántas horas felices y tranquilas
Pasará de tí enfrente,
El que pueda vivir eternamente
Asomado al balcón de tus pupilas!

—

Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto
Que ve en tu rostro el que á tu lado pasa
El manantial que Agar vió en el desierto
Cuando fué despedida de su casa.

—

No hay experiencia ni saber que impida
El tener desengaños,
Yo haré pronto cien años
Y no he hecho mas que errar toda mi vida.

—

Que no pidas, Manuela, te suplico,
A mi edad madrigales ni consejos,
Porque sé que detrás del abanico
Os burláis las mujeres de los viejos.

—

Su gracia de ángel pasará á la historia,
Pues al ver de su risa los fulgores,
La copian encantados los pintores
Para hacer las rompientes de la gloria.

DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

CARTA

á mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la Bibliotheca Græca de Fermín Didot.

Al fin llegaron... desde el turbio Sena
Que la varia y gentil ciudad divide,
Metrópoli lodosa de Juliano,
Hasta los montes de Cantabria invicta,
Ultimo escollo del poder latino!
¡Qué dicha, qué placer, cuánto tesoro!
¡Gracias, amigos! Ya mi estante oprimen
Volúmenes sin cuento: ¡qué delicia
Es recorrer sus animadas hojas!
¡Cómo á la mente atónita resurgen
Los inmortales de la edad helena!
¡Cómo habla la belleza en esos libros,
Llenando de deleites y memorias
El alma henchida de estupor sagrado!
Si el pagano escultor sintió animarse
La piedra que él en diosa transformara,
Y la sangre serpear entre las vetas
Del pario mármol, y espirar los ojos

Lumbre de vida, y rítmica palabra
De sus labios salir, y el pecho alzado
En onda de suspiros agitarse,
Y los brazos tenderle—¡insigne premio
Al vencedor artífice de Atenas!
Tal siento palpitar eterna vida
Entre las muertas hojas de esos libros,
Del tiempo y la barbarie vencedores,
Que hora vuestra amistad pone en mi mano.
  Ved... Homero está aquí... bélico estruendo
Del Escamando en las riberas suena;
Teucros y Dánaos, cual espesas moscas
En torno de la leche, la llanura
Invaden con sus carros: allí Aquiles,
El de los pies ligeros, raudo vuela,
Agitando fatídicos corceles.
Las troyanas esposas desde el muro
Con horror le contemplan: solo Héctor
Combatirá por el Ilión sagrado;
Miradle traspasar la puerta Scea;
Andrómaca, bañada en risa y lloro,
En brazos lleva al pequeñuelo infante,
A quien asusta el yelmo empenachado
De su padre feroz. ¡Ved cómo arroja
Fuego voraz á las aquivas naves!
¡Ved cómo estrecha el suplicante Príamo
Del ya piadoso Aquiles las rodillas,
Y cómo lleva á sus ancianos labios
La mano matadora de sus hijos!
  ¡Pues qué, si de la plácida *Odisea*
Vago feliz por los amenos bosques!...
Allí portentos de la docta Maga,

El Cíclope sin luz, y los verjeles
De Alcino, y de la gruta de Calipso
El umbroso frescor; allí la lucha
Del mañoso Ithacense con los vanos
De la casta Penélope amadores,
Que en balde el arco manejar querían,
Por la diestra fortísima doblado
Del hijo de Laertes! ¡Y qué escenas
De hospitalaria paz bajo los techos
Del viejo Nestor y del rey de Esparta!
¡Qué Helena tan gentil ya redimida!
¡Salve, padre inmortal, eterna fuente
De cuanto bello el arte ha concebido!
De tu sol un reflejo centellea
Del jonio mar en las risueñas ondas,
El mármol del Pentélico ilumina,
Resplandece en el ágora de Atenas,
Y el Cronios rey de tu cantar augusto
Á Fidias sirve de ejemplar sereno
Para labrar la olímpica cabeza.
¿Y quién agotará su cauce al río?
¿Quién podrá enumerar los que se alzaron
Líricos vates, del sagrado suelo
Bañado por las ondas de armonía,
Que de la voz de Homero se desatan,
Para fecundizar los campos griegos?
Apagadas cenizas sólo quedan
De la llama de Safo, ora á Afrodita
Quiera ablandar con métricos halagos,
Porque á sus brazos al infiel conduzca,
O ya en ardiente, voladora estrofa,
El fuego exhale que en sus venas corre,

Cuando contempla á aquel mortal dichoso,
A los eternos Dioses semejante,
Que mira frente á sí reir su amada,
Y dulcemente hablar. ¡Y cómo vuela
La oda triunfal de Píndaro, y corona
De lauro inmarcesible al noble púgil
Que huella invicto la palestra Eléa,
Entre el polvo de férvidas cuadrigas
Y los aplausos de la doria plebe,
Infundiendo las Gracias de Orcomeno
A sus miembros vigor y gallardía!
Y no de ungido luchador tan sólo
La gloria canta, más de su linaje
Y su pueblo también: que la oda inmensa
En hilo de oro engarza tierra y cielo,
Vuela del agua al sol, del sol á Jove,
Y oráculo de pueblos y Sibila,
De la justicia y sobriedad las leyes
Grata pronuncia en vividores versos.
¡Venid á mí, despedazados torsos
De estatuas inmortales: rotos himnos
De Alcéo, de Stesícoro y Simónides,
Donde aún alienta el genio en cada sílaba!
Dísticos vengadores de Tirteo,
Que del duro Lacón el pecho inflaman
En la feroz Mesénica contienda!
Y templen tal horror con dulce halago,
El himno de Baquílides suavísimo,
O la voz grave del anciano Ascréo,
O el canto pastoril siracusano,
O un enjambre de abejas, desprendidas
De la hiblea antológica colmena.

Mas ya al corvo teatro resonante
Me parece asistir: encadenado
Miro al Titán filántropo en la roca,
Su cólera exhalando contra Zeus
En impotentes voces, mientras Io
Mísera vaga por la ardiente arena,
Y el coro de las Ninfas Oceánidas
Á tan recio dolor no halla consuelo.
Ved: bañado está en sangre el de Micenas
Alcázar opulento: de Casandra
La fatídica voz alzarse escucho;
Sigo temblando al parricida Orestes,
Cuando aún la sangre cálida gotea
De su madre infeliz: y las Euménides
No abandonan su umbral, siempre entonando
El coro vengador: él, perseguido
Por los terrores de conciencia inicua,
De gente en gente vaga: sólo encuentra
Juicio y perdón cabe el altar de Palas.
Que no el choque brutal de las pasiones
Se limita á pintar el arte heleno:
Queda en el fondo del oscuro vaso
Una gota de miel: todo lo templa
La voz solemne del antiguo coro:
Religiosa emoción la mente embarga,
Al ver á Edipo ciego, desterrado,
Su carrera expiatoria ya cumplida,
Penetrar en el bosque de Colona,
Y hacer sagrada con la tumba suya
La ática tierra. ¡Imágenes risueñas
De la tragedia griega, castas vírgenes,
Antígona, Ifigenia, Polixena,

Que al dar el cuello al sacrificio infando,
Sólo el morir tan jóvenes sentíais!
¡Cuál resplandece la verdad humana,
En esas puras frentes! ¡Cómo sabe
Eurípides mover los corazones,
De la cautiva Andrómaca al lamento,
Ó á los furores de la Colquia maga!
¡Cuál se despide moribunda Alceste!
¡Qué hondo terror infunde en las Bacantes
El ulular de la nocturna orgía!
¡Coros de nubes, y graznar de ranas,
Chistes inmundos, mágico lirismo,
Comedia aristofánica, que adunas
Fango y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus alados hijos me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aún en sus locos, descompuestos saltos.
¡Espíritus alegres, cuán distintos
De las negras terríficas visiones
Del yerto Septemtrión, donde el fermento
De insípida cebada, en las cabezas
Sombras y pesadez va derramando!
¿Quién fantaseó de griegos y Teutones
Sacrílego consorcio? Entre la niebla
De las ásperas cumbres hiperbóreas,
Y este radiante sol que á nuestros campos
El don prodiga de la rubia Ceres
Y de Falerno el otoñal racimo,
¿Quién las paces hará? ¿Quién podrá á Helena
Con el Fausto casar, que imaginaba
El Júpiter de Weimar? Siempre ansiosos

De tierra más feraz, al Mediodía
Los Bárbaros descienden: en buen hora
Que de nuestros despojos se enriquezcan,
Mas no el rudo cantar de sus montañas
Al canto de las Piérides igualen,
Ni su filosofar caliginoso
Á aquella antigua, plácida Sofía,
Que del divo Platón, en el Convite,
Alzó la mente á contemplar el rastro
De la eterna belleza, y á expresarla
Cual nunca la expresó lengua nacida.
  Esa Venus Urania, siempre joven,
Que si al sepulcro descender pudiera,
Otra vez del sepulcro se alzaría,
De juventud radiante y de hermosura,
Por la voz de Demóstenes hablaba
En el tumulto del hirviente foro:
Del cándido Herodoto se envolvía
Entre la ingenua, desatada prosa,
Y en el seco, nervioso y penetrante
Estilo de Tucídides: posaba
De la abeja del Atica en los labios
La pura esencia de las jonias flores.
Ella enmeló las flechas de Luciano,
Y hasta el sobrio y severo Estagirita,
Déspota rey de la conciencia humana,
Culto y aras le dió.
¡Las Gracias llenen,
Amigos, vuestra mente con sus dones:
Las Gracias, compañeras de la vida,
Por fácil lleven y apacible senda,
De flores adornada, vuestros pasos!

Ni me olviden á mí. Yo el don precioso
Que de vuestra amistad hora recibo,
Conservaré con diligente estudio,
Y el revolver los inspirados folios
Traerá á mi mente la memoria grata
De los caros amigos donadores.
¿Cómo olvidar á tí, que en rica prosa,
Del áureo siglo el esplendor renuevas;
Ni á tí cantor del Anahuac ingente,
Cual sus bosques espléndido y lozano;
Ni á tí por quien *El Tuerto* y *Tremontorio*
No envidian de Cervantes los pinceles;
Ni á tí que riges la edilicia vara,
No sin dolor de las sagradas Musas,
Un tiempo enriquecidas de tus dones,
Desiertas hoy: ni á tí que á Víctor Hugo
Cubriste fiel con peregrino manto,
Tejido de colores y armonías,
Volviendo á España el oriental tesoro,
Que él al Sena llevó; ni á tí que guardas
Con docto afán, en codiciado archivo,
De la vieja Cantabria los anales,
Y en rancios pergaminos escudriñas
Las olvidadas montañesas glorias;
Ni á vosotros, mis dulces compañeros
En estudioso afán; ni á los sagaces
Del comercio fructífero ministros,
Por quien nuestra ciudad es rico emporio
De los tesoros de la mar de Atlante?
¡Salve, reina del mar, Sidón ibera,
Puerto de la Victoria apellidada
Por el romano triunfador augusto,

Cuando del fuerte Cántabro imponía
El yugo á la cerviz! ¡Puerto sagrado
Por las cabezas que en tu templo guardas!
Crezca en gloria y poder el pueblo tuyo,
Dilátense tus muelles opulentos,
Y traigan tus alígeros bajeles,
En cambio al trigo que te da Castilla,
De la tórrida caña el dulce jugo,
Ó del café los vigilantes granos
Ó la hoja leve que en vapores sube
Y como la esperanza se disipa.
  Y no olvides jamás, patria adorada,
Que fueron, como tú, de mercaderes
Cuna y albergue Rodas y Florencia;
Recuerda que el Magnífico Lorenzo
No fué educado en el feudal castillo
Que alzó el señor germano entre las ruinas
De la inmortal, helénica cultura,
Sino en la abierta, florentina lonja:
Y de aquel mercader so el regio manto
Medró la ciencia, sublimóse el arte:
La lámpara platónica encendida
Tornó á brillar en manos de Ficino,
Y del latín en las marchitas frases
El alma juvenil de Policiano
Supo infundir calor y nueva vida:
Recuerda que togados mercaderes,
Los que sus leyes al Oriente dieron,
Cuando temblaba la imperial Bizancio
Del león de San Marcos al rugido,
Ardieron en la misma noble llama:
Para ellos los Paladios y Bramantes

Alcázares suntuosos levantaron
Orillas de la Adriática laguna,
Y del ducal palacio en las techumbres
Torrentes de color vertió el Ticiano:
Que no el amor del oro allí extinguía
Del genio vividor la pura llama,
Ni ha de apagarla en tí: con larga mano
Premia el ingenio y al saber ayuda.
Ni ingenio ni saber en mí premiaste:
Sólo el intenso amor irresistible
Que hacia las letras dirigió mis años,
Y aquel amor más íntimo y potente
Á mi dulce Cantabria, tierra santa,
La tierra de los montes y las olas,
Donde ruego al Señor mis ojos cierre,
Sonando, cual arrullo, en mis oídos
Lento el rumor de su arenosa playa.

LA GALERNA DEL SÁBADO DE GLORIA

Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas:
Tejió del roble de la adusta sierra
Y no del frágil mirto su corona,
Que ni falerna vid ni ático olivo,
Ni siciliana mies ornan sus campos,
Ni allí rebosan las colmadas trojes,
Ni rueda el mosto en el lagar hirviente:
Pero hay bosques repuestos y sombríos,
Misterioso rumor de ondas y vientos,

Tajadas hoces, y tendidos valles
Más que el heleno Tempe deleitosos,
Y cual baño de Náyades la arena
Que besa nuestro mar: y sus mugidos,
Como de fiera en coso perseguida,
Arrullo son á la gentil serrana,
Amor de Roma, y espantable al Vasco,
Pobre y altiva, y como pobre hermosa.
No es el risueño Egeo que circundan
Cual ceñidor las Cícladas marmóreas;
Ni el golfo que con dórica armonía
De Nápoles arrulla á la Sirena
Cabe la sacra tumba de Virgilio;
Ni el vago azul de la marina Jonia;
Sino el Ponto que azota á Caledonia,
Y roto entre las Hébridas resuena,
Titán cerúleo que á la yerta gente
Hace temblar en la postrera Thyle,
Y cabalga entre nieblas y borracas
Sobre el inmenso Leviathán, que nutre
Con pestífero aceite la candela
Del céltico arponero. Ni cien carros
De guerra hicieran tan horrible estruendo
En torno de Ilión, como esas olas
Cuando las peñas de Cantabria hieren.
Hoy se vuelven á alzar firmes y rudas,
En son de guerra y vencedor amago,
Á renovar el memorable estrago
Que en la Pasión de su Hacedor movieron:
Por eso es hoy más íntima y solemne
La voz de las tormentas boreales,
Mayor su indignación, cuando arrostrarlas

Osa el nauchero de piedad desnudo:
¡Ay! no verá la luz del patrio faro
Sobre el amigo cerro de la costa,
Cual mirada de Dios sobre sus hijos,
Ni su velera y triunfadora nave,
Al arribar, coronará de flores.
¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo
Rota y hundida la soberbia quilla
Que oro y baldón conduce á estas arenas,
Ó el ferrado vapor, en cuyas venas
Corre savia de fuego. Allí la sangre
De nuestra raza va: sobre estos montes
Tendió la emigración sus negras alas:
Llora la esposa en el helado lecho,
Cabe el extinto hogar llora la madre,
El campo desfallece sin cultura,
Y en tórrida región nuestros mancebos
Siega la muerte: ¡que más bien perezcan
Ante las rocas del amado puerto,
Acariciados por maternas olas,
Do lleve el viento el són de las campanas
De la torre natal, á sus oídos!
Pero salva, Señor, el frágil leño
Del pescador que fatigado encuentra
Al fin de su pescar, la red vacía.
Es hijo de aquel pueblo que en tardía
Cadena domeñó la ingente Roma:
Del que á Cannas Aníbal conducía,
De las madres itálicas espanto,
Terror de los Vaceéos y Autrigones:
Del que en la cruz de su triunfal suplicio
El bárbaro cantar de la victoria,

De Agripa ante las haces, entonaba.
¡Oh! ¡sálvalos, Señor! En ellos corre
Sangre de Bonifáz el de Sevilla,
Del fiero vencedor de la Rochela,
Del que trazó primero en breve carta
La soledad de los indianos mares,
Y en sus bosques logró gigante tumba,
Al impulso de arpón enherbolado.
¡Contémplalos luchar!... ¡Vana esperanza!
Que ni el llanto de madres y de esposas
Las iras quebrará del Oceano,
Ni del hado la ley adamantina.
Mas salvados serán, porque las nieblas
Del mundo material y las del alma
Sólo la tempestad rompe y ahuyenta,
Y es su rojiza luz benigno rayo
De un sol que animará perennes flores.
¡Salvados, sí! Desde el salobre risco
De San Pedro del Mar, un sacerdote
Les dió la bendición. Nada más grande
Ojos humanos contemplar pudieron,
Cual lo que vió la moribunda gente,
Al descender el celestial rocío
Del divino perdón sobre su frente;
Abrirse el cielo, serenarse el mundo,
Entre Dios y la mar la cruz alzada,
Y descender con palmas y coronas
Las sombras de sus mártires patronos,
La de los dos celtíberos guerreros.
¡Muerte feliz, entre la paz del cielo
Y el beso de los mares! Cuando vengan
Á acariciar la conocida playa,
De barca y pescador traerán los restos

En el cendal de su tejida espuma.
  Otro celebre en canto que no muera
La guerra y la ambición, peste del mundo,
Y á la fuerza brutal erija altares.
Yo diré que mis cántabros se hundieron
Con los despojos de su fiel *trainera*,
Como cae el guerrero en la batalla
Asido al asta de su enseña rota:
Y aun es más noble y santa que en el campo,
En el taller la sangre derramada
Á impulsos del martillo y de la rueda,
Ó en el cóncavo seno de los montes,
Al trueno de la pólvora deshechos,
Por donde agita sus humeantes crines
El moderno Tifón, ó en los escollos
Do cela el mar sus perlas y corales.
¡Perenne lid con la materia inerte,
Dura labor, pero victoria cierta!
Otro estadio, otra arena, otra cuadriga
Piden en nueva edad cantares nuevos.
¡Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,
Y la frente del mártir del trabajo
Ciña la palma de Elis triunfadora,
Como al atleta coronar solía!
  Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:
Basta á cubrir las llagas de tu pueblo
Un trozo de tu regia vestidura:
Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides
Que esos del nauta sórdidos harapos,
De su viejo tugurio suspendidos,
Y por el vendaval y por los soles,
Y por el golpe de las olas rotos,
Te hicieron grande, poderosa y rica.

DON FEDERICO BALART

SALUTACIÓN

Asperas Asturias,
Que os alzáis gallardas
Á la vera vera
De la mar salada;
Olas turbulentas,
Férvidas resacas
Que azotáis sus rocas
Y laméis sus playas;
Bosques rumorosos,
Prados de esmeralda
Que sacude el viento
Y acaricia el aura;
Valles apacibles,
Rígidas montañas,
Pinos de sus cumbres,
Flores de sus faldas:
Desde las llanuras
Por el sol tostadas,
De aridez cubiertas,
De verdor escasas,

Donde Manzanares,
Entre arenas pardas,
Su raudal mezquino
Bebe á Guadarrama,
Peregrino errante
Vine á esta comarca,
Sin vigor, sin fuerza,
Sin quietud, sin calma.
La salud del cuerpo
Sólo aquí buscaba,
Y hallo al fin con ella
La salud del alma.
Fuertes asturianos,
Bellas asturianas,
Prole fiel de aquellos
Que con noble audacia
Tras de siete siglos
De ásperas batallas,
Desde Covadonga
Fueron á Granada;
¡Dios bendiga el suelo
Que, con noble savia,
Generoso cría
Tan potente raza!
Cimas invencibles,
Peñas escarpadas,
No oprimidas nunca
De extranjera planta,
Donde cada roca,
Donde cada braña
Un esfuerzo inspira
Y un recuerdo guarda;

Tierra venturosa,
Tierra veneranda,
Cuna de valientes,
Núcleo de la patria:
Mientras en civiles
Luchas enconadas
Sus antiguas fuerzas
Pierde nuestra España;
Mientras la bandera
De carmín y gualda
Por sus propios hijos
Ve despedazada;
Mientras las naciones
Antes tributarias
Con siniestros ojos
Miran nuestra infamia,
En tus hondos valles,
En tus cumbres altas
En tus claros ríos,
En tus costas bravas,
Todo cuanto alienta,
Todo cuanto canta,
Todo cuanto puede
Conmover las almas,
Selvas, mares, fuentes,
Aves, flores, auras,
Dicen á mi oído:
«¡Patria! ¡Patria! ¡Patria!»

ABATIMIENTO

¡Llegó al fin lo que el alma dolorida
Me daba por presagio!
¡Milésima ilusión desvanecida!
Milésimo naufragio!
¡Cuánto esfuerzo perdido en las rompientes
Que la espuma blanquea!
¡Qué eterno proejar en las corrientes
Contra viento y marea!
¡Siempre, siempre huracanes desatados
Y escollos escondidos!
¡Y siempre, sobre mares ignorados,
Cielos desconocidos!
Hasta la aguja al polo dirigida
Mi cálculo burlaba,
Y, á maléfico influjo sometida,
Del rumbo me apartaba.
¡Y así he buscado el puerto, de año en año,
Siempre con vano empeño!
¡Toda nueva promesa, nuevo engaño!
¡Toda esperanza, sueño!
No fué sólo furor de los ciclones;
Culpa cabe al piloto:
¡Qué de velas, Señor, qué de timones
Mi torpe mano ha roto!
¡Y aun sigo, entre los duros elementos,
Sobre el hirviente abismo!
¡Cansado estoy del mar y de los vientos!
¡Cansado de mí mismo!

¡Ya, en mí, cuanto descubro no provoca
Ni un temor ni un deseo:
Sólo siento subírseme á la boca
La náusea del mareo.
Ni un recelo cobarde me da guerra,
Ni una ambición me anima:
¡Tierra, Señor, te pido! ¡Tierra! ¡Tierra!...
¡Pero échamela encima!

FÉ

Todo, Señor, publica tu existencia,
Todo tu gloria canta;
Y, si todo enmudece, la conciencia
Tu imagen agiganta.
Su fe te rinde el hombre en quien despiertas,
Ya esperanzas, ya angustias;
Su olor te dan las rosas entreabiertas
Y las violetas mustias.
Tu alabanza pregona con su arrullo
La tórtola en la olmeda,
Y una oración te eleva en su murmullo
La trémula arboleda.
Nadie, Señor, tu enojo desafía
Ni tu ira desconoce;
Y, al quererte burlar, la hipocresía
Tu imperio reconoce.
El malo, como el bueno, al invocarte
Se somete á tu yugo;
Y aspiran á ponerte de su parte
Ya el mártir, ya el verdugo.

A tí clama, Señor, la plebe opresa
Y el déspota vencido:
Tu auxilio imploran el león sin presa
Y el ruiseñor sin nido.
Todos á tu poder se supeditan,
Y, besando tu huella,
Todos, Señor, tu amparo solicitan
Con razón ó sin ella;
Y, si airado nos vuelves el semblante
Con ceño furibundo,
Trepida como un seno palpitante
La redondez del mundo.
¡Sólo el sabio á dudar de tí se atreve!
¡El, con saña ferina
Ciego escupe á la fuente donde bebe
Y al sol que le ilumina!
No estudia el libro que á Moisés pasmado
Tu almo labio dictaba,
Ni el otro donde Newton admirado
Tu nombre descifraba.
Haciendo escarnio de la fe sencilla,
No sabe—¡oh vil recelo!
Ni doblar en la tierra la rodilla
Ni alzar la frente al cielo.
Si halla claras tus huellas inmortales,
Blasfemando se aleja.
Ve la miel rebosar en los panales,
¡Y aun duda de la abeja!

NOSTALGIA

Un cántico de amor y de esperanza
Hierve en mi ardiente pecho;
A tí, Señor, mi espíritu lo lanza
En lágrimas deshecho:
A las flores el llanto de la aurora
Da vida en el estío:
Las lágrimas de amor que el hombre llora,
Del alma son rocío.
¡Bendito Tú, Señor, que tal mudanza
Díste á la pena mía,
Tornando en dulces horas de esperanza
Mis horas de agonía!
En éxtasis divino arrebatado,
Crece mi ardiente anhelo
Cada vez que contemplo embelesado
Ese libro del cielo.
Leyendo lo que en él tu mano ha escrito,
Hora paso tras hora.
¡Siento una sed ardiente de infinito
Que el alma me devora!
¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
De luz y de harmonía!
¡Un alma, un alma amante allí me espera,
Que hermana es de la mía!
Desde que ella voló, yo aquí cautivo,
Su ausencia estoy llorando:
¡Nueve años hace que sin alma vivo,
Por ella suspirando!

Á tí, callada tumba, á tí mi frente
Macilenta se inclina,
Como el ave del páramo á la fuente
Del agua cristalina!
¡Cuerpo, baja al sepulcro, que te espera
Como el mar á la nube!
¡Alma, remonta el vuelo á la alta esfera!
¡Sube á los cielos, sube!

Á MEDIA NOCHE

Quizá serán delirios de mi locura,
Ó fantasmas que engendra la noche obscura;
Pero—cuando rendido tras larga vela
En que al alma doliente nada consuela,
Derramando en mis sienes letal beleño,
Mis párpados cansados entorna el sueño—
Por las obscuras sombras, ó desvarío,
Ó unas alas se agitan en torno mío.
En medio del letargo que me domina,
Un rayo misterioso mi alma ilumina;
Y, entre las vagas ondas del aire vano,
Una visión distingo de rostro humano;
Visión fascinadora que infunde al alma
Esperanza y consuelo, quietud y calma.
Dulce expresión le prestan y aspecto santo
Una cándida toca y un negro manto,
Y su pálida frente leve rodea
Una blanca aureola que centellea.
Considera piadosa mi amargo duelo;
Con la mano tendida me muestra el cielo;

Y su voz, como brisa de primavera,
Dulce y mansa me dice: «¡Sufre y espera!»
  Yo conozco el aliento de aquella boca;
Yo conozco aquel manto y aquella toca,
Desde una triste noche que, delirando,
Á la luz de unos cirios pasé velando;
¡Triste noche, solemne triste velada
Que dejó el alma mía regenerada!
  Dulce voz que me alientas en mi agonía,
¡Ay de mí si cesaras de hablarme un día!
Por tus santas palabras, que fiel venero,
Resignado á mi suerte sufro y espero;
Por tí, por tí la mano de Dios bendigo,
Que imparcial nos reparte premio y castigo;
Por tí me postro humilde bajo esa mano;
Por tí soy religioso, por tí cristiano.
Dios, que sabe la historia de mi tormento,
Por tí en mis amarguras me infunde aliento.
Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,
Dulce voz que reanimas mis esperanzas,
Nunca niegues tus ecos al alma mía;
Que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Á mi buen amigo el ilustre poeta Manuel Reina.

¡SURSUM CORDA!

INTRODUCCIÓN

A España.

Nunca mi labio á la servil lisonja
Parias rindió. Ni el éxito ruidoso
Ni la soberbia afortunada, oyeron
Falaz encomio de mi humilde Musa.
Dióme su austeridad la honrada tierra
Donde nací, y el presuroso tiempo
Que arrastra y lleva en sus revueltas olas
Las grandezas humanas al olvido,
Á mi pesar me enseña que en el mundo
Tan sólo á dos excelsas majestades
Puedo, sin mengua, levantar mi canto:
La Verdad y el Dolor.
En estas horas
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,
Merece como tú la pobre ofrenda
De mi respeto y de mi amor? Postrada

En los escombros de tu antigua gloria,
La negra adversidad, con férrea mano,
Comprime los latidos de tu pecho
Y el aire que respiras envenena.
Como tigre feroz clavó sus garras
La catástrofe en tí, y en tus heridas
Entrañas sacia su voraz instinto.
¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?
¿Puede haber hombre tan perverso y duro,
Ni aun concebido en crapulosa orgía
Por hembra impura, que impasible vea
Morir sin fe, desesperado y solo
Al dulce bien que le llevó en su seno?
¡No existe, no!
Perdona si movido
Por la ciega pasión, allá en lejanos
Y borrascosos días, cuando airada
Mi voz como fatídico anatema
Tronó en la tempestad, quizás injusto
Contigo pude ser. Pero hoy, que sufres,
Hoy que, Job de la Historia, te retuerces
En tu lecho de angustia, arrepentido
Y llena el alma de mortal congoja,
Acudo ansioso á consolar tus penas,
A combatir con los inmundos buitres,
Ávidos del festín, que en torno giran
De tu ulcerado cuerpo y si lo mandas,
¡Oh, noble mártir! á morir contigo.
Pero ¿quién habla de morir? ¿Acaso
No eres, Patria inmortal? Tendrás eclipses
Como los tiene el sol. Sombras tenaces,
Cual hiperbórea noche larga y fría,

Sobre tí pesarán, mientras no llegue
Tu santa redención. ¡Hora dichosa
En que verás con júbilo y ternura,
Nacer el alba, el tenebroso espacio
Inundarse de luz, la tierra encinta
Estremecerse en éxtasis materno,
De armonías, aromas y colores
Poblarse el aire, y palpitar en todo
La plenitud eterna de la vida!
¡Ten esperanza y fe! Descubridora
De mundos, madre de indomada prole,
Tú no puedes morir, ¡Dios no lo quiere!
Aún tienes que cumplir altos destinos.
Busca en el seno de la paz bendita
Reparador descanso, hasta que cobren
Tus músculos salud, y en cuanto sientas
El hervor de tu sangre renovada,
Ponte en pie, sacudiendo tu marasmo,
Que como losa del sepulcro, oprime
Tu enferma voluntad. Surge del fondo
De tu aislamiento secular, y marcha
Con paso firme y corazón resuelto
Sin mirar hacia atrás, siempre adelante.
Sean la escuela y el taller y el surco
Los solos campos de batalla en donde
Tu razón y tus fuerzas ejercites.
Entra en las lides del trabajo y vence,
Que entonces de laureles coronada,
Más fecunda, más próspera y más grande,
Seguirás, fulgurando, tu camino
Por los arcos triunfales de la Historia.

Á América.

¡Ésta es España! Atónita y herida
Bajo el peso brutal de su infortunio,
Inerte yace la matrona augusta
Que en otros siglos fatigó á la fama.
La que surcó los mares procelosos
Buscándote atrevida en el misterio,
Hasta que un día, deslumbrando al mundo,
Surgiste, como Venus, de las ondas.
Cegada por tu espléndida hermosura,
Al engarzarte en su imperial diadema
España te oprimió; mas no la culpes,
Porque ¿cuándo la bárbara conquista
Justa y humana fué? También clemente
Te dió su sangre, su robusto idioma,
Sus leyes y su Dios. ¡Te lo dió todo,
Menos la libertad! pues mal pudiera
Darte el único bien que no tenía.
Contémplala vencida y humillada
Por la doblez del oro, y si te mueven
Á generosa lástima sus males,
El trágico desplome de una gloria
Que es también tuya, acórrela en su duelo.
¡Es tu madre infeliz! No la abandone
Tu amor, en tan inmensa desventura.

¡SURSUM CORDA!

Ruinas de una cartuja en el sitio más agreste y fragoso de la sierra. Por todas partes cierran el horizonte altas y nevadas cumbres. En medio de columnas caídas, pedestales y chapiteles rotos y escombros esparcidos aquí y allá, levántase una cruz de piedra casi cubierta de plantas parásitas. Por entre jarales y breñas aparece marchando con dificultad en dirección á las ruinas, un PEREGRINO joven y robusto. Está anocheciendo.

El PEREGRINO, acercándose al convento destruído, con visibles muestras de cansancio y desaliento.

Va llegando la noche y la infinita
Tristeza de esta soledad adusta,
Como encanto maléfico gravita
Sobre todo mi ser. Hasta el más quedo
Murmullo de los árboles me asusta
Y oigo, al marchar, la voz con que me nombra
Entre las ruinas escondido, el miedo,
Que es hijo del silencio y de la sombra.
Como herido titán que en su sublime
Furor sacude sus gigantes hombros
Y derriba la mole que le oprime,
Así hundiendo su base en los escombros,
Alza, espectro de piedra, sus obscuras
É incendiadas paredes el convento,
Con sus enormes brechas y hendiduras,
Por donde pasa rebramando el viento.
¡Ay! ¡Cómo agranda en su postrer momento
La luz crepuscular estas señales
De destrucción y muerte! La pilastra
Volcada entre los recios matorrales
Por donde llena de pavor se arrastra

Rápida y ondulosa la culebra;
El templo por la llama ennegrecido,
Cuyo denso color á trechos quiebra
Con su argentada claridad la luna,
Y do resuena el lúgubre gemido
Del cárabo agorero que en alguna
Desquiciada cornisa tiene el nido,
Solo como el pesar; la cruz de piedra,
Por cuyos rotos brazos se entrelaza
Con mortífero amor lasciva hiedra,
Y recordando el fin de ilustre raza,
Allá en el fondo, en su musgoso lecho
La escultura de noble castellano
Con su heráldico escudo sobre el pecho
Y en la espada feudal puesta la mano,
Todo, al morir la luz, todo acrecienta
El santo horror á la discordia, afrenta
Y al par castigo del linaje humano.

(Siéntase en uno de los peldaños de la cruz de piedra, vencido por la fatiga, y después de breve pausa exclama con penoso acento, como si en su alucinación percibiese las mismas visiones que evoca.)

¡Oh, monjes, que en la celda solitaria
En tan agrios lugares escondida,
Rompísteis con el don de la plegaria
Todas las servidumbres de la vida
Menos la del dolor, y que sin ruido,
En ya borrada sepultura, abierta
Por vuestras manos en el sacro ejido,
Dormís en las tinieblas del olvido
El sueño de que nunca se despierta!
¿A qué asomáis la descarnada frente?

No escucharéis como en aquellos días,
Llenos de vuestro espíritu creyente,
Los graves himnos del salterio de oro,
Que estallando en solemnes melodías,
Inundaban el templo desde el coro.
Ni veréis ya por el espacio inmenso
De la atrevida y portentosa nave,
Ascender la oración serena y suave,
Vestida con su túnica de incienso.
El claustro en que vivísteis ignorados
Como la flor silvestre que en la grieta
Del nativo peñón su aroma exhala;
La torre que á los tristes y cansados
Con la sencilla cruz de su veleta
El camino del cielo nos señala;
La campana que aun antes de la aurora
Turbaba la quietud de este desierto
Con esa voz en que se queja y ora
La humanidad que vive y la que ha muerto;
El ara excelsa donde tantas veces,
En vuestras lentas horas de amargura,
Como frágil bajel que busca el puerto,
Los ayes elevábais y las preces
Á otra región más diáfana y más pura;
Hasta la clara fuente que en el huerto
Os brindaba sus ondas cristalinas,
¿En dónde están? Con ímpetu y fracaso,
Como incendio voraz, de las vecinas
Cumbres lanzóse la soberbia humana,
Y el sol que iluminó desde el ocaso
Vuestro tranquilo hogar, á la mañana
Alumbró sólo calcinadas ruinas.

¡Ya es más firme y segura vuestra fosa,
Cubierta de zarzales! Para ejemplo
De la futura edad, la fe grandiosa
Que alzó tanta basílica asombrosa
Desplomándose va como ese templo.
Aquel árbol de espléndido follaje
Que dilataba en tiempos más felices
Por encima del mundo su ramaje
Y en todas las conciencias sus raíces,
So cuyo pabellón, siempre frondoso,
Los pueblos en su místico viaje
Hallaban sin cesar sombra y reposo,
Del huracán, azote de la selva,
Aún sin romperse el ímpetu resiste;
Mas ¡cuán herido y deshojado y triste
Hasta que Dios á renovarle vuelva!
Hundid, hundid, ¡oh monjes!, en la tumba
La amarillenta faz. ¿Podéis acaso
Restaurar nuestra fe, que se derrumba?
¿Lograréis que renazca á vuestro paso?
¡Hacedlo si podéis! Calmad la ardiente,
La inextinguible sed que nos devora,
Aun cuando mane de la oculta fuente
El agua cenagosa y corrompida,
Y sepa al fin la tierra, que lo ignora,
El pavoroso arcano de la vida.
¿Dónde el término está de la jornada?

(Con honda melancolía.)

¿Será verdad que el hombre sólo sea
Una mísera bestia alucinada
Por los vanos engendros de su idea?

La fe que manda, la razón que crea,
La voluntad que mueve, las pasiones
Rebeldes, los anhelos infinitos
Á otra mansión de perdurable calma,
Los simbólicos dogmas y los ritos
En cuyas inefables oraciones,
Como un perfume se evapora el alma,
¿Son la burla brutal y el sueño insano
Á que perpetuamente nos condena
Un caprichoso azar ó un Dios tirano?
Y no sólo la tierra ingrata y dura,
Sino todos los orbes que encadena
Con su atracción la inmensidad obscura,
¿Lugares ¡ay! de irredimible pena?
¿Y en el mundo, en la mente y en la altura
Todo para el mortal será mentira
Menos su perdurable desventura?
La Creación que en el espacio gira
Y con cadencia rítmica eslabona
Astros que el hombre á penetrar no alcanza,
¿No es más ¡oh espanto! que la eterna lira
En que la vida universal entona
Triste canto á un dolor sin esperanza?
Envueltos en el ciego torbellino
De la cósmica masa que nos crea
Y nos destruye, indiferente y fría,
¿Cuál es, si lo sabéis, nuestro destino?
Y en tan horrible y trágica pelea,
¿Qué somos? ¿Dónde vamos? ¿Quién nos guía?
¡No respondéis! Atónitas y mudas
Fantasmas de otra edad, veis nuestro duelo
Sin disipar las tenebrosas dudas

Que en horas de acerbísimo desvelo
Cubren las almas de mortal congoja,
Cual tropel desmandado y asesino
Que á traición nos asalta en el camino
Y hasta de la esperanza nos despoja.
¡Calláis!...

(Animándose.)

¡No importa que calléis! Si á veces
La duda con sus densas lobregueces
Nuestro afligido espíritu cautiva,
Pronto del yugo le redime y salva
La fe, que surge luminosa y viva
Como del seno de la noche el alba.
Mas no la fe que semejante al ave
Entre dorados hierros prisionera,
Entumecida y tímida, no sabe
Ni el vuelo inútil ensayar siquiera;
No la medrosa fe que cuando escucha
La voz del trueno sin vigor se postra,
Sino la fe que la tormenta arrostra,
Sonda el abismo y con los monstruos lucha.
¡La fe en la Humanidad, á quien Dios guía
Siempre á la cumbre, siempre hacia adelante
Y siempre en busca de la luz!
(*Con tono de convicción profunda.*) No es cierto
Que una divinidad loca y sombría,
Sin plan y sin amor rija el concierto
Armónico del mundo. Aunque distante,
Boga la nave hacia el celeste puerto,
Combatida, es verdad, pero no errante.
Cuando el hombre en la selva enmarañada

De su primera edad, exuberante
Como la juventud, despertó preso,
Al tender por doquiera la mirada,
Debió sentir sobre su frente el peso
De la Naturaleza desbordada.
Si desde el árbol do lloraba oculto
Con su conciencia entorpecida á solas,
Enmedio del fragor y del tumulto
De tempestades, cataratas y olas,
Miró al través de la espesura, informe
Y como el caos revuelta, al pie del tronco,
La bestia hirsuta y el reptil enorme;
Si creyó percibir su grito bronco
Hasta en el són monótono y confuso
De la selva batida por la racha,
De seguro tembló, mas se repuso,
Y Adán caído ó transformada fiera,
(¿Quién su origen conoce?) inventó el hacha,
Derribó el árbol, encendió la hoguera,
Arrancó al bosque sazonados frutos,
Hizo la choza, desgarró el misterio,
Mató los monstruos y domó los brutos
Tras prolongada y formidable guerra,
Erigió la ciudad, fundó su imperio,
Surcó la mar y dominó la tierra.
Cuando por fin la indócil y salvaje
Naturaleza á su valor rendida,
Templó su furia y le prestó homenaje,
El hombre, en la pujanza de su vida,
Cada vez más resuelto, más potente
Y más ansioso de extender sus huellas,
Clavó en el cielo la pupila ardiente

Y el rumbo sorprendió de las estrellas.
¿Quién contuvo sus ímpetus? ¿Qué valla
Se resistió á su empuje soberano?
¿En qué indeciso campo de batalla
No logró la victoria por su mano?
Incansable y tenaz en su tarea,
Siempre conquistador y siempre activo,
Dió vida y forma á su impalpable verbo
Que volaba incorpóreo y fugitivo,
Alas resplandecientes á su idea,
Valor al débil, libertad al siervo;
Y sin tener un punto de desmayo
Arrebató, creciendo en osadía,
Á las entrañas de la nube el rayo
Y el cetro á la infecunda tiranía.

Larga es la senda recorrida y larga
La penosa labor á que se entrega.
¿Qué importa que el humilde peregrino
Á quien el polvo de las ruinas ciega,
Soltando á veces su pesada carga
Se siente en el ribazo del camino?
¿Es ¡ay! extraño que se abata y dude,
Cuando sus miembros la fatiga embarga
Y mientras, lleno de ansiedad, enjuga
El sudor de su frente, en donde deja
Cada jornada el surco de una arruga
Y una punzante espina cada queja?
Mas recobrando el ánimo, sacude
Su momentánea postración y marcha
Con redoblado afán. No le detiene
Ni el calor, ni la lluvia, ni la escarcha,
Ni el riesgo, ni la herida. Íntima y sorda

Oye una voz que de los cielos viene
Y sin cesar le dice:—*¡Sursum corda!*
¡Sursum corda! ¡Elevad los corazones,
Hijos nacidos de mujer! La senda
Es escabrosa, pero no infinita.
Cuando os deslumbre el sol, cuando os ofenda
El furor de los recios aquilones,
Cuando sintáis la voluntad marchita,
Alzad el alma á Dios. Su seno abierto
Para todos está como la tienda
Que el árabe levanta en el desierto.
¡Alzad el alma á Dios tres veces santo,
Que sin fijarse en condición ni en raza,
Con su cerúleo y estrellado manto
Á todos nos cobija y nos abraza.
Él los humanos derroteros traza,
Y cuando con la vida transitoria
Nuestra angustiosa incertidumbre cesa,
Para ascendernos á mejor estado
Y ceñirnos el lauro de su gloria,
En su justa balanza sólo pesa
Lo que hemos padecido y trabajado.
¡Nadie en estéril ocio se consuma!
Para que fructifique la simiente,
Abramos con la reja y con la pluma
Los surcos de la tierra y de la mente,
Pues cuando á la labor que nos señala
Hora por hora el cielo, damos cima,
Subimos un peldaño de la escala
Que á la Ciudad de Dios nos aproxima.
Y si del pedernal que es infecundo
Saca el golpe la luz, ¿no alcanzaremos

Con esfuerzos constantes y supremos
La prometida redención del mundo?
Todo trabajo es oración. Oremos.

(Con acento profético é inspirado.)

No faltarán á tan continuas preces
Templo ni altar. Horribles tempestades
Asolarán quizás como otras veces
Campos y monumentos y ciudades.
Podrán caer las religiones todas
Del tiempo en la rugiente catarata
Y los claustros, mezquitas y pagodas
Hundirse como esquife que arrebata
Deshecho temporal hacia el abismo.
Pero aun cuando el tremendo cataclismo
La superficie del planeta arrase,
Entregado á sus iras sin defensa,
No hará temblar la inconmovible base
De la admirable catedral inmensa,
Como el espacio transparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

(Con inspirada energía.)

¡No más indecisión! La excelsa lumbre
De la verdad, indicame el camino.
¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!
Ya no vacila el pobre peregrino.
¡En marcha, en marcha pues! La fe que siento
De mi encendido corazón desborda.
¿No me darán, hasta ganar la cumbre,

Alas la ciencia, la esperanza aliento
Y el triunfo Dios?... ¡Arriba!... ¡SURSUM CORDA!

Emprende animoso y resuelto la ascensión á la áspera montaña, venciendo cuantos obstáculos encuentra al paso, y cuando llega á una de las cimas más altas, la luna que aparece en el cielo, le envuelve en su blanca y suavísima claridad.

ADVERTENCIAS

ADVERTENCIAS

Con este Tomo IV doy por terminada la colección que me propuse formar de poesías castellanas del siglo XIX.

Poco ó nada tengo que advertir ahora á no repetir, aclarar ó explicar algo de lo ya expuesto en la Introducción y en las Advertencias de los tomos II y III.

Como ya he dicho, breves noticias biográficas sobre los poetas de quienes incluyo composiciones y mi desapasionado juicio sobre el mérito de cada uno de ellos, y singularmente sobre las composiciones mismas que doy como muestra, serán el asunto del tomo V con el cual completaré esta obra.

Ningún interés extraño á la poesía, ni la pasión de partido, ni el amor, ni el odio á determinadas doctrinas, me han movido á publicarla. Podrán notarse en mi crítica muchos errores de entendimiento, pero la

imparcialidad ha sido y será el objeto constante de mi aspiración y de mi deseo.

He querido y quiero también que á la imparcialidad acompañen la indulgencia para las faltas, el aplauso para los aciertos y el entusiasmo más vivo para toda belleza.

Considerando que el crearla y el expresarla por medio y por virtud de la palabra es el fin de la poesía sin convertirla en medio de enseñar ó de propagar estas ó aquellas creencias y opiniones, las admito todas cuando se expresan en verso con sinceridad, elegancia y brío. La moralidad y el decoro son los únicos límites que he puesto á la facultad de elegir y al criterio conque elijo. Por lo demás, todo queda admitido y hasta ensalzado en este conjunto de versos: desde el fervoroso catolicismo del inspirado poeta mallorquín, presbítero Miguel Costa, y desde la vehemente hiperdulía del Padre Julio Alarcón, de la Compañía de Jesús, hasta los más atrevidos ensueños, negaciones, dudas y esperanzas de los poetas libre-pensadores; y desde las ideas y sentimientos monárquicos, aristocráticos y absolutistas, hasta los más democráticos, republicanos ó anhelantes de renovación social y de nuevos modos de ser, más ó menos absurdos, de la humanidad colectiva.

Yo presento al público esta colección de versos, no para que aprenda en ella nueva ciencia, sino para que en ella mire, como en un espejo, cuanto agita el alma humana más profundamente en nuestros días: los ideales todos en que se inspira y para cuya sincera expresión ha logrado hallar en la dicción poética medio adecuado y hermoso.

Claro está que la intención de cada poeta, hasta en los que podemos considerar como más extraviados, no puede menos de ser sana, si el poeta es bueno y digno de tal nombre. Ya lo dijo de él Strabón, antes de que lo dijese del orador Quintiliano: *el poeta debe ser varón bueno*, y bien se entiende que su bondad es cuando él está inspirado y cuando escribe. Si fuese constante y perpetua y si persistiese en la acción, poeta, héroe y santo vendrían á ser lo mismo, lo cual disto yo mucho de afirmar, aunque los buenos poetas en extremo me deleiten y aunque no me aburran, sino que me entretengan y agraden no pocos de los medianos, contra la sentencia de Horacio.

De ciento cincuenta y dos, he incluído poesías en este FLORILEGIO. Y bien hubiera podido yo incluirlas de cien más,

aumentando la colección con otros dos ó tres tomos.

No es desdén, ni olvido, ni menor estimación lo que ha excluído á muchos de mi FLORILEGIO. Las causas de la exclusión son otras.

Aunque sea repetirme, recordaré que me propuse desde luego excluir á los hispano-americanos, y coleccionar sólo poesías castellanas de los españoles peninsulares. No quise tampoco incluir nada traducido ni ningún fragmento de obra dramática, sino sólo lo original, lírico y narrativo.

Nada he insertado de alguno de nuestros más eminentes dramaturgos como son: D. Manuel Tamayo y Baus, D. Narciso Serra, D. Tomás Rodríguez Rubí y D. José Echegaray.

De los poetas del siglo XVIII, coleccionados por el Marqués de Valmar, hay no pocos que pueden considerarse también como del siglo XIX, porque en él han vivido. De éstos he suprimido muchos en mi colección por hallarse la del Marqués de Valmar tan en manos de todos: así el Conde de Noroña, D. Francisco Sánchez Barbero, D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos, D. Francisco Gregorio de Salas, D. Tomás José González Carvajal, D. Joaquín Lorenzo Vi-

llanueva, D. Francisco de Paula Núñez y Díaz, el Abate Marchena, D. Teodoro La Calle, D. Francisco de Paula Castro, Don José María Roldán, D. Cristóbal de Beña, D. José María Blanco y Crespo, D. José Vicente Alonso, D. Eugenio de Tapia, Duque de Ahumada, D. Pedro Antonio Marcos, D. Pablo Jérica, D. Manuel Norberto Pérez del Camino y D. José Musso y Valiente.

De época posterior, y sobre todo desde la aparición del romanticismo, he dejado también de incluir á no pocos poetas, notables y hasta famosísimos algunos de ellos como oradores y personajes políticos: así D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, D. Antonio de los Ríos Rosas y D. Joaquin Francisco Pacheco.

Hay además no escaso número de poetas, dignos de conmemoración, ya que el Padre Blanco García los cita, los juzga y los encomia en su libro, que no entran en este FLORILEGIO por falta de espacio. Tales son, entre otros, D. Antonio Alcalde Valladares, D. Juan Ariza, D. Víctor Balaguer, Barón de Andilla, D. José Bermúdez de Castro, D. Vicente Boix, D. Gaspar Bono Serrano, D. Jerónimo Borao, D. Juan Bueno, D. José Calvo Asensio, D. Francisco

Camprodón, D. Fernando de Gabriel, Don José M.ª Díaz, D. Patricio de la Escosura, D. José Fernández Espino, D. Luis Fernández Guerra, D. Antonio Ferrer del Río, D. Carlos Fernández Shaw, D. Ricardo Gil, D. Antonio Gil y Zárate, D. José Gómez Hermosilla, D. Miguel González Aurioles, D. José González de Tejada, D. José Güel y Renté, Conde de Güendelaín, D. Miguel Gutiérrez, D. Juan Justiniano y Arribas, D. Modesto Lafuente, D. José Lamarque de Novoa, D. Javier León y Bendicho, D. José Mor de Fuentes, D. Pedro Novo y Colson, D. Eugenio Ochoa, D. Ceferino Palencia, D. Felipe Pérez, D. Miguel Agustín Príncipe, D. Mariano Rementería, D. Jacinto de Salas y Quiroga, D. Juan Tomás Salvany, D. Antonio Saviñón, D. Juan Antonio Sazatornil, D. Gabino Tejado, D. Antonio Valbuena, D. Enrique Vedia, D. Manuel Villar y Macías y D. Francisco Zea.

Algunos de esta larga serie de poetas tienen más merecida fama como dramáticos que como líricos. De otros tal vez se atreva alguien á recelar que deban en gran parte á la benignidad y manga ancha del excelente Padre Blanco García el verse citados y hasta encomiados en su libro.

Con las poetisas es el Padre harto menos

generoso, sin duda porque su estado no consiente la galantería. Ello es que nada dice de muchas que ha habido de no escaso valer.

Yo incluyo nueve en mi FLORILEGIO y casi me arrepiento de haber abierto poco la mano en la inclusión de poetisas. Algo por lo menos debiera yo haber incluído, (aunque sólo fuese por la popularidad y gloriosa nombradía que más tarde ha adquirido con su prosa), de la fecunda novelista, crítica y autora de viajes, doña Emilia Pardo Bazán, y algo también de las ilustres malagueñas, doña María Mendoza de Vives y doña Dolores Gómez de Cádiz de Velasco.

Acaso porque empezaron á adquirir celebridad después de la aparición del libro del Padre Blanco García, lo cierto es, por último, que hay aún no pocos poetas que gozan de estimación y crédito, que el Padre no cita, y de quienes yo no doy noticia ni muestra.

Los juegos florales, renacidos en Cataluña y en el Mediodía de Francia, se han extendido por toda la Monarquía española, se han celebrado con animación, pompa y aplauso, en casi todas nuestras capitales de provincia y hasta han ido á interesar ó divertir á los alemanes, celebrándose casi anual-

mente en Colonia, merced al ilustre, discreto é infatigable hispanófilo Dr. D. Juan Fastenrath. Esto ha contribuído á que vuelva á encenderse por todas partes el amor de la poesía, que se había entibiado y hasta enfriado, y á que florezca y brille multitud de nuevos poetas á quienes no es justo que desdeñemos. Algunos hay en cuyas frentes se percibe ya el resplandor de la gloria futura y de quienes se puede pronosticar que entrarán con sobrada justicia en los florilegios ó antologías que del siglo XX se publiquen. A mi ver, el primero de éstos y en cuyo favor me parece más seguro el pronóstico es D. Antonio Riaño, premiado, creo, en los juegos florales de Almería.

Por lo pronto, nada hay que justifique (menester es que se atribuya á inexplicable descuido ó á circunstancias independientes de mi voluntad) la omisión en este FLORILEGIO de algunos poetas á quienes trato y estimo como amigos y cuyas obras no me parecen de mérito inferior á varias de las que en esta colección van insertas. Así por ejemplo D. Manuel Cano y Cueto, autor de las amenas é interesantes *Leyendas y tradiciones de Sevilla;* D. Eduardo Bustillo, que se distingue como poeta festivo y satírico en *El ciego de Buenavista,* como narrativo ó

épico-popular en el *Romancero de la guerra de África,* del que me aseguran que han llegado á agotarse catorce ediciones, y como apasionado admirador de la naturaleza y pintor y narrador de amores y escenas campestres en su libro *Las cuatro estaciones;* y así, por último, D. Ramón A. Urbano, para cuyo tomo de poesías, que lleva por título *Girones,* escribí yo un prólogo, y D. Ángel del Arco, que lleva también un prólogo mío en sus *Laureles,* de tal suerte llamados porque los forma el conjunto de veintiuna composiciones, premiadas ó laureadas todas en diferentes Juegos florales.

Varios otros poetas, iluminados ya por la aurora que antes de nacer difunde como el sol la fama, me complacería yo en mentar aquí si no temiese pecar de difuso y de harto propenso á la alabanza.

¡Quién sabe si alguien me tildará de esto último por algunas de las más recientes composiciones que inserto en mi FLORILEGIO! ¡Quién sabe si alguien me acusará de disimular faltas ó errores, ó de no ser capaz de comprenderlos y hasta de querer hacer que pasen y valgan como primor y como hermosura! A esto sólo contestaré, no para justificarme, sino para explicar mi conducta, que yo propendo á preferir á lo tri-

llado, vulgar ó insulso, lo que anhelante de remontarse de un vuelo á lo inaudito y á lo raro, viene á caer en lo extravagante, con tal de que haya aciertos que disimulen y encubran el desaire de las caídas.

De todos modos, y tal como es el conjunto de poesías líricas y narrativas que aquí publico, yo tengo por cierto que basta á dar una idea justa y buena del valer y de la importancia de este género de literatura en la España contemporánea, al nivel en esto, ya que no en otras artes, ciencias y facultades, de las naciones más adelantadas y cultas de Europa.

ÍNDICE

Págs.

Doña Paz de Borbón (Infanta de España):

A La Virgen de la Almudena..... 5

Almas y flores..... 6

Á mi hermana Eulalia..... 6

Á Luis..... 7

Doña Blanca de Borbón:

Á la Virgen del Pilar..... 8

Doña Antonia Díaz de Lamarque:

Después de la lluvia..... 9

Doña Sofía Casanova de Lutoslawski:

En la víspera de San Juan (cuadro de Polonia)..... 11

Doña Josefa Ugarte Barrientos (Condesa de Parcent):

En un álbum..... 14

Doña Blanca de los Ríos de Lampérez:

Tú y yo..... 17

Misterios..... 17

De una extensa epístola dirigida desde Italia á Don Emilio Ferrari y á su señora..... 18

Doña Carolina Valencia:

La oración de la tarde..... 21

Á tí..... 24

Don Enrique de Aguilera y Gamboa (Marqués de Cerralvo):

El arco romano de Medinaceli..... 27

Don Narciso de Heredia (Marqués de Heredia):

Á Francia..... 29

A vuela pluma (estudio tomado en Galicia del natural). 32

Págs.

Don Eduardo Benot:
Región 34
Ilusión 38
Don Eusebio Blasco:
La oración 42
Del libro titulado «Soledades» 43
Don José M. de Martorell y Fivaller (Duque de Almenara Alta):
Las dos bellezas 48
Don Amés Escalante:
Brezos 54
En el Sardinero 56
El olivo 58
Don Vicente W. Querol:
Carta al Sr. D. Pedro A. de Alarcón acerca de la Poesía 59
A María 65
Don Teodoro Llorente:
El Pegaso 69
A la alondra 70
El idilio del zapatero 72
Un ramo de claveles y azucenas 74
Dos años después 75
Don Antonio Fernández Grila:
La chimenea campesina 77
El invierno 84
Don Antonio Cánovas del Castillo.
Olas y amores 89
A propósito del matrimonio de la infanta Doña María de la Paz 91
Don Adelardo López de Ayala:
Sin palabras 94
A una bañista 94
Mis deseos 95
La cita 96
A Sara 96
A Isabel 97
Mi pensamiento 97

Págs.

Al oído..... 98
A un pie..... 98
Plegaria..... 99
Don Vicente Barrantes:
Cachorro entre leones..... 100
Don José Navarrete:
A Concha..... 106
Don Miguel Costa.
El pino de Formentor..... 111
En las Catacumbas de Roma..... 112
Adiós á Italia..... 119
Don Juan Alcover:
Lálage..... 121
Don Juan Luis Estelrich:
El arco de Santa María de Burgos..... 131
Don Manuel Fernández y González:
Del canto épico «La batalla de Lepanto»..... 137
Don Francisco Sánchez de Castro:
Del «Cántico al hombre»..... 147
Don Juan Antonio Cavestany:
El placer y el dolor..... 152
El nacimiento..... 158
Don Francisco Rodríguez Marín:
A Zoïlo..... 161
A Velarde..... 161
Remembranza..... 162
Dulce tirano..... 163
La rastra..... 163
¡Ay de mí!..... 164
A Manuel Reina..... 164
Don Luis Montoto.
Juan Segador..... 166
La mejor corona..... 171
Don Luis Herrera:
En la muerte del Emmo. Cardenal Fray Zeferino González..... 174
Don Juan F. Muñoz Pavón:
La prometida del mártir..... 178

Págs.

El Padre Julio Alarcón:
Del libro titulado «Sentimientos»..... 184
A mi querido Calabrés..... 186
Iñigo de Loyola á la Virgen de Montserrat..... 189

Don Manuel Reina:
A Espronceda..... 195
El ensueño de Shakespeare..... 197
La legión sagrada..... 200
La fiesta del Corpus en la aldea..... 201
La eterna mascarada..... 202
La perla..... 202
La poesía..... 203
Noche de estrellas..... 203

Don M. R. Blanco-Belmonte:
De la aldea al campamento..... 207
Canción estival..... 209

Don José Velarde:
Del poema titulado «El Capitán García»..... 212
Del poema titulado «Alegría»..... 214
Del poema titulado «El holgadero»..... 216

Don Salvador Rueda:
Flores de almendro..... 218
La primera flor..... 220
La cigarra..... 222
Collar..... 222
La siega..... 223
Córdoba..... 226
El Partenón..... 228

Don Arturo Reyes:
Lo de siempre..... 229
La buenaventura..... 233
Intima..... 236

Don Severo Catalina:
Imitación de varios estilos..... 238
A. Pacecita..... 240

Don Mariano Catalina:
A la niña Teresa..... 242
Tu imagen..... 245

Págs.

A Jesús..... 246
En la ausencia..... 247

Don Melchor de Palau:

Cantares..... 250
La poesía y la ciencia..... 255

Don Marcos Zapata:

Gente de pluma..... 265
Dulces recuerdos..... 265
Tierra firme..... 266
El recuerdo de un botijo..... 267

Don Eduardo Marquina:

Del libro «Las vendimias».—Las siete palabras del poeta..... 271

Don Vicente Medina:

La canción de la vida..... 284

Don Ricardo de la Vega:

La defensa del sainete..... 288

Don Javier de Burgos:

Sermón... perdido..... 291
Telegrama..... 292

Don José López Silva:

Un día de lluvia..... 293
Una conquista..... 298

Don Vital Aza:

Los nietos..... 305
Plan curativo..... 309

Don Miguel Ramos Carrión:

Junto al arroyo..... 313
Gabán y capa..... 314

Don Santiago de Liniers (Conde de Liniers):

Del «Novísimo espejo y doctrinal de Caballeros». Tono. 316

Don José Alcalá Galiano (Conde de Torrijos):

El titán..... 323
La providencia..... 327

Don Luciano García:

La Virgen de la Montaña..... 329

Págs.

Don Angel María Dacarrete:
A ti..... 334
En Siberia..... 335
En la muerte de Lincoln..... 337
Don Sinesio Delgado:
Amorosas..... 338
Un cuento..... 339
El camino del cielo..... 342
Don Eugenio Sellés:
Serenata..... 344
Don Miguel de Unamuno:
Memnón..... 346
Fortaleza..... 346
Piedad..... 347
Al sueño..... 348
Don Emilio Ferrari:
Del cuadro histórico «Dos cetros y dos almas»..... 353
Aspiración..... 358
Don Manuel del Palacio:
A mi hija María..... 362
A Víctor Hugo..... 364
Jerez y Rhin..... 365
Madrigal..... 366
El fraile..... 366
En el álbum de María C. Larravide..... 368
Don Juan José Herráiz (*Conde de Reparaz*):
Las campanas..... 370
Soneto..... 372
Soledad..... 373
Don Ramón de Campoamor:
De la composición titulada «Las sirenas»..... 375
Vanidad de la hermosura..... 378
Beneficios de la ausencia..... 379
Historia del amor..... 381
Amor al mal..... 384
Mal de amor..... 384
La Noche buena..... 384
Un cielo en el infierno..... 386

Págs.

El gran festín..... 386
Cantares..... 387
Humoradas..... 388

Don Marcelino Menéndez Pelayo:

Carta á mis amigos de Santander..... 390
La galerna del Sábado de Gloria..... 399

Don Federico Balart:

Salutación..... 404
Abatimiento..... 407
Fé..... 408
Nostalgia..... 410
A media noche..... 411

Don Gaspar Núñez de Arce:

¡Sursum Corda!..... 413
ADVERTENCIAS..... 431

FLORILEGIO

DE

POESIAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

Con introducción y notas biográficas y críticas

POR

JUAN VALERA

De la Real Academia Española.

TOMO IV

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1902

Esta obra constará de **cinco tomos que se** publicarán mensualmente.

El precio total de la misma durante **su publicación** será

12,50 pesetas

pagaderas al adquirir el tomo ó tomos **publicados.**

Terminada la publicación el precio de **venta, será**

15 pesetas.